



# NO ME sople EL DIENTE DE león

RAQUEL ANTÚNEZ



# **No me soples el diente de león**

Raquel Antúnez

Edición en formato digital: febrero de 2019.

Título original: No me soples el diente de león

Copyright @ Raquel Antúnez, 2019

[rqantunez@gmail.com](mailto:rqantunez@gmail.com)

Diseño de portada: Marta Fernández (Munyx design).

Correctoras: Yanira García y Susy Casas.

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*Para Yanira... mi alma gemela.*

## Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: El pelirrojo de las narices](#)

[Capítulo 2: Me \*cagüen\* Radio Patiño](#)

[Capítulo 3: Furruko, \*farruka\*... ¡\*Furrungueo!\*](#)

[Capítulo 4: \*Dum dum da da da dum\*](#)

[Capítulo 5: Sabrina, directa a la yugular.](#)

[Capítulo 6: ¿Se puede saber qué haces, imbécil?](#)

[Capítulo 7: Las aceitunas lo cambian todo](#)

[Capítulo 8: Perdona, pelirrojo, pero me pones \*perraca\*](#)

[Capítulo 9: Abrazos compartidos](#)

[Capítulo 10: Información de primera mano](#)

[Capítulo 11- Pablo, Pablo... Pobre Pablo](#)

[Capítulo 12: El terrorífico primer día](#)

[Capítulo 13: No quiero otra cosa sino que te vayas](#)

[Capítulo 14: Me sacas de quicio, pelirrojo](#)

[Capítulo 15: Vale, me lo he merecido](#)

[Capítulo 16: No pares, pequeña](#)

[Capítulo 17: Te presento a mi novio imaginario](#)

[Capítulo 18: La mujer más estrecha del mundo](#)

[Capítulo 19: ¿Dónde están las llaves, matarile rile rile?](#)

[Capítulo 20: ¿Cómo se te ocurre masturbarte en su salón?](#)

[Capítulo 21: Okupas en mi piso](#)

[Capítulo 22: ¿Tienes dinero encima o piensas usar el datáfono?](#)

[Capítulo 23: Aires londinenses](#)

[Capítulo 24: Un mal día lo tiene cualquiera](#)

[Capítulo 25: Una pequeña duendecilla](#)

[Capítulo 26: Confesiones y apuestas.](#)

[Capítulo 27: Un pasito \*pa' lante\*, María](#)

[Capítulo 28: Yo Tarzán, sin sentimientos. Tú nena, ñiqui, ñiqui](#)

[Capítulo 29: ¿No pensarías que me iba a quedar sin comer?](#)

[Capítulo 34: El peor viernes de mi vida](#)

[Capítulo 35: ¿Y ahora qué?](#)

[Capítulo 36: Empezar a entender.](#)

[Capítulo 37: Enterrando el hacha de guerra](#)

[Capítulo 38: ¿Quieres cobrarte mi último trayecto al aeropuerto?](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

## Prólogo

### Mucho tiempo antes en algún lugar cercano...

Nunca fui de llevar la contraria a mi madre, supongo, que es por el hecho de que la veía esforzarse tanto en su vida que lo que sentía por ella iba más allá del amor, el respeto y la admiración. Así que cuando me dijo que tendría que ir a pasar el verano a la casa de aquella mujer a la que apenas había visto un par de veces en mi vida, aunque no me agradó en absoluto la idea, obedecí.

Pasar dos meses enteros aburrido en casa de una señora mayor, en aquella zona montañosa de la isla, no iba a ser divertido. Sabía que no iba a ver la playa ni en pintura y que lo de salir con amigos estaba descartado, sobre todo porque allí no conocía a nadie. Dudaba mucho que me llevaran al cine o que hiciera absolutamente nada de lo que hacían los chicos de mi edad. Sin embargo, resignado, preparé la maleta, tal como me pidió mi madre.

Tampoco me gustaba la idea de dejarla sola a ella, porque sí, porque mi padre estaba allí, pero era un jodido mueble más de la casa, hacía años que me había dado cuenta de ello. No se movía del sofá en todo el santo día, no le había visto fregar un plato jamás. Era una carga. No trabajaba. Nunca me llevó al colegio o a actividades extraescolares. No hacía absolutamente nada, más que pasar canales sin sentido. Me dolía admitirlo, pero era así, mi padre era un parásito.

Tampoco le tenía un cariño muy especial, porque apenas hablábamos; era curioso, porque la mayor parte de mi tiempo libre lo pasaba con él, pues mi madre trabajaba un sinfín de horas. No teníamos nada que decirnos, no compartíamos nada, ni siquiera cariño por ella, porque estaba seguro de que él no sentía cariño por nadie, ni por mí y menos por mi madre.

No me llevé demasiadas cosas. Una maleta cargada de libros, música, cuadernos en los que dibujar y poco más. Ya buscaría algún entretenimiento...

Eso pensé en aquel momento, y vaya, vaya si encontré entretenimiento, pero nunca imaginé a qué dedicaría la mayor parte de mis días de verano.

Aquella señora me llenó de besos y abrazos en cuanto entré en su casa, como si me tuviera un cariño desmedido, pero por mucho que intentaba hacer memoria, no recordaba haberla visto más de un par de veces en la vida. Hablaba. Hablaba mucho, todo el tiempo. A veces me daba dolor de cabeza, pero al menos estaba entretenido y lo que más me gustó, es que me dio la oportunidad de hacer *chapucillas* en su casa y recados con los que me pagaba bien. Pensé que igual podría reunir algo de dinero con el que pagar unas vacaciones decentes a mi madre, pues nunca nos habíamos ido juntos a ninguna parte y ella se las merecía, así que atesoré cada moneda que gané.

Llevaba un par de días en la isla, cuando una tarde, mientras arreglaba las flores del jardín y las regaba, que dicho sea de paso, siempre aprovechaba para darme un remojón y coger algo de sol, escuché una música... odiosa, por cierto.

Levanté las cejas y busqué de dónde venía, hasta que me asomé y vi a dos chicas que debían tener más o menos mi edad; unos trece años. Me quedé con la boca abierta, como embobado, porque la canción era horrible, sí, pero una chiquilla morena, con un top que dejaba su ombligo al aire, meneaba las caderas al ritmo de su melodía. Tenía unas curvas de vértigo, y tenía tetas, joder que si tenía. Ella seguía a lo suyo con su amiga, mientras la observaba sonreír. Tenía una mirada intensa, unos ojos preciosos y un cabello que, de pronto, me dieron ganas de acariciar. Me quedé flipado porque mi cuerpo había reaccionado, joder... menuda puta vergüenza pasé cuando noté que tenía una erección, la primera puñetera erección de mi vida por ver a una chica (que las mañaneras llevaban tiempo existiendo).

Me aprendí aquella canción, porque eran cansinas las jodidas; podían escucharla diez veces o más seguidas, la bailaban una y otra vez. Me

entretenía más de lo normal en el jardín, si no arreglándolo, simplemente leyendo alguna de las historias que me había traído conmigo, o haciendo que leía, porque solo quería estar allí, cerca de ellas, sobre todo, de ella; por primera vez en mi vida sentí la necesidad carnal de estar cerca de alguien.

Sin embargo, para ella, fui prácticamente invisible. Alguna vez nos cruzamos y me saludó, pero poco más. No parecía alguien accesible, no me atrevía a hablarle, era un cobarde. Ella era perfecta y yo tenía un millón de complejos, ¿qué niño de trece años no los tiene?

En ese momento, supe que me había enamorado... hasta el tuétano, sí... y ni siquiera sabía su nombre. Bueno, en ese momento no lo supe, que aquella señora mayor era muy cotilla, no tardaría en contármelo si se lo preguntaba, pero no lo haría, que ya la conocía bien y era de esas típicas que no dudarían en ponerte en ridículo si tenía ocasión. Así que me quedé callado, en silencio. No dije nada, no pregunté, solo observé.

Unos días más tarde averigüé cómo se llamaba y ya no se me iba a olvidar en la vida.

De pronto, tenía mi lugar favorito del mundo para pasar las vacaciones estivales.

## Capítulo 1: El pelirrojo de las narices

—¿Se puede saber qué miras? —Estaba de un humor de perros y no me apetecía nada, pero nada, que aquel tío se quedara embobado mirándome como solía hacer.

Mario era el nuevo dependiente de la panadería, llevaba apenas unas semanas atendiendo en el local en el que era clienta asidua, básicamente, porque no había otra panadería en cinco kilómetros a la redonda. Don Alberto se había roto el talón de Aquiles y no le quedó otra opción que contratar a alguien que le echara una mano con el negocio. Sus hijos se desvivían en el horno, pero luego tenían que irse a la universidad, y aquel chico necesitaba dinero para pagarse un máster universitario o eso es lo que se rumoreaba. *Radio Patiño*, que es como llamaba yo a las viejas cotillas del pueblo, decían que era familia de algún vecino.

La cuestión radicaba en que Mario era increíblemente *sexy* e idiota a partes iguales. Un *chulito playa*, se le notaba a la legua. Desde luego, a mí no me iba a eclipsar con ese cuerpo de gimnasio. Está más que comprobado, los que ejercitan mucho sus músculos, por norma general, entrenan poco el cerebro. Además, ¿quién le había dado el derecho a mirarme de esa forma tan insistente?

Suponía que le llamaba la atención el tatuaje de mi cuello, porque solía causar ese efecto en la gente, aunque era muchísimo más discreto de lo que tenía pensado en un principio. Aun así, me parecía de muy mal gusto que cada día se quedara contemplándome como un bobo. Él tenía un millón de pecas en la cara y yo no me quedaba atolondrada contándolas. No era más que otro cotilla de pueblo que no tenía otra cosa mejor que hacer que marujear.

—Disculpa —respondió Mario, cuyas mejillas se habían teñido de rojo. Por un momento, sentí algo de remordimiento, hasta que me di cuenta de que cuatro señoras mayores que esperaban para pedir en la cola de la

panadería, me miraban con cara de malas pulgas.

—¡Madre del amor hermoso! —Bufé—. Qué poco respeto.

—¡Qué poco respeto el tuyo! —Doña Fefina, cabecera y jefa mayor de *Radio Patiño*, me miraba con aquellas enormes y peludas cejas blancas enfurruñadas, ¿dónde quedaría aquella señora amable que me sonreía y me daba chuches a escondidas cuando era pequeña?—. Pero chica, mira que eres tonta.

—Pero... pero... —¡Aaaaggg! Porque mi padre me había educado muy bien, porque si no, iba a mandar a esa señora a cagar.

—Arinegua, ¿no te das cuenta de que Marito está loquito por ti? — Aquella mujer con los brazos en jarras me recriminó, sin anestesia ni nada.

—¡Pero qué dice, Doña Fefina! ¿Se ha vuelto loca? —Miré a *Marito*, que de pronto no sabía dónde meterse de la vergüenza y pasaba del rojo al morado e, incluso, me pareció ver algún atisbo de azul—. ¿Y tú? ¿No le dices nada? —Le reclamé.

Mario no abría la boca, con sus mejillas del mismo tono rojizo que su pelo, movía las manos con rapidez para servirle a Fefina lo que le había pedido hacía un par de minutos, supuse que con la esperanza de que se largara de una vez de la tienda y dejara de ponerlo en ridículo.

—Eh, sí... sí... esto... Fefi, por Dios, que tengo treinta y dos años, deje ya de llamarme *Marito*.

Me quedé pasmada y con la boca abierta. «Este tío es tonto del culo».

—Pequeña, deja ese mal humor que te van a salir arrugas. Anda Mario, no le hagas caso a estas dos y sigue a lo tuyo. —Que conste que Concha me caía muy bien, era como la abuelita que nunca tuve. Bueno, todas las señoras mayores del pueblo habían sido un poco mis abuelas, pero eso no les daba derecho a hablarme como si lo fueran de verdad.

—Perdona Mario, no quería ser antipática contigo, es que hoy tengo

prisa. —Intenté rectificar y ser un poco amable, sintiéndome mal al ver las miradas reprobadoras a mi alrededor.

Concha tenía esa expresión, como cuando le echaba a Chispita las verduras que mi padre le hacía prometer que me daría de comer. Pero a Chispita, el perro de Concha, le gustaban las verduras aún menos que a mí. Me ladraba enfadado cada vez que intentaba meterle un trozo de zanahoria por el gaznate y cuando ella se daba cuenta, me dejaba sin natillas, que le salían de vicio y me encantaban.

Mario se tomó la libertad de poner en una bolsa de papel mi pedido habitual en el orden correcto y exacto, sin preguntarme si quiera.

—Me lo pagas mañana, ¿vale? Vete si tienes prisa. —Me la tendió amablemente con una sonrisa. Pues sí que debían pagarle bien, si a mí un cliente me hablase como yo lo había hecho, lo menos que haría, sería dejarlo esperando dos horas para darle su pedido.

Me encogí de hombros y salí de la tienda, refunfuñando y hablando sola de camino a casa.

—Eh, Ari, ¿qué haces? —Mayra, que venía caminando en mi dirección, se tronchaba de la risa al verme desvariar mientras se apartaba los rizos que le habían caído en la frente.

—Otra... pueblo de locos... —maldije, mientras se acercaba a mí.

—No te ha llegado aún el resultado de la prueba, ¿verdad? —Mayra tenía siempre esa capacidad, rayos X en los ojos o sentido común, no sabía exactamente lo que era, pero me tenía calada.

—¡Nooooo! ¡Y estoy histérica! —protesté.

—Anda, pues no lo había notado —se carcajeó.

Hacía una semana que había hecho unas pruebas para un puesto de responsabilidad en una importante fundación afincada en otra isla. No sabía exactamente cómo, pero mi padre se había enterado de la vacante y en cuanto

envié el currículum, me llamaron por teléfono.

No tenía demasiada experiencia dirigiendo equipos, pero no la pedían; los requisitos que eran indispensables los cumplía de sobra y la entrevista fue muy bien o esa fue mi impresión. Sin embargo, me habían dicho que me avisarían tanto para darme un sí como para un no y cuantos más días pasaban, más nerviosa me ponía.

A mis labios asomó un patético puchero, porque sabía que estaba siendo muy borde, pero no podía evitarlo.

—Anda ven, te invito a un café y un pastelito en la panadería. Necesitas azúcar —intentó animarme mi amiga.

—¡Ni de coña! —Me enfurruñé y me crucé de brazos—, no vuelvo a comprar el pan en donde don Alberto.

—Pues me vas a decir dónde narices vas a encontrar otra panadería cerca que vendan pan de centeno que le guste a tu padre, con lo maniático que es. —Odiaba que Mayra conociera tanto a mi familia.

—Creo que lo haré yo. En alguna parte del trastero tengo una panificadora, era de Óscar, pero me la quedé aunque no pensase usarla en la vida. Porque él la quería mucho, mucho más que a mí, eso seguro —resolví.

—¡Ja! —Mayra soltó una carcajada, se partía de la risa la tía y a mí no me hacía ni puñetera gracia.

—¿Se puede saber de qué te ríes ahora? —Intentaba permanecer seria, pero su risa era contagiosa y terminé acompañándola con la triste certeza de que me estaba riendo de mí misma.

—Anda, vamos, a saber de dónde sacaste al Óscar ese. Dios mío, tío más feo —puso tal cara de asco, como si estuviese lamiendo un calcetín sucio en lugar de hablando conmigo.

—¡Mayra! —Se me habían quitado las ganas de reír—, no le digas feo. Yo lo quería.

Había conocido a mi ex durante mi periodo de prácticas y lo cierto era, que para ser justas, debía darle la razón a mi amiga; guapo, lo que se dice guapo, no era. Sin embargo, a mí me hacía gracia, era simpático, chulo también, pero me gustaba.

Aquella relación fue un sinsentido desde el principio. Óscar era tan déspota, pasota, engreído y pasaba de mí como de comer mierda, que no entendía cómo era posible que me hubiera enganchado a él. Al final, me enamoré hasta las trancas y él me dejó por otra. Aún no lo había superado, siempre fui buena con él, no entendí por qué me trató tan mal y a estas alturas, nunca lo iba a comprender.

—¡Calla! Cómo vas a querer a ese petardo, déjate de tonterías. Feo, feo de narices y, para colmo, al parecer, no tenía un espejo en toda su casa, con esos aires de grandeza y esa chulería. Tú lo que tienes es complejo de ONG, si es que...

—Los guaperas no me van —me defendí, encogiéndome de hombros, empezaba a enfurruñarme de nuevo—, tengo que llevar el pan a casa, los peques se van al cole ahora en un rato y hay que prepararle los bocatas. Hale, adiós. —Intenté darle esquinazo.

—Ah, voy contigo que hoy estoy en el turno de tarde y no he desayunado.

Puse los ojos en blanco y no dije nada más, sabía que era inútil. Mayra tenía toda la mañana libre y se dedicaría a tomarme el pelo hasta que se aburriera.

—¡Papá! Mayra está en casa —grité en cuanto abrí la puerta. No habían pasado diez segundos y Omar y Tomás ya estaban girando alrededor de mi amiga.

—¡Tía Mayra! ¡Tía Mayra! —gritaban, al unísono.

—Hola, mis preciosidades. —Decenas de besos sonoros, llenaron las

caritas blanquecinas de los piojos.

—Bah, no es vuestra tía, solo una tía muy caradura que se pasa media vida aquí. —Mis hermanos se carcajearon besuqueándola—. Venga, terminaos la leche que hoy os alcanzo yo hasta la parada del autobús del cole. Papá se tiene que ir a la consulta y a Clara aún le queda un rato para llegar de la guardia.

—Tía Mayra, ¿sabes que quedan catorce días para nuestro cumple? —Tomás, orgulloso, no perdió la oportunidad de recordarle el ansiado evento del que llevaban descontando días en el calendario desde hacía, al menos, dos meses.

—Ya sospechaba yo de tanta amabilidad... —soltó Mayra con una sonrisa, revolviendo sus cabellos rubios.

—¿Vas a venir a nuestro cumple? —insistió.

—¡Por supuesto! Solo se cumplen seis años una vez en la vida, allí estaré. —Y así es como Mayra, hacía a mis hermanos los niños más felices del mundo.

Tomás y Omar, contentos, volvieron a abrazarla y se fueron corriendo a terminarse la leche cuando me vieron con los brazos en jarras.

—Los malcrías, espero que no vengas cargada con veinte regalos para cada uno, que nos conocemos —protesté, sabiendo que no me iba a servir de nada, ya que Mayra haría lo que le viniera en gana.

—¡Ay! Por favor, pero ¡qué pesada! Deja la psicología para el trabajo. —No me servía de nada, no podía luchar contra ella.

—No tengo trabajo, bonita —respondí, resignada.

Mi padre se acercó y le dio un abrazo rápido a Mayra.

—Hola preciosa, ¿desayunas con nosotros? —preguntó, sabiendo que la respuesta iba a ser afirmativa.

Mi amiga asintió y volvió a abrazarlo. Seguimos a mi padre hasta la

cocina, donde los peques ya ponían la taza en el fregadero. Se limpiaron la boca con una servilleta y fueron a cepillarse los dientes.

—¿Qué tal el trabajo? —Le pregunté mientras preparaba nuestros bocadillos.

—Bien, hoy estoy de tarde en el museo. No tengo quejas, siempre hay cosas que hacer.

Mayra trabajaba a media jornada en un conocido museo en el casco antiguo de Vegueta. Hacía de guía con pequeños grupos de turistas o con el alumnado de algún colegio y adoraba su profesión. En eso no nos parecíamos en nada. Me avergüenza reconocer que los exámenes de Historia de Bachillerato los aprobé a base de copiar, pues era incapaz de memorizar medio tema sin dormirme como un tronco.

Realmente Mayra y yo poco nos parecemos, aunque hemos sido amigas desde que vine a vivir al pueblo, con siete años. Eso de que los polos opuestos se atraen debe ser cierto.

Después de que mi madre muriera, mi padre decidió empezar de cero en un nuevo lugar y no podía haber elegido uno mejor. Los primeros años de su vida, había vivido en Gran Canaria, hasta que, a su padre, lo trasladaron a la península. Mi abuelo trabajaba como investigador en un importante laboratorio clínico de Canarias, donde pronto, lo dejaron sin recursos y tuvo que buscarse la financiación para seguir con sus investigaciones. Así que, después de luchar mucho y desplazarse de un lado a otro, acabó viviendo en Zaragoza, en donde mis padres se conocieron. Estaban asentados en el barrio de Montecanal, donde, tras casarse, mis padres se compraron una casa nada modesta.

Así que, no fue casualidad que, cuando mi padre pensó en un lugar donde pudiera comenzar de cero, Gran Canaria viniera a su cabeza, pues guardaba entrañables recuerdos de las calles en las que se crio, correteó y

jugó con sus amigos del colegio cada día de su vida. Schamann ya no era el mismo barrio, evidentemente, tras cuarenta años, habían cambiado muchas cosas, pero cuando viajamos a Gran Canaria de vacaciones, antes de elegir destino, mi padre quiso ir a ver aquel lugar.

Después de un recorrido por los nostálgicos años de niñez y juventud de mi padre, estuvimos visitando varios municipios, tanteando el terreno y decidió que nos mudásemos a un lugar más tranquilo. Así que terminamos en Santa Brígida, uno de los pueblos más bonitos de la isla de Gran Canaria, al menos, eso me pareció siempre, con tanto verde por todas partes. Nos mudamos a una zona tranquila de los Lentiscos, donde imperaban las casas familiares.

El nuevo comienzo fue muy duro para mí. Mi padre, solía llevarme a visitar la Caldera de Bandama cuando estaba triste, se sentaba a mi lado junto al mirador y me abrazaba contemplando la belleza salvaje de nuestro alrededor, sintiendo el gélido aire azotando en mi cara. Siempre había adorado el frío; me calmaba, me hacía sentir bien y, aunque Canarias en sí, no era un buen sitio si te gustaba el frío; la humedad de la zona montañosa donde nos mudamos me ayudó a adaptarme con mayor facilidad.

Mayra me cogió de la mano el primer día que entré al colegio, donde continué estudiando primaria, había pasado de un Colegio Británico de los más pijos de Zaragoza, a aquel modesto centro público en el que apenas había quince niños por clase. Donde no había calefacción y la cancha de fútbol era una cancha porque lo decía el profesor de gimnasia. Solo había un ordenador en todo el cole y estaba apostado en la secretaría del centro. No había materias en inglés, ni clases de alemán. Que me perdonen los alemanes, pero lo agradecí con toda el alma. Me costaba horrores aprender ese idioma.

En definitiva, después de morir mi madre, mi padre pidió traslado y nos vinimos a la isla en unos pocos meses. No es que me costara adaptarme,

era una niña sociable y cariñosa, más bien tranquila y buena, lo que me costó fue sobrevivir sin ella, sin sus caricias, sus besos, sus canciones, las conversaciones... Mi madre era mi todo y, de pronto, ya no estaba y fue lo más duro que he vivido.

Así que, cuando llegué al cole y Mayra se sentó a mi lado, cada vez que la miraba me sonreía, me daba conversación, y cuando me veía llorar me abrazaba sin siquiera preguntar el motivo. Ese día, en cuanto salimos al patio y me dio la mano, supe que ella sería como mi ángel de la guarda. Estaba pendiente de que yo me sintiera bien, integrada, feliz y siempre fue así cuando ella estaba cerca.

Mi padre trabajaba jornadas interminables y pasé muchos días en casa de su abuela, la señora Concha, mientras Mayra y yo jugábamos con Chispita, que no me guardaba rencor por haber intentado atiborrarle a verduras. Así que, nos hicimos inseparables, era como una hermana para mí y mi padre la quería muchísimo también, no sé si como a una hija, pero como a alguien importante en su vida, seguro.

En nuestra época universitaria ella y yo elegimos caminos diferentes; Mayra se decantó por la carrera de Historia, pues tenía claro que adoraba aquella asignatura que a mí tanto se me atragantaba, decía que era como leer novelas... ¡anda ya! Pedazo de novelas aburridas debía leer por aquel entonces. Yo quería estudiar Psicología y no sabía si mi padre me lo iba a permitir, pues para ello, debía mudarme de isla, con todo lo que ello conllevaba.

Realmente, la economía nunca fue mayor problema en nuestra casa; a un médico, con su plaza estable, no solía faltarle dinero al finalizar el mes. No obstante, parecía reacio a que me fuera lejos de él, pero finalmente aceptó, con la ferviente amenaza de que al tercer suspenso (por ser benevolente) me vendría de vuelta a casa y cambiaría de objetivos. Ese fue el primer motivo

por el que las señoras del pueblo, *Radio Patiño*, se cebaron conmigo, que me fuera a estudiar fuera y dejase a mi padre atrás no era bien recibido por ellas. Sin embargo, aunque adoraba a mi padre, también era consciente de que tenía que hacer mi vida.

Así que durante algunos años viví en La Laguna. No necesitaba la amenaza de mi padre para estudiar, pues me apasionaba lo que había elegido y el hecho de vivir de forma independiente, cuando apenas acababa de pasar la adolescencia, era un subidón. Después de la carrera, me especialicé en Educación y más tarde volví a casa y lo hice en Trabajo Social.

## Capítulo 2: Me cagüen Radio Patiño

Desayunamos y Mayra vino conmigo a llevar a los niños a la parada del autobús. Escuchando muertas de risa, la conversación que mantenían aquellos dos.

A la vuelta veníamos en silencio, disfrutando de la brisa fresca que helaba mis mejillas y mientras, con mis botas, pisaba las hojas caídas de los árboles, llenando mis oídos de aquel crujido que siempre adoré de mi estación favorita del año. Pasamos por delante de la panadería y me quedé algo rezagada mirando hacia el interior.

—Me siento fatal. Ridiculicé antes al panadero. —Rompí el silencio. Olía a bollos recién hechos e instintivamente se me hizo la boca agua, a pesar de que acababa de desayunar.

—¿A Mario? —Me preguntó mi amiga, con los ojos saliéndosele de las órbitas—. ¿Por qué? Si es súper simpático.

—No deja de mirarme —protesté.

—Tú eres tonta, ¿no? Con lo bueno que está. —Mi amiga, sin ningún tipo de disimulo, buscaba con la mirada al pelirrojo dentro de la tienda.

—Pues no me he fijado —murmuré, azorada.

—Y una porra, bonita. —Mayra se reía a carcajadas pero a mí no me hacía ninguna gracia, así que me mantuve seria y con paciencia, esperé a que terminara de descoyuntarse de risa.

—No me van los pelirrojos, son todos unos chulos. Puff... y esa nariz llena de pecas, esas camisetas marcadas a la altura de los bíceps, ajustada en los abdominales... buf, no me va nada —dije a la defensiva.

—Pues sí, ya veo que no te has fijado en absoluto. —Mayra seguía riendo, decidí que lo mejor que podía hacer era ignorarla, puesto que de lo contrario, aquella conversación de besugos no tendría fin.

—Voy a entrar a pagarle, ¿vale? Que antes le dejé la cuenta pendiente

—avisé a mi amiga, la cual miró dentro de la panadería comprobando que estaba vacía.

—Yooo... esto... me tengo que ir. Bueno, bah, me voy porque me da la gana que paso de ver como babean por ti.

—Adiós, petarda —reí al contestar. Mi amiga no tenía remedio, tenía que quererla tal como era porque no iba a madurar en la vida.

Pasé a la panadería y a pesar de oírse el típico timbre que avisaba de que había entrado un nuevo cliente, no apareció nadie en un buen rato.

Me dediqué a observar el mostrador, maravillada con la pinta de aquellos pasteles y panes de todas las formas, colores y tamaños. Me fijé también en las fotos colgadas a un lado. Don Alberto había reformado la tienda hacía unos años; era amplia y muy luminosa, todo en tonos blancos, con mobiliario moderno y una pequeña zona de mesas a un lado, que antiguamente no existía y había colgado retratos de cuando su padre inauguró la panadería.

Aquel hombre que se veía en las fotografías, era muy jovencito y un don Alberto en forma de niño de unos cinco o seis años lo agarraba de la mano con gesto orgulloso y feliz. Con el paso de los años, se fueron sucediendo otras imágenes; don Alberto con su mujer, ambos sonrientes y felices, posando con el mostrador lleno a rebosar. Durante mucho tiempo trabajaron en la panadería juntos, hasta que vinieron los niños y ella se retiró para dedicarse a criarlos. Las tartas de manzana de doña Carmen eran muy codiciadas en los Lentiscos y cuando todavía, a día de hoy alguna vez, a petición e insistencia de los vecinos, elaboraba algunas para la venta, volaban del mostrador.

También había algunos retratos de sus tres hijos, cuando aún eran muy pequeñitos; manchados de harina, con gorros y delantales de cocinero intentando elaborar algún tipo de masa. Me gustaban aquellas fotos, las había observado un millón de veces a lo largo de mi vida. Eran recuerdos bonitos

que hacían de la panadería un lugar entrañable.

Estaba a punto de marcharme, cuando salió Mario de la trastienda con la camiseta negra manchada de harina por todas partes y las manos todas pringadas.

—Hola, perdona, no oí el timbre —se excusó—. Estoy aprovechando que a esta hora no suelen venir muchos clientes para hacer las masas de pizza. ¿Te pongo algo?

—No. Quería pagarte lo de antes, pero ya me pasaré, veo que no es el momento —me disculpé, también era una estupidez estar ahí perdiendo el tiempo cuando todas las mañanas del universo me pasaba a comprar el pan, ya le pagaría al día siguiente.

—Espera un minuto... oye, perdona a la tía de mi madre por el comentario de antes. Se le va la cabeza. —Mario se acercó al fregadero y se lavó las manos. Se las sacudió con ímpetu antes de coger un trozo de papel de un rollo gigante que colgaba al lado del fregadero y secárselas.

—¿Fefina es tu tía abuela? —Pues anda que no había jugado yo tardes en el patio de Fefina, no recordaba haberlo visto nunca antes.

—Sí. —Mario resopló y se encogió de hombros—. Me estoy quedando estas semanas en su casa.

—Perdona por ser tan antipática, llevo una temporada un poco estresada —me disculpé.

—Ya, ¿por la entrevista de trabajo? —Se interesó.

—Joder con Fefina. —Me crucé de brazos y Mario se carcajeó. Encima se reía de mí, el pelirrojo de las narices.

—Ya, es lo que tiene vivir con alguien que no tiene *wifi*, ni canales de pago en la tele. Estoy pensando en contratar la máxima velocidad en el móvil aunque me suba la factura al triple —me explicó y podía entenderlo, para aquellas mujeres el mejor programa de televisión del mundo era *Sálvame* y les

encantaba imitarlo en su *Radio Patiño* particular.

—Bueno, igual deberías aprovechar el tiempo para estudiar —contesté irónica. Si él tenía información mía yo también tenía suya, todas las cotillas del pueblo me habían dicho que estaba intentando hacer un máster o un postgrado de algo.

A saber qué había estudiado el pelirrojo. Yo me lo imaginaba de instructor deportivo; quizás por esos bíceps tan bien marcados, tenía cuerpo de deportista, no había lugar a dudas y mi cabeza no podía evitar volar e imaginárselo con una camiseta sudada, pegada a la piel, mientras levantaba las pesas... babeé un poco.

—Yo no te caigo muy bien, ¿verdad? —Mario levantó una ceja con una sonrisa y me sacó de mi ensoñación, quedándome un poco cortada.

—No es eso, es que a veces te me quedas mirando tan fijamente que me intimidas. ¿Qué te llama tanto la atención de mí? ¿El tatuaje? —me defendí.

—No miraba tu tatuaje. Simplemente te miraba —dijo a la defensiva—, solo quería saber qué querías antes de que las cotorras aquellas que llevaban más de media hora en la panadería me volvieran loco.

—Oh, vaya... —dije, para picarlo un poco más, levantando mi ceja derecha en señal de desafío, pues estaba ahí hablando conmigo como si no tuviera otra cosa mejor que hacer, algo debía gustarle—, pues no te creo. Al fin y al cabo me serviste el pedido de siempre sin que tuviera que abrir mi boca.

—¿Me vas a pagar ya o me vas a hacer perder toda la mañana? —preguntó Mario muy serio, haciendo que me enrojeciera. Qué estúpida, estaba ahí charlando conmigo esperando a que le pagase de una vez.

Solté las monedas con el importe justo y me di la vuelta girando mi cabeza de forma orgullosa. Me dirigí a la salida sin decir ni *mu*.

—Que tengas un buen día —dijo, cuando ya se cerraba la puerta tras de mí, como si él fuera el más educado del mundo y yo una malcriada.

—Mira, paso de ti, niño. ¿Qué se habrá creído el pelirrojo este de las narices? Que me va a vacilar a mí... Pufff... —Iba refunfuñando sola por la calle, hasta que vi a mi amiga hablando por el móvil al otro lado.

—Ay, perdona, puedes esperar un momento —la escuché. Tapo el auricular y se carcajeó haciéndome enfadar más—, ¿pero se puede saber qué te pasa ahora?

—¡Déjame en paz! —le grité, me crucé de brazos y fui camino a casa.

Según entraba por la puerta, sonó mi teléfono móvil, estaba segura de que era Mayra, que yo la quería con toda mi alma, pero a burlona no la ganaba nadie y no tenía ganas de aguantar sus chorradas, así que ni miré la pantalla.

Pero el tono sonaba y sonaba, «bah, ya se aburrirá», pensé... Me quité el abrigo, que colgué en el perchero de la entrada y remangándome la camiseta fui directa a la cocina con la intención de llenar un cubo de agua y jabón, hoy era el día perfecto para limpiar las ventanas de toda la casa.

Activé los altavoces por *Bluetooth* y pulsé el *play* a la última *playlist* de mi Spotify. *Me pesan las alas* de Maldita Nerea empezó a sonar. Canturreé mientras me preparaba para el maratón de limpieza.

El móvil volvió a sonar de manera insistente, interrumpiéndose la canción en el momento álgido, en el cual, yo acompañaba cantando como si no hubiera un mañana.

«Juro por Dios que un día voy a coger a esta mujer del gaznate y la estrangulo», pensé antes de sacar el aparato del bolsillo, no me iba a dejar hacer nada sino contestaba de una vez. El número que reflejaba la pantalla era extraño, no estaba grabado en mi agenda. Conociéndola como la conocía, igual hasta se había metido en la panadería y le había quitado el teléfono a Mario para llamarme. Mi amiga era muy así, de hacer el tonto cuando no tenía nada

mejor en lo que dedicar el tiempo.

—¿Sí? —contesté escuetamente.

—Buenos días. ¿Hablo con Arinegua Yánez Ravelo?

—Sí, soy yo —respondí con voz temblorosa. ¿A quién no le da tembleque cuando la llaman por su nombre completo?

—Le llamo de FAPYD. Quería informarle de que ha sido seleccionada para el puesto de responsable del Área de Apoyo Familiar.

—Eh, eh... esto... —Me había quedado sin palabras.

—Como se le comunicó en un principio, tendrá quince días para encontrar una vivienda y hacer la mudanza. No obstante, acabo de mandarle un correo electrónico con la documentación que tiene que enviarme escaneada a la mayor brevedad posible y es probable que tenga que presentarse en algún momento antes para hablar con el equipo directivo. —Seguía en silencio tratando de recordar cómo se pestañeaba y se tragaba al mismo tiempo—. ¿Señorita Yánez? ¿Sigue ahí?

—Sí, disculpe. Por supuesto. Me pongo ahora mismo a ello y nos vemos en quince días, o antes, lo que me manden, yo estaré ahí cuando ustedes me pidan. —Reí, de forma nerviosa, y la chica que hablaba al otro lado se despidió cortésmente ignorando que la próxima responsable del Área de Apoyo Familiar a la Diversidad de su empresa era una lerda que no sabía hablar por teléfono.

—¡Ay, ay, ay! —Me puse a chillar y a saltar por toda la casa— ¡Síííí! ¡Sí, sí, sí! Lo conseguííí.

Y seguí brincando, hasta que me tropecé con el cubo de agua y jabón que había dejado justo tras de mí y se derramó enterito en la cocina.

—¡Mierda! ¡Mierda! Noooo. ¡Joder! —Mientras evitaba no caerme al suelo, el móvil que tenía en las manos se me resbaló y fue a caer justo en el gran charco que se acababa de formar desarmándose, saliendo la tapa y la

batería volando—. ¡Nooooo!

Cogí las partes del teléfono y agarré las servilletas, sin dejar de soltar improperios. Lo envolví bien y fui hasta la solana a coger las cosas necesarias para limpiar el estropicio. Refunfuñando, fui recogiendo toda el agua y torciendo la fregona.

Pegué un brinco monumental cuando sonó el teléfono de casa, ese aparato no recordaba haberlo oído hacía años. Dejé aquel desaguisado como estaba y fui hasta el salón, no sin antes darme cuenta, de que, lo estaba ensuciando todo con las pisadas mojadas.

—¡Sí! —contesté, de mal humor.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa? —La voz de mi padre al otro lado de muy malas pulgas me puso firme.

—¿Papá? —Miré a mi alrededor. ¿Me estaría vigilando?

—Arinegua, me acaba de llamar la vecina de al lado, que por favor avisara al psiquiátrico, que estás en medio de una crisis. Que no dejas de gritar sí, no, insultos varios. ¿Se puede saber qué ocurre?

—Es que me han llamado de la fundación de Fuerteventura y han aceptado mi candidatura —expliqué escuetamente, como si eso fuera motivo suficiente.

—Oh, genial, eso es muy buena noticia. ¡Enhorabuena! ¿Y por qué estás de tan mal humor? Porque la vecina me ha puesto el teléfono para que escuchara tus berridos y no parecían de felicidad.

—Vecina cotilla —refunfuñé—, nada, me he tropezado y he hecho un pequeño estropicio, pero yo lo arreglo antes de que llegue Clara a casa, que vendrá agotada.

—Sí, cariño, déjala descansar, que luego tiene que llevar a los niños a fútbol, ¿vale? —Mi padre cambió el tono un poco más tranquilo. Siempre era una buena noticia que no tuvieras que llevar a tu hija ingresada al psiquiátrico.

—Sí, papá. Creo que limpio esto y me voy de aquí, porque hoy no es mi día —me quejé.

—¿Cómo que no? ¡Me cago en todo, Arinegua! Déjate de tonterías, ¿te acaban de llamar para darte el trabajo de tu vida y me dices que no es tu día?

—Es que se me ha caído el móvil en un charco de agua, papá —contesté, como si fuera una niña pequeña—, nada, yo lo soluciono. —Lo oía gruñir al otro lado y estaba segura de que, faltaba medio minuto, para que me mandara a mi habitación como cuando tenía quince años y hacía alguna de mis trastadas.

—Y deja de pegar gritos, que seguro que para la próxima la vecina llama directamente a la policía y te llevan presa, o a saber, igual vienen a buscarte los del manicomio.

Solté una carcajada, imaginándome con la camisa de fuerza, lo cierto era que llevaba un día de locos.

—Sí, papá —respondí, obediente.

Cuando colocaba el teléfono en su sitio, sentí la llave en la puerta y me quedé allí petrificada, con cara de tonta. Clara se me quedó mirando con los ojos como platos; tenía las patas del pantalón empapadas y había llenado el salón de pisadas mojadas. El charco de agua de la cocina se había empezado a extender por el pasillo y comenzaba a asomar por el salón.

—¡Buenos días, Clara! —Grité emocionada y recordé lo que acababa de decirme mi padre, así que bajé el tono, no me venía bien irme presa en ese momento—. Tú no te preocupes, ¿vale? Aquí no ha pasado nada, absolutamente nada. —Clara miraba con ojos desorbitados de mí al suelo y vuelta a mí—. En serio, tú vete a la ducha, que esto lo arreglo yo en un *pis-pas* y te preparo un buen bocata de tortilla francesa, un café y un zumo de naranja. ¿Qué te parece?

—Me parece que estás como una cabra, Ari... me voy a la ducha y a

dormir. No quiero saber nada de lo que ha pasado aquí —contestó sin más, dando por hecho que estaba loca y que no podía hacer nada por mí para solucionarlo.

—Vale, vale —reí—, pero espera... tengo una noticia. —Empecé a dar palmaditas y saltitos y Clara seguía mirándome desconcertada—. ¡Me han dado el trabajo!

—¿En serio? —Soltó el bolso en la entrada y vino a abrazarme, normalmente, después del turno de urgencias, no se dejaba tocar ni yo tampoco solía acercarme a ella hasta que se duchaba, pero la ocasión lo merecía. La abracé con todas mis ganas—. ¡Enhorabuena, cielo! Confiaba en que podías conseguirlo.

—Gracias, Clara —contesté feliz.

—Tenemos que celebrarlo, ¿vale? —Volvió a abrazarme—. Tu padre va a estar súper orgulloso de ti y yo también lo estoy, Ari.

La miré con los ojos anegados de lágrimas, los nervios acumulados hacían mella en mí. Demasiadas ilusiones puestas en una llamada que tardó siglos en llegar, bueno, siglos no, pero a mí se me hizo eterno.

—Pero cielo, te recomiendo que limpies todo eso porque ya llega a mitad del salón el agua y no creo que quieras pegarte el día celebrándolo con la fregona en la mano.

—Sí, sí, ¡voy! —Corrí en busca del mocho.

—¡Arinegua, no corras! Dios mío, te vas a partir la crisma y yo ya he acabado mi turno... en serio, no puedo más, me voy a la ducha y a dormir.

Intenté pasar el resto del día tranquila, mi móvil no funcionaba, suponía que por el buen remojón que se dio, así que después de consultar en mi ordenador qué podía hacer para revivirlo, lo metí en un recipiente lleno hasta arriba de arroz, con la esperanza de que eso fuera suficiente para salvar el aparato.

Me di una ducha y decidí que no haría nada más, ya había metido la pata lo suficiente. Me tiré en el sofá con el portátil a mirar pisos cerca de la zona de Corralejo, donde estaría mi nuevo trabajo.

Un par de horas más tarde, con dolor de cabeza por los nervios y sin tener la más remota idea de cómo iba a conseguir un piso que pudiera permitirme en tan poco tiempo, decidí salir de casa, ya no aguantaba más allí. Necesitaba contarle a Mayra lo del trabajo, así que me dispuse a conducir hasta la zona de Vegueta, para poder llegar hasta el museo donde trabajaba mi amiga. Tenía la esperanza de que no estuviera ocupada con un grupo y poder robarle unos minutos.

Cuando llegué, saludé a Servando, un señor mayor muy simpático que trabajaba en la recepción del museo y siempre hacía la vista gorda y me dejaba pasar. Mayra se encontraba en una de las salas, organizando alguna visita. No me acostumbraba a verla vestida de esa guisa, con el uniforme de azafata y tacones cuadrados de señora mayor.

Mayra se giró y me miró con curiosidad, cuando escuchó una carcajada detrás de ella.

—De verdad, Mayra, esos zapatos de abuela, son tan feos que duelen los ojos al mirarlos —dije, riéndome en su cara.

—Perdona, mona. No tienes ni idea de lo que es tener que hacer todo el turno de pie y recorrer durante la jornada las salas del museo con un grupo de turistas. Me niego a ponerme zapatos de *señoritinga*, estos están estupendos.

—Lo que tú digas. —Seguí riéndome.

—Vaya, veo que has superado las calabazas de Mario, te veo de muy buen humor. —Intentó pincharme.

—¿Cómo? —Mi risa se volatilizó al nombrarme al pelirrojo— ¿Qué calabazas ni qué ocho cuartos?

—Pues que esta mañana doña Gilberta le contó a Pepi, que le contó a mi abuela, que de casualidad, estaba asomada al balcón y te vio coquetear con el chico de la tienda y que él prácticamente te echó de allí.

Mi boca se abrió, aproximadamente, hasta rozar el suelo. «*Me cagüen Radio Patiño*».

—¿Pero qué dices, insensata? —contesté indignada.

—¡Eh! Que yo solo soy la recadera. Cuando Fefina se enteró, fue a hablar con Mario y él le dijo que simplemente te atendió como una clienta más y que lo único que hizo fue cortar la conversación porque se le quemaba la hornada y no tenía tiempo de cháchara.

—Odio a ese pelirrojo, te lo juro —sentencié, apretando los puños—. Quemaría la panadería si no supiera que es de don Alberto.

Mi amiga rio de buena gana y yo seguía sin entender qué le hacía tanta gracia de todo aquello.

—Petarda, tengo que atender a un grupo que me llega ahora en quince minutos —me dijo—, si quieres, quedamos esta noche y despotricamos juntas del *buenorro* del pueblo, que ahora no puedo atenderte.

—¡Jolín, que no he venido para eso! —¿Por qué demonios hoy me echaba todo el mundo de todas partes?—. Que me han llamado de la empresa de Fuerteventura. ¡Me han cogido!

Mi amiga empezó a dar grititos y yo la seguí dando saltos y nos abrazamos.

—¡Me alegro! Pero no te voy a perdonar en la vida que me vuelvas a abandonar para mudarte de isla. Iré a verte. ¡Quién me iba a decir que iba a tener casa de veraneo gratis!

Solté una carcajada y la abracé de nuevo. Me despedí antes de que llegara su grupo y me encaminé de nuevo a casa pensando, mientras conducía, en el dichoso pueblo de cotillas y en el paleta ese de pelo anaranjado que me

había tocado la moral ese día más de lo normal.

### Capítulo 3: Furruko, *farruka*... ¡*Furrungueo*!

A la mañana siguiente, frente a mis hermanos, con los brazos en jarras y cara de ogro —que me había costado media hora de ensayo frente al espejo— les hice elegir entre cara y cruz, y lanzando una moneda, sorteé a la víctima que me acompañase a la panadería, no iba a volver a entrar allí mientras estuviera el panadero sustituto. Prácticamente, tuve que arrastrar a Omar, esos mocosos no me tenían maldito respeto y no obedecían mis órdenes.

—A ver, repítame lo que tienes que pedir —exigí a mi hermano, señalándole con el dedo un par de metros antes de llegar a la puerta.

—Pan de céntimo, blanco, inte... inte...

—¡De céntimo no, Omar! Concéntrate. Un pan de centeno, dos panes de leche, una bolsa pequeña de rebanadas de pan tostado integral y cuatro panes blancos —insistí, colocándole el flequillo hacia atrás que se le había puesto rebelde, no dejaba de darle con la mano para echarlo a un lado y me estaba poniendo de los nervios.

—¡Jo! Es que no me acuerdo. ¿Por qué no me lo has apuntado en un papel? —Pestañee un par de veces, porque mi hermano de cinco años era más listo que yo. Llevaba todo el camino recitándole lo que tenía que pedir y no se me había ocurrido que podía anotárselo.

—Es bueno para tu cerebro que empieces a memorizar cosas, enano. —Me salí por la tangente porque en ese momento no tenía papel y bolígrafo a mano y el bicho de poco más de un metro, me miraba enfadado.

—Bueno, tú dile que es lo que le pide siempre la chica del tatuaje en el cuello, que él ya sabe lo que te tiene que poner, ¿vale? —Mi hermano asintió algo aliviado—. Te espero aquí afuera, en la acera de enfrente. No se te ocurra cruzar la carretera. Cuando salgas, vas hasta el paso de peatones al final de la calle y me esperas allí que yo iré a buscarte, ¿vale?

Mi hermano asintió, al parecer esas instrucciones eran más fáciles de

entender.

Me daba miedo perder de vista a Omar, tenía cinco años, podrían pasar un millón de desgracias con tan solo un minuto que me despistara, así que crucé corriendo por el paso de peatones y me puse justo en la otra acera a la altura de la panadería mirando a mi hermano que me saludaba contento. Lo oía chillar.

—¡Hola, Ari! Estoy aquí. —Me di con la palma de la mano en la frente. «Niño del demonio».

Mario miraba extrañado para la calle. «¡Menuda imbécil estoy hecha! Claro, es que no es normal que un niño de cinco años entre solo en una tienda».

Lógicamente, Mario buscaba al padre, madre o adulto que acompañara a mi hermano Omar. En cuanto me vio, pareció respirar tranquilo y al minuto, se empezó a descoyuntar de la risa. Me crucé de brazos enfadada y fui hasta el paso de peatones, crucé la calle esperando a que mi hermano saliera. Definitivamente, ya había hecho el ridículo, así que más me valía ir a buscar al renacuajo hasta que estuviera a salvo de todo potencial peligro, agarrado a mi mano.

Solo le había puesto en la bolsa un pan de centeno mega gigante, que debía pesar por lo menos dos kilos y dos panes de leche, bueno, al menos había puesto el pan para el desayuno del colegio de mis hermanos. Si se pensaba que iba a entrar para reclamarle lo que faltaba, la llevaba clara, ya me apañaría.

Llegamos a casa y preparé rápido los bocatas. Omar casi se atraganta tomándose la leche, mientras yo le vestía al mismo tiempo y mi padre me miraba de brazos cruzados.

—¿Se puede saber qué locura transitoria te ha dado ahora que me estás mortificando a tu hermano?

—¡No lo estoy mortificando! Lo estoy enseñando a ser responsable — me defendí. Mi padre me miró con cara de pocos amigos.

—¿Y a Tomás? —preguntó.

—A Tomás le toca mañana, un día cada uno. —Canté victoria interiormente, por haber sido capaz de dar una respuesta rápida y coherente.

Definitivamente, mi padre me dio por loca y pasó de mí, dándose la vuelta para terminar de arreglarse. Omar no protestaba porque llevaba en el bolsillo un euro que le había regalado por el recado, y que le dije que tenía que dejar guardado en su cartera hasta el fin de semana, si se portaban bien los llevaría a comprar chuches con la paga que les diera durante los días posteriores.

Le hice prometer que no le iba a decir nada a papá. Mi padre era enemigo número uno de las chuches, si fuera por él, las exterminaría del planeta y yo podía entender que él era médico y que sabía que aquellas cosas eran veneno puro que uno se metía en el cuerpo, pero jolín, que eran dos críos, comerse alguna gominola de vez en cuando no les iba a hacer daño.

Yo tenía mi propio alijo escondido, pero tenía que ir cambiando el sitio porque si mi padre se lo encontraba por casualidad se iba entero a la basura, sin compasión alguna y esa semana, no me prestaba su coche, para que hiciera ejercicio caminando y quemara las calorías de las porquerías.

Mi padre era un buen hombre, pero mejor médico e implacable con la comida basura.

—Bueno, por lo menos veo que me has hecho caso por fin y te pasas al pan de centeno, a ver si Clara hace lo mismo —dijo mirando a su mujer que removía el café refunfuñando porque no le había traído su pan tostado.

—Sí, claro, papá. La cosa es acostumbrarse, ¿verdad? —dije, con tono conciliador, pensando en dejar el desayuno para más tarde cuando se hubieran ido todos, sacar un bote de Nocilla de mi alijo y untar aquella cosa tiesa y

asquerosa de chocolate para poder tragármelo.

Clara cortó dos rebanadas y las untó con mantequilla.

—¿En serio te vas a comer eso con mantequilla? Vaya ejemplo que le das a los niños, así no van a dejar de comer pan de leche en la vida —protestó mi padre.

—Déjame un poquito en paz, Guillermo, cariño, que ya sabes que necesito calorías para aguantar mi ritmo de vida. Y deja a los niños que tomen el pan de leche, que al menos es de panadería. Que sabes que si no, no se comen el desayuno del cole.

Mi padre refunfuñó y se llevó el café al salón. Clara y yo nos miramos y rompimos a carcajadas.

—No te voy a perdonar que me hayas traído esta cosa asquerosa para desayunar —me dijo, señalándome con el cuchillo de untar, lleno de mantequilla.

—Si te esperas a que se vaya papá tengo Nocilla escondida en mi cuarto —reí—. Perdona, Clara, es que he tenido un pequeño inconveniente con el chico de la panadería.

—Ya, ya me ha contado Doña Concha— respondió con una sonrisa burlona.

—¡Pero qué perra os ha dado a todos con Mario! Que no sé qué pensáis, pero no ha ocurrido nada de lo que imagináis. —Levanté la voz.

—¿Te gusta Mario? —preguntó Omar, que acababa de entrar a la cocina y escuchó el final de nuestra conversación.

—Calla, niño y ve a lavarte los dientes que ya te vas al cole —le amonesté.

—Arinegua y Mario se quieren casar, se van a dar besitos en la puerta del portal. —Cantó mi hermano a berridos. Como tenía pocos vecinos que ya elucubraban con mi vida privada, mi hermano gritaba a los cuatro vientos

tremenda memez.

—¡Te quieres callar! —Grité a Omar, señalándolo con un dedo amenazante—, como no te portes bien, tú y yo sabemos lo que no vas a poder comprar el fin de semana.

Mi hermano dejó de cantar y enfadado empezó a llorar.

—¡Arinegua! ¿Pero qué le has dicho ahora a tu hermano? ¿Quieres dejarlo tranquilo? Pareces peor que ellos, de verdad. —Oía a mi padre de mal humor desde el salón. Mi hermano sonrió entre lágrimas, cuando escuchó la bronca que acababa de caerme.

—¡Enano toca narices! Ve a lavarte los dientes ya. —Me sacó la lengua y corrió fuera de la cocina, antes de que le lanzara el pan de centeno, que estaba segura de que tenía mayor utilidad como arma arrojadiza que como desayuno.

—¡Ari! —Me llamó Omar, girándose justo antes de entrar al baño.

—¿Quééé? —contesté resignada, esperando a que se fuera pronto con mi padre y me dejara tranquila.

—Arinegua y Mario se quieren casar, se van a dar besitos en la puerta del portal. —Cantó de nuevo y tuve que repetirme como diez veces que tenía cinco años y que no lo podía matar, básicamente, porque era mi hermano.

Cuando todo el mundo se marchó al trabajo y al colegio, al fin respiré, necesitaba centrarme para encontrar piso. Sabrina, una de mis mejores amigas de la universidad, vivía hacía algunos años precisamente en la zona de Corralejo donde se encontraba la fundación. Así que pensé en llamarla, igual ella me podía asesorar.

Busqué en mi móvil su número. Había conseguido revivirlo después del reposo en arroz, y esperé un par de tonos.

—¡Hola! ¿Qué tal, petarda? —contestó risueña, al otro lado, como si hubiéramos hablado el día anterior.

—Yo también te quiero, Sabri —dije riendo—. ¿Cómo estás?

—Bien, tengo unos días de vacaciones y estoy aprovechando el tiempo. —Parecía realmente feliz.

—¿Sí? ¿Qué haces? —me interesé—. ¿Te vas a la playa?

—No, que va —contestó mi amiga con rotundidad.

—¿Limpieza general? —pregunté.

—No, estoy tirada en el sofá con mi pijama puesto, mientras paso canales sin sentido —contestó bostezando y solté una carcajada.

—¿Qué tal Salva? ¿Está de vacaciones también? —curioseé.

—¿Quién es ese? No conozco a ningún capullo de mierda que se llame Salva y que me haya puesto los cuernos con media plantilla del hotel.

—¡Ostras! ¿En serio? —pregunté sorprendida. Salva tenía cara de niño bueno, no parecía de esos. Era gerente de un hotel en la zona turística de la isla y llevaba toda la vida saliendo con mi amiga, de la cual siempre se mostró muy enamorado y atento, se desvivía por ella, o al menos, eso era lo que pensé siempre.

—¡Sí! Capullo... Fui a verlo al trabajo un día y me lo encontré en su despacho morreándose con la recepcionista de noche, era tarde, ya no quedaba mucho personal por ahí y no habían ni cerrado la puerta. ¡Asco de tío! ¡Puag! ¡Puag! —protestó mi amiga, que de pronto hablaba muy rápido y de mal humor.

—Vaya, lo siento. —Y realmente me arrepentía de haberlo nombrado, pues hacía tan solo unos minutos parecía realmente feliz y ahora gritaba enervada.

—Bueno, ¿y tú qué tal vas? —Cambió de tema.

—Bien. Llamaba para decirte que en quince días estaré por ahí. Voy a trabajar en una fundación en Corralejo, y quería saber si me podías asesorar de zonas por las que buscar piso. No tengo ni idea.

—¡Enhorabuena! ¡Vente a casa! —Parecía feliz otra vez. Sin duda alguna, mi amiga tenía graves problemas de trastorno del comportamiento, que debía estudiar con mayor detenimiento en otro momento.

—¿Estás loca? —me reí.

—¿Por qué no? Podemos compartir piso como cuando íbamos a la universidad. Ya hemos convivido y a mí me haces un favor, que desde que se fue Salva tengo que asumir todo el alquiler y voy muy justa. Vienes a casa, estás un tiempo y cuando ya estés afianzada, buscas algún sitio cómodo y cercano para vivir.

La conversación se alargó durante un buen rato más y al final me convenció. Me venía bien no tirarme de cabeza a la piscina, al fin y al cabo, tenía un periodo de prueba de dos meses. Menuda gracia si no lo superaba y me quedaba con un contrato de alquiler en Fuerteventura, y si además, ayudaba a mi amiga que se había quedado soltera de repente asumiendo el pago completo de un alquiler en una de las zonas más caras de la isla, pues mejor. Ella trabajaba para los Servicios Sociales del Ayuntamiento y no le pagaban mal, pero suponía que aun así le vendría bien alguien con quien compartir gastos.

Mi padre se quedaría más tranquilo, eso seguro, aunque ya tenía una edad. Estaba a puntito de cumplir treinta, no era ninguna cría y ya había vivido fuera mientras estudiaba la carrera y durante algún trabajo esporádico que me salió en Tenerife, pero yo era su niña, por eso me tenían tanto marcaje las señoras mayores del pueblo, mi padre lo pasaba muy mal cuando yo no estaba... pero yo que sé, es ley de vida, ¿no?

El timbre sonó como siete veces seguidas y oí golpes en la puerta. O el cartero venía meándose o a alguna vecina le había pasado algo, ¿un infarto? ¡Jolín! Eso de vivir en la casa del médico y la enfermera, todo el pueblo se pensaba que aquí se pasaba consulta gratis las veinticuatro horas del día y yo

de medicina entendía lo mismo que de chino, pero casi prefería un infarto que a alguien que estuviera de parto... que como Clara trabajaba como matrona en el Materno, más de una vez había ido a socorrer un parto que no quería esperar a llegar al hospital.

La cuestión, es que me pensé si abrir, pero al final me iban a echar la puerta abajo y mi padre se enfadaría y con mi padre la cosa funcionaba como con los árbitros de fútbol: dos tarjetas amarillas y tenías expulsión, o lo que es lo mismo, se ponía hecho un basilisco y te echaba el sermón del siglo. Pues sí, problemas del primer mundo, cuando tienes casi treinta años y vives con tu padre, te sigue echando la monserga como si tuvieras diecisiete y acabaras de llegar borracha a casa y con las bragas en el bolso.

Al final resoplé y abrí la puerta para ver a mi amiga Mayra hecha un mar de lágrimas en la puerta de casa.

—Mayra, cielo, ¿qué ocurre? Pasa, pasa. —Me aparté de la puerta y la dejé entrar.

Lloró un rato y oí como se sonaba de esa forma característica suya que parecía un elefante y siempre me hacía sonreír, aunque esta vez no lo hice. Mi amiga era hielo puro, ella nunca lloraba y estaba alucinando con ese ataque de histeria repentino. Dejé que se calmara tendiéndole un vaso de limonada fresquita y dulce que había hecho hacía un rato.

Bebió a sorbos y se fue tranquilizando.

—Voy a morir sola, tía. —Patidifusa me quedé observándola sin saber exactamente cómo reaccionar.

—¿Pero qué dices, Mayra? ¿Te has vuelto loca? —Le amonesté, intentando animarla a continuar hablando porque seguía llorando y yo empezaba a desesperarme.

—Joder, qué tengo treinta años —contestó, como si con eso ya lo hubiera dicho todo.

—Ya, sí, los mismitos que yo, bonita. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado? —Me empezaba a poner nerviosa, ella no era de montar ese tipo de espectáculos y no entendía qué le había pasado para que estuviera tan disgustada.

—Es que... ¿te acuerdas de Pablo?

—¿Pablo... Pablo...? No me suena —ironicé—, ¿ese es del que me hablas todos los días del mundo desde hace año y medio que empezaste a trabajar en el museo? —Mi amiga se enfurruñó y yo aproveché para meterme un poco más con ella, porque ella siempre se cebaba conmigo—. Sí, creo que sí... ¿Ese que te hace tener las bragas mojadas durante toda la jornada de trabajo?

—¡Mira que eres borde! —protestó mi amiga.

—¿De quién lo habré aprendido? A ver, cuéntame, ¿qué ha pasado ahora con Pablo? —Le pasé la mano por el hombro, tratando de consolarla y que se le quitara el mosqueo.

—Es que... creo que estoy enamorada de él —confesó al fin, y yo tenía ganas de soltar una carcajada, pero no era el momento. ¿Qué demonios le pasaba a aquella mujer? Si era la arpía más fría y calculadora que había conocido nunca. ¿Esa sensiblería de repente?

—Ya, claro, y lo seguirás estando hasta que logres que te empotre contra la primera vitrina que encontréis por el pasillo —sentenció.

—Yo nunca haría eso, respeto mucho la historia de nuestro país como para ponerme a *furrunguear* en medio del pasillo del museo —protestó seria. De verdad, a mi amiga me la habían cambiado.

—¡Qué *furruko*, ni qué *farruka*! Tú lo que necesitas es dejar tanta tontería y lanzarte de una vez —resolví, seria y firme a ver si espabilaba.

—Es que llevo un par de días viéndolo hablar mucho con Tatiana, una de las chicas de prácticas, creo que tiene veintitrés ¡veintitrés! Si acaba de

quitarse los pañales, no sé qué le ve. En fin, que se me estaba revolviendo el estómago al ver cómo se tocaba el pelo una y otra vez y pestañeaba tanto que parecía que se le había metido algo en el ojo. Pensé que Pablo pasaría de ella o sería educado y ya está, pero es que se ha puesto a responder al coqueteo... ¡Tía! Que hoy estaban hablando de ir el fin de semana a tomar algo... ¡Sí! ¡Un Baticao se van a tomar esos dos! ¡Joder con la niñata! —Mi amiga hablaba rápidamente sin respirar.

—¡*Stop!* —Grité—. Respira mujer, que te ahogas y no tengo al médico en casa para la reanimación cardiopulmonar. A ver, Mayra, con lo lista que eres para unas cosas y lo tonta que eres para otras... ¿pero qué esperas que haga?

—¡Que salga conmigo no con esa cría! —protestó.

—Pues díselo... Mayra, lánzate de una vez —repetí. Me levanté del sofá y tiré de su mano, arrastrándola hasta la cocina.

Se apoyó en la encimera mientras me veía trastear. Miré en la despensa a ver lo que tenía, con la intención de darle un desayuno que le subiera el ánimo, mientras ella seguía lamentándose.

—Es que es del trabajo, si me rechaza lo tengo que ver después todos los días. ¿Sabes lo incómodo que sería? —lloriqueó.

—Me hago una idea —murmuré, sin prestar demasiada atención mientras batía un par de huevos con ansias.

—Mira, llevo un año y medio currándomelo. Pablo y yo somos muy amigos. ¿Sabes cuántas horas nos hemos pegado hablando durante los últimos meses? —preguntó afligida.

—Las que debieron pegarse *farruqueando* —murmuré.

—¡*Furrungueando!* Se dice *furrungueando* y tú no tienes sentimientos... el tal Óscar no te partió el corazón, te lo quitó y se lo dio de comer a los lobos. —Se cruzó de brazos con un puchero y tuve que reírme.

En otro momento, me hubiera dolido que mentara a mi ex, que todavía a veces lloraba por él, aunque no entendía el motivo... pero mi amiga estaba tan simpática así, despechada por amor, que no podía enfadarme con ella. Dejé de escucharla protestar un segundo en lo que contaba las cucharadas de harina y azúcar y añadía un chorro de leche.

—Bueno, perdona mi falta de compasión. No te enfades. Sí, habláis por los codos en el trabajo, ¿y...?

—¡Y fuera! ¡Fuera del trabajo también! Estamos todo el santo día wasap viene, wasap va. ¿Qué significa esto ahora?

—Pues que os habéis hecho muy amigos y que ninguno de los dos da el paso que falta. Además, que quede a tomar unas copas con la nueva del trabajo no lo convierte en un imbécil, solo en un compañero amable al que le gusta pasarlo bien y divertirse. No quiere decir que vayan a acostarse juntos y si lo hacen, perdona que sea tan dura, no tiene que darte explicaciones porque entre ustedes no hay nada por el momento. —Me sorprendí al escucharme, nunca le había hablado así a mi amiga, pero era lo que pensaba. Ella se quedó con los ojos abiertos de par en par y se bebió el resto de la limonada de un trago.

Encendí la sartén con un poco de aceite y cuando se calentó, eché la mezcla. Mayra se había quedado callada observándome. Le di la vuelta con la espátula y segundos después lo saqué del fuego. Repetí la operación cinco veces más, mientras dejaba que mi amiga reflexionara sin atosigarla más.

Abrí la nevera en busca de algo que pudiera acompañar con las tortitas y aplaudí cuando encontré unos fresones en el cajón de las verduras. Sobre la tabla, laminé cada pieza, provocando un aroma delicioso que nos hizo relamernos de anticipación. Tres tortitas en cada plato, regadas por un buen puñado de fresas... pero faltaba algo.

—Espera un segundo, en seguida vuelvo —le dije a Mayra.

La bombillita de mi cerebro me recordó que en un recóndito lugar de

mi habitación había un bote de Nocilla, que no me costó mucho rescatar de dentro de mi maleta de viaje en el altillo del ropero. ¡Ole! Mi padre no lo había encontrado esta vez.

De vuelta a la cocina, eché tres buenas cucharadas en un bol que puse en el microondas unos pocos segundos, lo justo para que se derritiera el chocolate que dejé caer con suavidad encima de las tortitas.

Mi amiga me miraba con la boca abierta cuando le tendí el plato.

—¿Y esto? —Me preguntó, y ya parecía de mejor humor. El chocolate solía tener ese efecto.

—No has desayunado, ¿no? —Ella negó, saqué los cubiertos y fuimos hasta la mesa—, necesito quitarme el sabor asqueroso del pan de centeno.

—Si tu padre ve esto no te va a dejar usar su coche en un mes, lo sabes, ¿verdad?

Pero no pude contestar, estaba ocupada deleitándome en la mezcla de sabores en mi boca... «Dios, qué delicia», ya me ocuparía más tarde de eliminar las pruebas del delito.

—No me gusta verte así Mayra, si quieres que algo cambie, haz algo...

Mi amiga asintió y comimos en silencio el resto del desayuno (segundo desayuno para mí).

#### Capítulo 4: *Dum dum da da da dum*

Mi amiga Mayra era mi todo la mayor parte del tiempo. Era esa parte de la vida que me complementaba, que me ayudaba a ser mejor persona, a sentirme mejor persona... excepto cuando se descojonaba de mí, entonces no, entonces quería matarla por perra.

Era guasona a más no poder, a la mínima ocasión que tenía para gastarte una broma o ponerte en un compromiso, *zaas...* allí estaba ella. Pero también, en cualquier momento en el que me sentía mal, solo con una mirada, ella sabía que necesitaba un abrazo, o un sopapo, o ambos, vamos, siempre estaba dispuesta a dármelo fuera lo que fuese.

Por su forma de ser conmigo, me sorprendía tanto que luego fuera tan increíblemente tímida con Pablo. Un año llevaba hablando del tal Pablo ese de las narices, que igual él pasaba de ella y solo era su amigo o quizás no, pero vamos... que después de un año, algo debía notar en el interés de mi amiga hacia él. Estoy segura de que se habían acomodado, que todo era más fácil y cómodo siendo amigos. Hablaban horas. Reían juntos. Bromeaban. Se burlaban de los guiris que iban por el museo, con esas pintas que llevaban y nunca pasó nada más.

Pero Mayra y yo habíamos tenido «la conversación» después de que llegara a casa desalada, como si en lugar de ver a Pablo sonriendo y siendo amable con una chica, hubiera visto que se hincaba de rodillas a pedirle matrimonio a otra. Aquel dramático llanto solo podía significar que estaba colada hasta los huesos por él, así que era entendible que ese día que pensaba hablar con él estuviera más nerviosa que de costumbre.

Estuvo buena parte de la mañana en mi casa y, antes del mediodía, mucho más tranquila, después de desahogarse, se volvió a casa, pues tenía turno de tarde en el museo y tenía que prepararse.

Se miró en el espejo antes de salir y decidió que, repasarse el

delineador y una nueva capa de máscara de pestañas, no le haría ningún mal. Se atusó con delicadeza la melena rizada y poco más podía hacer, pues no le quedaba otra opción que ir al trabajo con el uniforme, que feo no era, pero bonito tampoco. Una falda entallada hasta la rodilla, en color negro, que al menos era negra, era una ventaja pues los últimos atracones a pizza frente al televisor le habían pasado factura y se habían acumulado en sus cartucheras (daba gracias al cielo por ese cincuenta por ciento elastán del material de la falda... un brindis por esa persona que decidió que si ponían el uniforme con tela que cediera no tendrían que dar uniformes nuevos cuando las empleadas engordaran o estuvieran en plena operación bikini...). En fin, como decía; falda negra, blusa blanca bastante simple y holgada que rellenaba con dos buenos melones, porque Mayra tenía mucho de todo, entre otras cosas, dos buenas tetas que siempre le había envidiado, la muy puta.

La cuestión, es que poco más podía hacer para sentirse más atractiva, porque he de decir, que lo de los zapatos horribles no era negociable para ella, se había gastado un dineral en comprárselos y no existía otra opción, creedme, lo intenté mucho... odiaba esos zapatos, por Dios, si viviera con ella los quemaría.

Según fue pasando la mañana, Mayra se fue tranquilizando y antes del mediodía se despidió, puesto que tenía que pasar por casa a cambiarse para ir al trabajo y supe que estaba de mejor humor cuando, a media tarde, me mandó una foto de sus piernas cruzadas con aquellos horribles zapatos. Sonrió pensando en mí y tecleó un escueto mensaje.

MAYRA 

«¿Crees que ha tenido algo que ver estos maravillosos zapatos en mi no conquista?».

Tuve que reír. Mira que eran feos los jodidos.

ARINEGUA 

«Probablemente. Creo que le he visto unos iguales a doña Fefina».

Mi amiga me contestó con un emoticono de una peineta y supe que ya se le había pasado el berrinche, así que me despreocupé mientras ella seguía dándole vueltas a lo que habíamos hablado.

Las manos le temblaban, porque sí, porque conocía a Pablo desde hacía un año, y hablaban continuamente, pero nunca había estado tan decidida como ese día. Jamás se planteó ser clara con él, estúpidamente, pensaba que él terminaría dando el primer paso. Es lo que tenía criarse con Concha, era una señora mayor que le inculcó el valor de hacerse desear... pero vamos, que ya se estaba pasando el tal Pablo y encima la niñata esa que acababa de llegar al museo, ah, no, no, no... un año currándoselo, no lo iba a tirar por la borda; era ahora o nunca.

Tembló todo el camino, mientras conducía cantando a voz en grito *Breathe* de Jax Jones e Ina Wroldsen y se cagó en todos sus antepasados por haber aprendido inglés tanto como para traducir mentalmente lo que decía, y sí, exactamente así se sentía ella, necesitaba saber si él estaba sintiendo lo mismo o era muy tarde... y sí, debía admitirlo, le costaba respirar, porque Pablo estaba allí, en su cabeza y no sabía si hacía «*Dum dum da da da dum*» tal como decía la canción o qué demonios era, pero la tenía totalmente atrapada.

De ese día no pasaba... allá iba...

Aparcó. Y no a la primera, tuvo que soltar un par de improperios para dejar el coche perfecto, en un hueco en el que le sobraban, al menos, dos metros, así de nerviosa iba.

Respiró hondo. Se bajó del vehículo y se colocó la falda y la blusa, miró sus zapatos y sonrió al recordar todas las bromas que le hacía por ellos y cuánto los odiaba, a veces, pensaba que era más feliz sabiendo que me dolían los ojos al verle esas cosas tan feas en los pies. Respiró hondo y caminó

decidida.

Como trabajaba en una de las zonas más transitadas de la isla, tenía un garaje alquilado muy cerca del museo, así que en dos minutos llegó, miró la hora, aún era temprano. Bajó a los vestuarios, donde tanto el femenino como el masculino compartían una zona común de taquillas. Miró el reloj de nuevo. Pablo era el ser más puntual del universo, así que sabía que, apenas en unos minutos, entraría por el vestuario, se quitaría la sudadera, la doblaría con cuidado y la guardaría en su taquilla junto a su mochila... era ordenado, el jodido y a Mayra le gustaba incordiarle tirando su chaqueta de cualquier manera en uno de los bancos, mientras se colocaba la tarjeta identificativa. Más de una vez, él se acercó con la excusa de decirle cualquier tontería y la doblaba y se la tendía... ella, que era muy puñetera, se descojonaba por dentro y le daba las gracias antes de guardarla en su compartimento. Pablo el cuadriculado.

Sintió unos pasos en la escalera y sabía que era él, porque podía oler su perfume desde donde estaba, eso o estaba obsesionada con él, que también era posible. O no, porque tampoco era para tanto, que Pablo estaba bueno un rato pero poco más, o no... bueno, no tenía ni puñetera idea, estaba hecha un manojo de nervios, eso sí lo sabía y no era el momento de enumerar sus virtudes y qué grado de *encoñamiento* tenía con él.

—Hola, bicha, ¿qué tal? —Se acercó, le dio un beso en la mejilla tirando a la sien, porque era tan alto que tenía que agacharse para llegar a besarla bien.

—Hola, nene. Tengo sueño... —protestó bostezando, claro, todo era parte de su maquiavélico plan de estar ahí rezagada esperando por él, que llevaba ya diez minutos haciendo el gilipollas en el vestuario y si él se entretenía arriba, antes de ir a soltar sus cosas, podría preguntarse qué hacía ahí abajo... pues eso... pachorra post almuerzo.

—Pero si son las tres de la tarde, chiquilla, serás gandula.

—Eh, no te metas conmigo *Pablito*, no me toques los ovarios, que acabo de pegarme un *platazo* de lentejas con chorizo de mi abuela Concha y estoy que me voy quedando dormida por los rincones. —Otro vil embuste, que el olor a lentejas inundaba la casa desde las once de la mañana, pero no había sido capaz de tomar más de un par de cucharadas, los nervios inflaban su estómago y no le entraba la comida.

Pablo rio y la miró a través del espejo en lo que se colocaba su identificación y sus variopintos e inútiles utensilios de trabajo en el cinturón. Mayra vio como fruncía el ceño, mirándola con intensidad y ella desvió la vista hacia abajo para que no se le notara que se había ruborizado.

—Eehh... tú te has maquillado. ¿Tienes planes esta noche? —le preguntó Pablo, el perspicaz.

—¿Eh? No, no... estoy como siempre.

—De eso nada, te has puesto lápiz de ojo y tienes más pestañas que la del anuncio ese de L'Oréal —. *Cagüen* el puto Pablo, no podía ser como todos los hombres del universo y no fijarse en los cambios de una tía ni aunque se rapara la cabeza.

Se encogió de hombros y Pablo reía por lo bajini.

—Oye, Pablo —se giró hacia él, repitiéndose interiormente: «Tú puedes, tú puedes, tú puedes...», y claro que podía joder, Mayra era la tía con menos pelos en la lengua que conocía en el mundo mundial... vamos Mayra, déjate de mariconadas y arranca.

Justo en ese momento se oyeron pasos en la escalera, ambos desviaron la vista y vieron como dos compañeros del turno de tarde bajaban entre risas y bromas...

«*Stop*», se dijo... «Ridículo vale, pero con público no».

—Mayra... ¿ibas a decirme algo? —Pablo terminó de colocar sus

cosas y encendió el *walkie*.

—No, no, luego hablamos, que ya es la hora.

Asintió y subió las escaleras, ella lo siguió refunfuñando. «Debí ser más rápida, cojones... treinta segundos he tenido, dame un respiro...» discutió con su yo interior.

Fue hasta el mostrador para comprobar en la agenda el *planning* de la tarde y a qué hora sería la próxima visita, para ir preparando las cosas. Comprobó el correo electrónico y contestó un par de llamadas en la centralita, se metió en la rutina y se olvidó de sus nervios, hasta que lo vio pasar por delante del mostrador.

—¿Un café? —Le ofreció él. Arrugó la nariz, nunca tomaba café después de las dos de la tarde, le daba serios problemas estomacales que no le gustaba asumir en el baño del trabajo—. ¿Coca cola? —preguntó antes de que se negara... Pablo era listo y un poco cotilla también y Mayra tenía algún plan ese día y no se lo quería contar. Sonrió al ver como Mayra asentía y que, de pronto, se había vuelto a poner a temblar otra vez.

—Tengo unos minutos antes de que llegue la próxima visita —contestó en un murmullo—, vamos al *office*, anda. —Y se alteró sabiendo que a esa hora el *office* estaba vacío, escuchó cómo llamaban a Pablo por el *walkie*, pero él no le prestó atención —. Te está sonando esa cosa —dijo como si él no se hubiera dado cuenta.

—Es mi momento de descanso, que se esperen.

—Tendrás morro, si acabas de llegar —rio.

—Pero estoy cansado —le guiñó un ojo, que hizo que algo se contrajera en su estómago.

¿Por qué le gustaba tanto Pablo y por qué le ponía tan nerviosa? Si ella no era especialmente tímida con los chicos, aunque nunca le había sido necesario dar el primer paso... ya lo dice el dicho popular: dos tetas tiran más

que dos carretas. En cuanto se ponía a coquetear con alguno, no tardaba en ir a por ella. Sin embargo, tampoco es que tuviera una larga lista de conquistas; había tenido un par de relaciones serias y algún beso al fondo de una disco con algún que otro desconocido de una noche de borrachera en su adolescencia, pero poco más.

No obstante, Pablo no se había lanzado, era tímido, aunque no con ella. Había dejado de serlo desde hacía mucho, pues se habían hecho muy amigos con el paso del tiempo. Cuando se conocieron, él salía con alguien, una relación de trece años que acabó dos meses después de conocerlo, por la que pasó por un infierno. Era tan cerrado, que Mayra tuvo que sacarle con sacacorchos cómo se sentía y estuvo a su lado mucho tiempo y yo lo sabía porque mi amiga, no había sido muy discreta con la intimidad de él, me había contado con pelos y señales cada lágrima, cada momento de bajón, cada suspiro, cada abrazo... y poco a poco, sin darse cuenta, se fue prendando de él, pero él le había dicho tantas veces: «Paso de tías, no quiero saber nada de ellas» que al final lo había creído, sobre todo, cuando un día le respondió entre risas: «Pablo, te das cuenta de que soy una tía, ¿verdad?». «Tú no eres una tía, eres mi amiga» y se le sacudió el corazón de decepción. Fue la primera vez que supo que aquel chico, le hacía tilín y que el muy imbécil no se enteraba un pimiento de nada.

Pablo le tendió una Coca-Cola que acababa de sacar de la máquina, aquel *aparatejo* cada pocos minutos volvía a sonar, llamándole, y la estaba poniendo más nerviosa aún.

—Pablo... —Abrieron la puerta del office. «Me cago en mi vida, ¿y ahora qué?», giraron los dos la cabeza hacia la puerta y vieron entrar a la de prácticas.

—¡Hola, Tati! —Sonrió él, sonrió mucho, mucho más de lo que estaba permitido para que mi amiga no se mosqueara aún más.

«Lo que me faltaba ahora era esto, a la niñata de los cojones que cada vez que lo ve se toca el pelo... perra... Ah no, de eso nada», se dijo.

—Ay, Tatiana, por fin te veo... Servando te estaba buscando como un loco —tanto para Mayra, que vio su cara de fastidio al darse la vuelta e irse por donde había venido. Mayra rio por lo bajini.

Se mordió el labio, cuando por fin se quedaron solos y su amigo estaba extrañado, lo sabía, el muy capullo sabía identificar cuando mentía, aunque le había salido rápido y natural, sabía que no era verdad.

Mayra estaba ahora nerviosa y cabreada, porque sí, porque Tatiana le sacaba de sus casillas aunque la chiquilla tampoco tuviera culpa de ser guapa y simpática y de que le gustara Pablo, que a mí no me parecía especialmente atractivo, pero era mono y tenía una sonrisa bonita. También un poco dolida por tener que lanzarse ella, pero ya no había vuelta atrás, lo había decidido y las decisiones de mi amiga eran sagradas.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó él, cansado de ver como Mayra se debatía entre hablar o salir por piernas de allí. Que ella era Mayra, la de las decisiones cerradas, pero siempre había un momento para cambiar, ¿no?

—Mira, tío. —Se envalentonó y vio como Pablo levantaba las cejas sorprendido por la expresión y el tono—. Nos llevamos súper bien, somos buenos amigos, pero llevo más de un puto año colada por ti, deseando que me empotres sobre cualquier vitrina.

La cara de Pablo era un poema, y ella estaba a punto de echarse a reír y decirle: «Que es broma, zoquete...» pero no podía, se había quedado de hielo y piedra. No decía nada, lo había dejado sin palabras, que no es que él fuera de explayarse, pero esperaba algo, alguna reacción.

Se apoyó contra la pared que estaba detrás de ella, intentando controlar el temblor de sus piernas. «Es normal que reaccione así, siempre he sido tímida con él», se intentaba convencer para insuflarse valor y seguir

hablando.

—Pablo, es que... joder, tú nunca has sido muy lanzado, ni muy extrovertido y suponía que, en algún momento, te atreverías a pedirme salir, porque pensé que yo te gustaba, pero necesito saber si somos solo amigos porque ahora, te he visto coquetear con Tatiana y eso me cabrea mucho y lo siento, porque tú no tienes la culpa, pero es que conmigo nunca has hecho la más mínima señal, no has respondido jamás a ninguna de mis puntas y yo pensaba que no te enterabas un carajo... pero Tati... joder... esto es ridículo, perdona —masculló.

Y allí, el muy capullo sonrió de medio lado y respondió al *walkie*, que no había dejado de sonar en todo el tiempo.

—Tengo que volver al trabajo —le respondió y Mayra sintió que se moría de vergüenza.

«Cojones, se lo tendría que haber dicho justo antes de marcharme», masculló cuando lo vio salir por la puerta del *office*. ¿Podría fingir una indigestión y escaquearse de su turno? Miró el reloj, en apenas unos minutos llegaría su grupo, tenía que ir a trabajar, aunque no tuviera ganas de hacer otra cosa que no fuera saltar con fuerza para ver si el jodido suelo se abría bajo sus pies y le tragaba la Tierra.

Intentó olvidarse de Pablo, del ridículo que había hecho y de la forma más descarada en la que le habían dado calabazas en la vida. Trabajó concentrada, estaba orgullosa de su profesionalidad y por alguna fuerza divina se produjo el milagro de no volver a cruzarse en toda la tarde con su amigo... «Joder, qué puta vergüenza», se decía cada vez que lo pensaba.

Cuando acabó su turno, se escabulló rápidamente dándole las buenas noches a Servando, que aún estaba en la recepción haciendo algo, aunque tendría que haberse marchado hacía un rato. En otro momento, quizás le hubiera preguntado si necesitaba ayuda, pero ese día no, ese día salió por

piernas de allí.

No corrió hacia el coche porque le daba vergüenza y refunfuñó cuando Luis Fonsi cantó lo de «*No eres tú, no eres tú, no eres tú, soy yo. No te quiero hacer sufrir. Es mejor olvidar y dejarlo así. Échame la culpa*». Odiaba al Luis Fonsi de las narices y odiaba a su puñetera estampa y un poco a mí también, por haberla empujado a hablar con Pablo de lo que sentía... pero vamos, que yo era bruta, pero ella me ganaba por goleada, que lo había dejado flipando y lo había espantado. Dónde quedaría lo de: «¿Oye, Pablo. Te apetecería que quedáramos a tomar una cerveza una tarde de estas?» Que lo de estamparle contra la vitrina estaba bien como broma entre nosotras, pero a un tío tan tímido como él, quizás había que entrarle más suave.

El camino de Vegueta a los Lentiscos no era demasiado largo, apenas quince minutos, pero a mi amiga se le hizo eterno. Su abuela no estaba en casa cuando llegó pero Coco, el gato que habían adoptado hacía unos años cuando Chispita murió, se acercó a saludarla, restregándose por sus piernas. La bola peluda de color blanco siempre le hacía sonreír, pero hoy no tenía demasiadas ganas, solo lo cogió y lo acarició con cuidado, mientras el bicho ronroneaba. Se tiró en el sofá con él sobre su regazo.

—Coco, soy estúpida. —El gato no hacía otra cosa que restregarse contra su mano—. He hecho el ridículo de mi vida y lo que más me jode es que Pablo y yo somos muy amigos, no quiero perderlo. ¿Qué hago, Coco?—. Lógicamente, al animal le importaba un carajo si Mayra quería trajinarse al de seguridad del museo, si le gustaba o si él había pasado de ella, solo quería más caricias y, a poder ser, una buena ración de croquetas de salmón. —Pues me jode pero es lo que hay, así que, a tragarme mi orgullo y a hacer como si nada. Si él no me corresponde, a otra cosa, mariposa. Al menos dejaré de perder el tiempo.

Coco ronroneó y ella lo agarró por su carita y le dio un beso en el

hocico, lo dejó en el suelo y fue hasta la cocina. Después de rellenar el recipiente del agua y comida del animal, fregó un par de platos que había en el fregadero y fue hacia la despensa, donde se armó de chuches, chocolate y patatas de bolsa. Un arsenal de tal envergadura, que si lo viera mi padre, le daría un infarto.

Una de las cosas buenas que tenía Mayra, es que nunca perdía el sueño por nada, así que esa noche, después de comerse las calorías de un mes entero de una sentada, se puso el pijama y cayó en trance hasta el día siguiente.

## **Capítulo 5: Sabrina, directa a la yugular.**

Mi amiga Sabrina estaba buena, la muy perra, tenía una seguridad en sí misma que ya la quisiera yo para mí. Sin embargo, aunque a primera vista podía dar otra impresión era mujer de un solo hombre, eso quiere decir que llevaba desde los trece años saliendo con Salva, al que idolatraba y con el que yo siempre pensé que se casaría y tendría al menos tres hijos que deformarían su perfecta figura, es más, soñaba con que llegara ese momento, sí, es cruel, lo sé. Está buena, os lo he dicho y la odio por ello. Pero lo cierto, es que la quiero por tantas otras cosas, que al final se me olvida que es perfecta.

Siempre ha sido una mujer de ideas claras, bueno, siempre no ha sido una mujer, antes era una niña, luego una adolescente y luego en lo que se ha convertido ahora, claro, pero con la mente muy centrada. Esto lo quiero, ¿puedo cogerlo? Pues lo cojo y es mío, no necesito otra cosa.

En el colegio, se enamoró de Salva con el que ya llevaba unos años jugando a descubrir sus cuerpos. Se conocían de toda la vida; fueron juntos a la guardería, luego al cole y cuando llegaron al instituto, ya eran novios. Había muchos chicos guapos en el instituto que la rondaban, pero a ella le importaban un pimiento. Salva cubría todo lo que necesitaba: era su amigo, podía confiarle las cosas que le preocupaban, la hacía reír a carcajadas, y le daba aquellos besos que la ayudaron a descubrir que había un cosquilleo muy chulo que solo ocurría cuando sus bocas se juntaban (más adelante supo que no era solo al juntar sus bocas, sino que también sucedía al juntar otras partes de sus cuerpos). Nunca miró a otro chico. Ni en el instituto, ni en la universidad y las compañeras le preguntaban por qué, por qué bloqueaba los mejores años de su juventud por un amor de patio de colegio, pero ella era feliz y no concebía otra forma de hacer las cosas.

Esto puede extrañar a mucha gente, claro, no me veo yo saliendo con aquel chico, de cuyo nombre no puedo acordarme, que fue el responsable y

encargado de darme mi primer beso con lengua. Aun así, era inevitable pensar que Salva era un capullo hijo de puta, porque si llegados a un punto, te das cuenta de que la persona con la que compartes tu vida no es más que tu mejor amiga, que te lo pasas de la hostia y que en la cama tenéis fiesta cada vez que os apetece, pero que poco más donde rascar hay, pues estaría bien que hablaras con ella y lo comentaras antes de follarte a media plantilla del hotel donde trabajas. Mal, Salva. Mal. Salva el capullo por los siglos de los siglos, amén.

Pero allí estaba mi amiga, tirada en el sofá de su salón, en pijama. ¿Se había duchado hoy? Probablemente no, ya lo haría más tarde, primero pediría unas pizzas, o una mejor, que ahora comía sola y no era plan de ir tirando comida a mansalva. Yo la había llamado hacía unos días y ella, que creía mucho en el cosmos, en el destino y en el karma, supo que todo aquello que había pasado sucedía por algo y ese algo era, que ella y yo estábamos predestinadas a vivir juntas de nuevo, rememorando nuestros años universitarios. No sé yo si mi cuerpo sería capaz de revivir aquellos años al mismo ritmo, pero me agradaba que mi nueva aventura, fuera a comenzar de la mano de mi amiga.

Vale... era el destino, en su mente lo veía claro, pero, joder, cómo dolía. Mierda de Salva. Salva, capullo asqueroso. Hacía semanas que lo habían dejado, llevaba todo ese tiempo tragándose sola aquello. No había querido contar nada a la familia, aún no, no estaba preparada, no porque pensase que las cosas pudieran arreglarse. No. Nunca. Jamás. Pero dolía demasiado, necesitaba contarle cuando le fuera más indiferente el asunto. Ya había llorado todo lo que tenía que llorar, eso también lo sabía, nunca delante de Salva, por supuesto. A ese capullo le tiró las cosas por el balcón, escena digna de la película de *The Mexican* de Julia Roberts, bueno, realmente digna de cualquier película americana, pero lo hizo y la satisfacción que sintió al ver

su ropa de marca esparcida por el asfalto fue infinita.

Y ahora me tendría a mí, no un hombro sobre el que llorar, ¡no! Sino una amiga con la que pasarlo bien, con la que convivir en paz y armonía, con la que irse de fiesta, pues tenía necesidades que tenía que cubrir y con urgencia, jamás en toda su vida había pasado tantas jornadas de abstinencia desde que se desvirgó a los dieciséis. Su sexo brincaba de felicidad por la idea de un revolcón, lo necesitaba; urgentemente, porque traspasar su ropa interior con la mano y hundir sus dedos entre sus pliegues, había dejado de satisfacerla lo suficiente.

Con parsimonia, fue pasando pantallas en su móvil hasta dar con el calendario, aún le quedaban dos semanas para que me instalara en su casa y pudiera urdir un magnífico plan que no podría rechazar. Yo, de marcha, a mis años, con mi falta de práctica, si a la una ya me iba quedando dormida por los rincones. Sin embargo, ambas sabíamos que haría cualquier cosa por mi amiga, para que se sintiera bien, incluida esa.

Recibió un wasap en su móvil:

SALVA 

«Hola, chiqui. ¿Te puedo llamar?».

Salva. Asco. Vomitar. Odio. Ya no era su *chiqui*, eso desde luego y lo que menos le apetecía del mundo era hablar con él, pero no le contestó, decirle un simple «no» ya le daría pie a seguir hablando.

SALVA 

«Venga, cielo. Necesito que hablemos. Te echo de menos».

Insistió él. Sabrina resopló y tecleó un escueto:

SABRINA 

«Déjame en paz, no me hagas cambiar de número de teléfono».

Funcionó. Al menos, durante el resto del día, no tuvo más noticias de su ex. Sin embargo, algo se había instalado en su estómago al leer su última

frase. Besos. Cosquillas. Fuegos artificiales. Sexo. Jadeos. Más fuegos artificiales. Orgasmos. Necesitaba follar y cuanto antes.

Se fue directa a la ducha, tras lo cual, se cambió de ropa. Necesitaba hacer algo para distraerse. Se puso un vestido y tacones, no por nada en especial, siempre vestía con tacones, le gustaban. Cogió sus cosas, saliendo del edificio mientras marcaba un número en su teléfono móvil.

—Eh, hola Ramón, ¿qué tal va por ahí? —Ramón era un becario del Ayuntamiento que llevaba trabajando unos ocho meses en su departamento. Era un chico joven, no podía tener más de veintitrés o veinticuatro años y era seco a más no poder; callado, observador. Sabrina se llevaba bien con él, supongo que porque ella le contaba muchas cosas y él la escuchaba, no sé si por respeto o porque mi amiga le caía bien, era todo un misterio. Durante sus vacaciones, se haría cargo del trabajo que ella le había dejado organizado.

—Raymond —contestó él, escuetamente. Pues no, Ramón no era su becario. Raymond era su becario y sí, era un poco desabrido. No sé por qué a Sabrina le resultaba tan simpático bromear con él porque estaba segura de que a él no le hacían ni puñetera gracia sus bromas. No era especialmente guapo, tampoco feo, del montón, vamos. Tampoco tenía un cuerpo de escándalo, en el gimnasio no se mataba, saltaba a la vista. Llevaba el pelo demasiado largo y ese intento de barba era penoso. Tenía un humor ácido que a Sabrina le encantaba y mi amiga estaba segura de que esa sequedad se le pasaría con un polvo—. Todo bien, no hay imprevistos, jefa, a lo tuyo.

—Ay *Ramoncito*, *Ramoncito*, que yo no soy tu jefa, joder, qué pesado.

—Raymond.

—Voy de camino. —Cambió de tema mi amiga.

—¿Para qué? Está todo bien, desconecta y descansa.

—Necesito comprobar algo —le explicó escuetamente.

—Dime qué y yo lo miro. —Se ofreció el muchacho—. ¿Está en tu

ordenador?

—No, no. Tengo que comprobarlo personalmente. No te vayas, que en diez minutos llego —dijo, poniendo el coche en marcha.

—¿Y a dónde narices me voy a ir si aún me queda un buen rato para salir del trabajo?

Pero esto último, ella no lo escuchó, ya había cortado la comunicación. El camino era corto y no había demasiado tráfico, así que llegó en seguida. Aparcó en doble fila, porque había dado permiso a Raymond para usar su plaza en los días que ella se ausentara.

Pasó a la oficina, debía ser la hora del café porque no había un alma por allí, bueno, menos el becario, que andaba enfrascado en algo frente a su ordenador.

—¡Hola! Ya he llegado. ¿Me has echado de menos? —bromeó Sabrina.

—Pero si solo llevas cuatro días de vacaciones.

—Yo a ti también, eh, petardo —bromeó con una risa—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan arisco?

—¿Estoy? —preguntó él con curiosidad, levantando una ceja sabiendo que no era un estado transitorio de su personalidad, sino algo más bien estable. Mi amiga sirvió dos cafés en la Nespresso que había en un rincón del despacho y le tendió uno a Raymond.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Él no respondió, porque sabía que de nada le iba a servir, ella hablaría y preguntaría de todas formas—. ¿Necesitas follar?

Raymond escupió el sorbo de café que acababa de meterse en la boca, tosiendo. Mi amiga esperó unos segundos a que recuperara la compostura, mirándose las uñas hasta que dejó de toser. Lo de ligar lo tenía oxidado, vale. Pero no podía ser tan difícil, ¿no?

—¿Qué? —masculló. ¿Eso era miedo? Joder, le tenía miedo. A ver...

calculó mentalmente, cuántos años podía tener... mmm... bueno, igual es que...

—¿Eres virgen? —preguntó mi amiga y juro que lo decía sin maldad alguna, es que ella era así, clara, directa y concisa.

—¿Pero qué dices? —Parecía indignado. Sabrina miró la hora. Igual es que hablar de ese tema en horas de trabajo no le gustaba, pero es que ella tenía el coche en doble fila, no podía andarse con demasiados preámbulos. Le faltaban unos diez minutos para el fin de la jornada, así que se mantuvo en silencio.

—A veces no entiendo tus bromas, de verdad. —Raymond se giró hacia el ordenador y siguió a lo que estaba, Sabrina esperó, jugueteando con el móvil a que se hiciera la hora de salir.

A las dos de la tarde, cuando el chico comenzó a recoger sus cosas y apagó el equipo, Sabrina se puso en pie, esperando a que saliera del despacho para ir tras él. Fueron juntos hasta la puerta de salida.

—¿Pero tú no tenías algo que comprobar? —Le preguntó flipando. No lo culpo. Mi amiga era rara de cojones a veces. Ella se encogió de hombros y caminó a su lado hasta su coche, bloqueado por el de mi amiga, que seguía en doble fila con los intermitentes puestos. Bien. No se había quedado sin batería. Eso era buena señal—. Bueno, jefa, procura descansar.

—No soy tu jefa, Ramón.

—Raymond. —Igual tomarle el pelo no era la mejor manera de ligar con él.

—Oye, Raymond... una cosa.

—Dime —contestó él, mientras sacaba la llave de su coche del bolsillo y le daba al botón del cierre centralizado.

—¿Te apetece follar? —A él se le cayeron las llaves. Las cogió del suelo. No parecía sorprendido. Era listo el jodido, en menos de dos segundos

supo encajar la actitud extraña de ella y que no estaba bromeando. Ya la conocía demasiado bien.

Supongo que por su cabeza, pasó por qué una tía de treinta años o más, que estaba como un queso, querría follar con un tipo como él, de su edad, tirando a fondón y sin un estilo claro de vestir (lo primero que pillaba, ese era su estilo), pero bueno, hacía tiempo que no estaba con ninguna chica y con ella se llevaba bien, no lo juzgaba por ser el tipo más raro en cien kilómetros a la redonda.

Ella supo que la respuesta era sí, porque si no, no le hubiera dado de nuevo al botón del cierre centralizado de su coche, subiéndose en el asiento del copiloto de mi amiga. Así era Sabrina, franca, directa; quería algo, ¿puede tenerlo? Pues lo coge. ¿Que él era parco en palabras? pues ella lo respetaba.

No esperaba una gran tarde de diversión, pero tampoco que terminaría frustrada con un chico que hasta había temblado para ponerse el condón y que al tercer empujón se había corrido. «Joder. Me cago en todo lo que se menea, espero que no sea virgen...» pasó por su cabeza.

—Raymond... —Y esta vez dijo su nombre bien a posta, no estaba la situación como para bromear con el pelamen—. Oye Raymond, ¿eras virgen?

—Que no, joder, que no soy virgen. Que me impones un huevo, que así no se puede follar —contestó, enfadado.

—Oh, ah... vale, vale, Raymond. Perdón, no te ofendas. Es que, Raymond, yo no he terminado. —E intentó sonar amable y cariñosa y que no se viera la mala hostia que le estaba entrando.

—Vale, por fin te has aprendido mi nombre, deja ya de repetirlo —masculló, como para salir del paso mientras se colocaba la ropa interior y los vaqueros—. Me voy, no hace falta que me lleves, ya cojo un taxi hasta mi coche.

—Pero, ¿qué te pasa, chico? Relájate un poco, deja de fruncir el ceño

y diviértete por una vez en tu vida. No pasa nada.

Sabrina se levantó desnuda del sofá y caminó descalza hasta la cocina de donde trajo dos cervezas, otra cosa no, pero cervezas no faltaban nunca en esa casa, eran sagradas.

Le tendió una al chico, que la miraba embobado. Lo he dicho ya, estaba buena un rato... así que, simplemente, abrió la suya dando un buen sorbo. «¿Había una imagen mejor en el universo que una diosa completamente desnuda, sin vergüenza, ni tapujos, tomando a tragos una cerveza bien fría?», pensó.

Él, soltó la camiseta que tenía en la mano y que pretendía ponerse, y abrió la cerveza, dando un buen trago. No podía dejar de babear mientras miraba a mi amiga. Tenía los pezones erizados, las mejillas rojas, los labios hinchados de la media hora de besos y mordiscos, de preludios sexuales que habían tenido y olía deliciosamente bien. Se relajó un poco cuando ella le sonrió.

—¿Mejor? —Él asintió. Brindaron y dieron un nuevo trago a la cerveza. Sabri acabó la suya, tenía la garganta seca y otras partes demasiado húmedas y calientes. El chico en cuestión necesitaba un empujoncillo—. Oye, cielo, ¿qué te parece si sueltas la cerveza, te pones cómodo, me tumbo en este sofá, me abro de piernas y entierras tu lengua entre mis pliegues?

Palabras mágicas, oiga, el latigazo que sintió Raymond en su polla ya no le dejó pensar. Automáticamente, soltó la lata de cerveza en la mesa del salón y se puso de pie, quitándose los vaqueros. Para cuando lo tiró por ahí, ya Sabrina estaba tumbada, con las piernas abiertas y completamente expuesta a él. No fue fácil. Ni rápido. Pero fue placentero y el chico era aplicado. Tras guiarlo cuando se desviaba del punto y con la velocidad y profundidad, clavando las uñas en sus cojines, Sabrina se dejó ir, notando por fin las convulsiones que había ansiado durante tantos días.

Esta vez Raymond no dudó y tardó apenas unos segundos en colocarse el preservativo, subiéndose encima de ella, que seguía tumbada y enterrándose en lo más profundo de su sexo de una estocada, haciéndola temblar de puro éxtasis. Movi6 las caderas. Rápido, contundente, profundo y un buen rato después, cuando ella se dejó ir de nuevo, se corrió. Así sí, chaval.

Parecía algo avergonzado cuando se vestía, unos minutos después.

—No hace falta que te vayas todavía, podemos comer algo, si tienes hambre.

—No puedo, pero gracias, por todo. —¿Le estaba dando las gracias por un polvo?

—Ehh... de nada, de nada.

Raymond se fue unos minutos más tarde. Pasó por la ducha de nuevo y desnuda como estaba, se metió en su cama, sacó el vibrador con el que jugueteó un rato hasta correrse de nuevo y lo dejó en la mesita de noche, antes de taparse y quedarse dormida durante buena parte de la tarde.

## Capítulo 6: ¿Se puede saber qué haces, imbécil?

Esa tarde, después del mensaje de Mayra con aquellos horrendos zapatos, me dediqué a empezar a empaquetar mis cosas haciendo una pequeña selección de lo que me llevaría a tierras majoreras. Terminé agotada y con todo manga por hombro, así que a eso de las diez de la noche, tras una ducha, cené una crema de verduras y una tortilla francesa que Clara me había dejado en el microondas y caí rendida.

A la mañana siguiente, me costó levantarme y tenía hasta agujetas, pero debía salir a comprar el pan, como cada mañana, para el desayuno familiar.

Esta vez le tocó el turno a Tomás, que refunfuñaba porque quería quedarse viendo Doraemon antes de tomarse la leche, como hacía cada día, pero por mis narices que yo no volvía a entrar a donde don Alberto... me negaba.

Esta vez, fui más lista y le apunté en un papel a mi hermano lo que tenía que pedir al dependiente y le di el dinero. Me daba remordimientos cruzar la calle porque Tomás estaba medio loco y si salía corriendo y lo atropellaba un coche me podía dar un soponcio. Así que me esperé cerca de la panadería, fuera del alcance de la visión de los que la ocupaban.

—¡Ariiiii! ¡Arineguaaaa! —chilló mi hermano saliendo hasta la puerta —, que dice el señor de la tienda que te falta un euro.

—Me cago en todo lo que se menea con el Mario de las narices. —Me acerqué a la puerta y saqué un euro del bolsillo que le di a mi hermano, sabiendo que no me había equivocado en las cuentas, que incluso le había dado de sobra y que Mario intentaba dejarme en ridículo.

Había una reunión de la tercera edad femenina dentro de la panadería y todas cuchicheaban mirando para mí mientras negaban con la cabeza y yo no podía ponerme más roja de la vergüenza.

Mario agachó la cabeza disimulando la risa y pese al mosqueo que

tenía tuve que echarme a reír. Mi hermano salía con una bolsa más grande que él. Le había dado el pan de centeno más grande de toda la tienda.

—¡Mira, Ari! El señor me ha regalado una piruleta. —A mi hermano iban a salirse los ojos de las órbitas.

—Dios mío, esconde eso. Si papá la ve, no me deja traerte más a la panadería. —Mi hermano se metió la piruleta en el bolsillo, más feliz que unas castañuelas.

—Pues me cae bien el señor ese —me dijo, con una sonrisa.

—Qué señor, ni qué señor... —Le di la mano a mi hermano y, sin decir nada más, emprendí el camino de vuelta a casa. Al menos me había puesto todo lo que estaba en el papel.

Durante el día, seguí preparando cosas para la mudanza. Envié tres cajas de trastos por mensajería a casa de mi amiga y recibí una llamada del despacho para que me presentara el siguiente viernes, pues había Consejo de Dirección y necesitaban que conociera al equipo directivo y demás jefes y delegados de áreas que se reunían trimestralmente en la sede de Corralejo.

Estaba súper nerviosa, que el primer contacto con mis compañeros fuera en un Consejo de Dirección imponía respeto, estaba preparada para asumir el trabajo, pero mediar con las altas esferas de una Fundación tan importante daba miedo. Tenía que estar en Corralejo a las nueve de la mañana, así que tenía que coger el vuelo de las siete.

Mi padre insistió para que me llevara su coche para ir hasta el aeropuerto y que luego lo dejara en el parking porque levantarse a las cinco y media para dejarme allí no estaba contemplado.

Tras la ducha más silenciosa de la historia, bajo amenaza de muerte de Clara si despertaba a los niños, me vestí rápidamente. Temblaba desde que me había levantado, realmente temblaba desde que me había acostado la noche antes. Así que intenté mantener la calma para no caerme con mis zapatos de

tacón de aguja. Tenía que ir vestida de forma elegante, así que me había decantado por un pantalón negro y una blusa de botones en color rosa palo. Comprobé que mi cabello castaño que me llegaba a la altura de los hombros lucía perfectamente planchado y le di un último vistazo a mi manicura, a pesar del tembleque me había quedado bastante decente. A las seis menos cuarto ya bajaba por el ascensor.

Había dejado el coche aparcado en la puerta de casa la noche anterior porque era de lo más torpe para sacarlo del garaje del edificio, tenía propensión a acercarme demasiado a las columnas y no quería ponerme más nerviosa a esa hora.

Así que me subí al coche, respiré hondo un par de veces y metí la llave en el contacto. Pensé que estaba en medio de una pesadilla cuando giré la llave y oí un ruido extraño pero el coche no se ponía en marcha.

—¿Quééé? ¿Qué pasa ahora? ¡Venga, bonito! Arranca —rogué, asustada.

Lo intenté de nuevo, con el mismo resultado y empecé a hiperventilar. No tardé en recordar que la noche anterior, había dejado la luz interior del coche encendida, se me había caído el móvil en el suelo del copiloto y la encendí para localizarlo. Después del susto por el baño que le había dado, temía que se me rompiera en cualquier momento.

Así de simple: había dejado la luz encendida y se había agotado la batería.

«Piensa, piensa, piensa... no te pongas nerviosa». Respiré hondo.

No podía llevarme el coche de Clara porque aún no había vuelto de la guardia y le quedaban al menos dos horas en el turno de urgencias del Materno Infantil, que quedaba más bien a tomar por saco de casa. Llamarla a esa hora quedaba completamente descartado.

Salí del coche histérica, a ver si con el aire frío de la madrugada se me

despejaba la mente, tenía que estar en media hora en el aeropuerto como fuera.

Saqué el móvil del bolso e intenté llamar a Mayra, pero su teléfono estaba apagado, no me parecía bien llamar a su casa, a su abuela podría darle un infarto si oía una llamada a esa hora.

—Mierda, mierda... ¡Piensa!

Se me ocurría despertar a mi padre hecha un mar de lágrimas, para ver si tenía las pinzas esas para revivir la batería, pero tendríamos que despertar a algún vecino y que sacara su coche del garaje más el tiempo que perdiera en cargar la batería del coche. Hiperventilé, hiperventilé.

Miré mi cartera y vi que había poco más de veinte euros y dudaba mucho que en mi cuenta corriente hubiera un solo céntimo. No me iba a quedar más remedio que subir a despertar a mi padre para que me dejase dinero para pagar un taxi.

El reloj caminaba demasiado deprisa o mi cerebro iba muy lento, no lo sabía con exactitud, la cuestión es que acababan de dar las seis y estaba en medio de la calle soltando improperios sin hacer nada para solucionar el problema.

Iba a perder el vuelo y aunque podía cambiarlo al siguiente, ya llegaría cerca de las nueve a Fuerteventura, más lo que tardara en desplazarme a Corralejo, que aún con el coche de alquiler que había reservado, dado que no conocía la isla y solo había ido una vez hasta la oficina para hacer las pruebas de selección, iba a ser mucho más tiempo del que era necesario.

—Mierda, voy a perder el trabajo, voy a perder el trabajo... —Las lágrimas se me agolpaban en los ojos y sabía que no era tan difícil de solucionar, si hubiera dormido mejor y no estuviera tan histérica, estaba segura de que ya estaría de camino, pero el cuerpo no me respondía más que para darle una patada al neumático.

—Buenos días, ¿qué ocurre? —Escuché a mi espalda. Al girarme vi a

Mario que caminaba en mi dirección con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a la defensiva.

—Iba a la panadería, tengo que llegar temprano y te he visto perder los nervios, así que he parado un momento. ¿Estás bien? —preguntó amablemente.

—El trasto este no quiere arrancar y tengo que estar en el aeropuerto en quince minutos, voy a perder el trabajo, mierda... tengo una reunión importante con los directivos y es mi primera vez como jefa de...

—¿Te llevo? —Me cortó, viendo que me estaba quedando sin respiración y sin color en las mejillas.

—¿En serio? —pregunté, sin creermelo por qué iba a ayudarme con lo mal que me había portado con él.

—Claro, aún es pronto. Los hijos de Alberto no se irán hasta las siete. Vamos, venga.

Sin pensármelo, cogí las cosas de mi coche y lo seguí tratando de no tropezar con nada. Santa Brígida no estaba cerca del aeropuerto, pero a esa hora las carreteras aún estaban desiertas y Mario pisó el acelerador como si le fuera la vida en ello. Yo no fui capaz de articular palabra en todo el camino, no porque estuviera incómoda, que también, sino por el cúmulo de sentimientos que tenía en ese momento.

Veinte minutos más tarde, Mario paraba en la puerta de la zona de embarque del aeropuerto.

—¡Gracias! Gracias, Mario, Gracias. Te debo la vida, te debo... no sé... te debo lo que tú quieras —exclamé realmente agradecida.

—¿Lo que yo quiera? —preguntó, con las cejas levantadas.

—Sí, sí... lo que quieras... si no fuera por ti estoy segura de que hubiera perdido mi trabajo. —En ese momento no me percaté de su mirada pícaro.

—Vale, ya me lo pensaré —dijo, sonriendo—, deberías irte, llegas

tarde. —Me recordó, porque me había quedado alelada mirando para él, intentando averiguar qué se le estaba pasando por la cabeza al pelirrojo de las narices, que a partir de ahora pasaría a llamarse mi ángel guardián, mi jefe, mi dueño, lo que él quisiera... le debía la vida, sin duda.

Llegué a tiempo a la reunión y temblé, prácticamente, hasta que salí por la puerta. Todo fue bien, mejor de lo que me esperaba. Fueron amables y no me hicieron hablar demasiado. Había superado la primera prueba o al menos eso pensé.

Mi amiga Sabrina me esperaba para almorzar juntas por ahí y luego iríamos a su casa. Ya habían llegado los paquetes que había enviado hacía un par de días y la idea era dejarlo todo ordenado antes de marcharme, así la mudanza, no se me haría tan pesada cuando volviera en poco más de una semana.

Había estado tan histérica con todo el asunto de la reunión, que no me había acordado de coger una muda para poder estar más cómoda. Mi amiga se carcajeó cuando me vio llegar tan elegante y formal, con los labios y las uñas de manos y pies rojos, peinado perfecto. Había dejado las gafas atrás y me había puesto las lentillas (a pesar de que no soportaba tener que meterme el dedo en el ojo por la mañana y menos a las cinco y media y sin apenas haber dormido nada).

Llamé a mi padre, para ponerle un poco al día de los acontecimientos y, aunque ya le había mandado un mensaje explicándole el altercado con la batería del coche, se lo conté por teléfono también. Se alegró (mucho, demasiado) de que hubiera dado con Mario y él me hubiera llevado al aeropuerto sin mayor inconveniente.

Sabrina y yo comimos y charlamos sin parar. Me contó con tranquilidad todo lo de Salva y que él no la dejaba en paz, que le mandaba mensajes continuamente, incluso mensajes de voz desolado porque la echaba

de menos, pero ella estaba decidida a mandarlo al cuerno. También me habló de Raymond, tuve que reírme a carcajadas. El tacto de mi amiga era el mismito que el de un orangután. Yo le hablé de Mario, de todo lo que había pasado durante la semana y que gracias a él había llegado a tiempo a la reunión y Sabrina se reía con ganas.

—No es gracioso. Lo he pasado francamente mal hoy —protesté, por la falta de sensibilidad de mis amigas, en general, que parecía que disfrutaban con las maldades ajenas.

—Bueno, Ari, pero ya pasó todo... me muero de curiosidad por saber qué te pedirá a cambio. —Volvió a carcajearse y ahora que había pasado el calor del momento, que lo de aquella mañana lo veía tan lejano, me sentí un tanto ridícula por la forma en que le había dicho que podía pedirme lo que quisiera. ¡Qué estúpida! Me estaba ofreciendo en bandeja a él, «joder, qué asco, Arinegua...» me dije a mí misma... «Te has prostituido por un trayecto en coche al aeropuerto» y por alguna extraña razón, aunque en general, aquel chico me provocaba rechazo, no me desagradaba del todo la idea.

Me tapé la cara con las manos muerta de la vergüenza y mi amiga me tiró un cojín.

—Deja de pensar guarradas que estoy delante y estoy en sequía —me sermoneó.

—¡Que no! Jolín, mira que eres bruta —protesté.

Miré la hora, tenía el pasaje de vuelta a las ocho de la tarde y ya iban a dar las seis, tenía que cambiarme para volver al aeropuerto con tiempo y devolver el coche de alquiler. Me levanté con la intención de ir a quitarme el chándal que me había prestado mi amiga para ataviarme de nuevo la ropa de estirada.

Sabrina prácticamente me suplicó que me quedara con ella el fin de semana o, al menos, hasta el día siguiente, pero no había traído equipaje, tenía

un montón más que empaquetar en casa y quería pasar todo el tiempo posible con mi padre, con Clara y mis hermanos. Fuerteventura estaba cerca, pero acostumbrada a convivir con ellos desde hacía ya dos años, me costaba separarme. Ya tendríamos tiempo para muchas noches de charlas e incluso de fiestas.

Coger un taxi quedaba descartado y para la hora que yo llegaba, Clara estaría con los niños ya acostados, mi padre estaría aún en la consulta, que ese día le había tocado turno de tarde y Mayra estaría también en el trabajo. Así que no me quedó más remedio que armarme de paciencia y coger el transporte público hasta la estación, con mi ropa elegante y mis tacones kilométricos, con todo el cansancio de un día agotador, de nervios, estrés, prisas, más nervios, mudanza, y charla sin fin... casi tenía la sensación de que habían pasado dos o tres días desde esa misma mañana.

Una vez en la estación, tuve que esperar más de cuarenta y cinco minutos a que saliera el siguiente bus a Santa Brígida, que me dejaba lejos de casa, pero donde ya podría tomar un taxi camino a los Lentiscos. Cuando por fin llegué, mi padre estaba despierto, acababa de salir de la ducha y se estaba tomando una infusión antes de irse a la cama. Lógicamente, con lo que había tardado en desplazarme en transporte público, él había llegado antes que yo. Le di un abrazo.

—Mañana te cuento todo, estoy muerta de cansancio. —Volví a abrazarlo y dejé que me besara y me arrullara—. ¿Has conseguido que arranque el coche? —Me preocupaba haberlo dejado sin vehículo, pues lo necesitaba para ir a trabajar.

—Sí, tranquila. Descansa, cielo. Te quiero. —Me besó en la frente, como hacía cuando era pequeña. Después de una ducha veloz, tardé más en ponerme el pijama que en caer rendida en la cama.

A la mañana siguiente, me sorprendió cuando pasadas las diez y media

aún no había venido nadie a despertarme, dormir once horas de un tirón no era costumbre en casa. Mi padre había amenazado a mis hermanos para que estuvieran en silencio y les había dejado jugar con la *tablet* y los auriculares hasta que yo me despertase.

Como una zombi, me despecé arrastrando los pies hasta la cocina, si me hubieran puesto la melodía de *The Walking Dead* sería la imagen que ni pintada para *promo* de la serie. En mi mente, solo se repetía una palabra: caféééé y me colgaba la baba de pensar en el líquido bajándome por el gaznate. Mi padre y Clara tenían día libre, así que estaba toda la familia en casa.

—Café, por favor —rogué, restregándome los ojos al entrar en la cocina.

Clara, que removía algo en una olla, miró en mi dirección y rio por lo bajini, debía tener un aspecto deplorable, pero al menos había logrado descansar a pierna suelta. Me tendió una taza y sorbí el líquido amargo.

—¿Tienes hambre? —preguntó. Pensé en la última vez que había comido algo, seguramente en casa de Sabrina y con toda probabilidad no había sido muy nutritivo. Negué con la cabeza, por el momento no podía hacer el esfuerzo de masticar hasta que me despertase del todo, me conformaba con saborear el mejunje de mi taza.

Gruñí cuando oí el timbre que me dio la impresión de que había retumbado en toda la casa. Escuché los pasos rápidos de mi padre, que hablaba por el móvil con algún paciente, ir hasta la puerta.

—¡Ari! Es para ti —gritó, antes de meterse en la habitación de la casa que hacía las veces de despacho, para así poder evitar el ruido y acabar su conversación.

—Jumgrrr —gruñí por tener que caminar hasta la entrada.

Seguramente Mayra, había venido a desayunar a casa, como solía

hacer continuamente. Me apetecía mucho que me contase qué tal le había ido con su compañero de trabajo, ¿se habría lanzado al fin? Llevaba varios días sin hablar con ella, con los nervios de la reunión, apenas había tenido tiempo.

Arrastré los pies descalzos hasta la entrada y abrí la puerta que estaba entornada, ¿por qué no había entrado? ¿Tendría otro ataque de histeria depresivo? ¿Tendría prisa?

—Ehhh. Hola. —Mario abrió los ojos de forma desmesurada al verme y yo me quedé ahí, estupefacta, intentando conectar los cables que unían mi cerebro y me hicieran reaccionar—. Ay, perdona, ¿estabas dormida? —preguntó. Negué con la cabeza incapaz de decir nada—. Es que me acordé de que dijiste que volvías anoche y me extrañó que no vinieras por la panadería a por tu pedido. Como todos los días religiosamente compráis lo mismo, pensé que igual estabas cansada o liada y no habías podido ir y te he traído el pan—. «¿Y esa verborrea incesante?».

Mario miraba hacia abajo, como si en las juntas del suelo hubiera algo interesante que descubrir mientras mis mejillas ardían de pura vergüenza. Yo, que era de las que me pasaba la raya del ojo y la plancha en el pelo para ir a comprar el pan, que no había salido en la vida en *chanclas* de mi casa, ni para ir a tirar la basura. Tenía ganas de llorar y de matar a mi padre por no ser más específico. No sabía qué orden escoger.

Que a mí Mario no es que me gustara, aunque estaba bueno un rato, pero al margen de eso, no soportaba que nadie que no fuera de confianza me viera con tales pintas. Ni siquiera llevaba pijama, me había puesto unos *leggings* viejos y desteñidos y una camiseta de los Backs Street Boys que me había regalado hacía siglos Mayra, que era una fanática. La ropa tampoco es que me preocupara demasiado, pues seguro que al ver mi pelo y mi cara, Mario no se había fijado en ninguna otra cosa.

—Acabo de levantarme —dije al fin, el silencio incómodo que de

pronto se había instalado era aún peor.

—Te he traído el pan —repitió, tendiéndome la bolsa, como si no me hubiera enterado la primera vez que lo dijo.

—Oh, vaya. Qué amable... espera, es que... —No tenía bolsillos en los *leggings*, obviamente, no llevaba monedas encima—. Espera que voy a buscar dinero.

—¡No! No, no... esta vez corre de mi cuenta.

—Eh, oh... vale, vale. Gracias. —No sabía qué contestar.

—Bueno adiós, tengo que volver a la panadería. —Se despidió con una sonrisa divertida.

Se estaba aguantando la risa... Dios, no quería volver a salir de casa en la vida. Se lo diría a todo el pueblo. Iba a ser el hazmerreír de los Lentiscos y de toda Santa Brígida hasta que me largara a Fuerteventura.

—Bueno, adiós —murmuré, intentando ser amable, pero cada vez de peor humor. Justo antes de cerrar la puerta me llamó.

—¡Ari! —Así que abrí de nuevo—. Te recuerdo que me debes una, lo que yo quiera, si no me equivoco.

Asentí de mal humor y cerré de un golpe antes de empezar a insultar al pelirrojo de las narices.

—Será niñato —refunfuñé. Fui hasta la cocina y solté la bolsa de papel en la encimera.

—¡Pan! ¡Pan! Tengo hambre, mami. —Omar corría a la cocina.

—¡Tengo hambre! —gritó Tomás, que venía tras él.

—Vaya, buenos días, ¿eh? Sí, he tenido buen viaje y no, no os he echado de menos —refunfuñé ya que no habían ni levantado la cabeza de la *tablet* cuando me oyeron salir de mi dormitorio. Hermanos para esto...

—Servicio a domicilio. —Me encogí de hombros cuando vi que Clara me miraba con cara de sorpresa—. Me voy a la ducha, luego comeré algo. —

Antes de salir de la cocina ya oía su risilla burlona.

Cuando entré en mi dormitorio para coger la ropa, antes de pasar al baño, y me vi en el espejo me agarré un mosqueo monumental.

—¡Mierda! —Se me había olvidado desmaquillarme y tenía dos churretes negros alrededor de los ojos, todavía se veía un hilillo de baba reseco al lado de mi boca y mi pelo estaba hecho un asco.

«Nota mental: esto no se lo puedes contar a Mayra, porque se puede descojonar de ti hasta que las ranas bailen flamenco».

Después de la ducha, me puse una camiseta básica de color rosa con escote en pico, vaqueros celestes y botas planas de caña alta. En aquella zona de la isla, a partir de octubre, corría un aire helado aunque en el resto de rincones hiciera un sol que rajara las piedras, así que era una ocasión ideal para desempolvar mis botas. Me maquillé de forma sutil, intentando disimular mi aspecto de muerto viviente.

—Menudo cambio, así sí —le dije al espejo, mientras me pasaba la plancha por los mechones rebeldes de mi cabello.

Cogí mis trastos y los metí en un bolso de tela cruzado.

—¿No comes nada antes de salir? —Me preguntó Clara.

—No. No tengo hambre. Vengo en un rato —contesté escuetamente.

—Vale. Hasta luego, cariño. Niños, decid adiós —la escuché decir.

—Adiós —dijeron al unísono sin levantar la cabeza de la *tablet* donde se habían sumergido nuevamente.

«Más vale terminar con esto de una vez, es ridículo retrasar más este momento», iba rumiando. Necesitaba averiguar qué quería el pelirrojo a cambio de salvarme la vida el día anterior. Estaba de mejor humor después de la ducha, pero aun así, muerta de vergüenza.

Los hijos de Alberto y Mario atendían a la gente en la panadería, había cola y esperé pacientemente fuera durante un rato a ver si se vaciaba un poco y

podía hablar con él, hasta que se dio cuenta de que estaba fuera de la tienda, de brazos cruzados, mirando el piso. Unos minutos después, salió. Bueno, no era tan tonto como parecía, se había dado cuenta de que necesitaba hablar con él a solas.

—¿Estás lista? —preguntó metiéndose las llaves y el móvil en el bolsillo.

—¿Lista? —pregunté extrañada.

—Vamos, la panadería está bien atendida. —Puse los ojos en blanco y caminé tras Mario.

Me subí a su coche y di un brinco cuando al poner el contacto, sonó a toda pastilla alguna canción roquera o *heavy* que, evidentemente, no reconocí.

—Tu plan es matarme, ¿verdad? —protesté.

—Nadie muere por escuchar *Lightning Strike* de Judas Priest —contestó, con una sonrisa. Aquello parecía inglés, pero a mí me sonaba a chino mandarín.

Condujo de los Lentiscos hasta el pueblo de Santa Brígida, donde paró cerca de una pizzería. En cuanto comprobé a dónde nos dirigíamos, mi estómago empezó a rugir, me moría de hambre, así que no protesté. Si el plan era que, a cambio de llevarme al aeropuerto, tenía que invitarlo a comer, pues lo invitaba y ya, eso era fácil.

El restaurante estaba vacío, era temprano aún. Pedimos un par de pizzas y cervezas y él parecía tener el mismo apetito que yo.

Durante la comida me sorprendió sentirme tan cómoda en su compañía. Noté que se sonrojaba cuando lo miraba a los ojos y ese acto tenía una reacción inmediata sobre mi estómago. No sabía por qué, pero sentía un pellizco cada vez que ocurría. Hablamos de banalidades; de todo y nada, de su trabajo, de mis hermanos. Nos reímos juntos de lo ocurrido con los niños los días anteriores y me contó que él también tenía una hermana más o menos de

esa edad que hacía con él lo que le venía en gana. Terminé disculpándome por haberlo evitado y él lo hizo por haberse burlado de mí.

Para el café paseamos hasta una terraza cercana, lo pedí solo y amargo, como siempre, y me sorprendió ver que él hacía lo mismo, no conocía a nadie que le gustase tal y como me gustaba a mí.

—¿Qué tal fue tu reunión? —Me preguntó. Tardé en responder dándole vueltas a por qué se había empeñado en pagar el almuerzo. ¿Aún teníamos una deuda pendiente?

—Bien, muy bien. Bueno, estaba nerviosa. Es la primera vez que voy a trabajar como responsable de un área importante y no tengo experiencia dirigiendo a un equipo, pero bueno... me hace ilusión afrontar el reto —contesté. No quise alargarme, para qué, si ni siquiera iba a entender de qué le estaba hablando.

—¿Cuándo te vas? —Se interesó.

—El próximo fin de semana tengo que instalarme allí, el lunes siguiente empiezo a trabajar. —Al decirlo en alto, sentí una sensación de vértigo, mezcla de nervios, miedo e ilusión a partes iguales.

—¿Has vivido en Fuerteventura alguna vez? —Negué con la cabeza—. Es un sitio tranquilo, si te gusta la playa y el calor estarás en el lugar apropiado, pero no todo el mundo sabe valorar la belleza de sus montañas de arena. Aburrido a veces. Si tu idea de un fin de semana perfecto tiene que ver con ir al cine lo llevas jodido, a no ser que te guste mucho conducir —me explicó, en cuanto vio mi expresión extrañada—. Es que soy de Puerto del Rosario.

—Ah, bien. Bueno, tampoco me preocupa mucho el tiempo de ocio ahora mismo. Voy a vivir con una buena amiga, vamos a compartir piso como cuando estábamos en la universidad. Ahora mismo es la mejor opción, no me parece buena idea arriesgarme a un contrato de alquiler de un año cuando voy

a empezar en un trabajo nuevo. Ya nos encargaremos nosotras de montarnos la juerga por nuestra cuenta.

—Vamos. —Mario se levantó y pagó la cuenta y yo volví a poner los ojos en blanco mientras lo seguía. Ese hombre ni me dejaba opinar, pero bueno, aunque no sabía a dónde iríamos me dejé llevar una vez más.

Me quedé un poco rezagada para ver cómo sus vaqueros marcaban un culo respingón bastante apetecible y una cintura estrecha que se iba ampliando en una espalda bien formada. Tenía cuerpazo, el muy capullo, pero no iba a permitir que notase que me había fijado, así que, después de satisfacer mi curiosidad, aceleré el paso y me puse a su lado. Mario sonrió y siguió caminando al mismo ritmo.

Al subir al coche, elevó un poco el tono de la música, no conocía el cantante, ni me gustaba especialmente ese tipo de música, pero no sonaba mal del todo y era mejor eso a que me siguiera interrogando. Solté una risilla cuando lo oí canturrear.

Rescaté el móvil del fondo del bolso para escribirle un escueto mensaje a Mayra ahora que de pronto me había acordado de ella.

ARINEGUA 

«Oye, petarda, que estás desaparecida. ¿No me vas a contar qué pasó con tu amigo ese el asaltacunas?».

Esperé un rato. Se conectó, leyó mi mensaje y no me contestó.

ARINEGUA 

«Eh, ¿estás enfadada porque me reí de ti el otro día? Que no era de ti, churri mía, que era de la situación, que nunca te he visto tan enganchada a un tío».

Volvió a leer sin responder y le puse como diez emoticonos que lloraban.

MAYRA 

«Calla, petarda, que estoy en el trabajo. Ya te contaré».

Sonreí y guardé el móvil de nuevo. Cuando levanté la cabeza me di cuenta de donde estaba aparcando Mario. Conocía el sitio de memoria, mi padre me llevaba allí muchas veces cuando era pequeña y quería hacerme sentir bien: la Caldera de Bandama.

Lo miré sorprendida, igual su tía abuela le había contado eso, pero me extrañaba, no era algo que yo fuera diciendo por ahí y no creo que mi padre tampoco hablara de mis crisis de pequeña. Lo cierto era, que me gustó estar allí, aunque estaba en alerta, sin saber qué esperar de Mario. Me lo había pasado bien, pero tampoco habíamos intimado demasiado, no sabía exactamente qué hacíamos en ese lugar.

Caminamos un buen trecho hasta llegar al mirador de la Caldera, donde me senté en el suelo de tierra, sacando las piernas por fuera de la valla y Mario se sentó junto a mí. Respiré con profundidad durante unos minutos, sin decir nada, me había quedado fuera de juego. Cuando iba a ese sitio, de forma mecánica, me acordaba de mi madre y no pude evitar que una sombra de tristeza se apoderara de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó sorprendido, mirándome de forma insistente.

—Sí. Solo recordaba a mi madre. Cuando murió y nos mudamos aquí, mi padre me traía mucho a este mirador cuando me ponía triste y aquí me abrazaba hasta que me calmaba, respirando el aire puro y observando la inmensidad del cráter. Echo de menos a mi madre y echo de menos venir aquí con mi padre y abrazarlo durante horas. —No sabía el motivo por el que, de pronto, me había abierto y sincerado tanto con Mario.

—Bueno, pero eso último tiene solución, ¿no? —contestó sonriente—. Tu madre no está, no puedes hacer nada contra ello, pero tu padre sí. Supongo que eres mayor y estás sumida en tu propia vida y no te paras a pensar que igual a él también le apetece un momento de intimidad aquí, contigo. Abrazarte

como cuando eras pequeña y te podía proteger.

—Sí, la verdad es que sí. —Se me escaparon las lágrimas y me las limpié con el dorso de la mano. Ya me había hecho llorar el pelirrojo de las narices. La madre que lo parió.

Estuvimos largo rato en silencio, me sentía bien, a gusto, tranquila. Respiraba el aire helado y cuando empecé a notar frío me acerqué a él con la intención de entrar en calor. En un momento dado sentí que me soplaban en el cuello.

—¿Se puede saber qué haces, imbécil? —Los ojos se le abrieron de forma desorbitada.

—Mira que eres antipática. Solo pedía un deseo.

Vale, era mono... había soplado en donde estaba mi tatuaje en el cuello, un diente de león a medio volar.

—Este diente de león simboliza a mi madre. El recuerdo más nítido que tengo de ella; es de cuando me llevaba al parque y nuestro pasatiempo favorito era buscar dientes de león para soplarlos —respondí enfadada y bajé el tono, intenté ser suave, él no tenía la culpa de lo que pasaba por mi cabeza en aquel momento—. Nos encantaba ver la forma en que volaban mecidos por el viento... y, de pronto, ella hizo lo mismo... enfermó y en un soplo se fue, se evaporó. —Me di cuenta de que me estaba poniendo dramática y que Mario no tenía por qué saber todas aquellas cosas. Noté cómo sus ojos se cuajaban, lo que me faltaba era ver llorar al petardo ese, así que decidí cambiar el tono de la conversación—. En fin... no puedes pedirle a mi madre sexo desmesurado conmigo —bromeé.

Mario se carcajeó y al final me hizo sonreír, mi mal humor se volatilizó, como aquellos pequeños dientes de león que soplaban de pequeña en el parque.

—Solo pedí verte sonreír —murmuró, y no sabía si lo decía en serio o

no, pero me había hecho temblar.

—Pues funcionó. Mi madre me decía que nunca subestimara el poder de un diente de león. —Me sonrojé y agaché la cabeza, pasándome el cabello alborotado por el viento detrás de la oreja.

—Bueno, ha llegado el momento de pedirte lo que quiero a cambio de haberte llevado ayer al aeropuerto —me dijo, y levanté la cabeza mirándolo extrañada, ¿pero es que no era esto? ¿Qué pasáramos el día juntos no era lo que quería a cambio? Desconfiada, no dije nada, esperando a que siguiera hablando—. Sé que va a sonar infantil, pero... quiero besarte.

—¿¡Qué!/? Anda ya, pelirrojo, tú lo flipas —contesté, con la esperanza de que estuviera bromeando, pero él ya no reía, me quedé atrapada en su mirada, en sus pupilas dilatadas, en sus dientes enganchando su labio inferior y me estaba poniendo nerviosa. «¿Qué tenemos? ¿Quince años?». Me obligué a apartar la mirada. Al final, el musculitos era más listo de lo que yo pensaba.

Me puse de pie, sin saber por qué me alteraba tanto. Estar allí, con él, en aquella situación tan íntima, me estaba amedrentando. Me sacudí el trasero para quitarme la tierra, esperando a que él se levantara también, pero no lo hizo, se quedó en el mismo sitio que estaba, contemplando el precioso paisaje a nuestros pies, abrazado a sus rodillas sin mirarme si quiera.

Mario era guapo, extremadamente guapo, pero yo siempre me había protegido de los tipos así, que me prestara atención era divertido, pero yo no era de jugar, ni de andarme por las ramas, no me gustaba el flirteo sin sentido y, sobre todo, besarle me parecía lo menos adecuado del mundo. Me apetecía, sí, pero aquello era tan infantil que resultaba hasta ridículo.

—Me dijiste que podía elegir. Literalmente, me dijiste que me debías la vida, que me debías lo que yo quisiera —explicó con dulzura y una sonrisa, sin moverse del sitio y supe que lo decía porque me había visto dudar.

—¿Y esto qué es ahora? ¿El patio del colegio? —Refunfuñé. Tenía

razón, yo le había dicho eso y exactamente eso es lo que había pasado, me había salvado la vida.

Bufé, sentándome de nuevo a su lado, y noté que el corazón bombeaba con fuerza, si es que estaba mayor ya para estas cosas.

Hacía meses que no besaba a nadie. Después de Óscar, no me había acercado a ningún hombre. Yo no era de líos sin importancia y no creía en absoluto que aquello que Mario quería nos llevara a algo serio, pero odiaba admitir que me apetecía. Él no me metió prisa, ni siquiera insistió, solo estaba allí, relajado mirando al frente, así que esperé a que mi corazón se calmara para que no lo notara, no fuera a pensar el egocéntrico aquel que me gustaba.

Unos minutos después, me armé de valor y giré la cabeza para mirarlo. Mario aprovechó mi debilidad para empujarme con suavidad hasta dejarme tumbada en la tierra, apoyando parte del peso de su cuerpo encima de mí, con cuidado de no aplastarme y acercó sus labios, que no solo rozaron los míos, sino que con ímpetu se lanzó a devorarme. Mi lengua no tardó en entrar al juego y me dejé llevar.

No puedo asegurar cuánto tiempo duró aquel beso; demasiado, porque él no hizo ningún ademán por separarse, y yo, una vez metida al lío y teniendo en cuenta mi falta de roce masculino, simplemente me dejé hacer. No se sobrepasó, tan solo me besó durante largo rato y pasé tanto tiempo con su boca cubriendo la mía, que para cuando se despegó, la noche empezaba a caer con sutileza sobre el cielo nublado. Notaba su erección pegada a mi cuerpo, y mi sexo hacía rato que se había humedecido.

Noté un cosquilleo en el estómago. «Joder, nooo, Arinegua, por Dios, no te puede gustar este tío». En cuanto se separó, lo empujé para quitármelo de encima y me puse de pie de un salto, sacudiéndome el pelo, la espalda y el culo, que se habían quedado impregnados de suciedad.

—Estúpido pelirrojo —refunfuñé enfadada y emprendí el camino de

vuelta a su coche. Al llegar, me crucé de brazos incómoda, esperando que abriera para poder entrar.

Mirándolo de reojo advertía su sonrisa y a mí no me hacía maldita gracia que me hubiera robado mi sitio sagrado, donde venía a recordar a mi madre, donde los únicos besos y abrazos que quería recordar eran los de mi padre para dejarme grabado el simple pago de una deuda. «Bah, paso de este tío prepotente», me dije.

No hablamos en todo el camino pero me molestaba soberanamente la sonrisa triunfal de Mario, la cual no llegaba a comprender. Solo quería llegar a casa, darme una ducha y tirarme en el sofá o en mi cama a ver algún canal tonto que me permitiera pensar en nada.

Clara me miró suspicaz cuando entré en casa llena de tierra, que, evidentemente, no había hecho desaparecer solo sacudiéndome, pero no abrió la boca y menos delante de mi padre, con el cual también estaba enfadada de repente. Vale, no tenía siete años, tenía casi treinta, pero leches, ¿por qué no me había vuelto a llevar a aquel sitio? Era lo único que quedaba nuestro. Cuando conoció a Clara y se casó, no tardamos en convertirnos en familia numerosa y ya no había nada en exclusiva, todo era compartido. Yo era feliz, quería a Clara con toda mi alma y mis hermanos eran mi vida, pero echaba de menos aquellos momentos que compartíamos los dos solos.

Refunfuñé un «buenas noches» y me fui directa a la ducha. No pasé por la cocina, no tenía ganas de hablar con nadie, pero Clara era más lista de lo que yo creía y a la mañana siguiente, cuando me levanté, el pedido de la panadería que solía salir cada día a comprar, estaba sobre la encimera de la cocina. La miré levantando las cejas y ella simplemente se encogió de hombros, no quería darle explicaciones pero agradecí el gesto.

## Capítulo 7: Las aceitunas lo cambian todo

Su puñetera cabeza no dejaba de dar vueltas al día siguiente de lanzarse con Pablo, y sí, se había dicho un millón de veces, que no le quedaba más opción que ir a trabajar y, aunque Mayra estaba tan mosqueada, avergonzada y cabreada con el mundo que ni siquiera me había llamado para contarme lo sucedido y lloriquear porque no quería volver al curro, no le quedaba más opción que colocarse, un día más, aquel uniforme y conducir el trayecto necesario hasta llegar al trabajo.

Y como su cabeza daba tantas vueltas y ella no quería pensar, decidió encender la radio para intentar distraerse, se puso en modo «piloto automático» y cuando ya se miraba en el espejo de la entrada, justo antes de salir de casa, se dio cuenta de que ese día se había maquillado más de lo habitual también. Se encogió de hombros. A Pablo le iba a importar un pimiento si llevaba máscara de pestañas o no, pero ya se la había puesto, así que, sin más, salió camino al trabajo. Bueno, sin más es un decir, porque justo cuando abrió la puerta del portal las manos empezaron a temblarle, se le empezaron a caer cosas: las llaves del coche, luego el móvil, luego las llaves otra vez... resopló, maldijo su estampa y se armó de paciencia.

No quiso prestar atención a las letras de canciones que sonaban por el camino. Por todos es sabido que, cuando tienes mal de amores, se confabulan todas las emisoras de radio del universo para emitir, esas justas canciones que hablan de ti, de tu vida y de tus tropiezos.

Aparcó más o menos con el mismo resultado del día anterior y caminé hacia el museo. Esta vez guardó sus cosas con rapidez y no se entretuvo, en apenas unos minutos llegaría Pablo y no le apetecía nada volver a chocarse con él. Pero claro, trabajaban juntos, y tarde o temprano se cruzaron.

—Hola, bicha... —la saludó como siempre, pero sonriendo más... y Mayra pensó que se reía de ella y quería que la Tierra la tragase, obvio, pero

no lo hizo y no le quedó más remedio que explicarse a sí misma, que Pablo era su amigo, muy buen amigo y que no podía dejar de hablarle porque le diera calabazas. Así que hizo de tripas corazón, le saludó como hubiera hecho cualquier otro día, pero más tensa y continuó su rutina, y ya cuando casi había superado el mal rato, recibió una llamada de su jefe en la recepción y fue hasta su despacho.

Mayra nunca había vivido mucha tensión con Francis, su jefe, no exigía demasiado. Organizaba los turnos y le daba instrucciones simples, era simpático. Un buen hombre. Pero cuando este le dijo que necesitaba pedirle un favor y que se sentara, no le hizo demasiada gracia.

—Mayra, necesito pedirte que mañana vengas en el turno de noche, a partir de las nueve.

¿Por la noche? Y Mayra era muchas cosas, entre ellas, lista y la primera pregunta que se le vino a la mente, es ¿qué demonios iba a hacer ella a partir de las nueve de la noche en el museo? ¿Un puto inventario?

Abrió la boca para preguntarle algo a Francis, que tenía la vista fija en la pantalla y parecía estar leyendo algún correo electrónico o algo porque de pronto se había quedado en silencio. Y luego se le encendió la bombilla. ¿Sería esto cosa de Pablo? ¿Habría hablado con Francis? ¿Igual le había dicho que lo acosaba sexualmente y que los separaran de turno? ¿Pero en el de noche? Mayra se fue enervando, pero como os decía, mi amiga es lista y sabía que si le gritaba a su jefe los cuatro insultos que tenía atragantados en su garganta, no iba a tener buenas consecuencias, ni siquiera neutras.

—¿Por la noche? —se permitió mascullar.

—Sí... perdona estaba leyendo algo que me acaba de llegar. —Francis resopló y se hizo hacia atrás en su asiento consciente del tono de fastidio de ella—. Lo siento, Mayra, me hubiera gustado decírtelo con mayor antelación, pero tengo un jodido papelón. Mañana comienza un nuevo proyecto del

Ayuntamiento que se llama «La noche de los museos», tenía personal para esto, te lo aseguro, pero el contrato era apenas de dos veces a la semana durante unos meses hasta el final de la temporada alta, en abril y la persona seleccionada me avisó ayer de que había encontrado otro trabajo con mejores condiciones, así que me he quedado colgado, no tengo a nadie y si no lo cubro y suspendo los talleres y demás, se me va a caer el pelo, pues es un proyecto de promoción de la Concejalía de Turismo y nos han dado mucho dinero.

—No hay problema, Francis —intentó cortarle mi amiga, algo más tranquila.

—Como sabes, los turnos después de las nueve se pagan bien y bueno, no tengo a nadie más ahora mismo, iba a volverme loco entre hoy y mañana por la mañana entrevistando gente, pero Pablo me ha dicho que estaba seguro de que a ti no te iba a importar.

Puto Pablo retorcido de las narices.

Mayra asintió, algo triste. Pues si eso iba a ser así, si él quería perderla de vista y que le cambiaran el turno, al menos un par de veces por semana, para no tener que cruzársela, pues vale... a ella le hacía un favor, cobraría más y encima no tenía que pasar la vergüenza de verlo allí.

—No hay problema, Francis —repitió—. No tengo otro compromiso.

Tardó unos minutos en explicarle el *planning* y el proyecto parecía divertido, si no fuera porque estaba tan cabreada con Pablo por querer deshacerse de ella hasta le hubiera interesado, pero estaba dolida, porque pensaba que eran amigos y él, lejos de decirle: «Mira nena esto no me interesa, sigamos como hasta ahora», le había hecho una jugarreta y ese pellizco que tenía en la boca del estómago, ilusión, ilusión... no era.

Así que cuando salió del despacho de Francis y lo vio por el rabillo del ojo al fondo del pasillo, como levantaba la mano para decirle adiós, agachó la cabeza y decidió que era un buen día para tomarse la libertad de

salir del trabajo diez minutos antes de la hora. Voló al *parking* y fue hasta casa, con malestar de estómago, un cabreo de la leche y con ganas de llorar porque todo se le hizo grande y pensó que había perdido a Pablo... *Pablito* de los cojones que le había tocado el papo y no como ella quería.

No le costó dormirse y no quería despertarse cuando amaneció, así que cuando su abuela le pegó el quinto grito para que se levantara de la cama, le dijo que ya estaba preparando la ropa para irse a la ducha, y su abuela se marchó rumbo a la panadería, centro neurálgico de *Radio Patiño*, donde estaría apostada buena parte de la mañana. Así que se giró en la cama y siguió durmiendo.

Ignoró un wasap que le entró y al segundo pitido miró el móvil.

PABLO 

«Hola bicha». «¿Qué haces?».

Odiarte, estúpido... se respondió mentalmente, pero a él no le dijo nada, al menos hasta tres horas más tarde en el que se inventó un montón de actividades por las que no había podido atenderle y un montón más por las que no podía llamarle.

MAYRA 

«Ya nos vemos si eso por el museo, chato».

PABLO 

«Bueno, vale. Solo quería saber cómo te habías tomado el cambio de turno de hoy».

Mal. Mal, gilipollas, mal... pero vamos, que ella tan digna, se tragó el malestar y solo contestó:

MAYRA 

«Bien. Más pasta para mi bolsillo».

Y le lanzó uno de esos emoticonos con beso, pero sin corazón, no se lo fuera tomar por acoso también.

Doña Concha era buena y tenía paciencia, eso lo sabe todo Dios, pero

de tonta no tenía un pelo, así que ese día, que sabía que su nieta estaba de mal humor y que por su última menstruación, no debería estar ovulando, supuso que le pasaba algo. Así que, ese día, llegó antes a casa y se encontró con que mi amiga estaba tirada en pijama en el sofá pasando canales, con las piernas encima del respaldo y la cabeza hacia abajo. Sí, Mayra era de tomar posturas extrañas y más si estaba nerviosa, como si el hecho de que le subiera la sangre a la cabeza iba a impedir que ciertas ideas dieran vueltas en su cerebro.

Allí, con esas pintas; sin ducharse, sin haber hecho la cama y sin haber lavado si quiera la taza del café que se había tomado para desayunar... ya Mayra sabía que le iba a caer o un sermón o dos collejas, pero su abuela la miró con cara de penita y le preparó su comida favorita, croquetas de atún... que Mayra era mucho de todo, pero fina de paladar no era. Le metías delante un plato de croquetas con patatas fritas y huevo frito y era la mujer más feliz del universo. Comió a dos carrillos, con la tontería de Pablo, llevaba un par de días sin probar bocado, sintiendo cómo le subían los colores, se le llenaba el estómago y se sentía mejor... joder, que a lo mejor no tenía mal de amores, a lo mejor solo tenía hambre. Así que repitió croquetas y su abuela sonrió, era fácil hacer feliz a mi amiga.

Al llegar la tarde, se preparó como cada día, no estaba nerviosa porque no vería a Pablo, se sentía hasta feliz, después del jodido ridículo de su vida, mejor no verlo hasta que se enfriara un poco el asunto, sí, ya luego seguirían tan amigos.

Fue cantando por el camino, como solía hacer cada día, sonaba una de esas canciones reguetoneras de Enrique Iglesias que habían repetido un millón de veces en las últimas semanas en el dial que tenía sintonizado en el coche, y subió la radio, como pedía aquel señor que cantaba y de pronto le dieron ganas de tomarse un gin-tonic para quitarse el dolor, ya que la luna y el sol ya se estaban juntando solos... vamos... como una regadera, lo que yo os diga...

cantando llegó y aparcó feliz y la felicidad le duró poco, tan poco como que se cruzó con Pablo en la antesala de los vestuarios, guardando sus cosas en la taquilla.

—¡Hola, bicha!

Y de pronto toda su teoría de conspiración se le echó abajo y necesitaba que alguien se lo explicara, ¿o es que ya se marchaba? Pero, no... estaba siguiendo su ritual de colocarse sus instrumentos de trabajo, tal como hacía cada día.

—Hola, Pablo, ¿qué tal?

Se acercó y le dio un beso... se lo dio al aire mejor dicho, solo apoyó la mejilla contra la suya. Pablo comenzó a hablar de todo y nada, de que había estado cocinando esa mañana porque sus padres estaban fuera y de que era urgente que tomara esas clases de cocina pendiente, porque no era normal que, con sus treinta años, no fuera capaz de hacer un potaje que supiera a potaje y no a agua con verduras insípidas nadando encima. Rio su propia gracia pero Mayra no lo hizo, porque ella todavía discutía interiormente, tratando de averiguar qué había pasado allí y que igual le había tocado ir en el turno de noche porque sí y que Pablo y ella eran tan amigos como siempre. Sonrió de medio lado cuando él la miró extrañado por su gesto atontado.

—Bueno, que pases buen turno —se despidió ella, subiendo las escaleras de camino a la recepción, ya era hora de entrar al trabajo.

Pablo no parecía incómodo con ella, lo que la alivió bastante y luego lo insultó mentalmente por hacer como si nada, como si ella no le hubiera dicho que estaba colada hasta los huesos por él. Pablo el capullo... ese era su amigo.

Se metió de lleno en su trabajo, sin pensar en nada más. El taller estuvo bien, los visitantes prestaban atención, aunque se notaba que tenían ganas de que acabara pronto para ir a hartarse a cervezas a la zona, pues eran

turistas, pero no eran tontos, y habían visto la infinidad de terrazas con su buen ambiente incorporado, que rodeaban el museo.

Sobre medianoche recibió una llamada de su jefe en la centralita, orgulloso y feliz, porque el coordinador del grupo de turistas lo había llamado para felicitarlo por la atención recibida, por lo ameno que había sido todo y por lo feliz que se habían ido los visitantes. ¿Y quién no sonríe cuando le dicen que ha hecho bien su trabajo? Mayra sonrió, mucho, hasta que su jefe le dijo que al día siguiente debían repetir, pues tenían programada otra visita tardía. «¿Con Pablo?» Pensó con terror, pero agitando la cabeza intentó despedirse de las malas vibras que estaba creando ella sola. Pablo era su amigo. Pablo y ella se querían, igual de formas diferentes, pero se querían. Pablo era simpático. Pablo confiaba en ella y ella en él. Pablo era guapo, bueno, no tanto, aunque a ella le encantaba esa sonrisa suya y como le caía el flequillo en la frente. Pablo... Pablo... Pablo, el muy capullo, acababa de escabullirse escaleras abajo camino al vestuario sin decirle ni mu a Mayra, que bajó tras él, y estuvo un buen rato en la sala de las taquillas esperando para despedirse, pero como él no salía simplemente gritó un hasta mañana y que no olvidara pasar la llave en cuanto ella se marchara, él contestó que no se preocupara que ahora cerraba y que pasara buena noche.

Así que de nuevo refunfuñó y vio en su cerebro conspiraciones que no existían, se sintió mal, y fue cantando canciones de vuelta a casa, sí, pero joder con los del puñetero dial, que ahora le estaban poniendo baladitas empalagosas que daban ganas de llorar. Tenía ganas de hablar conmigo, pero se contuvo porque era demasiado tarde para telefonar. Estaba segura de que si hablábamos se le pasaría un poco el mal humor, porque lo bueno que tienen las conversaciones con amigas es que siempre son balsámicas. Las nuestras lo eran. Dos minutos al teléfono y ya estábamos riendo a carcajadas. Pero era tarde, si me hubiera llamado yo no hubiera escuchado el móvil, estaba ya en el

quinto sueño y ella llegó a casa de mal humor, se dio una ducha rápida que se llevara parte de la tensión de la noche y se tomó un vaso de agua antes de irse a la cama.

Ya tenía que conocerla bien su abuela y saber que estaba de mal humor, para no haberse comido el sándwich que le había dejado preparado en el microondas. Así que por la mañana, decidió que porque un día se quedara durmiendo más de la cuenta no pasaba nada, más teniendo en cuenta que había llegado muy tarde del trabajo, esa mañana se fue a su ronda habitual de cotilleo y la dejó durmiendo. En la cama siguió hasta pasado el mediodía. Llamó a su madre, que llevaba un par de años trabajando en Madrid, para un proyecto importante del Ministerio de Energía, Turismo y Agenda Digital, que la tendría fuera hasta el próximo verano como mínimo y hablaron como cotorras durante la siguiente hora y media.

Como aún era temprano, iba a aprovechar para acudir a un centro comercial y hacer algunas compras que tenía pendientes. Su abuela le encargó cosas en la farmacia y en el supermercado y estuvo entretenida buena parte de la tarde. Tras lo cual llegó a casa y sin pensarlo demasiado, se colocó el uniforme para irse a trabajar.

Pablo estuvo raro toda la noche, esquivo, le apartaba la mirada, la había saludado, sí, pero ni siquiera le había preguntado cómo estaba o si tenía planes. Hacía días que no le contaba nada suyo ni le hacía demasiadas preguntas, era extraño y solo había un motivo: había metido mucho la pata al soltarle a su amigo que le gustaba. Me odió otro poco más por hacerme caso. Ni que yo tuviera las claves del universo. Y luego se convenció de que todo era mejor así, que había dejado de perder el tiempo soñando con él. Suspiró. Soñó un poco más, pero despierta y trabajó toda la noche rezando para que su estado de ánimo no tuviera nada que ver con Tatiana y esa cita pendiente, porque si la veía aparecer por allí para recogerle e irse a tomar esa copa de la

que llevaban días hablando, se vendría abajo.

Cumplió su trabajo, como cada día, al día siguiente tenía libre, como premio por haber ido a trabajar de noche con un preaviso nulo. Francis era un jefe guay. Así que lo único que le apetecía era marcharse de una vez.

Otra vez telefoneó Francis para darles las gracias, la enhorabuena y le dijo que podía marcharse a casa, pero que Pablo, tal y como había hablado con él el día anterior, no se podía marchar hasta las dos de la madrugada, cuando llegara el siguiente relevo de seguridad. Miró la hora y apenas eran las doce, le daba pena marcharse y dejarlo allí solo, pero hacía rato que ni lo veía. Esperó diez minutos, lo llamó un par de veces, sin recibir contestación.

Cerró el acceso al museo, bajó al vestuario a coger sus cosas y subió con intención de marcharse a casa para que Pablo dejara de huirla de una vez por todas. Al llegar a la recepción lo llamó un par de veces más y unos minutos más tarde sintió pasos en las escaleras hacia el vestuario.

—¿Pablo? Pablo, me tengo que marchar.

Pero Pablo no le contestó. Tendría un apretón el hombre. Se encogió de hombros y esperó unos minutos más.

—¿Pablo? —gritó al rato. Pero, ¿a este hombre qué le pasa?—. Oye, Pablo, que me tengo que ir y que no me hace ni puñetera gracia estar aquí sola. ¿Puedes subir para que puedas pasar la llave cuando yo me marche?

Silencio.

Más silencio.

—¡Joder, Pablo! Me largo —gritó. Pero no podía irse, porque Pablo tenía que cerrar. Resopló y puso los ojos en blanco. Bajaría a buscarlo, igual le había dado un mareo o algo y por eso tardaba siglos en subir.

Escuchó los suaves acordes de la música cuando estaba bajando los últimos peldaños... «¿Qué es eso?», se preguntó parando en seco. «*I miss you* de Julia Michaels... ¡ya joder! Ya sé que es *I miss you*, pero ¿música? ¿Por

qué?». Así era mi amiga, implacable hasta consigo misma.

No había nadie más en el museo que ellos dos o eso pensaba, que igual había alguien más y ella no se había percatado. Le tembló la mano cuando empujó la puerta y no entendía de qué iba aquel rollo. Música. Pablo parado de brazos cruzados y apoyado en una taquilla. Un banco en mitad de la sala, con una tela roja... «Oh, joder, este hombre esperaba a alguien». Vino. Dos copas... «Eres subnormal profunda Mayra, pon pies en polvorosa que Tatiana está al caer», pero luego vio aquella lata... y sonrió. Aceitunas. Aceitunas verdes. Las aceitunas lo cambiaban todo, porque Pablo sabía que le encantaban, mil veces que habían wasapeado le había dicho que estaba frente al sofá viendo una peli con una cerveza y una lata de aceitunas.

Pablo se mantuvo expectante hasta que ella fue capaz de atar cabos por sí misma y luego se movió. El vino ya estaba descorchado, sirvió un poco en cada copa y tendió una en dirección a Mayra, que por primera vez en su vida, se había quedado muda. Se acercó hasta él, que sonreía de medio lado, y cogió la copa, dándole un sorbito. Fuerte, pero delicioso. Brindaron y volvió a tomar otro sorbo.

Pablo soltó su copa encima de la improvisada mesa. Se acercó hasta ella. Mucho. Demasiado. Invadiendo por completo su espacio. Sin embargo, ni rozó a mi amiga cuando le quitó la copa de la mano y la colocó junto a la suya. Se acercó de nuevo, mientras Mayra flipaba por aquellas mil hormigas que de pronto sentía caminar por su cuerpo cuando él la empujó con suavidad hasta alcanzar la pared más próxima. Se mordió el labio, nerviosa, histérica, mientras una humedad repentina invadía sus bragas. Pablo sonreía. Aquella sonrisa de medio lado que le había robado tantos suspiros. La miraba a ella, con deseo. Solo a ella. Allí no había nadie más.

Él, consciente de que cada movimiento suyo tenía consecuencias en el cuerpo de mi amiga, le apartó el cabello, colocándolo tras la oreja y se acercó

a la zona. Mayra se derretía y su corazón bombeaba descarado, mientras las manos le temblaban sin saber reaccionar. Mayra, con lo que ella ha sido. Si hubiera podido verla en aquel momento, me hubiera partido de risa. O no. Porque en el fondo, me daba pena que estuviera allí; tan vulnerable, tan excitada, tan a la espera... Pablo se acercó a su oído.

—Arriba hay cámaras —murmuró, y esa era la explicación que necesitaba para saber por qué allí, por qué de esa forma y ella lo sabía, aquellas cámaras llevaban vigilándola mucho tiempo, estaban allí para protegerse de posibles robos y ahora estaban solos, nadie miraba las pantallas, pero aquello grababa. Vale. Estaba de acuerdo. Sonrió por fin.

Y Mayra estaba allí, asustadiza, temblorosa, con un pellizco en el estómago que se intensificó cuando Pablo acercó su boca. Tembloroso él también, porque, aunque por primera vez desde que la conocía sabía que a ella le gustaba, no podía evitar temer que lo rechazara, como había pensado tantas veces durante el último año. Sus labios se rozaron, se acomodaron y se hundieron en un beso desesperado, de ganas acumuladas. Que sabía dulce, a ilusión. Que era un poco torpe, como esos besos que se dan por primera vez con una persona nueva. Que era caliente, cargado de puro deseo. Sus lenguas se saludaron, batallando, saboreándose, conociéndose, mientras la temperatura subía sin remedio, las mejillas de Mayra se teñían de rojo y Pablo se mantenía un poco apartado porque le daba vergüenza que ella notara su erección al primer beso.

Dos horas tenían para ellos dos. Dos horas, hasta que llegara el turno de relevo de la guardia y no pensaron en que cualquiera que mirara las cámaras vería que se habían ido los dos al vestuario hacía demasiado tiempo y que nadie había subido. Dos horas para dar rienda suelta a tanta ansiedad acumulada. Dos horas. Por lo que no fue rápido. Los besos se hicieron más profundos, más placenteros, más calientes y poco a poco se fueron apretando

más uno contra el cuerpo del otro.

Evidentemente, Mayra notó la erección, y a Pablo no le pasó desapercibido los pezones como piedras de ella. Desabotonó su blusa con paciencia, sin arrancarla como realmente le apetecía, antes de hacer que resbalara hombros abajo pero sin quitarla del todo, deslizó las manos por su cintura, notando una piel nueva que nunca había tocado, caliente, tersa, suave... esperó a que ella terminara de desabrochar la suya para, de un movimiento, dejar que cayeran, ambas, la de ella primero y la de él después. E intentó ir más despacio, pero la deseaba tanto, que no pudo resistir mucho la tentación de desabrochar el sujetador, y con una caricia, fue despojándola de él hasta que cayó al suelo, junto a las otras prendas por allí esparcidas.

Cualquier hombre en su sano juicio estaría feliz de poder hundir su cara entre aquellas tetas, y digo su cara, por no decir su polla, que parece que suena más feo. Pero sí, Pablo vio aquel pecho desnudo y sintió un latigazo en sus partes nobles que le exigía premura, pero lo ignoró, evidentemente. No tenía prisa. Cuando se acercó al pezón derecho, lo metió en su boca y lo mordisqueó con suavidad, haciendo que Mayra se arqueara, disfrutando de aquel placer infinito que conectaba su pecho con sus genitales, haciendo que se contrajera de arriba abajo.

Al primer gemido de Mayra, Pablo, el animal, no pudo aguantar más, la giró, la empotró contra la primera taquilla que había detrás, subió su falda y apartando a un lado sus braguitas, hundió los dedos en su sexo caliente, caliente y preparado para él. Mayra escuchó cómo se desabrochaba el pantalón y segundos después la embistió, no fue suave y amoroso. Fue salvaje y ansioso, como estaban ambos, deseosos de satisfacer tanto tiempo de represión. Bamboleando las caderas, enterrándose en su interior caliente, llenándola por completo.

Deseó que las cámaras no pudieran captar sonido, porque los gemidos

eran incontrolables, cada vez más duro, cada vez más rápido. Pablo tuvo que salir... joder, no se quería correr aún. ¿Qué tenía? ¿Quince años? Y Mayra casi se sintió morir, que ya notaba como el calor se extendía hacia abajo y sus músculos se tensaban avisándola del final.

Pablo volvió a girarla, quiso tomarse unos segundos para recuperar el control, mientras desabrochaba la falda de Mayra, dejándola caer junto a su ropa interior.

—¿Tomas anticonceptivos? —le preguntó, porque sabía que debía ponerse el preservativo que guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón, debía hacerlo aunque la respuesta fuera sí, pero la deseaba tanto, que no quería sentir aquel trozo de plástico entre ambos. Quería notar su piel. Porque ella estaba sana, de eso estaba seguro, y él no había follado con nadie desde que su ex y él lo habían dejado, un año atrás. Mayra tomaba anticonceptivos, sí y solo de pensar en la polla de Pablo resbalando en su interior, no pudo discurrir sobre nada más. Simplemente asintió, aprobando lo que pasaba por la mente de él.

Pablo sintió una sacudida en su miembro. Joder, aquellas eran las mejores vistas que había observado en la vida. Mayra era preciosa. Con sus labios hinchados, las mejillas rojas, el cabello revuelto. Las tetas erguidas con pezones erizados, la curva de sus caderas, aquel precioso abdomen, que no era plano, pero era perfecto y aquel pubis completamente depilado. Le entraron ganas de devorarla, pero ahora no podía, necesitaba enterrarse otra vez entre sus muslos, necesitaba sentirse rodeado de ella, que la poseía, que la llenaba de nuevo. Necesitaba sentir sus gemidos al oído, tal como hizo, al cogerla en volandas, hacer que rodeara su cintura con las piernas y volver a hundirse en su delicioso coño empapado.

El orgasmo de Mayra fue bestial, el primero le sacudió hasta el alma, pero Pablo no paró, concentrado en ella, en sus labios al morderse, en sus

gemidos, en sus párpados cerrados, en su éxtasis. Y siguió embistiéndola, con la misma fuerza y fricción.

—Quiero otro, Mayra, dame más. —Y Mayra, pobrecita mía, que es muy espabilada, pero que llevaba siglos sin acostarse con un hombre, se dejó ir de nuevo, porque esa frase, en la boca de Pablo, fue demasiado para ella, por ser el primero después de mucho tiempo y por ser de él.

Cuando Pablo notó las contracciones apretándose alrededor de su polla se dejó ir, sacudiéndose sin delicadeza hasta vaciarse. Mayra aflojó sus manos, que se habían apretado a su alrededor, haciendo que le clavara las uñas en la espalda y Pablo la ayudó a bajar las piernas, que le temblaban. Apoyó su frente en la suya.

—¿Mayra? —Habló entre aspiraciones agitadas.

—¿Qué? —murmuró ella, deseando no oír un: «Esto es solo diversión, no volverá a pasar». «Es un error», o alguna mierda de esas que le rompiera el corazón.

—Dime que quieres venir a mi casa conmigo, porque me moriré si no me dejas follarte de nuevo.

Mayra sonrió, como si hubieran sonado sirenas y hasta fuegos artificiales, como en esos programas de la tele cuando aciertas la pregunta y te llevas el premio gordo... y tan gordo. Su sexo se contrajo un poco más antes de que Pablo saliera de su interior.

Se limpió como pudo en el baño, se lavó bien las manos y se dedicó junto a Pablo a devorar aceitunas y tomar sorbos de vino, porque, triste realidad, les quedaba un buen rato para que llegara el siguiente turno de guardia hasta que Pablo pudiera marcharse.

La noche fue larga, intensa, sabrosa, excitante y agotadora. Visitaron la ducha, tras lo cual Pablo hundió la lengua entre sus pliegues y ella devoró el delicioso sabor salado de su miembro. Apenas dormitó, porque Pablo no la

dejaba dormir más de media hora antes de volver a despertarla con sus caricias, sus besos y su erección firme.

## Capítulo 8: Perdona, pelirrojo, pero me pones *perraca*

Era mi último fin de semana en Gran Canaria y lo único que me apetecía hacer era disfrutar de mi familia, así que al día siguiente, nos unimos los cinco para un día de cine y restaurante. Mis hermanos estaban más mimosos que nunca, conscientes de que me iría pronto, no se despegaban de mi lado, abrazándome continuamente, estaban logrando que me pusiera sentimental, lo cual era absurdo, porque viviría a escasos minutos en avión.

Antes de llegar a casa, logré dar esquinazo a mi padre para así poder comprar las chuches prometidas que pagarían la deuda que tenía con mis hermanos, era importante tenerlos contentos por si tenía que tirar de nuevo de ellos para recados.

El lunes a primera hora, mucho antes de que saliera a comprar el pan, Mayra me mandó un wasap al móvil:

MAYRA 

«¿Me abres la puerta, petarda?».

ARINEGUA 

«Pues sí que has madrugado hoy. Voy».

Contesté antes de salir de mi dormitorio.

—Está Mayra por aquí, le voy a abrir. —Avisé a mi padre asomándome al cuarto de baño donde se estaba duchando.

—Vale, cariño...

Mi amiga era un espectáculo andante, con su uniforme de trabajo y los zapatos de abuela. La blusa tenía más botones abiertos de lo que es considerado decente, le veía el sujetador desde donde estaba. La falda estaba toda arrugada. Tenía un aspecto de no haber dormido en días, ojerosa y el cabello revuelto, todo ello me desvelaba que aún no se había acostado a dormir, y su sonrisa, que lo había pasado realmente bien.

—¡Tú has *farrukeado*, perra! —susurré para que no me oyera mi

padre, le di dos besos y la dejé pasar.

—Estoy muerta. —No me corrigió la palabra, así que debía estar en lo cierto.

—Muerta a polvos... ¡Mola! —bromeé.

Fuimos hasta mi habitación para no hacer ruido, los niños y Clara aún dormían, aunque estarían a punto de levantarse.

—¿Pablo? —pregunté, porque mi amiga no decía nada. Había abierto mi ropero y estaba seleccionando algo de ropa que se iba a auto-prestar.

—Sí. Pablo.

Mi amiga me contó con todo lujo de detalles todo lo ocurrido con Pablo, que la muy perra no había encontrado el momento para contarme que se le había declarado, vaya, que no quería que me partiera de risa en su cara. Me fue hablando entre mis carcajadas, sus suspiros, mis grititos y aplausos, sus suspiros, sus mordidas involuntarias de labio, sus suspiros, sus manos nerviosas, sus suspiros... ¿He dicho ya que suspiraba todo el tiempo?

—Suertuda —respondí, cuando terminó de relatarme su noche salvaje —. Anda, acompáñame a comprar el pan.

Mayra me contagiaba su felicidad y me iba a aprovechar un poquito de ella para no tener que cruzar con el pelirrojo más palabras de las necesarias.

No me apetecía nada pisar la panadería, pero me parecía estúpido e infantil huir de Mario. Así que fui hasta allí con mi amiga, que como no paraba de parlotear felizmente, no me dio ocasión a tener ninguna conversación incómoda con el joven dependiente.

Mi amiga, de vez en cuando, lo miraba a él de soslayo y después a mí, sabiendo que ahí pasaba algo, pero tuvo la decencia de no soltar ninguna de las suyas delante de él, ya tenía que estar de buen humor, en otro momento no me lo hubiera perdonado.

Después de eso, los siguientes días, no se me hizo tan difícil volver.

Fui amable, intenté ser simpática y cordial. Saludaba, sonreía, observaba en silencio ese cuerpazo desenvolverse por toda la tienda, babeaba un poco, pedía mi pan, incluso charlábamos amablemente durante un rato y me marchaba. En unos días me iría de allí y lo perdería de vista, así que tampoco tenía que ponerme a la tremenda por lo que había pasado. Solo había sido un beso, espectacular, pero un beso.

El jueves, mis hermanos celebraban su cumpleaños, era el único día que mi padre y Clara tenían libre por la tarde y podíamos estar todos, incluida Mayra, que ignorándome por completo, les regaló a los niños una Nintendo, último modelo, para los dos. Cuando mi padre y yo la miramos a punto de matarla, mientras mis hermanos se lanzaban encima de ella para darle un sinfín de besos y abrazos, se defendió diciendo que era una manera de educar en lo de compartir. Tendrían que jugar por turnos y si se peleaban, la consola quedaría castigada. Mi padre no podía discutirle, Mayra era cabezota y los niños estaban tan felices, así que simplemente lo dejamos pasar, aunque fuera demasiado.

El viernes llegó, lleno de nervios y cansancio, las maletas yacían preparadas en la puerta de mi dormitorio con las cosas imprescindibles que necesitaba para empezar mi vida de cero en un nuevo lugar. Mi habitación se veía bastante vacía, aunque todavía tenía trastos y libros por todas partes.

Estaba muy nerviosa, con un malestar en el estómago por todo lo que se me venía encima, que, aunque provocaba en mí un montón de ilusiones, también despertaba temores; a no hacerlo bien, a sentirme sola, a quedarme estancada en la vida. ¿Acaso no lo era que con casi treinta años me fuera a compartir piso de nuevo con mi compañera de universidad?

El caso, es que estaba hecha un manojo de nervios, pero como cada mañana, me tocaba salir a comprar el pan. El día había amanecido nublado y el viento helado azotaba con fuerza, lo que no me tranquilizaba en absoluto,

iba a tener un viaje de lo más horrible si no se calmaba un poco la tempestad. Esos aviones pequeños que funcionaban entre islas se movían mucho y yo hacía demasiado tiempo que había olvidado cómo se rezaba el «*padre nuestro*».

—¿Cuándo te vas? —me preguntó Mario. Vaya, parecía que las ganas de perdernos de vista eran mutuas. Al menos, eso supuse con su pregunta. Me quedé atontada mirando sus labios, pues se lo había mordido, supongo que como reacción involuntaria y nerviosa al hablar conmigo, no lo culpo, con la de perlititas que le soltaba cada vez que se me cruzaba un cable, no era nada extraño que lo pensase antes de dirigirse a mí.

—Esta noche —contesté escuetamente, mirando de reojo a doña Fefina y Concha que estaban allí apostadas parloteando de la cantidad de resonancias magnéticas que se habían hecho durante el último trimestre. Aquello no era más que una tapadera para enterarse de todos los chismes del pueblo.

—¿Te apetece ir a desayunar o almorzar? —Y aunque lo preguntó en voz baja y pensé que solo lo había escuchado yo, las dos señoras mayores pararon de hablar y me miraban de forma indiscreta esperando mi respuesta.

—No puedo, pero gracias. —Mario asintió.

Abrió la boca, conjeturé, con la intención de decir algo más pero al ver cómo miraba todo *Radio Patiño* en nuestra dirección, puso los ojos en blanco y la cerró de nuevo, lo cual agradecí. Parecía que, al fin y al cabo, el pelirrojo estaba cuerdo.

No me esperaba que me siguiera cuando salí de la panadería, más que nada, porque no había nadie más para atenderla. Mucho se fiaba de aquellas cotillas que había dejado allí, que robarle la caja no, pero más de un pastelito le birlarían seguro.

—Arinegua —me llamó detrás de mí.

—Dime. —Me giré algo incómoda, ese acto iba a alimentar las

habladurías del pueblo casi tanto como el que me invitara a comer y yo lo rechazara. No pude evitar fijarme en su camiseta negra impregnada de harina que se ajustaba a sus abdominales como si lo hubieran envasado al vacío. Tragué con fuerza, porque noté como una repentina humedad invadía mi ropa interior.

—¿Tienes quién te lleve al aeropuerto? No sería ninguna molestia para mí alcanzarte hasta allí. —Nunca iba a entender por qué Mario era tan amable conmigo y por qué eso me ponía de tan mal humor. Incomprensible. Lo sé... para mí la primera, pero no podía evitarlo.

—Voy con mi padre. Gracias por el ofrecimiento de todas formas. En caso de que me vuelva a quedar sin batería en el coche, te llamaré —bromeé y le guiñé un ojo intentando ser amable.

—Vale. ¿Apuntas mi número? —Fue directo y no había señal en su mirada de estar tomándose el pelo.

—Eeh... bueno, vale —flaqueé. Mario me arrebató el móvil de las manos en cuanto lo saqué del bolsillo trasero del pantalón, sin darme ninguna posibilidad a rechistar. Tecleó rápidamente y me lo devolvió.

Por su risilla burlona intuí que se había detenido a observar mi foto de fondo de pantalla, donde Mayra y yo, en pijama y unos veinte años más jóvenes, posábamos haciendo muecas estúpidas partidas de la risa. Me encantaba esa foto. Nos la habíamos hecho de niñas y siempre la llevaba cerca de mí, a todas partes. Así que al final, decidí escanearla y ponerla en mi fondo de pantalla y recordar siempre a mi amiga-hermana-ángel de la guarda cada vez que mirase el aparato.

Sin embargo, Mario ni entendía la fotografía, ni el sentido de la misma. No iba a ser yo la que se lo explicara. Ya me había puesto suficiente dramática hacía unos días. No era necesario que me abriera más a él.

—Preciosas las dos —señaló, averiguando lo que pasaba por mi

cabeza—. Hazme una llamada perdida así guardo el tuyo, por favor, que lo tengo dentro —me pidió. Era listo.

Un poco cortada, sin saber negarme, lo hice. Para quién he sido yo, que en otro momento lo hubiera mandado a la mierda, estaba sorprendida por comportarme de forma amable, prudente y distante. Para cuando levanté la mirada, él sonreía y mis ojos se quedaron clavados en aquellos labios carnosos. Tenía demasiada escasez de piel masculina en mi vida y mi cuerpo iba por libre, sin tapujos. Al menos él no pareció notarlo.

Finalmente, aunque se me pasó por la cabeza acercarme a besarlo, sacudí la cabeza a tiempo. No me gustaba lo que aquel chico provocaba en mí, que me hiciera perder la cordura y aunque sabía que un beso, por muy largo que fuera, solo era un beso, tampoco me había gustado haberme dejado llevar en el mirador de la Caldera de Bandama y era el único motivo por el que estaba a la defensiva con él.

—Bueno, tengo que irme, que mis hermanos esperan por el pan del desayuno antes de irse al cole.

—Sí, claro. Oye, una cosa más —asentí—. Perdóname si te ofendí, si te sentiste obligada el otro día a... —se rascó la nuca y parecía nervioso, mientras los colores en mi cara subían sin remedio tanto como en la suya—. Sinceramente, pensé que te gustaba aunque fuera una mínima parte. Pensé que si no te apetecía, simplemente me ibas a apartar y punto. Me ha dejado muy descolocado el que te enfadaras.

—Eres un creído. —No quería ser antipática, de verdad que no, pero me salía solo—. No me gustas y no quería besarte, pero te debía una y prometí que te concedería lo que quisieras. Tampoco me iba a morir por un simple...

—Largo —rebatí.

—¿Cómo? —pregunté.

—Intenso, quizás —resolví.

—No te entiendo —protesté, cruzándome de brazos, me estaba aburriendo esa conversación de besugos.

—Ibas a decir un simple beso... no lo fue, pero es verdad, no pasa nada. Bueno, bonita, que te vaya bien. —Parecía enfadado y ahora la que estaba descolocada era yo, pensé que sería como siempre, yo era la antipática de los dos y él el que se reía con sorna—. Buen viaje y todas esas gilipolleces que se le dice a la gente cuando se larga lejos. —Pues sí, estaba enfadado, pero a mí me daba exactamente igual, dos trabajos tenía.

—Hasta luego —murmuré, girándome para ir a mi casa. Ya no le debía nada al pelirrojo de las narices y me estaba tocando la moral más que de costumbre.

Después del desayuno, los peques se fueron con mi padre y al rato Clara salió, había cambiado el turno para poder ir a despedirme al aeropuerto esa noche. Tenía el día tonto, con la lágrima en el ojo desde esa mañana. Me iba a costar mucho acostumbrarme de nuevo a estar sin ella, Clara se había convertido en una de mis mejores amigas. No era mi madre, pero mi padre había hecho una gran elección, a la altura, cuando se cruzó con ella.

Los piojos me habían dado como un millón de besos antes de salir de casa y se habían marchado con un puchero, según ellos, que fuera mi último día en Gran Canaria era una excusa considerable para quedarse en casa conmigo achuchándome y no ir al colegio, pero mi padre no estaba de acuerdo. No se lo iban a camelar con sensiblerías cuando estaría a media hora en avión de casa.

Estaba nerviosa por el viaje y el trabajo nuevo, sensible por la ñoñería de mis hermanos, descolocada por la conversación con Mario... no sabía exactamente a qué dedicar la mañana. Pensaba llamar a Mayra para pasar el día con ella, pero tendría que esperar un par de horas más como mínimo, pues sabía que había pasado la noche anterior con Pablo, así que estaba segura de

que aún dormiría.

Mis cosas estaban empaquetadas, apenas me iba con dos maletas cargadas de ropa y zapatos, algunos libros y poco más. No quería llevarme más de la cuenta, por si las cosas no iban bien, me costaría un riñón traer todo de vuelta. Ya tendría tiempo de ir llevándome más, poco a poco, los fines de semana cuando regresara a casa.

Así que sin nada especial que hacer, me tiré en el sofá y empecé a pasar canales sin decidirme por nada en concreto, hasta que di con *El diario de Noah*, estaba empezada, pero la había visto un millón de veces así que, allí me quedé, alelada mirando la pantalla, llorando a lágrima viva, dejando salir todas las emociones que tenía acumuladas... pues sí, algunos lo llamaban masoquismo y otros desahogarse, pero a mí me estaba sentando de vicio.

El sonido del timbre me dio tal susto que di un brinco en el sofá. «La madre del cordero», refunfuñé y fui hasta la puerta.

Mario, con cara de pocos amigos, estaba al otro lado y yo no sabía qué decirle, pero lo primero que hice fue pasar con disimulo la manga del jersey por mis ojos humedecidos. Supe que Mario lo había notado en cuanto cambió de actitud, pero si no me preguntaba no podía explicarle que me había emocionado con una escena de una película. ¿Se pensaría el pelirrojo egocéntrico que estaba llorando por él? Pues anda que sí que tenía que ser creído el tipo.

Como estábamos en la puerta de casa, sin decir nada, ninguno de los dos y bastante incómodos, me aparté para dejarlo pasar.

—¿Quieres entrar? —murmuré, con la intención de llegar a una tregua con Mario y disculparme por mi mal genio. Pasamos hasta el salón y apagué la tele antes de que advirtiera qué película estaba viendo, no tenía ganas de más mofas por el momento. Él no dijo nada, solo me ofreció una sonrisa amable—. ¿Quieres café?

Pero él negó y ya no supe qué más hacer, como cada vez que hablaba con él terminaba diciendo barbaridades, prefería estar calladita, esperando el momento en el que él se soltara y me dijera para qué había venido.

—¿Estabas llorando por una peli romántica? —me preguntó al fin, esta vez sí con tono burlón.

—Joder, me lo pones muy difícil. Intento ser amable, ¿sabes? —contesté indignada y él rio. Definitivamente le encantaba ponerme de los nervios—. ¿Tú no tienes un negocio que atender?

—He puesto el cartel de vuelvo en cinco minutos.

—¿Por qué? —pregunté frustrada. Cómo era mi último día viviendo en la isla supuse que sabía que no tendría demasiadas ocasiones para tocarme la moral en lo sucesivo y había decidido ir a mi casa para que me marchara a Fuerteventura con reservas de mala leche.

—Solo quería disculparme por cómo te hablé. No era mi intención... bueno... perdona, ¿vale? Me caes bien y... —alegó.

—¿En serio? —Lo interrumpí, pues eso sí que me extrañaba—, ¿Por qué? Si no hago más que espantarte —sonreí en señal de tregua. Él también lo hizo.

—Pues no sé... imagino que puedo ver lo que hay bajo esa capa de hostilidad que te empeñas en mostrar. —Sabía que en el fondo tenía razón. Así me protegía de los hombres para que no me partieran el corazón. Era una antipática de narices y problema solucionado. Por norma general, solía funcionar.

—Vale. Supongo que tienes razón. Pero es que a ti te gusta especialmente llevarme al límite. —Soltó una carcajada. Era guapo, era muy guapo, una pena que fuera tan idiota—. Bueno, no te preocupes, perdonado quedas. Tengo tu móvil, te llamaré algún fin de semana que venga y nos tomamos un café.

—¿Solo y amargo? —Contestó acercándose a mí. Aún seguíamos de pie, en mi salón, como dos tontos, no le había ofrecido que se sentara, pero no me parecía buena idea. Debía volver a la panadería de una vez.

—Lo dulce ya lo pones tú, ¿no? —respondí y él asintió. Lógicamente era un juego de palabras porque se pasaba la vida haciendo pasteles y pan.

Me cagué en todos los muertos porque mi descarada piel se había erizado cuando me agarró del brazo para darme dos besos y peor aún, él lo había notado, pues miraba mi carne de gallina con una sonrisa burlona que me sacaba de quicio.

Se acercó de nuevo a mí, escrutándome con ojos rasgados, por si de pronto se llevaba un sopapo. Esta vez, me besó en los labios. Ya no le debía nada y, por supuesto, él a mí tampoco. Me besaba porque le apetecía y yo me dejaba hacer porque... también. Mi corazón me gritaba: «No» y mi mente: «Huye cobarde...», pero mi entrepierna estaba demasiado necesitada de sensaciones, así que me dejé llevar por el pelirrojo de las narices, que me arrastró con suavidad hasta el sofá.

Durante largo rato me entretuve en su boca. Me dejé llevar y no pude evitar un suave gemido cuando su sexo duro se apretó contra el mío a través de la ropa.

—Joder —murmuró quitándome con celeridad la camiseta.

Sentí cómo me olía mientras me besaba en un recorrido que ardía en mi piel y que le llevaba hasta mi pecho, momento en el cual se deshizo de mi sujetador de un solo movimiento de su mano. Agarró mi pezón derecho haciéndome temblar de puro deseo.

—Tienes que... la... la panadería —tartamudeé. Mi clítoris palpitaba, mi coño se contraía y me gritaba que me callara la puta boca, que necesitaba marcha.

—Mierda... no quiero irme —pellizcó el pezón que acababa de

abandonar sus labios y se dirigió al otro, succionando y mordiendo.

Para cuando desabroché mis pantalones me sentía completamente empapada. Me daba hasta vergüenza estar tan mojada, no sabía cómo excusarme... «Perdona, pelirrojo, pero me pones *perraca*», pensé, pero estaba demasiado caliente incluso para reírme de mi voz interior. Mario se deshacía de mis pantalones y yo había perdido el control por completo.

—Mario... te van a echar. —La razón intentó hablar por mí.

—Calla —exigió antes de hundir su cabeza entre mis piernas.

Solté un gemido cuando su lengua se adentró entre mis pliegues, tras entretenerse largo rato en mi clítoris y saborearme con devoción, supe, que por una vez en la vida no me iba a hacer daño un poco de sexo sin más.

Desconecté el cerebro cuando me penetro con la lengua, haciendo que un escalofrío me recorriera de arriba abajo, avisando de que no tardaría mucho en fundirme.

Gemía con suavidad, lo que no sabía era cómo tenía la cordura suficiente para pensar en las vecinas cotillas, pero fui lo bastante prudente como para que mi padre no tuviera que volver a llamarme por teléfono.

Su lengua viajó a mi clítoris y me penetró con un dedo, luego dos, haciendo que me arqueara en busca de más. Su lengua aceleró el ritmo y sus dedos profundizaban más en mi interior, hasta que no pude más que dejarme ir, convulsionándome por completo, sus labios estuvieron pegados a mi sexo hasta que las contracciones se fueron espaciando y haciéndose más débiles.

Mario se apartó, subiendo a besarme, compartiendo conmigo mi propio sabor salado. Intenté desabrocharle los pantalones pero se apartó con suavidad.

Llamaron al portero automático en ese instante.

—¡Ostras! Perdona, Mario, dame un segundo.

Contesté lo antes que pude y mi amiga Mayra saludaba al otro lado.

«Joder qué oportuna cuándo quiere la muy perra», pensé. Le abrí el portero automático.

—Lo siento, no esperaba que viniera Mayra —me disculpé con él, vistiéndome lo más deprisa posible, no sabía dónde meterme de la vergüenza. Al menos a él se le había bajado la erección que estaba a punto de estallar sus vaqueros hacía unos minutos.

—No te preocupes, tengo que volver a la panadería ya —me acerqué a besarlo y Mario me apartó con suavidad—. No, no... me ha costado bajarla —señaló a su entrepierna riendo—, no la animes otra vez.

Soltamos una carcajada. Sonó el timbre y ambos nos miramos.

—Joder, qué rápida la hija de perra cuando le da la gana —mascullé.

—No querrás que salga por la ventana, ¿verdad?

—No, no...

Fui hasta la puerta y cogí una libreta y un boli de la cómoda de la entrada y le abrí a mi amiga.

—Buenos días, pasa —le dije—. Tengo visita, dame un momento. —Mayra me miró extrañada y me siguió hasta el salón. No pude comprobar la cara que puso al ver a Mario allí pero intenté ser rápida.

—Pues Mario, lo que hablamos entonces, se lo voy a comentar a mi padre a ver si le parece bien. Seguro que me dice que sí y tú te llevas un dinerillo extra. Muchas mañanas no podrá ir por la panadería si está solo con los niños, así que si le traes el pedido habitual él estará encantado.

—Sí, sí... ya me dices algo. Hola —saludó Mario a mi amiga—. Bueno chicas, yo me voy ya. Que tengas buen viaje —se acercó y me dio dos besos.

—Gracias.

Mario salió de casa y sin mirar a mi amiga, al cerrar la puerta de la entrada grité:

—¿Café?

—Por favor... oye y, ¿qué hacía este aquí?

—Había quedado con mi padre, pero no pudo escaparse antes de la panadería y mi padre no pudo esperarle. Organizando la compra diaria, básicamente.

—Ah, claro.

Serví dos cafés, recuperando poco a poco el ritmo de los latidos y la respiración. Se lo había tragado. No me apetecía contarle lo que había pasado. Aún no.

—Ari... —Mayra tomó el último sorbo de café—. ¿Besa bien Mario?

—Joder... —Jodida perra que me conocía tan bien—. Demasiado, Mayra, demasiado bien.

## Capítulo 9: Abrazos compartidos

Estar de vacaciones molaba, por supuesto, no tener que soportar el infernal ruido del despertador a las seis de la mañana era lo más alucinante que le había pasado a Sabrina los últimos meses, es decir, estaba sumida en un mar de hastío que estaba acabando con su existencia.

Se había cansado de pasar canales sin sentido, la casa estaba como una patena, el día estaba lluvioso, así que playa o paseo quedaban descartados. Había visto todas las series de Netflix, la lectura no era su fuerte y no sabía a qué dedicar el día. Así que jugueteó con el móvil, respiró tranquila al ver que Salva seguía sin escribir y marcó el número del despacho, sonriendo de medio lado.

—¿Sí, buenos días? —respondió Raymond al otro lado.

—¿Cómo que sí? —preguntó seria—. ¿Qué crees que estás en tu casa? —preguntó para tomarle el pelo.

—Ehh... —Casi podía ver cómo ponía los ojos en blanco—. ¿Puedo ayudarte en algo, Sabrina?

—Pues ahora que lo dices, sí —respondió feliz—. Necesito que te ausentes de la oficina y que digas que tienes que hacer unas gestiones que te acabo de ordenar por teléfono. Vente a casa, coge un taxi, no pierdas el tiempo conduciendo, echamos uno rapidito y ya si eso, te vuelves al trabajo desahogado.

—No puedo —respondió con parsimonia.

—Sí puedes, hombre. Nadie te va a echar de menos.

—Ya, Sabrina, pero es que... sabes, es que... yo no quiero meterme ahora en una relación estable —«¿Y a este quién le ha hablado de boda?», pensó mi amiga—. Bueno, ya sabes, ahora mismo estoy centrado en otros aspectos de mi vida.

—Antes de que me digas lo de no eres tú, soy yo. Solo quiero follar —

le interrumpió Sabrina—. Me aburro —silencio de tres segundos—. Me aburro mucho —silencio incómodo de diez segundos.

—Obviando que me llamas para follar cuando estás aburrida y no tienes nada mejor que hacer, es que tampoco me van estos rollos. —Esta conversación se estaba volviendo soberanamente aburrida, mi amiga bostezó y lo hizo sin querer. El chico le caía bien, por eso lo había elegido a él, pero debía admitir que lo de ligar no se le daba nada bien.

—Muy bien, Ramón —dijo por picarle un poco, sonrió maliciosamente—. Nos vemos en unos días.

Colgó el aparato antes de que pudiera corregirle. Mantuvo el móvil en las manos y miró el reloj, un segundo y medio tardó en llegar el wasap.

RAYMOND 

«Raymond».

Estalló en carcajadas, le encantaba el humor de aquel chaval serio y enfadado con el mundo.

Le dio por pensar que tenía treinta y un años y que Raymond era el segundo hombre con el que se acostaba en toda su existencia y se frustró, qué tristeza. Decidió vestirse y salir de casa aunque estuviera lloviendo porque ya no aguantaba más entre aquellas cuatro paredes. Paraguas en mano caminó un buen rato, entró en un par de tiendas que había por el camino para comprar algunas cosas y decidió darse un homenaje, un desayuno de esos a base de gofres, helado y sirope de chocolate caliente que la dejarían con dolor de barriga todo el día. Mientras esperaba a que se lo sirvieran, se tomó a sorbos un cortado, leyendo las últimas novedades y notificaciones de sus contactos en Facebook. Nada importante que destacar.

Un amable camarero depositó el gofre frente a sus narices, y solo su olor ya la hizo salivar, tenía una pinta increíble, casi notaba el sabor del chocolate caliente en sus papilas gustativas. La baba le caía cuando, cuchillo y

tenedor en mano, se disponía a partir el primer trozo y justo antes de metérselo en la boca cayó un rayo encima de su cabeza... bueno, no fue eso exactamente, pero casi que le hubiera dolido menos. Oyó su voz tras de sí.

—Sabrina...

—Me cago en todos mis muertos —masculló mi amiga, soltando el cuchillo y el tenedor, de pronto se le había quitado el hambre.

—¿Puedo sentarme?

—Preferiría que no, Salva —contestó.

Ignorando a Sabrina, Salva se sentó frente a ella.

—Te echo de menos, Sabri. No solo como pareja. Llevamos siendo amigos prácticamente desde que nacimos. No sé vivir sin ti en mi vida —el muy hijo de perra.

Supongo que Salva era el talón de Aquiles de mi amiga. La dejó noqueada, con un nudo en la garganta, con el cielo cayendo sobre sus hombros, porque a diferencia de lo que le había pasado a él, Sabrina seguía enamorada de Salva, o al menos, eso era lo que pensaba en aquel momento de su vida y se juntaban en su cabeza los recuerdos de sus besos, de sus caricias, de las tardes riendo, abrazados en el sofá. Sin embargo la visión se nublaba con Salva besando a la recepcionista del turno de noche del hotel.

—Gracias por el desayuno. —Sabrina se levantó cogiendo sus cosas, le había amargado la mañana qué menos que pagarle la cuenta—. Y, Salva... vete a la mierda.

Al salir del restaurante, se castigó mentalmente porque aquel era un sitio donde solía ir mucho con él y había caminado hasta allí de forma automática. Sin embargo, estaba feliz por ser capaz de conservar su orgullo. No iba a perdonarle, no lo quería en su vida ni como amigo.

Se puso los auriculares y activó Spotify en su móvil, no se sintió mejor cuando escuchó a Amaia Montero y Alex Ubago cantando *Los abrazos rotos*,

rotos como estaba ella, porque seguía enamorada de aquel hombre que nunca jamás volvería a estar en su vida.

Volvió caminando a paso ligero a casa, de pronto le había apetecido ver enterita toda la saga *Stars Wars* que adoraba, ya se le podía haber ocurrido antes, pensó para sí misma.

—Me cago en los putos gofres, en el puto aburrimiento, en el puto Raymond por no venir a entretenerme y en el puto Salva de los cojones por haberse propuesto amargarme la existencia hasta el fin de mis días.

Y dicho esto en alto, mientras la gente se le quedaba mirando como si estuviera loca, se sintió un tanto mejor y también un poco como en la canción: *«Sola en su soledad»*.

Pablo y Mayra habían quedado para tomar una cerveza después del turno de trabajo, iban a aprovechar la última noche de soledad en la casa de Pablo, pues sus padres volvían de viaje; pero también les apetecía mucho pasar un rato tranquilo, simplemente hablando y si estaban a solas en un lugar cerrado, íntimo y con cama, no se iban a dedicar a hablar precisamente.

Mayra había llevado al trabajo una mochila con ropa de calle y tras un turno de trabajo bastante tranquilo, en el que pudieron salir puntuales sobre las ocho de la tarde, se escabulló al vestuario con rapidez para cambiarse y que Pablo no tuviera que esperarla mucho y se empezaran a crear rumores en el trabajo sobre lo que se traían entre manos. No es que quisiera esconderse, pero, evidentemente, era mejor ser discretos a ver cómo iba aquello, pues apenas acababa de empezar y no sabía muy bien qué buscaba Pablo, lo cierto era que no sabía ni lo que quería ella misma.

Si hubiera tenido la oportunidad de ver a Mayra esa noche, antes de salir del vestuario, hubiera silbado. Estaba preciosa, despampanante, aunque iba vestida bastante informal, con un suéter de escote barco y manga tres

cuartos en color negro, vaqueros ceñidos y rasgados y tacones rojos, sí señores y señoras, tacones, de los de aguja, de los que tienes que caminar contoneando las caderas y con firmeza y seguridad para no parecer un pato mareado y no es que Mayra no supiera caminar con ellos, sabía, claro que sabía, mucho había practicado durante su época universitaria de noches de marchas infinitas, pero hacía mucho que había optado por la comodidad.

Se colocó los rizos rubios humedeciéndolos y pasando un poco de espuma por ellos hasta que alcanzaron la forma deseada y repasó su maquillaje. Allí estaba ella, preciosa, pareciendo segura de sí misma y digo pareciendo porque conocía a Mayra, estaba hecha un flan y ya me lo podría negar un millón de veces y hacerse la dura, pero el temblor de sus manos no le hubiera pasado desapercibido a nadie.

Se colocó un pañuelo en el cuello de color rojo y una cazadora vaquera ceñida, que se abrochaba con una cremallera y se apretaba en sus pechos, remarcándolos. Estaba preciosa y lo pensó ella, al mirarse al espejo y lo pensó Pablo, cuando la vio subir las escaleras del vestuario, llevaba diez minutos esperando por ella y Mayra hubiera sonreído al ver la cara de atontado de Pablo mirando hacia ella, si no fuera por lo que tenía al lado... *cagiën* la puñetera Tatiana de las narices, lo que le faltaba es que quisiera unirse a la copa.

Lo miró de soslayo y forzó una sonrisa, haciéndole un gesto para decirle que le esperaba fuera, se negaba a pararse allí y que aquella niñata le chafara la noche. También se recriminó un poco mentalmente por odiarla tanto, porque no eran tan mala niña, pero es que le ponía enferma la forma en que se tocaba el pelo cuando hablaba con él, cómo le miraba a los ojos y sonreía todo el tiempo, coqueteaba, mucho, todo el tiempo y Pablo era amable y simpático con ella, cosa que le jodía aún más.

Intentó no mosquearse con Pablo, porque tampoco tenía la culpa de que

a Tatiana le gustase, pero encima verla allí hacer tiempo esperando a que él se marchara, supongo que intentando que le invitara a una copa o a saber qué, con sus *shorts*. ¿En serio? ¿*Shorts*? Si casi estábamos en invierno, un top sin mangas y escotazo, aunque en tetas Tatiana no podía competir con ella. Era menudita y apenas tenía curvas, pero era guapa, la hija de perra y por eso mi amiga se sentía tan amenazada ante ella.

Tuvo que esperar cinco largos minutos a que Pablo se despidiera de ella, al menos no tuvo que escuchar si Tatiana le insistía para quedar. Caminó hacia Mayra y una vez a su lado, fueron caminando hasta una terraza no demasiado alejada de la zona, donde se pidieron una cerveza y empezaron a hablar como hacían siempre; de tonterías, de películas de terror, mi amiga era una adicta a las pelis de terror de toda índole, del más gore, más sanguinario y asqueroso a las más escalofriantes y aterradoras. Compartían gusto y Pablo le había recomendado un par de ellas nuevas que había visto en Netflix.

Picaron unas patatas fritas y pidieron otra cerveza y Mayra, que aún andaba dándole vueltas a Tatiana, decidió sacar el tema sutilmente, bueno, sutil, sutil... no fue.

—Oye, Pablo. ¿A ti te gusta Tatiana? —preguntó mordisqueando una patata, intentando hacer ver que su respuesta realmente no le importaba, a pesar del nudo que se le había instalado en el estómago.

—Psss... es mona.

—Sí, es mona —murmuró Mayra, que lógicamente, esperaba otra contestación.

—Y divertida —continuó Pablo.

—Sí, yo es que me parto la caja con ella —masculló ella sarcásticamente.

—Y es lanzada... va a por lo que quiere, para mí todo es más fácil si una chica es lanzada porque soy tímido y me cuesta abrirme. —¿Y esto ahora

qué era? ¿Una puta confesión de amor a la niñata de los cojones? Mayra abrió la boca descolocada, más que enfadada, sorprendida y Pablo soltó una carcajada, rio de buena gana y dio un trago a su cerveza.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó, desconcertada.

—Mayra, Tatiana no me gusta, me gustas tú y me encanta este lado celosillo que estoy descubriendo en ti.

Mayra saltó interiormente, gritó, palmeó y volvió a saltar, pero solo interiormente, no se lo iba a demostrar, que se estaba haciendo el chulito en su cara y encima la vacilaba con el tema... que le tocaba los ovarios el tema Tatiana. Así que lo escrutó con ojos rasgados y bebió de su botellín.

Pidieron otra cerveza y se mantuvieron en silencio un buen rato, la disfrutaron sonriendo, entre miradas, gestos y cogiéndose de la mano. Tras lo cual emprendieron el camino hacia casa de Pablo. A Mayra le temblaban un poco las piernas, un poco de nervios, un poco por el alcohol y un poco por el deseo que ya se instalaba en su cuerpo llenándolo todo de un calor y cosquilleo indescriptible.

Llegaron a casa de Pablo, cogidos de la mano, ilusionados, emocionados, nerviosos y excitados. Sin prisas. Sin pausa. Pasaron dentro y un aura de timidez se cernió sobre ellos.

—¿Te apetece tomar algo? —Pablo murmuró su pregunta y Mayra solo negó con la cabeza antes de que Pablo se acercara y la besara con dulzura.

Ella se aferró a él en un abrazo dejándose llevar, pensaba que en un pispás empezaría a desnudarla, sin embargo, se apartó de ella y, tirando de su mano, la hizo pasar a su salón, no a su dormitorio con aquella *mullidita* cama doble. Le pidió a mi amiga que se sentara en el sofá, mientras él trasteaba con el ordenador de sobremesa y los altavoces hasta que empezó a sonar música a un volumen suave.

—Mayra. Igual es momento de hablar de esto. —A ella se le elevaron

las cejas.

—¿Ahora? —preguntó, riendo. Joder, que llevaban dos horas en la calle sin poder morrearse como adolescentes y tenían que hablar en ese momento, que no podía pensar porque tenía toda la sangre acumulada en la zona de su clítoris y alrededores. Se le quitaron las ganas de reír cuando sintió que a él le temblaban las manos.

—Mayra, tengo que disculparme contigo. —¡Hostias! ¿Esto era el prelude a lo siento mucho, pero solo podemos ser amigos, esto ha sido un error, no se puede volver a repetir o alguna de esas mierdas? Mayra tragó con dificultad. Mario sonrió de medio lado para quitarle tensión al momento y ella solo pudo pensar en por qué demonios tenía que gustarle tanto aquella puñetera sonrisa—. Soy un puto cobarde.

Ya está, fuera de juego, no se estaba enterando de nada. ¿De qué demonios hablaba y por qué lo hacía a cuentagotas?

—Pablo, no te ofendas, pero no te entiendo.

—Que me gustas Mayra, que me gustas desde que entraste al museo con tus suaves rizos al aire, que deseé acariciarte un millón de veces. Con tus sonrisas. Tus bromas. Tus bromas pesadas. Tus partidas de culo conmigo y de mí. Ya sabes que yo estaba mal con Irene por aquella época, y luego pasó todo lo de nuestra ruptura, que fue una mierda, que lo pasé fatal porque ella no lo aceptaba y me llamaba continuamente y me ayudaste a superarlo. Estuviste conmigo, me cogiste de la mano, me abrazaste y no me dio vergüenza llorar en tu hombro y, entonces, me di cuenta de que era imposible que quisiera a Irene, por mucho que me culpara por no hacerlo, por mucho que quisiera obligarme por no hacerla sufrir, no podía quererla a ella porque ya te quería a ti, Mayra. Éramos amigos, estabas a mi lado en todo momento y no me pareció adecuado sentir eso por ti, así que intenté hundirlo en el fondo de mi estómago, a pesar de que cuando me abrazabas o jugabas con mi flequillo se me aceleraba el

pulso.

—Estooo... Pablo. ¿Me estás diciendo que llevamos dos años haciendo el gilipollas?

—No. Llevamos dos años conociéndonos y ahora que has sido más valiente que yo y ha surgido esto, sé que no quiero estar con nadie más que no seas tú. Y te cuento todo esto porque necesito que hablemos de qué buscas, qué quieres de mí. ¿Esto es un: «tío que llevo dos años tirándote los tratos deseando que me empotraras»? ¿O es un: «llevo dos años colada por ti y quiero que seamos más»?

—Más, siempre, más.

Empezaron a sonar los acordes de *Los abrazos que nos quedan* de Maldita Nerea y ambos sintieron que les faltaba el aliento, cogidos de las manos, en silencio, escucharon la letra:

«Aquí cada segundo es cierto y es un sí. No puede llegar. Fue volando hasta hacerse nuestro. Y ¿ves? Eres lo que he querido y tengo».

—Eres lo que he querido y tengo —repitió él la frase de la canción.

Mayra se acercó y lo besó, porque supo que Pablo lo estaba pasando mal. No era una persona de abrir sus sentimientos y sabía que, esa conversación, le había costado, pero no tenía de qué preocuparse. Estaba loca por él. Y tampoco quería estar con otra persona que no fuera él.

## Capítulo 10: Información de primera mano

Camino al aeropuerto, mis hermanos reían contándose alguna anécdota del colegio que solo ellos podían entender y mi padre, nos explicaba entusiasmado, alguna cosa surrealista que le había pasado en la consulta. Sin embargo, no escuchaba del todo, solo intentaba quedarme con el *runrún* de sus palabras.

Una vez llegamos, Tomás y Omar se colgaron a mi cuello, llenándome de besos y pidiéndome que les trajera un regalo en mi próxima visita. Me quedé un buen rato abrazada a Clara y por último estreché a mi padre, notando como su grisácea barba picaba al besarle. Echaría de menos sus *besos de cactus* como siempre los había llamado desde niña.

Y allí estaba, frente a la puerta de embarque, temblando, sabiendo que llegaría en menos de una hora a Fuerteventura y que me esperaba una nueva aventura, que por suerte, sería en compañía de Sabrina y el lunes comenzaría mi andadura laboral.

Así como yo estaba emocionada y hecha un flan, mi amiga brincaba de felicidad cuando me recogió en el aeropuerto. No paraba de hablar, reír, burlarse de una cosa, de otra, bromear, recordar nuestra época universitaria... como si no nos hubiéramos visto en siglos, así hasta que llegamos al piso, que a partir de ese momento, compartiríamos.

Si por un momento pensé que tendría un sábado tranquilo, que mi amiga me iba a dejar descansar y colocar mis cosas mientras me enfundaba el pijama, la llevaba clara. Parecía que había tomado demasiado café, pues rápidamente me ayudó a sacar todo de las maletas, con la intención de guardarlo cuanto antes. Exasperada, no sabía cómo hacer que se calmara, sobre todo, porque aquello que ella estaba colocando, lo sacaría del ropero y lo volvería a ordenar. Maniática. Sí. Hasta rozar la locura. Sí, seguramente.

—Deja de criticar mentalmente como ordeno tus pertenencias. ¿No te

has traído nada para salir de fiesta? —me preguntó con el ceño fruncido, revolviendo lo que quedaba por colocar.

—No, ya cuando vuelva me traigo más cosas, tampoco pensaba salir de fiesta inmediatamente.

—De eso nada, tú y yo nos vamos ahora mismo de compras que esta noche nos vamos de marcha. En Corralejo hay buenos sitios para bailar —sentenció mi amiga, levantando los brazos y moviendo las caderas.

—No te lo crees ni tú. No me apetece nada, Sabrina, estoy nerviosa con el nuevo trabajo, cansada de la mudanza... tengo el síndrome premenstrual... no sé, coge la excusa que quieras, pero no pienso salir de aquí. —«No, no, no... vamos, ni de coña», pensé.

—¿Te imaginas cuánto tiempo hace que Salva y yo lo dejamos? ¿Te puedes imaginar cuántas amigas tengo aquí que estén solteras? ¡Cero! ¡Cero, Arinegua! —Dios, me había llamado por mi nombre completo, aquello iba para sermón fijo—. Tengo treinta y uno y todas mis amigas son de mi edad o más jóvenes y la que no tiene un hijo, tiene dos o un marido empotrador con el que prefieren pasar el fin de semana, antes que conmigo...

—Respira, Sabrina... es que, aunque quisiera irme de compras, mi cuenta está temblando y tengo que sobrevivir todo este mes antes de cobrar, no puedo. —Intenté hacerla recapacitar.

—Vale... no pasa nada —cedió finalmente.

—Sí, eso, bonita. No pasa nada, ya saldremos otro día —resolví, recostándome en el sofá.

—Que te lo has creído. —Sabrina no solo no dejó que me acomodara, sino que de un salto se puso en pie y tiró de mi mano. Me resistía con toda mi alma, pensaba qué efecto podría tener que me echase a llorar en ese mismo instante. Pero Sabrina ya no me escuchaba ni me prestaría la más mínima atención.

Me arrastró frente a su ropero empotrado de dos metros de largo por dos de ancho, abrió dos hojas del mismo donde había decenas de vestidos colgados de sus perchas.

—Siéntate —me ordenó, señalando su cama. Ni siquiera me iba a dejar elegir. Estudió con detenimiento cada prenda y hablaba sola en alto...—; esto con los zapatos rojos y algo de bisutería... o mejor, esto... igual... esto mejor —suspiré, resignada—. ¡Ya! Este es perfecto. —Sacó un trozo de tela que me quedé mirando sorprendida.

—No sé para qué ocupas una percha completa con ese pedazo de retal. ¿Eso es un vestido? —protesté.

—Calla, no me seas carca. —Arrastrándome hasta mi habitación, abrió el cajón de la ropa interior y me tiró un tanga negro que había guardado dentro —, ve a ducharte, hueles a avión, a estrés, a oficina... quiero que hueles a coqueteo, a baile latino, a sexo —me exigió, contoneando las caderas al ritmo de una melodía imaginaria.

—Tú lo flipas —me carcajeé.

—Y olvídate de llevar sujetador con esto. Venga, estás tardando.

¿Tenía otra opción que hacerle caso a mi amiga? No tenía energía para luchar contra ella, así que me dejé llevar. Debía reconocer que el vestido era cómodo y fresco, apenas una mínima tela con estampado de leopardo que cubría por delante con pronunciado escote, muy cortito, con toda la espalda al descubierto y sujeto al cuello con un fino cordel. Me quedaba bien, no tenía mal cuerpo, aunque me faltaba mucho para alcanzar las formas perfectas de mi amiga y estaba segura de que a ella le quedaría mucho más explosivo, pero era un buen vestido para potenciar mis curvas.

Me adelanté hasta su zapatero, antes de que eligiera ella también. Adoraba aquel mueble; todos los zapatos de mi amiga eran preciosos y con un taconazo de vértigo, utilizaba mucho ese tipo de calzado hasta en su día a día,

si Sabrina iba en deportivas, es que estaba enferma o iba a correr una maratón. Me decanté por unos negros a los que mi amiga dio aprobación y me rogó que me diera una segunda capa de maquillaje cuando salí del baño. Unos minutos más tarde, un taxi nos recogió en la puerta de su piso y nos llevó a nuestro primer destino, que eligió mi amiga, por supuesto, ya que yo no conocía la zona.

Así que esto iba a ser así, iba a volver a mis años universitarios cuando estaba a punto de cumplir treinta... pues tampoco estaba mal del todo.

La temperatura de la isla no bajaba de veinticinco grados, a pesar de estar casi rozando el mes de noviembre, lo cual agradecí, porque aquel pedazo de tela que me había puesto apenas cubría lo imprescindible. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí *sexy*, las miradas se posaban entre mi amiga y yo, que bailábamos medio locas, provocativas, mientras las luces parpadeantes giraban al ritmo de la música. Me venía bien soltar toda aquella tensión.

Perdí la cuenta de las cervezas que me había tomado, Sabrina no paraba de hacerme reír y agotadas, después de unas tres horas en la pista con aquellos taconazos que me tenían destrozada, fuimos hasta la barra y nos sentamos en un par de taburetes altos que acababan de quedarse libres.

—La última —le pedí a la camarera, que estaba tras la barra, la cual con una sonrisa sacó un botellín y me lo tendió.

—Sabes que llevas diciendo lo mismo desde hace hora y media, ¿verdad? —me preguntó Sabrina riendo y cogiendo su cerveza.

Me encogí de hombros y di un buen trago. Me moría de sed, estaba empapada en sudor de tanto bailar y el líquido bajaba como agua por la garganta.

Mi amiga saludaba a alguien con la mano, pero ni me molesté en mirar, primero, porque no conocía a nadie allí y segundo, porque seguramente sería algún tío que se quería camelar y me importaba un pimiento.

—¿Sabes que hay un hombre sentado justo en la barra de enfrente que no te ha quitado ojo en toda la noche? —me preguntó mi amiga.

—Calla, boba —le resté importancia y ni miré.

—En serio, justo ahora está mirando hacia nosotras —insistió.

Disimuladamente, me giré, soltando el botellín en la barra. Frente a nosotras estaba uno de los compañeros del Consejo de Dirección de la Fundación en la que empezaría a trabajar el lunes. Hablaba con algún amigo y cuando se dio cuenta de que había advertido su presencia, me saludó con la mano y una sonrisa, así que mi esperanza de que no me hubiera reconocido, se esfumó. Le devolví el saludo y me quedé allí petrificada, sin saber qué hacer, si acercarme a saludar, marcharme a casa, seguir bebiendo y bailando o todo lo contrario.

—Es del trabajo, Sabrina. Mierda, es del trabajo y yo con estas pintas de putón verbenero. —Entré en pánico.

—¡Eh! —protestó mi amiga—. Es uno de mis vestidos favoritos.

Miré hacia abajo, no tenía solución, era tremendamente escotado por todas partes, no tenía nada con lo que cubrirme y aunque lo hubiese tenido, sería estúpido hacerlo ahora si era cierto que llevaba horas observándome.

Me resigné, cuando vi que se disculpaba con su acompañante y venía en mi dirección. Para colmo de males no recordaba su nombre.

—Mierda, mierda, mierda... —murmuré.

—Joder, está bueno, ¿no? —Mi amiga siempre pensando en lo mismo.

—Un poco clásico para ti, ¿no? —Iba vestido muy formal, con camisa de botones abrochada casi hasta arriba, americana, pantalón oscuro y zapatos perfectamente lustrados.

—No pensaba en mí.

—Sí, claro, no tengo yo otra cosa mejor que hacer... —protesté por lo bajini, antes de que llegara a nosotras.

—Hola —me saludó simpático, con una sonrisa—. ¿Fiesta de bienvenida?

—Más o menos. —Intenté vocalizar, sin que se me notara que había bebido demasiado.

—Me alegro de verte por aquí. Hay que salir y distraerse. Coger fuerzas para enfrentarse al trabajo, ¿verdad? —Siguió hablando, después de estamparme dos besos con olor a perfume caro. Asentí, intentando evitar tener que formar una frase completa—. ¿Te puedo invitar a una copa? —me preguntó con una sonrisa socarrona.

—Pues la verdad es que acabo de pedirme una, aún no me la he tomado —contesté, tratando de ser amable.

—Bueno, eso tiene solución —contestó sin dejar de sonreír y se sentó en un taburete a mi lado—. ¿Puedo esperarme por aquí hasta que la acabes?

Mi amiga me hacía aspavientos y gestos con el dedo hacia arriba justo detrás de él, pero estaba demasiado descolocada como para aceptar o rechazar la invitación. Me parecía fuera de lugar.

—Chicos, yo me voy a dar una vuelta, me pareció ver antes a unos amigos por allí, así los saludo. —Sabrina se dio el piro y yo me quería morir.

Durante un buen rato, aquel tipo no dejó de hacerme preguntas y yo me sentía como en una improvisada entrevista de trabajo y tenía más ganas de llorar o de correr hasta casa que seguir allí. Se me había aguado la fiesta.

Era simpático, amable y cercano, pero yo solo veía delante de mí a un jefe de mi nueva oficina que no debía verme vestida así y menos aún bebida. Apuré mi cerveza y, aunque ya estaba algo mareada, dejé que me invitara a otra, con la esperanza de que aquella tortura acabase pronto, pero aun así, no se marchó. Distinguía a Sabrina al fondo de la sala, había saludado a unos chicos que estaban por ahí y estaba hablando con ellos tranquilamente, mirando de forma esporádica en mi dirección.

Mi compañero seguía allí, hablando sin parar, la mitad de lo que decía era incapaz de procesarlo, ya estaba bastante borracha cuando dejé que me invitara a la segunda cerveza.

—Oye, ¿te apetecería ir a un sitio más íntimo? —me preguntó, dejándome más descolocada aún. Aquello era una prueba, ¿verdad? «¡Dios! ¿Y qué le contesto yo a este?». Que si fuera un desconocido cualquiera le daría esquinazo y punto, pero que era uno de los jefes en la fundación.

—Es que... vine con mi amiga y no puedo dejarla sola —contesté incómoda, intentando no ser borde.

Ambos buscamos a Sabrina con la mirada, que se dio cuenta y nos respondió levantando el dedo pulgar, mi amiga a veces era estúpida, qué le íbamos a hacer. Nunca había necesitado tanto un rescate y no sabía cómo pedirle auxilio.

—Bueno, yo creo que está en muy buena compañía. —Se puso de pie—. ¿Nos vamos?

Me quedé allí, pasmada, mirándolo a él y luego a mi amiga que cuando vio que él cogía sus cosas y las mías, que estaban amontadas en una banqueta a nuestro lado, empezó a dar brinquitos de felicidad y palmadas. «La mato, juro por Dios que la mato».

Salimos del pub y caminé a su lado un par de manzanas. Oí como activaba la apertura automática de un Mercedes último modelo, en color azul eléctrico que estaba aparcado y supe que tenía que parar aquello.

—¿Te apetece venir a mi casa a tomarte la última? Vivo cerca de aquí —preguntó. Esto debía ser un castigo por algo que había hecho... ¿por tratar mal a Mario? ¿Por reírme de Mayra por su crisis existencial con Pablo? Hiperventilé.

—Oye, disculpa... la verdad es que no me acuerdo de tu nombre —reconocí.

—Gustavo. Tampoco recuerdo el tuyo —sonrió.

—Arinegua. Ari... me puedes llamar Ari. Gustavo, que he pasado un rato increíble contigo ahí dentro, de verdad que sí. No me parece mal que nos tomemos una copa en algún lugar con menos bullicio donde podamos hablar sin quedarnos afónicos, pero me parece inapropiado ir a tu casa —solté completamente azorada.

—Eres un poco presuntuosa, ¿no? No he propuesto en ningún momento darnos un revolcón —respondió así, sin anestesia ni nada.

—¿Qué? No, no... —¿Por qué me tenía que pasar esto?—. Es que somos compañeros de trabajo y no te conozco mucho —de nada, prácticamente— y tengo novio e igual no le hace mucha gracia que me vaya a casa de un compañero a tomar una copa una noche de fin de semana el primer día que estoy fuera.

Gustavo sonrió de medio lado, no sé si se creía lo del novio o no, yo diría que más bien no, más que nada porque había titubeado, pero si no se lo creía tenía un problema. No le iba a seguir el juego. Y que conste que aquel hombre de ojos azules y piel morena estaba para mojar pan, pero es que me ponía cero, igual porque iba a ser mi compañero, y no uno cualquiera, sino un jefe... pues no, no me ponía en absoluto y lo último que me apetecía era pasar un rato a solas en su casa.

Se acercó a mí e intenté controlarme para no darle una patada en los testículos. Respiré hondo y me esperé a ver a dónde llegaba todo aquello.

—¿Seguro que no quieres venir a casa? —soltó a diez centímetros de mis labios y debo reconocer que sentí un cosquilleo en mi entrepierna, pero es que allí abajo no había filtro ninguno. Últimamente parecía apetecerle todo lo que se cruzaba en mi camino y había cosas por las que no estaba dispuesta a pasar—. Ari... eres preciosa —me dijo, mirándome a los ojos—, y esta noche estás espectacular, apenas he podido quitarte el ojo de encima. No me voy a

andar con rodeos —se acercó un poco más. «No le patees los huevos, por favor, Arinegua, por favor, no le patees... y tampoco le beses, joder, besarlo tampoco», me advertí—. Esta noche te puedo hacer subir al cielo. —Tragué fuerte, mi piel se erizó, mi cuerpo se encendió. Mis mejillas se tiñeron de rojo, quizás por la temperatura que iba en aumento o quizás, simplemente, por aguantarme las ganas de salir corriendo de allí.

Se acercó aún más y justo cuando estuvo a punto de rozar mis labios, lo aparté con suavidad.

—Hasta el lunes, Gustavo.

Agarró mi mano, que se posaba en su pecho para alejarlo de mí y la arrastró despacio hacia abajo, dejándome notar la perfecta forma de sus pectorales y abdomen, hasta que llegó a su entrepierna. «La madre que lo parió». Su polla estaba completamente dura y aquello no era moco de pavo... supuse que no estaba acostumbrado a recibir un «no» por respuesta, pero yo veía más problemas que beneficios en dejarme llevar.

—¿Seguro que te lo quieres perder? —preguntó, apartándose de mí y soltando mi mano, que se quedó rezagada allí, en aquel paquete de piedra unos segundos más hasta que mi cerebro fue capaz de ordenar a mi mano: «Quita, quema, caca».

—Gracias por la información de primera mano —bromeé y él soltó una carcajada—. Lo siento, Gustavo, pero no puedo.

Me acerqué y le di dos besos a modo de tregua y de despedida.

—No voy a dejar que vayas sola a tu casa, venga, sube —me pidió con tono amable, apartándose de mí y dejándome respirar al fin. Sin embargo, no me fiaba un pelo de su capacidad para refrenarse, ni de la mía para volver a rechazar con la cantidad de alcohol que tenía en vena. Reparó en mis dudas y continuó—. A ver, no me tomes por machista, ¿vale? Pero eso que llevas no es más que un bikini largo, es tarde, pero no lo suficiente para que haya

movimiento de la gente que vuelve a casa y al último que han visto contigo es a mí. No me conviene que te pase algo esta noche.

—Vaya, gracias. Qué considerado —ironicé—. Me puedo cuidar solita.

—No seas cabezota —insistió—. He entendido a la perfección tu negativa, no voy a insistir, al menos de momento.

Al final le hice caso, porque ir a buscar a Sabrina no era una opción, ya se me habían quitado las ganas de bailar. Estaba cansada, necesitaba una ducha, fría a poder ser, y meterme en la cama.

El resto del camino tuvo la decencia de cambiar de tema, me habló de la oficina e igual tampoco era lo más adecuado, pero yo me sentí más cómoda y agradecida con él.

## Capítulo 11- Pablo, Pablo... Pobre Pablo

Mayra se había despertado un poco triste esa mañana, se había despedido de mí el viernes como un millón de veces, el sábado no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello, pero esa noche había vuelto a su casa para dormir sola, recapacitando en que ya me había marchado y que comenzaba de nuevo una etapa en las que nos tocaba vivir separadas, que ya lo había ido asumiendo durante las últimas semanas, pero aun así dolía, porque Mayra y yo éramos como hermanas, pero bueno, aquel era el comienzo de una etapa por separado.

No le ayudó mucho el hecho de haber quedado con Pablo para pasar el día juntos de paseo (lo de retozar desnudos tenían que dejarlo pendiente hasta la noche, escondidos en algún recóndito lugar con el coche, pues los padres de Pablo ya habían vuelto a casa y Mayra no se planteaba llevarlo a casa de su abuela, no, la quería demasiado para matarla de un infarto). El día anterior, había elegido atuendo mentalmente, y allí estaba, viviendo su pequeño drama particular: sus vaqueros favoritos no le cerraban. ¿En serio? ¿Cuándo había engordado? Debe ser cierto que el amor engorda o el hecho de que en el último año prácticamente le había hecho de comer su abuela cada día, que cocinaba muchos platos de cuchara, verduritas sanas según Concha, aderezadas con chorizo, panceta, morcilla, aceite a mansalva... mal, muy mal. Con lo que Mayra había sido. Miró hacia abajo y se vio la chicha que impedía que abrocharan sus vaqueros y se volvió a cagar en todo.

No le quedó más remedio que elegir otro atuendo, una vez más, agradeció al inventor del elastán que llevaban la mayoría de prendas de su armario. Su ánimo se elevó un poco al colocarse un suéter con escote en pico en el que sus dos buenas tetas, más rellenas, claro, como el resto del cuerpo, rebosaban... bueno, vale... se sintió un poco mejor.

Pablo llegó tarde, descaradamente tarde, casi una hora. Le mandó un mensaje escueto en el que le decía: «Me quedé dormido. Ya voy» que le tocó

un poco la moral. Ni buenos días, ni bicha, ni nena, ni disculpa... Pablo quería guerra.

La recogió en la puerta de casa, Mayra había preparado unos bocadillos que pensaban comer en algún lugar perdido de la mano de Dios, en medio de arbolitos entre los que esperaba poder hacer carantoñas con él, lejos de las miradas curiosas del resto del universo. Y la idea le parecía maravillosa. El día estaba precioso, hacía sol, aunque el aire estaba frío y pensó en el olor a los árboles y las flores, sentados casi entrelazados en su manta de picnic, besándose... idílico. No contó con que solía marear en el coche y que tampoco tenía muy claro donde iban a ir, que a Pablo se le ocurrió la genial idea de que era un estupendo día para visitar la Presa de las Niñas, en la otra puñetera punta de la isla.

Llegó amarilla por el mareo ocasionado por un trayecto lleno de curvas y el cielo estaba nublado, hacía un frío horrible y no se le había ocurrido coger un abrigo en condiciones. Suponía que había estado lloviendo, porque había zonas embarradas que estaban estropeando sus botas planas favoritas y difícil fue elegir una zona donde sentarse, más que unas rocas que permanecían más o menos secas. Con el frío que hacía se le había pasado el mareo y daría un brazo por una taza de café hirviendo, pero no quiso ser aguafiestas. Pablo parecía feliz, sonreía mucho, hablaba constantemente mientras Mayra asentía y mi amiga entró en pánico, porque no se sentía a gusto y se quería ir a casa, pocas ganas tenía de besar a Pablo, sabía que estaba de mal humor, calculó mentalmente su ciclo de ovulación, pensó en mí y se entristeció aún más y Pablo, parecía nervioso, no paraba de hablar y hablar y le estaba poniendo la cabeza cuadrada. Se obligó a sí misma a abstraerse y respirar hondo antes de reventar en una discusión sin sentido.

—Mayra... Mayra... —Mi amiga ensimismada y despistada como un mono con su yo interior no se enteraba de nada—. ¡Mayra!

—¿Qué? Perdona...

—¿Estás bien?

—Tengo frío —contestó escuetamente.

—Anda ven.

Pablo se levantó de la roca donde se habían sentado a hablar (él a hablar, ella a ¿escuchar?), y tiró de las manos de mi amiga para que hiciera lo mismo. La abrazó y la besó, acoplándose a sus labios, acariciando su lengua, elevando la temperatura. El móvil de Pablo sonó y Mayra arrugó el entrecejo, ¿había cobertura en aquel espacio apartado del universo? Al sacar el aparato del bolsillo y mirar la pantalla ambos vieron el nombre de Tatiana y Pablo, algo nervioso, silenció el teléfono y lo guardó con rapidez en el bolsillo.

Mayra sintió un malestar, no solo por el hecho de que lo estuviera llamando la niñata de las narices, sino por la reacción de él y el hecho de guardar el móvil como si no pudiera contestarle delante de ella, como si lo que fueran a hablar tuviera que ocultárselo y no le gustó.

—Puedes contestar si quieres —masculló Mayra.

—No, no pasa nada. No me apetece ahora mismo hablar con ella.

¿Y si no le apetecía hablar con ella porque simplemente no descolgaba y le decía que ahora no podía hablar o que no le apetecía, o que estaba ocupado, con su novia por ejemplo? Desde luego, el esfuerzo de mi amiga por no ponerse a pelear como una loca con él era sobrehumano, si hubiera estado allí le hubiera aplaudido.

—Pablo, quiero irme a casa. Estoy helada y hoy no me encuentro bien.

—Vale —respondió él, parecía algo triste y un poco mosqueado. Fueron hasta el coche y retomaron el camino de vuelta—. ¿Te apetece parar en algún sitio a tomar algo caliente?

—No, lo siento, no me apetece mucho. ¿Me llevas a casa? —Y lo cierto era que había sido sincera, no le apetecía en absoluto y eso le daba

miedo. ¿Y si ahora que había conseguido que Pablo por fin le prestase atención de pronto había dejado de interesarle? No, no podía ser, solo era malestar general por un puto día de mierda.

—¿Estás enfadada? —preguntó Pablo.

—No, es que no me encuentro bien —repitió.

—Joder, nena, pues me lo podías haber dicho antes de hacer cincuenta kilómetros con el coche por esas carreteras de mierda —masculló, más para sí mismo que para Mayra y ella se sintió aún peor.

Se le vino una idea a la cabeza y es que mi Mayra era muy retorcida, ¿y si este plantón le daba pie a Pablo para llamar a Tatiana? ¿Si se liaban? ¿Si se enamoraba de ella, se casaba y tenían cinco hijos? Joder, Mayra, déjate de gilipolleces y de mierda, se dijo a sí misma y confía en él.

Puso su mano sobre la de él, que descansaba en la palanca de cambios y él la apartó.

—Lo siento, no me gusta conducir así —dijo secamente.

—Vale.

Estuvieron en silencio el resto del camino, escuchando a medias una emisora que se entrecortaba y al llegar a la zona de los Lentiscos Pablo aparcó cerca de su casa. Mayra no se quería ir con ese mal rollo.

—Pablo, perdona que hoy no estuviera muy receptiva. Ari se acaba de marchar a Fuerteventura y estoy un poco afectada y, en general, no he tenido muy buen día. Siento no haber sido la alegría de la fiesta.

—No pasa nada —parecía menos enfadado, como si de pronto entendiera mi mal humor.

—Bueno, gracias por el esfuerzo de conducir tanto tiempo y perdona por el mal rato. Nos vemos mañana en el trabajo.

Mayra abrió la puerta para salir del coche.

—¿No me das un beso? —preguntó él acongojado, por no decir

acojonado que suena mucho más feo, ¿qué pasaba allí?

Mayra sonrió y se acercó a besarle, Pablo la agarró de la nuca y profundizó más buscando la lengua de ella con la suya. De pronto se le habían quitado las ganas de irse.

—Lo siento —se disculpó de nuevo ella al separarse.

—¿Me presentas a tu abuela? —Le pidió él.

A Mayra se le pusieron las cejas de sombrero. Le había hablado a Pablo un millón de veces de Concha y de nuestras teorías conspiradoras sobre *Radio Patiño*. No era una mujer discreta. Es más, nunca le había hablado a su abuela sobre él, pero lo pensó unos instantes. ¿Por qué no?

—Venga, vale... pero te recomiendo que te quites las botas llenas de barro ahora al entrar. Más vale que te conozca descalzo a que quiera matarte por llenarle todo de mierda.

Pablo sonrió y asintió y Mayra hizo lo mismo y se sentiría un poco más feliz si no le picaran aún los celos por aquella llamada. Se obligó a no pensar en Tatiana, a no imaginar cómo se tocaba el pelo hablando con Pablo, a cómo sonreía mordiéndose el labio con frecuencia, a cómo le miraba con las pupilas dilatadas. La entendía. Pablo no era un tío que a primera vista dijeras: «joder qué bueno está», pero tenía cierto atractivo en su sonrisa, en su mirada, en su cabello... pero ella lo había visto primero y Tatiana apenas pasaba de los veinte años, tendría que buscarse a otro chico al que tirarle los trastos.

Se quitaron las botas en el recibidor. Mayra le pidió a Pablo que esperara un momento en la entrada y ella entró en busca de su abuela. Le explicó brevemente que venía con alguien que quería que conociera y su abuela supo entonces encajar todas las piezas de la actitud que había tenido mi amiga días atrás.

Pobre Pablo, que hasta desde mi casa se pudo escuchar cómo tragaba con fuerza al ver acercarse a Concha, secándose las manos en un trapo, con

una sonrisa perversa y las cejas levantadas, aún no sabía si en señal de sorpresa o de ataque. Pablo, Pablo... Pobre Pablo.

## Capítulo 12: El terrorífico primer día

Primer día de trabajo, nerviosa es poco para definir cómo me sentía. Me dolía la barriga, mucho, tanto, que me daba miedo que me diera un apretón de un momento a otro, moriría de vergüenza si tenía que utilizar el baño de la oficina el primer día.

Parece que todo fue cuadrando bien y logré vestirme, maquillarme y llegar hasta la oficina sin mayor dificultad. En el despacho, me esperaba Rocío. Ella era la jefa de Recursos Humanos. Era una mujer joven, yo diría que más que yo incluso, que, con una sonrisa perenne de labios rojos, me pasó a su despacho y me explicó por encima cuáles serían mis tareas, al menos las primeras que tenía que acometer. Tenía un corte de pelo tirando a extravagante y un estilo de vestir un tanto extraño, eso sí, con un increíble tacón de aguja que no sabría calcular a ojo de cuántos centímetros sería. Caminaba con todo su cuerpo, no con sus pies, se le contoneaban hasta las pestañas.

Me senté frente a ella y vi como marcaba de carmín una taza blanca de la que tomaba algún mejunje que olía a mil demonios. Me regañé con disimulo, no me fiaba un pelo de la gente a la que no le gustaba el café y tomaba brebajes extraños. Sin embargo, intenté no tener prejuicios, mientras me ponía al día de mis nuevas tareas.

A mi cargo tendría un pequeño equipo de tres personas y estaban esperando la incorporación de una cuarta para que se hiciera cargo de un nuevo proyecto que dependería directamente de mi departamento. Algo así como mejora en la calidad de vida de las personas con discapacidad. Pero era algo que aún estaba en fase de producción y tardarían algunas semanas en llevar a cabo.

La lista de tareas no eran pocas y me sonaban más bien a chino. Dirigir, coordinar y evaluar las funciones que desempeñaba el personal a mi cargo ya me parecía bastante difícil, pero ello no supondría ni un diez por

ciento de mis responsabilidades. A pesar de ello, Rocío me pidió una y otra vez que no me agobiara y que tendría apoyo en todo momento del resto del personal. Lo que en realidad fue cierto. Mi equipo era muy joven, algunos acababan de graduarse, eran simpáticos en general y se desvivían por el trabajo.

La fundación intentaba ocupar a personas comprometidas que tuvieran potencial aunque no tuvieran demasiada experiencia y gracias a ello, estaba yo allí. Aunque sí había ejercido como pedagoga y psicóloga en el ámbito familiar, era la primera vez que iba a dirigir a otros empleados, así que hice saber a mi equipo que estaba allí para aprender junto a ellos.

Gustavo trabajaba en el área de apoyo a las familias, coordinaba los programas de formación y conciliación familiar. Una tarea complicada para él que tenía detrás a un equipo muy cualificado y parecía que todo el mundo lo adoraba. Además, veía las miradas pícaras de las compañeras hacia él y cómo se hacía el loco. Era amable con todo el mundo. Simpático servicial y muy, muy correcto. Nada que ver con la persona que me había agarrado la mano y la había llevado hasta su empalme dos días atrás.

Me hacía gracia ver cómo ignoraba las sonrisas nerviosas y el rubor en las mejillas de más de una cuando se acercaba.

—¡Buenos días, Ari! —Tocaron en mi puerta sobre media mañana, en un momento de resuello en el que me había quedado sola en mi despacho. Gustavo asomó la cabeza y de pronto me empezaron a sudar las manos. No había visto una camisa mejor planchada en la vida, de un tono azul muy parecido al de sus ojos, que los hacían resaltar. No se había afeitado durante el fin de semana y la pequeña sombra que se intuía hacía dos días, era ahora una pequeña barba.

—Buenos días —contesté amablemente.

—Vente conmigo, tengo que enseñarte mi departamento y hablarte un

poco del trabajo que hacemos allí. Estaremos muy coordinados, por el tema de subvenciones y proyectos públicos que normalmente compartimos. —Tras levantarme y pasar por su lado siguió hablando, pero esta vez, en un murmullo que solo pudiera escuchar yo—. Tu vestido del sábado era mil veces más bonito.

Lo miré con terror, sintiendo que la oficina se convirtiera en un escenario de juegos de ese tipo, bastante complicado para mí era todo ya, para tener que agregarle aquello. Fue una de las razones por las que esa mañana había elegido un atuendo tan sobrio y recatado. Blusa de botones color crema abrochada hasta arriba, con pantalón marrón, sencillo y botas de tacón del mismo color.

Gustavo se carcajeó al ver mi cara descompuesta y lo seguí, intentando no darle mayor importancia. Me senté frente a él, en el despacho y me contó toda la organización de su departamento. Me fascinó tanto como tenía establecida el área de familiares que, por un momento, me olvidé de que era él y me centré en lo que me contaba.

—¿Nos tomamos un café? Tenemos un pequeño *office* al fondo con cafetera, a esta hora seguro que ya está listo. —Asentí y lo seguí. —¿Cómo te gusta?

—Solo, hirviendo y amargo, pero a esta hora, me conformo con que sea café, me da un poco igual cómo —contesté, siguiéndolo.

Al llegar al pequeño espacio que osaban llamar cocina o área de descanso, Gustavo sirvió uno para mí y otro para él.

—¿Qué tal tu novio? —Me preguntó con sonrisa pícaro.

—¿Eh? ¿Qué? Bien, bien. —Me descolocó su pregunta.

—¿Cómo lleva el que viváis separados? —insistió.

—Puf, bien... él, bueno, nosotros somos muy independientes, estamos acostumbrados a hacer cosas por separado. Tampoco estamos demasiado lejos

—contesté, intentando evadir el tema cuanto antes.

—Cierto. Es un buen momento para lanzar tu carrera profesional si aún no tenéis previsión de hijos ni nada por el estilo que deriven en otro tipo de obligaciones —continuó hablando, como si fuera un amigo mío de toda la vida y me estuviera dando consejos.

—No, no... para nada. Ya tengo bastante con mis hermanos, gracias —reí.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Mentía fatal y era consciente de que Gustavo sabía que le estaba soltando una sarta de invenciones y estupideces, pero no se me ocurría qué otra cosa hacer. ¿Qué le iba a decir? ¿Que me daba pavor no poder resistirme si se volvía a repetir lo mismo que dos noches atrás y por eso me había inventado al novio invisible?

Tardé más de lo necesario en contestar y el único nombre que me venía a la cabeza era el de Mario. Quizás por mi mente monógama, pues él era el último con el cual me había revolcado.

—Mario.

—Ya. Mario... —rio, y yo me mantuve seria, esa conversación se estaba alargando demasiado.

—Ya lo conocerás algún fin de semana que venga a verme. Bueno, creo que ahora tengo reunión con el equipo de informática. —Estaba realmente incómoda y algo mosqueada ya, así que mejor salía por piernas de allí.

Gustavo asintió pero no se movió de su sitio, aún se tomaba el café e interrumpía el paso. Decidida a no perder más tiempo, en aquella absurda e incómoda conversación, pasé a su lado pegándome a su cuerpo para poder salir sin darle mayor importancia ni extasiarme demasiado con aquel perfume embriagador.

A pesar de ser un salido sin ningún tipo de filtro, Gustavo me caía

bien, me reía con él y, sobre todo, con las chicas que a su alrededor babeaban, como Rocío, que se le notaba a la legua que la ponía *perraca*, Dios, no había visto unas pestañas aletear más rápido en la vida. Cualquiera que pasara a su lado después de Gustavo podría resbalar con el reguero de sustancias corporales que dejaba, y no hablo solo de babas.

Se lo ponían demasiado fácil y a él no le gustaba, esa era mi conclusión. La única explicación que se me ocurría para que insistiera de vez en cuando en la idea de darnos un revolcón, que, por supuesto, estaba completamente descartado, era que le gustaban los retos y supongo que yo me convertí en uno.

Me sorprendía ver cómo se desvivía por su trabajo, en una primera impresión pensé que aquel hombre pasaba de todo y que lo único que quería era mojar el churro y lo sentía mucho por aquel chaval, pero mi chocolate no era para él... En definitiva, Gustavo no era el típico hombre por el que yo caería rendida, aunque estuviera bueno un rato, aunque oliera a las mil maravillas y aunque tuviera una sonrisa que quitaba el sentido... no, no me ponía. No me iban tan estirados, tan elegantes, con esa ropa cara en la que se habría dejado medio sueldo sin dudar. Ese peinado tan estudiado al milímetro... me iban un poco más naturales y había chicos guapos en la oficina, pero Gustavo los eclipsaba a todos, no solo por su físico, sino también por su labia.

Empecé a ser la envidia de mis compañeras más allegadas que pronto se dieron cuenta de que Gustavo bromeaba conmigo, me traía alguna chuche, un café solo de vez en cuando. Cada mañana me saludaba diciéndome que aquel día estaba más preciosa que nunca... vamos, que el ego me lo estaba subiendo por las nubes y mis hormonas se alteraban con poco, pero las acallaba a base de chocolate. No estaba yo como para complicarme la existencia liándome con compañeros de trabajo que eran unos sinvergüenzas.

Prefería tenerlo así, como un perrito faldero, era divertido.

Aunque no era agradable ver que ya me había ganado una enemiga. Rocío me miraba de reojo cada vez que pasaba cerca y apenas podía disimular su gesto indignado cuando Gustavo me decía algún piropo de los suyos, llegué a pensar que él se divertía haciéndola sufrir, porque cuenta se tenía que dar, seguro.

Según pasaban los días y me iba habituando a mi nueva rutina y mis nuevas obligaciones me sentía más cómoda entre aquellas paredes. Adoraba mi profesión y, aunque a veces, me daba miedo coger el teléfono y llamar a un ayuntamiento u organismo público con el que lidiar para algún tipo de subvención o ayuda, por temor a que me hicieran preguntas que yo no controlara, poco a poco me fui soltando. Los compañeros a mi cargo no necesitaban que estuviera encima de ellos, eran eficientes, efectivos y estaban inmersos en un buen sistema en el cual, con sus informes, ya tenía toda la información que necesitaba.

Echaba de menos el contacto directo con las personas, pero no estaba mal poder dirigir un poco el cotarro.

—Eh, bonita. ¿Te apetece una cerveza al salir? —Era viernes. ¡Viernes! Casi no podía creerlo, era la primera vez en mi vida que una semana pasaba tan deprisa, que estaba feliz al levantarme por las mañanas, que no se me hacía pesado la cantidad ingente de horas que dedicaba a estudiarlo todo con detenimiento para poder controlarlo al dedillo.

—Creo que no es buena idea, Gustavo. —Le guiñé un ojo.

—Venga, anda... es viernes. —Pasó a mi despacho y cerró la puerta tras de sí, acercándose a la silla frente a mi escritorio y tomando asiento. Supuse que insistiría más y acamparía allí hasta que me convenciera.

—La última vez que estuve entre tú y una cerveza, acabé con mi mano en tu polla —solté, totalmente seria, sin mirarlo, mientras apagaba el

ordenador.

Gustavo estalló en carcajadas y me hizo sonreír, no solía ser tan directa y menos utilizar palabras tan malsonantes con personas que no eran allegados. Pero es que ya sabía yo de qué pie cojeaba *Gustavito*, o era directa y tajante, o no me dejaría en paz.

—¿Y si prometo no acercar tu mano a mis partes íntimas? —Lo miré de reojo con desconfianza—. ¿Y si prometo no acercar mi miembro a ninguna parte de tu cuerpo? —insistió.

Al final, me convenció; porque me caía bien, porque me hacía reír y porque no me parecía un mal plan tomar algo por ahí con un compañero un viernes por la noche.

Le hice una llamada rápida a Sabrina para que supiera que llegaría tarde, en cuanto supo que saldría con Gustavo me contestó que se iba a ir a la cama a dormir porque le dolía mucho la cabeza y que, seguramente, se pondría una antifaz y tapones, que si se me ocurría traer a alguien a mi cama no pasaba nada, que ella no se iba a enterar... muy lista mi amiga Sabrina, sí, claro. ¿Estarían aliados esos dos?

Sobre las siete de la tarde, Gustavo y yo fuimos en su coche hasta la zona de la playa. Había buen ambiente, música y las terrazas llenas de gente. Nos sentamos y cuando el camarero se acercó. Gustavo se pidió un mojito, que de pronto, se me antojó e hice lo mismo.

En lugar de fundirme a preguntas, como hizo la otra vez, surgió una conversación de forma natural. Gustavo me contaba que solía pasarse mucho por esa zona y me habló de los bares que había por allí.

—A pesar de que aquí conocí a mi ex mujer, una loca que me hizo la vida imposible hasta que encontró otra víctima, nunca he llegado a odiar este sitio. Me gusta. Creo que no hay mayor lujo que poder tomarse una copa sentados mirando esta imagen. —Y lo cierto era, que tenía razón; se estaba

muy a gusto, no hacía frío, a pesar de que estábamos en noviembre, el ambiente era perfecto y la estampa única.

—No imagino a un tío caradura como tú casado. —Fui cruel, pero con una sonrisa, para que no doliera.

—Tienes muy mal concepto de mí —respondió, con una expresión burlona.

—Sí, la verdad es que sí. No me dan buena espina los tíos que la primera noche que te los cruzas te ponen la mano en su paquete —reí.

—No soy tan superficial y capullo como piensas. Que me guste pasarlo bien y el sexo no me convierte en un caradura. Cuando estaba casado no iba por ahí de picaflor. Era un hombre fiel, que me desvivía por mi mujer —se defendió.

—¿Y qué pasó? —pregunté interesada, de pronto, se había quedado serio, le había tocado la fibra sensible.

—Muchos años juntos, la monotonía, no sé... a Miriam le ofrecieron trabajo en Madrid, se fue y la distancia hizo lo demás —explicó rápidamente, se notaba que hablar de sí mismo no era su tema favorito.

—Vaya, ¿era una buena oportunidad laboral? —pregunté, pues se había quedado en silencio mientras daba un buen trago a su copa.

—Era un trabajo cualquiera, pero Miriam llevaba mucho tiempo desempleada y estaba desesperada por trabajar. Lo estaba pasando realmente mal aquí. —Tomó un trago de su copa y pensó antes de seguir hablando, quizás tanteando qué podía contarme y qué no—. Empezó a darle vueltas a la idea de que se hacía mayor y no había formado una familia. Igual no la apoyé demasiado, seguramente fue eso. Pero a mí no me apetecía lanzarme a tener chiquillos solo porque ella estuviera aburrida en casa sin nada que hacer. Los hijos comen, se visten, van al cole y a la universidad... hay que pagar muchas cosas y es una responsabilidad muy grande que no debe tomarse a la ligera,

solo para matar el hastío de los días interminables, para eso uno se compra un perro y eso fue lo que hice.

»Fui a la perrera y adopté un perro del que mi mujer se enamoró. Era una cosa peluda y gigante con una cara muy simpática y bastante tranquilo. Pero al año le dio una enfermedad extraña y murió antes de que el veterinario pudiera hacer nada y Miriam no lo llevó bien.

»Supongo que aceptó aquel puesto huyendo de mí, de la vida que tenía conmigo y no se lo reprocho. Habíamos dejado de ser felices los dos. Ella, porque no lo era en aquel momento por las circunstancias que fueran y yo, porque me cansé de comprobar que no podía hacerla feliz. Lloré mucho cuando se marchó y más aún, cuando unos meses más tarde, me llegaron por correo certificado los papeles del divorcio. Pero tenía que ser así.

—Vaya...

—Pues sí, tengo corazón, ya ves —dijo, encogiéndose de hombros.

—Pensé que habíamos quedado en que hoy no te tocaría nada — comenté, intentando romper un poco aquel ambiente dramático que, de pronto, se había instalado.

—¿Eh? No me estás tocando —respondió, despistado mirando hacia abajo.

—Creo que te acabo de tocar mucho los huevos al preguntar por lo que no debía. —Gustavo soltó una risilla.

—No, está bien... así ves que no soy de hielo, preciosa.

—Vale, no eres de hielo —sonreí con amabilidad.

—¿Follamos? —preguntó y me hizo atragantar con el mojito.

—Buen intento —respondí, entre risas— por un momento casi me lograste enternecer.

Gustavo me llevó a una zona de la playa en la que había una pequeña terraza, música latina muy alta y luces de colores. Me pidió otro mojito y él se

pasó a la cerveza sin alcohol, pues tenía que conducir de vuelta.

La sensación de bailar descalza en la arena a ritmo de Bombai y Bebe aquella canción que me encantaba *Solo si es contigo*: «Debería estar prohibida tu mirada y tu forma de caminar. Has logrado que mi cuerpo y mi mente ahora vayan al mismo compás...», con un tío tremendamente *sexy* al que todas las mujeres a nuestro alrededor miraban con deseo, era realmente una experiencia nueva y divertida.

### Capítulo 13: No quiero otra cosa sino que te vayas

No pensaba viajar ese fin de semana a Gran Canaria, pero Sabrina se había ido ese sábado desde primera hora de la mañana, dejándome una nota que decía que no la esperara para dormir. No me apetecía nada quedarme allí sola y los vuelos habían bajado tanto de precio, que no me lo pensé demasiado. Quedaban algunas plazas para viajar en el siguiente y compré los pasajes *on line*.

No le dije nada a mi padre, sabía que ese día tenía libre en la consulta y Clara se despertaría en un par de horas, después de una guardia movidita. Llamé a Mayra para saber si podía pasar a recogerme y en cuanto bajé del avión, me esperaba en el aeropuerto.

No habíamos hablado en toda la semana, así que tuvimos una cura de *palique* sin control, en la que ambas hablábamos deprisa, riéndonos, pisándonos la una a la otra, «pues yo... pues yo... pues yo...». Me encantaba verla tan feliz.

Tardé más en girar la llave en la cerradura, que Omar y Tomás en correr y lanzarse a mi cuello, cualquiera diría que solo llevaba fuera una semana. Premié sus besos y abrazos con una bolsa de chuches a cada uno que había comprado en el aeropuerto, no sin antes recordarles que tenían que esconderlas y protegerlas con sus vidas, porque si papá encontraba aquellos saquitos de veneno me echaría el sermón y se irían a la papelera.

—Bah, se va siete días y la abrazáis como si no hubiera un mañana. ¿Qué pasa con vuestra tía Mayra? ¿No me dais un beso?

—Tía Mayra, tía Mayra... a ti también te hemos echado de menos. — Mis hermanos abrazaron a la envidiosa de mi amiga.

Mi padre ya venía hacia nosotras.

—¿Qué sorpresa, cariño! —me abrazó—. ¿Qué tal ha ido la primera semana?

—Bien. Rara. Difícil... pero adaptándome —respondí feliz por los achuchones.

—Anda, ve a comprar el pan en lo que despierto a Clara y ahora me cuentas. ¡Estoy feliz de verte! Desayunas con nosotros, ¿verdad, Mayra? ¡Voy a preparar café!

—Jolín, acabo de llegar y ya me mandas a recados —refunfuñé, mirando de reojo a mi amiga que rio por lo bajini según oyó la palabra pan, a pesar de que ella no sabía la mitad del cuento, Mayra estaba segura de que Mario me hacía tilín y es que me conocía bien la muy perra... Miró a mi padre que le guiñó un ojo. Ya se estaban estos dos confabulando contra mí.

Me enfurruñé y agarré el brazo de mi amiga, arrastrándola, para que viniera conmigo.

—Eh, voy, voy... no hace falta que tires de mí. —Mayra reía a carcajadas.

—A mí no me hace maldita gracia, bonita —protesté.

—Venga, no te pongas así, tarde o temprano te tendrás que encontrar con él. No seas tan antipática. Mario parece un buen chico.

—Ssshhh —chisté de mal humor, caminando más deprisa. Las paredes del pueblo tenían oídos, no quería que se mentara a ese chico en relación conmigo en ningún momento.

Me paré un segundo antes de entrar a la tienda y me miré en el reflejo del cristal del escaparate. Me coloqué un mechón rebelde y mi amiga se partía de la risa, dejándome completamente abochornada y como era una completa escandalosa, hizo que la cantidad ingente de clientes que esperaban ser atendidos, miraran en nuestra dirección en cuanto entramos. Juraría, además, que se escucharon murmullos cuando Mario bajó la guardia, quedándose despistado unos instantes, observándonos a mi amiga y a mí.

—Quieres callarte, so afrentosa —mascullé, y mi amiga hizo un

esfuerzo por contenerse.

Mario siguió atendiendo y pronto los clientes dejaron de mirarnos, aunque me sentía incómoda, pues tenía la sensación de que todo el mundo sabía lo que había pasado en mi casa con el nuevo panadero y no me hacía maldita gracia.

—Buenos días, Arinegua —me saludó Mario cuando llegó mi turno, habían ido saliendo los clientes atendidos y nos quedamos los tres solos en la panadería—. ¿Te pongo lo de siempre?

—No lo sabes tú bien —murmuró Mayra—. Lo mismito de siempre le pones.

Recé para que Mario no la hubiera escuchado. Estaba empezando a enfadarme con mi amiga, no me parecía motivo de mofa y me estaba poniendo en una situación comprometida. Ni la miré.

—Sí. Buenos días. Lo de siempre —contesté, haciendo como si no la hubiera escuchado. Mario se movía ágil al otro lado del mostrador.

—¿Qué tal tu primera semana de trabajo? No te esperaba por aquí tan pronto. —Me dio conversación amablemente—. Tu padre me ha ido poniendo al día un poco de tus progresos y bueno... no me comentó nada de que fueras a estar por aquí estos días.

Pues lo que me faltaba ya, mi padre cotilleando de mi vida con el panadero... mi padre se iba a enterar.

—Oye Mario, mira, ponme también un bizcocho... de esos rellenos de chocolate que os quedan tan deliciosos y me vas a dejar una bandeja con donuts de azúcar. —Mayra me miró con los ojos desorbitados, mi padre me iba a matar si me veía aparecer con todo eso. Me encogí de hombros. Le estaba bien empleado, por *marujo*.

Mi padre estaba acostumbrado a atender a pacientes que se sentían solos y necesitaban conversación, por tanto, para él era natural enrollarse

como una persiana a hablar con el primero que se le cruzase, así que no me extrañaría en absoluto que tan solo en una semana que llevaba yendo a comprar el pan, le hubiera contado a Mario toda mi vida, incluidos momentos vergonzosos. Estaba segura, por su gesto, que Mario sabía que mi padre no toleraba el azúcar ni las grasas saturadas bajo ningún concepto.

—¿Seguro? —Me preguntó—. Asentí.

—Me ha ido bien esta semana, gracias —contesté con amabilidad, mientras él me tendía la bolsa con toda la compra.

Cuando le fui a pagar, me di cuenta de que apenas tenía un par de euros en la cartera.

—¡Ostras! Mayra, ¿tienes algo suelto? —pregunté por lo bajini.

—A mí no me mires —empezó a sonar su móvil—, salvada por la campana. Me voy fuera a atender la llamada que es mi *churriscusqui*.

Mayra a veces se ponía tan empalagosa que daban ganas de vomitar.

—Ya me lo pagas otro día, no pasa nada. Yo respondo por ti —me sonrió Mario. Supongo, que así pensaba que tenía excusa para verme en otro momento. A saber si este se presentaba a primera hora y me pillaba de nuevo en pijama en mitad del salón. Conociendo a mi padre, hasta lo invitaba a desayunar.

Giré la cabeza de un lado a otro de forma enérgica.

—Que va... a saber cuándo vuelvo por aquí —sonreí—. Te pago con tarjeta, ¿vale? —Mario sonrió con picardía y no lo entendí, pero correspondí su sonrisa con otra.

—Vale, pero tienes que pasar dentro a la trastienda. —«¡Ostras!», pensé.

Lo seguí dentro y vi que el horno estaba abierto, tenía un montón de bandejas colocadas, preparadas para entrar y tener pan calentito en los próximos diez minutos. La barra estaba llena de harina, la cual se había

resbalado un poco por el suelo, pero lo demás parecía completamente immaculado y muy ordenado. Mario siguió caminando hacia adentro. Nunca había visto la trastienda de la panadería, pero hasta ahora nunca había pedido pagar con tarjeta, y suponía que nadie solía hacerlo, porque no era normal que hubiera que hacer tremendo recorrido.

Pasamos a un pequeño despacho. Mario abría y cerraba varios cajones, mientras yo me quedaba apoyada en el quicio de la puerta, observando cómo su camiseta se ajustaba a sus bíceps cada vez que hacía algún movimiento e intentando con todas mis fuerzas no babear. Buscó por los estantes. Miró incluso encima y detrás de la torre del ordenador, pero por allí no estaba lo que buscaba.

—Ah, pensé que lo había dejado por aquí, no está... anoche estuve con el cierre del datafono y juraría que lo puse... —De pronto, pareció ponerse algo torpe y me crucé de brazos... ¿esto era una excusa para quedarse a solas conmigo? Como no quise ser mal pensaba esperé sin decir nada—. Pues no, no está. Vamos, lo busco fuera.

—Vale, tranquilo, no pasa nada.

Mario pasó delante de mí y deshicimos el camino. Se paró, de repente, y se giró para mirarme, yo desvié la vista hasta la barra cubierta de harina que había allí, como si de pronto fuera lo más interesante del mundo imaginar cómo se amasaba.

—Ari... —dijo, como si se hubiera acordado de algo.

—Dime —contesté.

Y no me dio tiempo a hablar nada más, se acercó a mí y estampó sus labios en los míos. Su lengua buscó la mía con ansias y yo me dejé hacer. Me apoyó en la barra, mientras acariciaba mi espalda. Buscó con sus labios mi cuello y mi oreja, que devoró, haciendo que me encendiera, mientras rozaba la dureza de su cuerpo contra el mío, que de pronto, se había revolucionado.

Sentí un pequeño soplido a la altura de mi cuello, que lejos de enfriarme la zona, hizo que me recorriera un escalofrío.

—¿Qué haces, estúpido? —murmuré, con la voz entrecortada—, no me soples el diente de león.

Mario se apartó de mí y sonrió de forma socarrona, volviendo a devorar mis labios, hasta que oímos el timbre de la tienda, que avisaba de que había entrado un cliente.

—¡Joder! Joder... —mascullé, pero Mario estaba entretenido apretando mis nalgas contra sí como si deseara (tanto como yo) que fuera capaz de atravesar la ropa para enterrarse entre mis muslos. No dejó de besarme y escuchamos una tos de esas que uno hace para llamar la atención.

Completamente tensa intenté apartarlo, pero Mario no se dejó... llevó sus manos hasta mis tetas, pellizcando con suavidad mis pezones, consiguiendo que un latigazo recorriera mi cuerpo desde allí, hasta la zona más íntima de mi sexo y robándome un leve gemido.

—Escuchad, chicos... —Mayra hablaba en la tienda—, que si queréis me voy y vengo más tarde, pero que el padre de Arinegua está esperando el pan y no puedo ir a su casa sin ella. Que ya si eso os veis más tarde.

Mario se separó de mí y rio mientras yo tragaba con fuerza.

—¡Un minuto! —respondió Mario.

—Tengo que salir de aquí antes de que llegue algún cliente más, Mario... deja que me vaya —rogué azorada para que me liberase. No es que estuviera poniendo demasiada resistencia, pero necesitaba que él tuviera la cordura suficiente para que no dejara que nos pillara nadie allí.

—No quiero otra cosa sino que te vayas... una y otra vez, y que yo pueda notarlo... —me susurró—. ¿Te recojo esta noche?

—No. No sé... Es que, no puedo... ¿Dónde? —Me temblaba el pulso.

Mario volvió a besarme. Su lengua suave quemaba al contacto con la

mía y tenía un efecto inmediato en cada rincón de mi cuerpo.

—Hasta la noche. Te recojo a las ocho en tu casa —sonrió de nuevo. Ya no contesté más, ni sí, ni no, ni todo lo contrario.

Volví a la tienda, me notaba las mejillas arder y daba gracias a que no había ningún cliente más porque era más que evidente lo que había pasado ahí adentro. Mayra se reía por lo bajini.

—¿Vamos? —me preguntó con la bolsa del pan en la mano.

—Sí, sí.

Cuando llegué a su altura escuché una carcajada. Mayra me paró y me sacudió el trasero y la espalda. Supuse que estaba llena de harina. Se me encendieron aún más las mejillas, completamente avergonzada y abochornada.

Salí de la tienda sin despedirme y sabía que iba a tener que aguantar las risas de Mayra, que durante un rato no hizo otra cosa que partirse la caja.

—Bueno, veo que al final buscaste una solución. ¿Le has pagado en carne?

—Mierda —me paré en seco y giré hacia mi amiga—. Mierda —repetí—. No le he pagado.

Mayra volvió a carcajearse y tuve que aguantarla todo el camino y encima me había arrepentido de haber comprado los dulces, me iba a llevar un buen rapapolvo de mi padre, seguro.

No le di la oportunidad de que protestara. Según llegué a casa lo eché de la cocina, para que fuera a despertar a Clara y con ayuda de Mayra pusimos la mesa, con el bizcocho partido en trozos y los donuts colocados de forma estratégicamente irresistibles, en un plato.

—¡Pastel! —gritaron los niños al unísono al entrar en la cocina.

—Tu padre con tantas restricciones está haciendo a los niños ignorantes. Donuts y bizcocho, mis niños... delicia *dura*... —le di una colleja a mi amiga—. ¡Au! digo pura, en qué estaría yo pensando. Tenéis que darle las

gracias a vuestra hermana y a Mario, a Mario también.

—¡Gracias! —Mis hermanos se abalanzaron a abrazarme.

Tomás y Omar ya habían devorado más de medio donut cuando entró Clara a la cocina, que me abrazó con cariño.

—¡Qué sorpresa! No te esperábamos este fin de semana. ¡Madre mía! ¡Donuts! Tu padre te va a matar. —Rio a carcajadas cogiendo uno rápidamente. antes de que apareciera el susodicho en escena y los tirase a la basura.

Mayra y yo nos apresuramos a hacer lo mismo. Minutos después apareció mi padre con el pelo mojado, acababa de salir de la ducha. Vestido con una camiseta básica, vaqueros y deportivas. Según se acercó a la mesa se le salieron los ojos de las órbitas.

—Ya te vale, Arinegua. ¡Ya os vale! —protestó consciente de que ya habíamos devorado buena parte del alijo de dulces—. Esta noche aguantarás tú a tus hermanos, que tendrán sobredosis de azúcar y no puedan dormir.

—Ya te digo yo que no —dijo Mayra—, esta noche ha quedado.

Le di una fuerte patada por debajo de la mesa que, evidentemente, todos notaron. Eso me pasaba por confiar en la petarda de mi amiga.

—¿Tienes una cita? —preguntó Omar.

—Calla, niño —refunfuñé.

—¿Con Mario? —preguntó mi padre. Mayra asintió, llevándose una nueva patada. Mientras todos sonreían de forma estúpida.

— Arinegua y Mario se quieren casar, se van a dar besitos en la puerta del portal —canturreó Omar.

—¿Te quieres callar ya, enano? —protesté. Tomás se rio y Clara forzaba el gesto para no sonreír.

—Arinegua y Mario se quieren casar, se van a dar besitos en la puerta del portal —cantaron los dos.

—Niños, dejad en paz a vuestra hermana. Aquí nadie se quiere casar —soltó Clara con voz seria, para que los niños le hicieran caso. Me guiñó un ojo cuando vio que mis hermanos se quedaban en silencio y murmuraban un «perdón».

—¿Y lo de los besitos? —murmuró Mayra dándome codazos—, ¿lo de los besitos qué?

«Juro por Dios que mataré a mi amiga.... Lo juro».

## Capítulo 14: Me sacas de quicio, pelirrojo

Con el espectáculo durante el desayuno, me había quedado fría como una patena y no me apetecía mucho volver a ver al pelirrojo. ¿Qué chica saldría feliz con el chico por el que su padre sonrío? Ni puñetera gracia tanto secretito y tanta bobería.

Total, que reflexioné frente al espejo con la posibilidad de darle un nuevo *espantón*, pues ya se lo estaba mereciendo.

Clara me hizo salir de mis ensoñaciones, cuando llamó a la puerta y pasó a mi dormitorio. Llevaba casi una hora sentada en una butaca frente al espejo, en bragas y sujetador y con una toalla enrollada en el pelo. En una media hora llegaría Mario a recogerme y aún no había decidido si me apetecía o no, porque aunque me cabreaba que él diera por hecho que yo quería verlo, cuando pensaba en lo que había ocurrido esa misma mañana en la trastienda me encendía como una cerilla.

—¿Todavía así? —preguntó Clara.

Bufé por respuesta, al fin y al cabo, era la esposa de mi padre, podría estar aliada con él en esa búsqueda incesante de marido para mí que les diera nietos pronto.

La miré desconfiada cuando se acercó por detrás. ¿Me llevaría una colleja? Pero en lugar de darme un sopapo, me quitó la toalla, cepilló mi cabello y me lo secó con el secador, dándole con brío y haciendo que nos partiéramos de risa al ver mi reflejo en el espejo, con el pelo a lo león.

—Vale, ahora sí que no pienso salir —bromeé, cruzándome de brazos.

Me dejé mimar, mientras Clara me planchaba la melena, mechón a mechón y me maquillaba de forma sutil. El resultado era bastante aniñado y angelical, con el flequillo hacia adelante cubriendo mi frente, un poco de rubor en las mejillas, máscara de pestañas y brillo de labios. No solía peinarme de esa forma porque me daba un aspecto bastante infantil, vamos, que explosiva,

lo que se dice explosiva y sensual no iba a salir.

—¡Tachán! Guapísima —exclamó feliz—. Esta noche te lo comes. —  
Puse los ojos en blanco al oír su comentario.

—¿Qué os ha dado a todos con Mario? Porque es evidente que estáis  
confabulados para que salga con él —pregunté al fin lo que rumiaba mi  
cabeza.

—Porque te gusta. —Directa a la yugular.

—¿Qué sabrás tú? —refunfuñé y Clara rio de nuevo.

A mí no me hacía puñetera gracia haberme convertido en el payaso del  
pueblo y que todo el mundo se riera a mi costa últimamente, pero no me  
quedaba más remedio que tener paciencia, porque estaba feo darle una patada  
en la espinilla a tu madrastra y, sobre todo, a una tan buena como la mía.

No tenía en mente nada para ponerme, pero teniendo en cuenta mi  
peinado y maquillaje sencillo, decidí ir en la misma línea. Me decanté por una  
camiseta de algodón blanca con escote pronunciado en forma de pico,  
vaqueros celestes y las Converse blancas. La camiseta era un poco corta y se  
me veía el *piercing* del ombligo, igual así lograba desconcentrar la atención  
de Mario del tatuaje de mi cuello. Un par de pulseras a juego y listo. Lo cierto  
era que poder vestir así, sencilla, después de una semana con *look* formal y  
tacones altos era un gustazo.

Clara, que se había sentado a cotillear el vestuario que elegía, se puso  
en pie cuando sonó el timbre de casa. Yo me lo tomé con más calma, no tenía  
prisa en salir, hasta que las risas y voces de mi padre y Mario llegaron a mi  
dormitorio y me empecé a enervar. Clara soltó una carcajada al ver mi cara.

—¿Se puede saber por qué te molesta tanto que tu padre se lleve bien  
con ese chico que te gusta? —me preguntó.

—No sé —me encogí de hombros—, no es natural. Además, Mario y  
yo no somos nada, no quiero que papá se haga ilusiones. Solo somos amigos.

—Bueno, pásalo bien. —Frente a mi armario intentaba decidir qué perfume utilizar, ella, que se dio cuenta, vino hasta mi lado y escogió un frasco de uno suave con olor a jazmín que me encantaba. Le hice caso sin más, no tenía ganas de pensar.

Mario iba vestido muy en mi línea, Vans negras, vaqueros y camiseta negra ajustada. Su pelo naranja estaba de punta, con un peinado desenfadado que le favorecía mucho. Estaba *sexy*, me quedé embobada examinándolo antes de darle dos besos, mientras él clavaba su mirada en mi ombligo, obviamente, ya había tenido que ver el *piercing* en nuestro encuentro fugaz en mi sofá, pero supongo que no se entretuvo demasiado en él. Me sorprendía comprobar el efecto que tenía el aspecto de ese chico en mi cuerpo, que no dudaba, descarado el muy jodido, en actuar a su antojo, tiñendo mis mejillas de rojo y secando mi garganta, al tiempo que otras partes de mi cuerpo se humedecían.

Cuando vi que mi padre y él estaban demasiado enzarzados en una conversación sobre películas de Marvel, lo arrastré fuera de casa, porque era un tema que entusiasmaba a mi padre y ya me veía allí acoplada en el sofá mientras ellos discutían qué peli de superhéroes estaba más lograda y más acorde a los cómics.

Sin preguntarme a dónde me apetecía ir, para variar, condujo un buen rato hasta llegar a una zona de bares cerca de la playa de Las Canteras, donde, ante una cerveza rompimos rápidamente el hielo. Le relaté los acontecimientos de mi primera semana de trabajo, altercado con Gustavo incluido el sábado por la noche, evitando nombrar que le había tocado sus partes nobles, que Mario y yo no éramos pareja, pero tampoco me parecía correcto ir contándole a quién tocaba o dejaba de tocar. No le había hecho tanta gracia como a mí el comportamiento de mi descarado compañero de trabajo.

Con la tercera cerveza ya era noche cerrada y el cielo estaba completamente despejado, se veía una preciosa luna llena y un millón de

estrellas, mientras se escuchaban las olas romper en la orilla del mar. La brisa soplaba con fuerza y hacía frío. Me subí la cremallera de mi cazadora negra y me quedé un instante hipnotizada mirando las olas romper en la orilla.

Mario cogió su silla y la colocó a mi lado, girándola hacia el mar, yo hice lo mismo y cogimos el botellín, haciéndolo chocar a modo de brindis antes de seguir bebiendo y charlando de forma agradable.

—¿Solías ir a la playa cuando vivías en Zaragoza? —Rompió el silencio que se había instalado entre nosotros.

—No me acuerdo —reconocí, encogiéndome de hombros—. He visto alguna foto donde mis padres y yo jugábamos en la arena, pero no es algo que haya conservado en mi memoria. Recuerdo pocas cosas de entonces: el colegio, mi madre, los paseos por el parque, el frío helado. Mis abuelos y mi familia de allí.

—¿No has vuelto a verlos? —me preguntó.

—Sí, han venido alguna vez, pero yo no he vuelto a ir allí. Todos los recuerdos que tengo de Zaragoza están muy ligados a mi madre y no es que quiera olvidarme de ella, pero algunos duelen demasiado cuando me doy cuenta de todo lo que perdí.

—¿No te apetece ir a soplar dientes de león a donde ibas con ella? — Me encogí de hombros como respuesta.

—Ya estoy un poco mayor para eso —murmuré, sin más.

—Si tu madre pudiera te daría una colleja ahora mismo —sonrió y lo hice yo también con la vista clavada en el mar.

Mario tenía una capacidad indescifrable para tocarme el corazón con temas que me afectaban, era como si supiera exactamente la forma de leerme, había aprendido las teclas necesarias para que me abriera a él. Noté cómo se acercaba a mí, cogiendo mi mano y acariciando con sus yemas mi piel. Las tenía congeladas, pero no era una sensación que me molestase, al menos en ese

momento. Bajé la mirada hasta nuestros dedos entrelazados y continuó acercándose, hasta dejar su nariz pegada a mi cuello.

—A ver, pelirrojo de las narices, si se te ocurre soplarme el diente de león te llevas un sopapo —le advertí, con una sonrisa.

—Qué violencia —susurró, justo antes de soplar con suavidad y besar el lugar donde se situaba mi tatuaje.

—Oye y tú no piensas contarme nada de ti. Solo sé que vives con tu tía abuela, doña Fefina, que es una entrometida de cuidado y que ayudas en la panadería.

Mario siguió besándome y yo trataba de controlar los placenteros escalofríos que recorrían toda mi piel.

—Me ha dicho Fefi que me quedan unas dos semanas de trabajo a lo sumo. Don Alberto está mucho mejor —me contó, apartándose un poco y volviendo a besarme.

—Oh, ¿y qué piensas hacer después? —pregunté, llevando mi mano a su cabello y moviendo mi cabeza para facilitarle el acceso a mi cuello donde seguía dándome mimos. No sabía si me hacía gracia volver a la panadería a comprar y que no estuviera él detrás de la barra.

—Estoy acabando un máster, el mejor amigo de mi padre tiene una empresa que ha ido ampliando durante el último año y me ha ofrecido trabajo si saco este máster —explicó.

—¿Qué estudiaste? —me interesé.

—Soy Licenciado en Educación Física.

—¡Toma! —grité, haciéndole dar un respingo—. ¡Lo sabía! Ese cuerpo serrano y tanta chulería... Educación Física.

—¡Eh! Que yo nunca he chuleado contigo, Arinegua, no sé por qué tienes ese concepto de mí —protestó.

—Porque sé ver lo que tienes debajo de ese disfraz de niño bueno que

le quieres mostrar al mundo. No eres más que un sinvergüenza —expliqué entre risas, dándole con mi dedo índice en su costado.

Mario sopló de nuevo mi tatuaje y me mordió el cuello, comenzando en el mismo instante a hacerme un ataque de cosquillas que me hizo reír de buena gana en sus brazos. Estaba cómoda con él y eso me asustaba, hasta hacía unos días no soportaba verlo, me parecía un egocéntrico, un engreído y un prepotente, pero lo cierto era que Mario tenía razón, nunca me había dado motivos para pensar todo eso de él, simplemente estaba en mi instinto huirle.

Cuando los camareros del bar empezaron a recoger las mesas de la terraza pagamos la cuenta y dimos un paseo por la avenida de la playa. Pasé mi brazo por su cintura, en busca de algo de calor, y él me envolvió. Nos apoyamos en la barandilla en una zona donde las olas rompían con fuerza.

Mario tiró de mí hasta dejarme frente a él y me besó, atrapándome como siempre conseguía, con aquella deliciosa suavidad, dejándome saborear sus ansias de mí, que a cada minuto iban en aumento, tal como las mías de él. Su lengua paseó por mis labios y buscó con deseo la mía, atrayéndome hacia él y dejándome sin respiración al notar su erección pegada a mi cuerpo.

Deslizó la cremallera de mi cazadora, colando sus manos por dentro de ella y subiendo un poco mi camiseta. Sabía exactamente lo que necesitaba, sentir mi piel, tal y como lo hizo en aquel instante, deslizando sus manos hasta alcanzar mi pecho y lo sabía, porque me pasaba exactamente lo mismo, mis manos hacían lo propio para poder notar la suya.

Mis pezones, completamente erizados, exigían unas caricias que no tardaron en llegar cuando Mario apartó un poco el sostén para pellizcarlos, arrancándome un suave gemido. Entonces, llegó el momento de parar, pues de cuando en cuando pasaba alguien por la zona y no era plan de dar el espectáculo. Las Canteras era una zona bastante concurrida, aunque fuera de madrugada, así que, nos recompusimos y continuamos el camino hasta llegar al

coche.

Estaba aparcado en una pequeña calle bastante apartada de la zona de la playa, por lo que tuvimos que caminar un buen trecho. No había nadie cerca y los edificios a nuestro alrededor tenían las luces apagadas y las ventanas cerradas. No me hubiera importado colarme en cualquier portal para devorarlo, que era lo que más me apetecía hacer en aquel momento, pero me daba vergüenza siquiera insinuarlo, ya no teníamos edad para hacer esas cosas.

Al llegar a la altura del coche, Mario no dudó en agarrarme con fuerza hasta dejarme colocada encima del capó, haciendo que abrazara su cintura con mis piernas. Solté un gritillo, al sentir que perdía el equilibrio, que acalló con un beso aún con mayor intensidad que los que acababa de darme. Sus dientes atraparon mi labio inferior, mientras mi respiración se aceleraba. Se separó de mi boca, solo para recorrer el espacio que había hasta llegar a mi cuello, devorándolo sin piedad.

No dudó en apartar, con tirones certeros, toda la ropa que molestaba, sostén incluido hasta llegar a mis pezones y devorarlos. Mi espalda se arqueaba, de placer, de dolor, de necesidad...

—Mmmm... no aguantaba más sin hacer esto —confesó, apartándose un poco y dirigiendo la atención al otro pezón.

Desabrochó mis vaqueros y en mi subconsciente gritaba que estábamos como puñeteras regaderas.

—Joder, Mario, para... estamos en medio de la calle —protesté, pero no debí ser demasiado convincente porque él seguía a lo que estaba y yo estaba perdiendo la cabeza, así que ejercí presión con mis manos, no demasiada, debo reconocer, intentando apartarlo de mí.

—No hay nadie —resolvió al fin, echando un vistazo a nuestro alrededor.

—No quiero verme en uno de esos videos de Youtube donde sale la gente *farrukeando* en la calle —protesté, sabiendo que si él no paraba lo que estaba haciendo no iba a poder resistirme mucho más.

—¿*Farruqué*?

—Follando —repliqué, mi cerebro no tenía suficiente sangre como para buscar sinónimos que sonaran tan increíblemente... bien.

—Ah, vale —rio—. Ven —tiró de mi mano y abrió el coche, haciéndome entrar a la parte trasera. No es que aquello fuera mucho más discreto, cualquier persona que pasara por la calle podría vernos, pero el apetito era tal, que decidí que me valía; «aceptamos coche como rincón íntimo lujurioso», pensé en última instancia antes de notar cómo se acercaba de nuevo.

Como si de pronto tuviéramos todo el tiempo del mundo, y no estuviésemos a la merced de la vista de cualquier vecino curioso y entrometido (obviando el tema cámaras que me daba auténtico pánico con solo pensarlo), me besó, esta vez con suavidad, haciéndome exasperar, pues mi ropa interior hacía tiempo que estaba empapada, mi sexo exigía del suyo, quería rapidez, eficacia... *pim, pam...* fuegos artificiales, quería que me llenara de él hasta que perdiera el sentido. Sin embargo, ignoró la exigencia de mis caderas que se movían en busca de su cercanía. En lugar de complacerme, simplemente se apartó, con una sonrisa pícaro mirándome a los ojos.

—Me gustaría saber por qué tienes tan mal concepto de mí —cuestionó con la intención, supuse, de alargar mi agonía. «¿En serio tenemos que tener esta conversación ahora?», grité interiormente, pero como no quería espantarlo, solo me encogí de hombros como respuesta. No tenía nada coherente que decirle, solo que se me había metido en la cabeza que era un capullo más.

Como no quería ser borde, que seguramente sería lo que ocurriría si intentaba explicarme o hacerle cambiar de tema con palabras (la sutileza no era lo mío), lo miré juguetona desabrochándole los pantalones, liberando así su erección que estaba dispuesta a devorar. Me pasé la lengua por los labios antes de deslizarme hacia abajo. Mi truco surtió efecto y Mario no volvió a hablar.

Pasé la lengua con delicadeza por la punta, que brillaba mojada, justo antes de engullirlo por completo, disfrutando del delicioso sabor, llenando mis oídos de su respiración acelerada. Me acarició el pelo, mientras con movimientos lentos pero profundos me tragaba su polla. En un momento dado, me agarró la cabeza y movió las caderas con fuerza, metiéndomela hasta el fondo de la garganta. Su erección se volvió de piedra y un sabor salado me advirtió de que estaba a punto de acabar. No dejé que se apartara, no deseaba otra cosa que sentir como bajaba por mi garganta su corrida, la sentí más dura, más grande, palpitante se vació y yo me relamí satisfecha.

—Joder —balbuceó—. Es mi turno. —Me apartó con suavidad y lo vi incorporarse. Pensé que buscaba algún preservativo en la parte delantera del coche, pero simplemente, desplazó los asientos hacia adelante, haciéndome recostar, como pude, en aquel minúsculo espacio y prácticamente arrancándome los vaqueros.

Ni siquiera se molestó en quitarme la ropa interior, apartándola a un lado paso su lengua por todos mis pliegues antes de hundirla en mi cavidad. Me penetró varias veces y perdí la cordura y el control, no solo mis caderas se agitaban a su antojo, sino que poco podía controlar mis gemidos. Centró su atención en mi clítoris y se tensaron todos los músculos de mi cuerpo en una intensa oleada de calor. Me dejé ir cuando dos de sus dedos me penetraron, contraí todo mi cuerpo alrededor de ellos, notando como bebía con desesperación de mi orgasmo.

Cerré los ojos, concentrándome en los espasmos de mi cuerpo, pero Mario no me dio tiempo a recuperarme, siguió moviendo la lengua y penetrándome con sus dedos hasta que me corrí de nuevo.

Mi cuerpo había perdido toda la fuerza necesaria para mantenerse por sí mismo, así que, cuando subió hasta mi boca, lo besé con suavidad y nos quedamos unos minutos así, abrazados en una posición un tanto extraña e incómoda, con la única intención de disfrutar de cada contracción involuntaria de mi sexo extasiado.

Unos minutos más tarde, emprendimos el camino de vuelta. En un silencio placentero me quedé traspuesta, mientras notaba su mano ir de mi muslo a la palanca de cambios y de ahí de vuelta hacia mí. Paró en la puerta de mi casa donde me desperecé sin demasiada intención de dejarlo marchar.

—Lo he pasado bien —confesé. No me faltaban ganas de pedirle que subiera a casa y dormir abrazada al pelirrojo. ¿No le gustaba tanto a mi padre? Pues que se lo encontrara por la mañana recorriendo su casa hasta llegar a la cocina en busca de café, pero lo cierto era que tampoco quería probar suerte y despertar la furia de mi progenitor, así que no me quedaba más remedio que decirle adiós.

Al besarlo para despedirme, mi cuerpo reaccionó pidiendo más, mucho más. No me había saciado del todo y estaba segura de que Mario tampoco, pues tiró de mí para que me colocase encima de él, arrastrando el sillón del conductor lo más atrás posible de un movimiento a la palanca. Tragué fuerte al notar de nuevo la dureza de su sexo, moví mis caderas involuntariamente en busca de placer, mi cuerpo me exigía que me penetrara, sentir su polla dentro de mí mientras me movía con celeridad en busca de otro orgasmo.

Nunca más podría decir que no me gustaba el sexo sin compromiso porque no deseaba otra cosa que sentir cómo Mario me penetraba una y otra

vez hasta hacerme extasiar. Sus besos se hicieron más intensos y estaba a punto de perder la cordura, con ganas de pedirle que me lo hiciera allí mismo, pero luego recordé que estaba justo en la puerta de mi casa, que se podría asomar a la ventana mi padre o uno de mis hermanos y aparté a Mario con suavidad.

—Tengo que irme —dije mordiéndome el labio, Mario pellizcaba con suavidad mis pezones y pensé que si seguía así me iba a correr solo con ese contacto.

—Me vuelves loco, morena.

—Y tú me sacas de quicio, pelirrojo —sonreí y le di un último beso antes de bajarme del coche.

## Capítulo 15: Vale, me lo he merecido

Si Sabrina pensó en algún momento que Salva la dejaría en paz después de comprobar cómo le había afectado verlo en la cafetería, lo llevaba claro. Ella, que era de ideas claras, por una vez dudó de sí misma; dudó de poder soportar estar sin él, como había pensado que conseguiría, porque, como bien había dicho él, eran amigos prácticamente desde que nacieron, era a la persona que siempre le había contado todo de sí misma, con la que había compartido días grises, tardes de risas y noches de besos.

«Barcos más robustos se habían hundido», pensó mi amiga, que, a simple vista, era implacable y decidida pero se vino abajo cuando Salva optó por mandarle audios, hablándole con voz suave, cometió el error de darle al *play* y escucharlos y cuando notó cómo se le quebraba la voz al recordarle sentimientos, emociones que ella había enterrado, se le vino el mundo encima. Lloró. Lo llamó y media hora más tarde iba camino de la dirección que él le había mandado.

Al contrario de lo que pensaba, no se había vuelto con sus padres, había alquilado un pequeño estudio cerca del hotel donde trabajaba. Claro, a casa de sus padres no se podía llevar a sus ligues del trabajo. Le ardió esa idea en el estómago, pero la desechó. Quizás había llegado el momento de hacer las paces con él, centrarse en que ambos eran muy importantes en la vida del otro y que los años les habían obligado a pasar página. Su relación fue bonita, descubriendo juntos cada nueva etapa de la vida, pero esta que estaban viviendo, era tan significativa como las demás: superar la ruptura. ¿Sería posible conservar su amistad después de todo?

Sabrina quería descubrirlo, y como era lo que quería, simplemente le pidió su dirección y se encaminó sin más preámbulos, sin orgullo, con dolor y una máscara de indiferencia.

Cuando Salva le abrió la puerta de su casa sin camiseta, en pantalones

cortos y descalzo, se planteó que igual no era buena idea quedar allí, tendría que haber elegido un sitio neutral, porque un pellizco atenazó su estómago. Tanto tiempo sin tocar aquella piel, porque por desgracia, a pesar de todo lo que había pasado, ella lo seguía queriendo, lo seguía deseando.

Salva se acercó y le dio dos besos y le parecieron tan extraños, jamás en la vida se habían saludado con dos besos, como mínimo con un abrazo y esos besos fríos fueron un puñetazo en su estómago. Olía a recién duchado y parecía recién afeitado.

—Pasa. Estaba haciendo el café —ofreció él. Lo siguió cuatro pasos hasta llegar a la barra. La vivienda era minúscula, no había mucho que enseñar, estaba muy en su línea, hecho un desastre. La cama sin hacer, ropa tirada aquí y allá, loza sin fregar, la tele encendida y en silencio, nunca había entendido esa manía suya. Siempre tenía la tele consumiendo energía, sin prestarle la más mínima atención.

—Hay cosas que nunca cambian —dijo Sabri, sin más, encogiéndose de hombros cuando Salva la miraba interrogante, intentando averiguar qué pasaba por su cabeza.

—He hecho un bizcocho —cambió él de tema—. De manzana y canela. —El favorito de mi amiga, que se relamió feliz.

Para cuando acabaron el café, ya habían devorado al menos dos pedazos cada uno. Sabri se chupaba los dedos mientras Salva le hablaba de cosas cotidianas; de su sobrino; de Punky, la rata de su madre, bueno, no era una rata, era un hámster que habían puesto en casa por el peque y que hacía cosas de lo más extrañas dentro de la jaula, pero ella lo odiaba como si fuera una simple rata de alcantarilla.

Aquella cotidianidad la fue embargando, reía con él, como cada día de su vida. Salva era muy payaso, siempre tenía una nota de humor para todo lo que contaba. Mi amiga se mantenía callada, le estaba afectando estar allí con

él y mucho más su falta de sexo (sexo del bueno, no ese burdo intento que hizo con Raymond) porque, al fin y al cabo, Salva y ella habían tenido toda la vida para aprender a tocar las teclas necesarias para provocar los orgasmos más intensos. Odiaba estar pensando en eso en aquel momento. Putas hormonas disparadas. Puto Salva, capullo.

Le hubiera gustado ser más fuerte, pero en ese momento pensaba que estaba siendo fiel a sí misma, si quería algo y podía cogerlo, lo cogía y ya está. Pero eso con Salva no iba a ser fácil. Después de pasar por su cama, como había pasado. Después de los besos, fuegos artificiales, más besos, cosquillas, sexo, orgasmos... ambos se miraron y sin necesidad de pronunciar la pregunta: ¿y ahora qué? Ambos sabían que no podían ir más allá. Porque mi amiga lo quería, mucho, como solo se puede querer al hombre de tu vida, pero Salva sabía que él no quería volver a lo mismo, quería que fueran amigos, como habían sido siempre, y quería, a ser posible, que pudieran serlo sin que terminaran en la cama, porque sabía que eso no le hacía ningún bien a Sabrina, que para cuando terminó de vestirse ya estaba llorando. Pues ya lo podría haber recapacitado antes de que se le calentara la entrepierna.

—Siento estar haciéndote tanto daño, *chiqui*. Lo siento, de verdad. Yo solo quiero recuperar a mi amiga.

—No sé ser solo tu amiga, Salva. Por favor, no me vuelvas a llamar.

Salió de allí y fue directa a casa, para autocompadecerse un rato, hasta que yo llegara y pudiera abrazarse a mí y desahogarse.

El domingo después del almuerzo volví a Corralejo, utilicé el transporte público para volver a casa. Sabrina estaba tirada en el sofá, en pijama, con una postura de lo más extraña, viendo un programa de esos basura que daban por la tele.

—¡Hola! Joder, ya te vale —exclamó por saludo—. ¿Te has pegado

todo el fin de semana follando?

—Calla ordinaria, ¿qué dices? Fui a casa de mi padre —la regañé.

—Oh —dijo decepcionada—, tenía la esperanza de que me contaras un relato de auténtica pornografía con ese compañero tuyo que está para mojar pan.

Me encogí de hombros y fui hasta la ducha, tras lo cual imité a mi amiga: me enfundé el pijama y me tiré allí con ella molestándola para que dejara de ver la tele y me hiciera caso.

—¿Por qué no te beneficias al maromo ese de tu curro? —me preguntó de nuevo.

—Porque no quiero, pesada —contesté.

—Eres una estrecha —resolvió. Le di un golpe en el hombro y reímos las dos.

—¿Y tú qué has hecho el fin de semana? —me interesé, no tenía buena cara, debió darse una buena fiesta.

—El gilipollas —se encogió de hombros y esperé a que siguiera hablando—. En serio, no sé cómo puedo ser tan estúpida. He ido a casa de Salva, hemos follado como cosacos, he vuelto a casa y me he pegado todo el día llorando.

—Ostras, Sabrina, ¿por qué has ido a buscarlo?

—Te lo acabo de decir, porque soy una estúpida. Lo echaba de menos y estaba caliente y sola y luego estaba allí con él, y todo era tan normal, tan cotidiano y necesitaba tanto echar un polvo urgentemente, que me dejé llevar —se justificó con un puchero, sabiendo que todo ello no era motivo suficiente.

—Pensaba que te habías ido con algunos números de teléfono la semana pasada cuando salimos de fiesta —se encogió de hombros—. No servía cualquiera, ¿no?

Sabrina negó con la cabeza y se le saltaron las lágrimas, así que me

dediqué a abrir los brazos y cerrar la boca. ¿De qué le servía que le echara un rapapolvo?

—Te compraré un vibrador para Navidad —bromeé, haciéndola reír entre lágrimas.

Durante las siguientes semanas, me dediqué a fondo a ponerme al día en el trabajo, tenía la sensación de estar perdiéndome mucho y me apoyé en el personal a mi cargo y en Gustavo, que, al parecer, era la persona que estaba organizando todo el cotarro hasta que yo llegué.

No volví a casa en lo que restaba de mes, pues mi economía estaba muy resentida y no me apetecía estar pidiéndole dinero a mi padre. Además, estaba Mario... y no estaba segura de querer verlo de nuevo. Lo había pasado muy bien con él, pero me daba miedo lo que había empezado a sentir.

Como no acostumbraba a tener ese tipo de aventuras tampoco sabía muy bien cuál era el protocolo, así que no le había escrito desde que nos vimos la última vez y él a mí tampoco, prefería que se quedara todo así, en *stand by*, al menos de momento, pues tenía otras cosas de las que preocuparme.

Gustavo y yo nos centramos en organizar un nuevo proyecto que nos había concedido el Ayuntamiento de Corralejo, dirigido a la mejora en la calidad de vida en las personas con discapacidad. Parecía algo bonito. Hacía meses que estaba aprobado y ya, incluso, habían hecho las pruebas de selección para el personal que se encargaría de cada taller, pero aún nos faltaba mucho por hacer.

Estaba ilusionada porque me podría implicar en uno de los talleres del proyecto sobre la transición a la vida adulta de las personas con discapacidad intelectual. Eran unas charlas de apenas dos días en las que se trabajaría tanto con las personas con discapacidad como con sus familiares directos o tutores legales. Llevaba unos días elaborando la guía y Gustavo, que tenía más

experiencia en este campo, me estaba echando una mano.

Uno de esos días de locura, en los que habíamos perdido la noción del tiempo, prácticamente nos habíamos quedado solos en la oficina cuando me avisaron de recepción que alguien preguntaba por mí. Sabrina estaba en el pasillo esperándome y salí a saludarla, temerosa de que hubiera vuelto a caer con su ex.

—Hola, linda, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien? —Últimamente la notaba tristona pero no habíamos tenido tiempo de hablar tranquilamente.

—Pasaba por aquí y me preguntaba si querías que te acercara a casa o igual podemos ir a tomarnos una cerveza.

—¿Una cerveza? —Eran las ocho de la noche y estaba agotada, lo único que tenía ganas de hacer era de meterme en la cama y dormir—. Es tarde, estoy cansada.

—Venga, no seas aguafiestas, ve con la chica a tomar una cerveza que hoy es viernes —me reprochó Gustavo, que se acercaba a nosotras por el pasillo tras de mí. ¿Era viernes? Ni siquiera me había dado cuenta. A mi amiga se le iluminó el semblante al ver a mi compañero de trabajo y a mí se me encendió la bombilla.

—¿Y por qué no compramos unas cervezas y vamos a casa y nos las tomamos allí? ¿Te apetece Gus? —propuse.

Mi amiga levantó las cejas por la sorpresa y Gustavo no se percató, simplemente se encogió de hombros y asintió, supuse que no tenía nada mejor que hacer.

De camino a casa paramos en el supermercado, donde compramos muchísimas más cervezas de las que sería adecuado tomar entre tres personas y algunas boberías para picar. A la cuarta lata, Gustavo y Sabrina hablaban y reían sin parar.

—Oye, Arinegua, ¿y no viene tu novio a verte el fin de semana? —

preguntó Gustavo en un momento que me cogió fuera de juego.

—¡Qué novio ni que ocho cuartos! —respondió Sabrina, llevándose un descarado codazo. Gustavo me miró de reojo con una sonrisa socarrona.

—Que va... que va, este fin de semana no puede, está muy liado. Es que trabaja en una panadería y allí no se descansa los fines de semana — intenté sonar convincente.

Mi amiga que se había emborrachado demasiado rápido estalló en carcajadas.

—¿No me digas que para darte esquinazo se ha inventado un novio? Bufff, sí, claro —se le trabó un poco la lengua—, el novio imaginario. —Atacó la arpía de mi amiga, sin piedad ninguna.

—Joder Sabrina, cómo te pasas —murmuré.

Gustavo, al notar que no me habían sentado muy bien los comentarios de mi amiga y que de pronto se respiraba algo de incomodidad, cambió de tema, sin embargo, no me quitó el ojo y en un momento en el que Sabrina fue al cuarto de baño se sentó a mi lado.

—Que sepas que has herido mis sentimientos —reí nerviosa—. Debo de caerte como el culo para que me hayas mentido tan descaradamente.

—No miento, tonto, solo que Sabrina no sabe que salgo con un chico, —Su expresión me advertía que no creía ni una sola palabra de lo que estaba diciendo, y no le culpaba, nunca se me había dado especialmente bien mentir, no obstante, seguiría intentándolo—. Vale —dije al ver su expresión—. No me crees. Lo entiendo —di un trago a mi cerveza antes de seguir hablando—. Está bien, pesado... —no me creía, así que mejor sincerarse lo máximo posible sin quedar en ridículo—. No quiero follar contigo. Eres divertido. Eres simpático y eres increíblemente guapo y tan segura estoy de todo eso, como de que no pienso acostarme contigo jamás en la vida.

—Eso ya lo veremos. —Me desafió con una sonrisa, volviendo a su

sitio en el otro sofá.

Sabrina llegó con tres nuevas cervezas, aunque me sentía algo mareada y me estaba cayendo de sueño.

—Chicos, me voy a la cama, no puedo más —me levanté del sofá intentando no tropezarme y Gustavo se puso en pie.

—Sí, es un poco tarde —señaló mirando la hora—. Me voy a casa entonces para que descanséis.

Por el rabillo del ojo pude ver el puchero de mi amiga.

—Quédate, Gustavo. Lo estáis pasando bien. Seguid a lo vuestro. Por mí puedes dormir en el sofá.

—Sí, quédate —le pidió Sabrina.

Gustavo volvió a sentarse mirándome con picardía, sabía exactamente lo que estaba intentando y yo me hice la loca antes de ir hasta mi dormitorio, enfundarme el pijama y meterme en la cama.

Me acordé de Mario, hacía al menos tres semanas que no sabía nada de él. Por orgullo, no le había preguntado a mi padre y Mayra se negaba a responderme ninguna pregunta sobre el panadero, me estaba haciendo chantaje emocional por no ir a verla en tantos días y lo cierto era que empezaba a extrañarlo, así que sin pensarlo demasiado y sin mirar la hora, seguro que inadecuada, tecleé en mi móvil:

ARINEGUA 

«Hola, pelirrojo. ¿Qué tal?».

Mario lo leyó, o al menos me apareció sobre la marcha los dos tics azules, pero no me contestó. Así que dejé el móvil en la mesa de noche y me quedé dormida a los pocos minutos.

Por la mañana, lo primero que hice fue mirar el aparato, que seguía sin tener ninguna respuesta. Por algún motivo me molestaba y me decepcionaba que Mario no me hubiera contestado al saludo, que no éramos pareja, pero qué

le costaba decirme un: «hola, bien y tú, ¿qué tal?».

Gustavo dormía en el sofá y me di con la mano en la frente. ¿No se habían acostado? Me encogí de hombros. Su ropa descansaba en una butaca de al lado y estaba tapado con una manta que apenas le cubría de cintura para abajo.

Cuando terminaba de salir el café apareció en la cocina, con los vaqueros puestos, el cinturón sin abrochar, sin camiseta y descalzo.

—Buenos días. ¿Me invitas a un café? —preguntó.

—Claro. —Saqué otra taza y se lo serví con un chorrillo de leche y dos de azúcar, como él solía tomarlo en la oficina.

—Gracias —murmuró cuando le tendí la taza—. ¿Has dormido bien? —Me preguntó y asentí—. Nunca pensé que viviría contigo este momento sin pasar por tu cama —bromeó fijándose en mi escueto pijama. Sonreí, era persistente, sin duda. Se ordenó un poco el cabello alborotado e hizo un disimulado movimiento para colocarse el paquete, lo que me hizo comprobar que su erección matutina estaba en pleno auge, aparté la mirada antes de que se diera cuenta de que lo estaba observando.

—Creo que si anoche no tuviste sexo, fue porque no te dio la gana —dije refiriéndome a Sabrina.

Gustavo no dijo nada, solo sonrió. Mi amiga apareció justo en ese momento.

—Buenos días —saludó, pasó al lado de Gustavo y posó su mano en el brazo de él antes de darle un beso en la mejilla—. ¿Has dormido bien en el sofá?

—Buenos días. —Gustavo asintió y se dirigió nuevamente a mí—. Pues yo creo que no te hubieras dejado —me respondió, me estaba buscando las cosquillas.

—No me refería conmigo, evidentemente.

—¿De qué habláis? —preguntó Sabrina, tras coger una taza de café y sentarse al lado de Gustavo.

—Tu amiga dice que si anoche no tuve sexo fue porque no me dio la gana.

A Sabrina se le abrieron los ojos como platos mirando en mi dirección. Igual. en otro momento. hubiera cambiado de tema, pero estaba enfadada con ella por haber soltado que le estaba mintiendo a Gustavo y de la forma en que lo hizo, burlándose de mí.

—Pues sí, hasta donde yo sé. ¿No, Sabrina? —pregunté con una sonrisa. Sabrina se puso de pie, tomó el café de un trago y dejó la taza en la encimera. Me extrañaba en ella porque no era una persona de andarse por las ramas, si era blanco, era blanco y si le apetecía echar un polvo con Gustavo, le apetecía. Sin embargo no pareció sentarle demasiado bien el comentario.

—Me voy a la ducha —dijo, corroborando mis sospechas. Me sentí mal al comprobar que no le había hecho ni pizca de gracia.

—Sabrina está muy tocada por su ex —alegó Gustavo—. Debes ser una pésima amiga si pretendías echarle el muerto de un *sinvergüenza rompecorazonas*.

Utilizó las palabras que siempre le decía a Sabrina para justificar el que no quisiera acostarme con él. Habían estado conversando sobre mí y eso me hacía menos gracia aún. Estaba segura de que en cuanto me fuera a dormir aquellos dos se iban a montar una juerga increíble, pero en lugar de eso, Sabrina le había contado todo lo de su ex y en algún momento habían hablado de mí y mi poca predisposición a pasar por la cama de mi compañero de trabajo.

Gustavo se levantó y se acercó hasta donde estaba para poner la taza en el fregadero, llevando también la que había dejado Sabrina allí y se acercó mucho a mí, aún tenía las defensas algo bajas y no hice nada cuando se pegó

completamente, se aproximó a mi oído y susurró.

—Déjame hacerte disfrutar, me muero por oírte gemir y por hacer que te corras una y otra vez, prometo no romperte nada, tan solo las bragas. —  
Tragué con fuerza. Acercó su nariz a mi cuello e involuntariamente, giré la cabeza facilitándole el acceso. Sus labios acariciaron mi piel y pasó la lengua por la zona, lo cual fue suficiente para mí, lo aparté con suavidad.

De pronto me había acordado de Mario, que no salíamos juntos pero me incomodaba estar en esa situación con otro chico, como si lo estuviera engañando. Con las manos aún en su pecho notando su piel suave y su musculatura firme, tuve que ejercer presión para que no se acercara más.

—Gus, no puedo.

Gustavo asió mis manos, apoyándolas contra la pared detrás de mí, haciendo que mi espalda se apoyara en la fría superficie. Se acercó nuevamente, no me moví, no lo aparté y él lo tomó como una aceptación, pues dejó sus labios a unos centímetros de los míos.

—¿No puedes? —preguntó, haciéndome tragar con fuerza notando su erección a la altura de mi ombligo.

—No quiero —murmuré, mientras mi cuerpo gritaba «yo quiero marcha, marcha, yo quiero marcha, marcha. Yo quiero: ¡marcha!».

Gustavo sonrió y se apartó de mí soltando mis manos.

—Eso ha sido por tenderme una encerrona —declaró.

—Vale, me lo he merecido —balbuceé, intentando recuperar el aliento y el ritmo normal de mis pulsaciones.

## Capítulo 16: No pares, pequeña

Mayra me había hecho prometerle que viajaría a Gran Canaria el siguiente fin de semana, hacía semanas que no nos veíamos y necesitaba ponerme al día, sobre todo con Pablo y las diferentes y nuevas posturas sexuales que habían practicado durante el último mes, palabras textuales de mi amiga, y lo cierto era que me apetecía mucho volver, ver a mi familia y a mis piojos, que aunque hablábamos a diario y nos veíamos por videollamada no era lo mismo, me moría por besuquearlos.

Por supuesto, llevaba el bolso cargado de chuches, que pensaba darles a escondidas de mi padre, así como un cubo de Rubik infantil a cada uno, que había encontrado en una tienda cuando paseaba por una zona comercial. Sabía que les iba a gustar.

Sin embargo, me quedé con las ganas de achucharlos y mimarlos, porque para cuando mi padre y yo llegamos a casa el viernes por la noche desde el aeropuerto, los pequeños dormían ya, no habían podido aguantar los ojos abiertos y cayeron rendidos en el sofá, donde Clara tuvo que pasarlos, con sus más de veinte kilos cada uno, a sus respectivas camas.

Clara, mi padre y yo, nos apostamos un buen rato en el sofá, picoteando y tomándonos una cerveza, mientras los ponía al día tanto del trabajo, como de la convivencia con mi amiga Sabrina, la cual ellos conocían de mi época universitaria.

—Bueno, estás cansada. —Intentaba que los párpados no se cerraran solos, pero no podía evitar los bostezos de puro agotamiento, así que Clara me animó a que me fuese a dormir—. Vete a la cama que mañana tenemos todo el día para estar juntos.

No tardé en caer rendida en cuanto apoyé la cabeza en la almohada.

Cuando los primeros rayos de sol traspasaron las cortinas de mi dormitorio, me levanté de un salto y tras pasar por la ducha, decidí ataviarme

un vestido precioso con escote en pico vertiginoso y manga tres cuartos de Desigual, adoraba lo bien que me sentaba esa prenda y esperaba lucirla frente un hombre de pelo anaranjado que se había empeñado en meterse en mi cabeza. Unas medias negras y botas altas complementaban el conjunto. Era ya el primer día de diciembre y ya se notaba el aire gélido y las bajas temperaturas en la zona de los Lentiscos.

En casa nadie se había levantado, hasta Clara roncaba como un orco y, de forma sigilosa, salí camino a la panadería. Sonreí a la vieja cotilla que ya estaba asomada en la ventana de la casa de al lado. Debía preguntar cuánto pagaban en *Radio Patiño* por las exclusivas, que igual me estaba equivocando de profesión. Cuando traspasé el umbral de la tienda y se oyó la campanilla un nudo constriñó mi estómago, don Alberto salió un minuto más tarde de la trastienda.

—¡Buenos días, don Alberto! Hala, ya veo que está usted como nuevo —lo saludé con efusividad.

—Sí, muchísimo mejor, otra vez por aquí. ¿Me han chivado que estás trabajando fuera? —Tenía buen aspecto, siempre había sido un hombre afable y, aunque ya tenía sus años, le encantaba estar en su panadería, así que no me extrañaba que estuviera de vuelta con esa cara de felicidad.

—Sí, en Corralejo. He venido a pasar el fin de semana. Me alegra mucho verlo tan bien. —Y era cierto que me alegraba por él pero me esforcé por disimular una punzada de decepción al no ver a Mario.

—Sí, tu padre me ha contado que te va muy bien. Está muy orgulloso de su pequeña —sonreí y asentí.

Me daba vergüenza preguntarle por Mario, así que no lo hice. Compré el pedido habitual, le di conversación unos minutos más y enfilé el camino de vuelta refunfuñando por lo bajini porque el pelirrojo de las narices me había vuelto a tocar los ovarios.

Cuando llegué a casa ya estaba Clara levantada haciendo el café y me sonrió cuando me vio llegar de la panadería, pero yo no estaba con ánimos de preguntar qué le había pasado al panadero y dónde se había metido, así que simplemente la ayudé a preparar el desayuno en silencio.

Tomás y Omar no me habían dado tantos besos en la vida, los encontré hasta más grandes, cosa estúpida, porque tan solo hacía un mes que no los veía. Mi misión durante los siguientes minutos no fue otra que enseñarles a separar, dividir y ocultar el alijo de gominolas que les había traído, y por el que me llevé otra buena ración de achuchones. Los dejé felices con su nuevo juguete, la cartera repleta de monedas y todos los rincones de su habitación llenos de azúcar.

En unos días era mi cumpleaños y mi padre había decidido organizar algo sencillo en casa, con la familia, Mayra y Pablo, que no tardaron en llegar un poco antes de que diera el mediodía.

Ya había visto a Pablo alguna vez en el museo, pero mi amiga nunca me lo había presentado y no habíamos pasado del hola y adiós. No me extrañó ver que se mostraba tímido y hasta asustadizo, tras pasar a los saludos. Estaba nervioso. Lo sabía. Mayra le había contado que nosotros éramos como su propia familia y aquello se había convertido en una presentación formal en toda regla.

Tras algunos sorbos a una copa de vino, la conversación se volvió más natural y distendida y poco a poco se fue relajando, mientras disfrutábamos de la compañía sentados en la terraza de mi casa.

Pablo era un chico tímido y simpático. Alto y delgado y aunque no resultaba especialmente atractivo, tenía una sonrisa bonita, que hacía brillar toda su cara. Pero lo que más me gustaba de él era cómo miraba a mi amiga. Se notaba que estaba loco por ella, tanto como mi amiga por él.

Tras un almuerzo, charlando tranquilamente, no faltó el cumpleaños

feliz, con una de mis tartas favoritas, pastel de fresas y nata, que mi padre había encargado en la panadería de don Alberto y es que, gracias al cielo, mi padre no estaba tan loco como para prohibir las tartas en ocasiones especiales.

Mis hermanos, ilusionados y felices, me hicieron desempaquetar unos preciosos pendientes que me habían comprado con su dinero y la ayuda de Clara. Me los comí a besos, cómo no y seguí abriendo regalos de mi familia y amigos. Brindamos con mi segunda copa de vino por mis treinta años y fue el preludio de una tarde fantástica llena de risas.

—¡Ah! Se me olvidaba —dijo mi padre y desapareció, volviendo a los cinco minutos con una caja pequeña empaquetada—. Esto me lo dio Mario para ti hace unos días —murmuró para que no lo oyeran mis hermanos, lo cual agradecí, pues no tenía ganas de que empezaran a cantar esa cancioncilla suya que hablaba de bodas y besos. Por supuesto, Mayra ya me daba codazos a lo bestia para que abriera el regalo.

—¡Ábrelo! ¡Ábrelo de una vez! Venga, ábrelo —insistió, como si no me hubiera dado cuenta de qué era lo que quería. Resoplé, poniendo los ojos en blanco. Prefería reservarme el momento de desenvolverlo un poco más tarde, cuando me quedase sola, pero no me iba a dejar ni de broma.

El papel era bonito y me temblaron las manos al soltar el lazo que decoraba la caja. Me quedé sin respiración cuando abrí el contenido y vi un colgante de plata con una bola de cristal que guardaba dentro un diente de león diminuto. Por algún motivo, aunque me encantaba el regalo, me había hecho sentir tremendamente mal. Un nudo en el estómago, náuseas quizás. ¿Me habría sentado mal el pastel? No podía ser bueno haberme zampado dos trozos cuando no solía tomar azúcar.

Mayra miró el colgante y luego mi cara y agradecí que se guardara para sí todas las bromas que podía haber hecho. Simplemente me lo quitó de

las manos y me ayudó a ponérmelo.

Aunque todavía estaba molesta por no haber recibido ningún tipo de respuesta de Mario, le escribí un wasap para agradecerle el detalle:

ARINEGUA 

«Gracias por tu regalo, es precioso».

Guardé el aparato, dispuesta a no estar pendiente a él todo el día. Ya me respondería si le apetecía hacerlo y no quería darle demasiadas vueltas, pero en un momento que nos quedamos a solas me atreví a preguntarle a mi amiga:

—Mayra, ¿tú crees que este es un regalo normal de un chico con el que me he revolcado un par de veces? —Le daba vueltas y vueltas y me estaba mareando ya.

—¿Te has acostado con Mario? La madre que te parió, ¿y cuándo pensabas contármelo? —protestó con los ojos como platos.

—No exactamente... pero bueno, la respuesta es nunca —me llevé un sopapo, vale, me lo estaba mereciendo.

—Pero ¡qué clase de amiga eres tú! —Se cruzó de brazos con un puchero.

—Venga, no te enfades que es mi cumple —me abracé a ella—. Es que estoy muy descolocada con Mario, porque no entiendo nada de lo que hace—. Pablo volvió junto a Mayra y se acabó el tema de conversación, no tenía confianza con aquel chico para contar mis intimidades delante de él. Ya tendría ocasión de pensar en ello más tarde.

Por alguna extraña razón, al día siguiente me dio prisa por volver a Corralejo, tenía pasaje de vuelta para la noche, pero cambié el vuelo al mediodía, con la excusa de llegar pronto a casa y poder empezar a bosquejar el taller que impartiría la semana siguiente. Mi idea era poder tener ideas originales que enseñarle a Gustavo cuando volviéramos a la oficina el lunes

antes de que él me diera las suyas propias. Podríamos reestructurarlo juntos o buscar la forma de mejorarlo.

Así que, ilusionada fui garabateando algunas ideas clave durante el trayecto en avión, intentando deshacerme de una sensación agrídulce que se me había quedado el fin de semana, lo había pasado bien, sí, pero me fastidiaba no haber visto a Mario y que no me respondiera a mis mensajes y me incomodaba aún más reconocerlo.

—Pelirrojo de las narices —murmuré y la señora que se sentaba a mi lado me miró de reojo, pero no le hice el menor caso, seguí a lo mío.

El vuelo transcurrió tranquilo y llegamos puntuales. No había querido molestar a Sabrina, que a esa hora de un domingo solía dormir a pierna suelta la siesta, y me decidí a volver a casa en transporte público. Tendría que empezar a plantearme seriamente la idea de comprarme un coche con el que evitar esos desplazamientos interminables sin tener que depender de nadie. Dormité buena parte del trayecto y, para cuando llegué a casa, podía oír el sonido del televisor desde la entrada al portal del piso.

Mi amiga se estaba quedando sorda, no era normal que pudiera distinguir las míticas frases de Stars Wars desde el primer escalón del edificio. Menos mal que era pequeño y tenía pocas viviendas, no parecía haber nadie por allí a esas horas, porque estaban todas las luces apagadas y las ventanas cerradas.

Entré en casa de forma silenciosa, con la intención de darle un susto a mi amiga, que conociéndola como la conocía, seguro que aún dormía, así estuviera retumbando toda la casa con el sonido del televisor. Cuando pasé al salón me quedé petrificada.

Gustavo estaba completamente desnudo frente a mí, en nuestro sofá, mientras Sabrina, en ropa interior y de rodillas en el suelo, se dedicaba a devorarlo. Le acariciaba el pelo a mi amiga y movía las caderas. Con lo que

alcanzaba a ver desde donde estaba, solo podía estar completamente segura de que, si se follaba a mi amiga, la iba a destrozar viva.

Gustavo me miró con una sonrisa lasciva, levantando una ceja. Estaba bueno, el muy capullo. Piel morena, apenas se distinguía un pequeño camino de vello en su pecho y tenía músculos marcados por todas partes, sus abdominales parecían una tableta de chocolate. La imagen era bestial.

—No pares, pequeña —susurró, y pensé que me corría allí mismo sin siquiera tocarme.

«¡Queréis moveros!» grité interiormente a mis piernas, pero estaba clavada allí, observando cómo mi amiga era capaz de meterse la polla de Gustavo hasta lo más profundo de la garganta.

La imagen era tremendamente *sexy*, mi amiga estaba preciosa, llevaba un juego de lencería en color vino que debía haberle costado un riñón y su melena larga acariciaba su espalda con cada movimiento, Sabrina tenía cuerpazo, había que admitirlo. Los dedos de Gustavo se entrelazaban con su cabello, empujándola con suavidad para que se la metiera más adentro.

Me di cuenta de que estaba allí parada, con la boca entreabierta, se me habían erizado los pezones y estaba completamente húmeda. «La madre que los parió, ¿no podían usar el dormitorio como todo el mundo?». Gustavo se mordía el labio y me hizo un gesto para que esperase un momento. Se me abrieron los ojos como platos, yo no quería quedarme allí, evidentemente, pero no conseguía que mi cuerpo reaccionara y no quería que mi amiga notase que había entrado y les había cortado el rollo por completo.

Gustavo comenzó a mover las caderas con más energía, follándose la boca de mi amiga, cerró los ojos un instante.

—Me voy a correr, Sabrina —murmuró.

Tenía ganas de taparme los ojos, juro que sí, pero me quedé allí quieta, aguantando la respiración mientras observaba la forma en que Sabrina se

bebía su orgasmo y yo solo deseaba que la tierra me tragase y me escupiera en cualquier otro sitio.

Salí de allí en silencio, dejándolos solos. Intentaba recuperar el aliento y que se calmaran mis latidos, y, sobre todo, quería que dejase de contraerse mi desvergonzado sexo, que empapado clamaba un poco de atención.

Según apoyé el pie en el primer escalón comenzó a sonar la melodía de mi móvil. «Mierda, si me llega a sonar ahí dentro me da algo» pensé mientras lo buscaba en mi bolso.

En la pantalla aparecía el nombre de Mario. «Dios, lo que faltaba».

—Hola —murmuré.

—Hola, ¿qué te pasa? ¿Por qué susurras? —me preguntó al otro lado, muy serio. Nunca había hablado con él por teléfono, pero su voz tan dura no contribuía en nada a que mi cuerpo recobrase la calma.

—Me acaba de pasar una cosa de lo más surrealista. Estoy intentando asimilarlo —solté sin pensar.

—Bueno, chica, ya lo superarás, todo se supera en esta vida —contestó muy borde. «¿Y a este qué mosca le ha picado ahora?»

Aparté el teléfono de la cara para volver a leer el nombre de la persona que llamaba. Sí, era Mario, ese borde e insolente que me acababa de cortar el rollo.

—¿Y a ti qué narices te pasa? —pregunté, mosqueada.

—Que no sé qué demonios quieres de mí —respondió tajante y parecía enfadado, me estaba perdiendo algo, sin duda.

—Eeh... Mario, oye, creo que te has equivocado de persona. Soy Arinegua.

—A ver si me lo explicas. Pasamos un fin de semana de la hostia. Pensé que te había quedado claro que no soy el tipo de hombre que creías: sexo de un día y si te he visto no me acuerdo. Te dije que me gustabas —«¿Lo

dijo? ¿Cuándo? No me enteré», cavilé sin poder rechistar— y sinceramente, pensaba que yo a ti también. De pronto, te largas sin despedirte, me entero por tu padre al día siguiente de que te has vuelto a Fuerteventura y no solo no me dices ni ahí te pudras, sino que no me has llamado ni una sola vez en tres semanas y de pronto, como si estuvieras aburrída y no tuvieras nada mejor que hacer, me mandas un wasap de madrugada para decirme «hola».

—Eeh... esto... ¿No me despedí? —Intenté hacer memoria—. No, no me despedí —recapacité en alto—. Perdona. No pensé que te fuera a molestar tanto.

—Anda y vete a freír morcillas. —¿Me había dicho eso Mario? ¿El pelirrojo simpático y guasón que me había devorado la última vez que nos vimos? Estaba alucinada, como mínimo.

—Jolín, qué carácter... vale, perdona, de verdad que no lo hice a las malas. Quería verte ayer, pero estaba don Alberto en la panadería. Además no sabía... yo qué sabía, cómo iba a saber... —Me quedé cortada porque era incapaz de pronunciar que no sabía que salíamos juntos y le debía más atención de la que le di.

—¿Para qué? —Me interrumpió al comprobar que era incapaz de decir nada coherente—. Te la das de niña buena, de dura, de que no quieres que jueguen contigo y luego la que va por ahí pisoteando a la gente eres tú. —No sé por qué me dolía tanto que se lo tomara así de mal, y por qué, simplemente, no le colgaba el teléfono. Inexplicable.

—Mario, que no... que esto es un malentendido. Y si piensas tan mal de mí... ¿por qué me has hecho un regalo de cumpleaños? —pregunté con curiosidad, intentando desviar la atención a otro tema.

—Tengo que colgar.

—Mario... Mario, no te enfades, que aquí la antipática y la borde de los dos soy yo.

—Y que lo digas, ya hablaremos. Adiós —contestó, sin recular ni un ápice.

—Adiós —murmuré, pero ya me había colgado—. «¡Pelirrojo de las narices! Pero ¿qué demonios le pasa a este hombre?».

No entendía nada, pero al menos, se me había pasado la calentura. Fui hasta una cafetería cercana y me pedí un batido de frutas y un pastel de manzana y, libreta en mano, fui garabateando más ideas para el taller. No tenía tiempo de pensar en tonterías.

Mi móvil volvió a sonar una hora después y di un buen respingo, se me disparó el corazón pensando que podía ser Mario de nuevo y que me explicaría ese mosqueo monumental que tenía.

El nombre de Gustavo aparecía en mi pantalla y tuve que sonreír.

—Ya te vale —contesté.

—¿A mí? No he sido yo el que me he quedado mirando como dos amigos intimaban —respondió tras una carcajada.

—Intimaban, dice. La madre que te parió. A eso no se le llama intimar, se le puede definir como canibalismo. —Gustavo soltó otra carcajada que me contagió.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Haciendo tiempo en una cafetería, esperando poder volver a casa sin ver que nadie esté echando un polvo en el sofá donde duermo la siesta. — A Gustavo parecía hacerle todo mucha gracia y tenía el poder de contagiar su buen humor.

—Mándame la ubicación, voy para allá.

Unos minutos más tarde, aparecía por la puerta y antes de sentarse, le pidió al primer camarero que vio, dos cervezas que cogió en la barra. Vino hasta mí y me dio un beso en la mejilla antes de tenderme el botellín.

—Gracias —no dije mucho más, estaba sumida en los apuntes del

taller un poco por concentración y otro poco por vergüenza. Lo peor era que Gustavo sabía que estaba evitando mirarlo y podía notar su sonrisa socarrona incluso sin levantar la cabeza.

—Bueno, ¿qué tal la experiencia? —preguntó, regodeándose en mi pudor.

—¿Del taller? Bien, bien... aquí estoy tomando notas, pensaba mirarlo contigo en la oficina mañana, pensaba pedirte que le echaras un ojo a ver qué te parecía —contesté, levantando la cabeza por primera vez de la libreta.

—No te hagas la tonta —sonreía, y aquella mirada suya me estaba intimidando. Puto adonis.

—No sé qué contestarte, Gustavo, la verdad —me encogí de hombros y ya notaba el calor subir a mis mejillas sin remedio. Vergüenza él no tenía, parecía orgulloso de lo que acababa de pasar en mi casa—, eres un caradura y un salido —dije sin más.

—Tú fuiste la que te quedaste allí parada.

—Me gustó lo que vi —confesé, a ver si así se callaba la boca ya y me dejaba en paz—. ¿Podemos ponernos con esto? —pregunté, señalando mis apuntes.

—Va a ser que no —contestó, dándole un gran sorbo a la cerveza. Necesitaba hidratarse, claro, después del ejercicio físico era importante.

—¿Qué tal el fin de semana? Me comentó algo Sabrina de que ibas a celebrar tu cumple —asentí—. Por ti —dijo, levantando el botellín para brindar, imité su gesto y dimos un trago.

—Estuvo bien. Tranquilo. Con mi familia y poco más.

—¿Y tu novio imaginario? —bromeó y volví a poner los ojos en blanco—. ¿Te regaló ese colgante? —Miré hacia abajo, ni me acordaba y lo cierto era que con el mosqueo que tenía con Mario debería quitármelo y devolvérselo, pero es que me gustaba mucho. Ya se lo devolvería cuando me

cansara de llevarlo.

—Eres un pesado. No voy a acostarme contigo jamás en la vida. Punto. Se acabó —sentencié, tragando el resto de mi cerveza. Gustavo reía a carcajadas y lo di por imposible, le gustaba picarme, lo tenía claro.

Un camarero pasaba cerca y le pedí que trajera dos más, suponía que mi compañero de trabajo no tenía ninguna intención de marcharse por el momento y que me iba a tomar el pelo un rato más, así que un poco más de alcohol no me vendría mal.

—Eso ya lo veremos... —dijo al rato, cuando ya había vaciado buena parte del nuevo botellín que acababan de traernos.

«Si me tiro a este hombre me destroza y no me refiero al corazón», pensé para mis adentros, soltando una carcajada que no le expliqué. Ya tenía el ego bastante bien posicionado, no necesitaba que yo se lo subiera más.

Quitarme la imagen de Sabrina devorando a Gustavo me costó bastante esa noche. Llegué a casa calentita, porque aunque tenía claro que no me acostaría jamás con ese egocéntrico y chulesco hombre que tenía por compañero de trabajo, también debía admitir que físicamente era muy atractivo y que tenía una buena, gigante, enorme... polla que hacía que me picara la curiosidad de cómo sería follar con un tipo así. El alcohol tampoco era buen aliado y las cinco cervezas que nos tomamos juntos habían hecho estragos.

El caso, es que estaba en mi dormitorio, sola y caliente. Tenía tanto calor que me había desnudado para meterme en la cama y el roce del edredón en mis pezones no me estaba ayudando en nada. No podía dormirme con el calentón que llevaba encima y mi amiga roncaba hacía horas, bien desahogada y relajadita la mujer.

Pasé las yemas de los dedos por mis pezones para comprobar cuán duros estaban y un latigazo de placer recorrió mi sexo, que notaba húmedo y

caliente. Pellizqué con mayor presión y nuevamente tuve la misma sensación placentera.

—A tomar por saco —murmuré, y me destapé llevando la mano a mi entrepierna, con movimientos circulares alrededor de mi clítoris dejé salir todo el calor que llevaba dentro, introduje dos dedos entre mis labios y penetré lo más adentro que pude, apreciando lo caliente y mojada que estaba.

Gemía con suavidad, notando todo mi cuerpo contraerse alrededor de mis dedos.

Se me había olvidado poner el móvil en silencio y empezaron a llegarme wasaps, al principio los ignoré, pero eran tan persistentes que ya se me había cortado el rollo. Resoplé fastidiada, frustrada por no poder correrme de una vez y liberar toda la tensión que tenía acumulada.

Desbloquéé el aparato. Era Gustavo.

GUSTAVO 

«Deja de toquetearte, guarrilla».

Leí. «Pero qué sabrá este» lo maldije en silencio.

GUSTAVO 

«O mejor, déjame ver cómo lo haces».

GUSTAVO 

«Cuando dices que jamás te acostarás conmigo está incluido el ver cómo te masturbas para mí».

GUSTAVO 

«Porque ahora mismo daría lo que fuera por ver cómo lo haces».

«La madre que lo parió, me cago en todo», maldije. Puse el móvil en silencio y seguí a lo que estaba. No tardé más de dos minutos en notar cómo mi cuerpo se estremecía de arriba abajo, mi clítoris palpitaba y mi sexo se contraía hasta dejar escapar mi corrida, que resbaló entre mis dedos, notando de forma inmediata un alivio espectacular.

Fui directa a lavarme y me enfundé el pijama antes de meterme en la

cama.

ARINEGUA 

«Eres un salido. Vete a dormir. Hasta mañana».

Me respondió con un guiño dos segundos después.

Sin pensarlo demasiado fui hasta el número de Mario y le escribí.

ARINEGUA 

«¿Sigues enfadado? Lo siento... te aseguro que no lo hice con mala intención».

Pero Mario no me contestó ni esa noche, ni ninguna otra de las siguientes semanas. Así que preferí pasar del tema y no seguir lamiéndole el trasero al pelirrojo de las narices, no me iba a molestar un minuto más en disculparme, no tenía sentido.

## **Capítulo 17: Te presento a mi novio imaginario**

El comienzo del nuevo proyecto llenó de estrés las siguientes semanas. Las horas se me pasaban volando, controlarlo todo aún se me hacía complicado y me apoyaba mucho en Gustavo, juntos hacíamos un gran equipo y con el paso de los días, cada vez nos hacíamos más amigos.

Uno de los primeros talleres que daban el pistoletazo de salida al proyecto era el que yo impartía al primer grupo de usuarios. Gustavo me ayudó a dejarlo perfecto y fue muy enriquecedor para mí que no tenía mucha experiencia en ese campo. Los nervios se intensificaron y la sensación de adrenalina a tope, hicieron que los primeros cinco minutos frente a los beneficiarios del proyecto me temblaran las piernas sin control. Pero los chicos estaban tan involucrados y con tantas ganas de hacer algo diferente, que pronto se me pasaron los nervios, me solté y procuré dar todo lo mejor de mí. Se palpaba la ilusión; era algo nuevo y motivador, en ambos sentidos, para ellos; que buscaban un nuevo objetivo y motivo para ser felices y para nosotros; que abríamos nuevos horizontes con este tipo de programas. Desde el primer día noté que era un buen grupo, participativo y alegre, con muchas ganas de vivir y aprender.

Poco a poco se iban sucediendo las demás jornadas. Gustavo y yo nos reuníamos con el personal antes, hacíamos la planificación y después de cada taller volvíamos a vernos con los informes, hablábamos sobre la evolución de los chicos y en qué cojeaban más o menos, con vistas a reforzarlo antes de que acabase el trabajo con ellos. Los grupos de usuarios eran varios, separados dependiendo de la discapacidad y cuáles fueran sus necesidades y grupos de edades.

Quedaba una semana justo antes del parón de Navidad. Los últimos días estaban dedicados a la mejora en la calidad de vida de las personas con discapacidad a través del deporte y teníamos cita con el personal que estaba a

cargo un viernes a las cinco de la tarde. Gustavo y yo tomábamos un café en mi despacho mientras leíamos el programa del taller. Cada día estaría dedicado a un deporte en concreto de los más votados entre los chicos. Iba a ser algo a rasgos muy generales, como una especie de juegos intensivos, que continuarían una semana más después de las fiestas navideñas y luego varias veces a la semana hasta mayo, que finalizaba el proyecto y se harían unas olimpiadas. El proyecto al completo me parecía innovador, enriquecedor y me sentía realmente orgullosa de poder participar en él.

Nos avisaron las compañeras de recepción de que ya habían llegado las dos personas que estaban citadas, con un retraso de quince minutos que no les iba a perdonar fácilmente. Gustavo estaba en modo halagador y no dejaba de tirarme sus puntas en la intimidad de mi despacho. Creo que me había convertido en un reto personal, que para él era divertido intentar que cayera en sus garras y era directamente proporcional a lo divertido que me parecía a mí rechazarlo, así que nos habíamos metido en un juego de coqueteo con el que lo pasábamos francamente bien. Siempre terminaba riendo a carcajadas con él, pues se le iba mucho la pinza y no tenía filtro. En un puesto tan serio y de tal envergadura como el nuestro, en el que trabajábamos con gente tan desfavorecida socialmente, que lo pasaba tan mal en su vida, que te tocaban mucho el corazón y la fibra sensible, estaba bien poder desconectar y tener momentos así de locura transitoria con los que soltar la tensión.

Fuimos hasta la sala de reuniones donde atenderíamos a los chicos, pues allí teníamos proyector y la mesa redonda, en donde era más cómodo trabajar en equipo.

Se me cayó el mundo al suelo cuando terminando de preparar el equipo para la presentación que íbamos a poner, vi a Mario con cara de pocos amigos entrar a la sala de reuniones. Iba acompañado por una chica jovencita y muy *hippie*, tendría unos veintitrés o veinticuatro años, rastas, *pearcing* en la nariz

y en la ceja izquierda... era linda y con una sonrisa preciosa. Fue ella la que tomó las riendas de la conversación.

—Hola, soy Samanta y él es Mario. Nos ha dicho Bego, la recepcionista, que pasáramos.

—Mario... Hola —saludé tímidamente. Luego recordé que yo era la jefa del proyecto y que al menos, de momento, tenía que guardar las formas porque de pronto Gustavo y Samanta me miraban extrañados por mi expresión —. Hola Samanta, encantada. Pasad. Sentaos.

—No sé si te han comentado un poco cómo trabajamos nosotros. Soy Licenciada en Educación Especial y Mario es Licenciado en Educación Física, especializado en Neuromotricidad. Llevamos mucho tiempo esforzándonos para sacar adelante, con otros compañeros, este programa de apoyo a la diversidad a través del deporte. Hace unas semanas hemos terminado el Máster que pedían en Recursos Humanos para poder aprobarnos el plan. Como te decía, nos hemos unido compañeros de diferentes ramas, todos especializados en personas con discapacidad, tanto física como sensorial y nuestra última meta es la mejora en la calidad de vida de las personas. Ahora, si queréis, podemos ver la programación de esta semana.

Asentí, agradecía que la que estuviera hablando fuera Samanta. Mario estaba serio y callado a su lado y se levantó para acercarse al portátil y poner el *pen drive*. Odiaba que mi cuerpo no fuera capaz de controlar el cosquilleo al observarlo; estaba muy guapo, le notaba los músculos algo más marcados o quizás era por la ropa que llevaba tan ajustada, tragué con fuerza y Gustavo lo notó, levantando las cejas sorprendido por mi reacción ante aquel chico supuestamente desconocido.

Esta vez comenzó a explicar Mario, ya habían ido adelantando trabajo, formando grupos con las personas que participaban en el proyecto, con las cuales ya se habían entrevistado hacía unos días. Hablaba serio y explicaba

las actividades físicas que harían y cómo podía eso beneficiar a los chicos. No era capaz de prestarle demasiada atención, mi mente divagaba en esa voz sería exigiéndome que abriese la boca para castigar mi lengua viperina con «dureza». Gustavo carraspeó y me di cuenta de que estaba haciendo el ridículo, con la boca entreabierta y las mejillas encendidas. Me recompuse e intenté prestar atención a la información que nos daba Mario, era interesante, sin duda, pero necesitaba que acabara de una vez de hablar porque aquella situación era realmente incómoda. Además, Gustavo, que ya parecía conocerme demasiado bien para mi gusto, estaba extrañado, sabía que allí pasaba algo raro, aunque lo disimuló.

Estuvieron como una hora enseñándonos todo el *planning* y se despidieron antes de irse. Mario le dio la mano a Gustavo y Samanta le dio dos besos, tras lo cual Gustavo la entretuvo conversando sobre algo que no atinaba a oír, como si supiera que Mario se iba a acercar a mí, como hizo, a pesar de haber actuado durante todo el tiempo como si no me conociese de nada. Se acercó a darme dos besos, que podrían resultar fríos e inocentes, salvo por su mano, que fue directamente a mi cintura y se quedó allí rezagada, sujetándome con firmeza unos segundos, los suficientes para que me diera tiempo de mirarlo a los ojos. Me mantuvo la mirada pero no sabía qué decirle, se acercó mucho, demasiado, sin decir una sola palabra, hasta que se aproximó su compañera para despedirse de mí y se apartó bruscamente como si mi contacto le quemase. Cada vez entendía menos a aquel hombre, pero tampoco pensaba preocuparme en darle más vueltas al asunto, estaba demasiado ocupada intentando recuperar el aliento.

—¿Qué ha pasado aquí? —me preguntó Gustavo, cuando ya era evidente que los dos chicos se habían ido. Yo andaba enredada con el portátil, desconectando todo y apagándolo, así que ni lo miré.

—No sé de qué me hablas.

—No soy estúpido, aunque a veces te lo haga creer —me reprochó muy serio.

—Gustavo, te presento a mi novio imaginario... —dije resignada, señalando la puerta por donde acababa de salir Mario—. Novio imaginario, Gustavo.

—¡Hostias! ¿En serio? ¿Ese es Mario, tu novio imaginario? —asentí, encogiéndome de hombros.

—Hasta donde yo creía, en realidad, nunca hemos salido juntos, pero sí, ese es el famoso Mario —expliqué escuetamente.

—¿Y qué hace aquí? —me preguntó flipando.

—Pues imagino que la pregunta no es qué hace él aquí, sino qué hago yo aquí. Acabo de encajar todas las piezas del puzle —recapacité.

—No entiendo una mierda lo que me estás diciendo, Arinegua. ¿Estás drogada? —me preguntó cruzando los brazos y yo reí.

—A ver, me enteré de este puesto por mi padre y también sabía que Mario estaba haciendo un Máster por un trabajo que le habían prometido en la empresa de un familiar. A su vez Mario es sobrino-nieto de doña Fefina, una entrometida de mucho cuidado que vive en el pueblo. Y mi padre se enrolla como las persianas...

—Arinegua, no te entiendo, de verdad. Cero. Nada.

—Que creo que mi padre conocía al dueño de la empresa y por eso estoy aquí hoy y que Mario estuviera tan serio y no se sorprendiera un carajo me hace ver que estoy aquí por una confabulación entre mi padre y el familiar de Mario y seguramente él lo sabía desde el principio. Blanco y en botella —resolví.

—Menuda telenovela te has montado en la cabeza, ¿no? Porque hasta donde yo sé pasaste unas pruebas con la mejor nota de todos los candidatos —me encogí de hombros, segura de que algo se había amañado.

—Bueno, me importa un carajo. Me gusta mi trabajo y estoy segura de que dentro de mi poca experiencia lo estoy haciendo cojonudamente bien — solté, empezaba a sentirme enfadada.

—No lo dudes. Venga, vamos, te invito a una cerveza —resolvió, al ver que no me estaba sentando muy bien el reencuentro con Mario y todo lo demás.

Tampoco era la primera vez que mi padre metía las narices en mis asuntos, debía ser agradecida, lo sabía. Igual sin su ayuda nunca hubiera conseguido un puesto como este y estaba feliz, me gustaba y lo hacía bien, así que lo dejaría correr. Sin embargo, lo que menos me apetecía en ese momento, era aguantar las impertinencias y las salidas de tono de Gustavo, estaba cansada y quería irme a casa a dormir.

—Otro día, ¿vale?

Por una vez, no insistió. Me di prisa en recoger porque no quería tentar a la suerte.

## Capítulo 18: La mujer más estrecha del mundo

—Hola, perra, ¿qué haces? —Mayra, siempre tan cariñosa ella, acababa de llamarme por teléfono. Normalmente, tenía el aparato en silencio y no le prestaba atención cuando estaba trabajando, pero como tampoco quedaba casi nadie en la oficina no me parecía mal mantener una conversación personal.

—Hola, bonita, pues recogiendo ya en el trabajo, ahora mismo salgo —contesté, rascándome los ojos; me picaban de estar tanto tiempo delante del ordenador.

—Pero ¿qué dices? Si son casi las nueve de la noche de un viernes... Dios, no tienes vida —dramatizó.

—Lo dice la que hace turnos de noche en el museo —contesté riendo.

—Para *furrunguear* con mi churri, chica, que da mucho morbo.

—Eres una perra... —reí, mientras veía como se apagaba el equipo—, perra morbosa. ¿Y tú qué haces?

—Pues mira, resulta que tengo una amiga, mi mejor amiga, que me prometió visitarme de forma regular y que pasa de mí como de comer estiércol con palillos —solté una carcajada—, y me he venido a Fuerteventura a verla.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.

—Sí, pero tengo un problema, no sé dónde carajo encontrarte. Acabo de llegar a Corralejo. He alquilado un coche con un sistema de GPS que solo le falta ofrecerme café —reí con su explicación.

—Espera, te paso la ubicación y me recoges en la oficina si quieres.

—Venga, que me muero por verte.

Corté la llamada y le mandé la ubicación dando saltitos de alegría en mitad de mi despacho. Al minuto, recibí un wasap de Mayra.

MAYRA 

«En ocho minutos estoy por ahí».

Cerré las persianas y las ventanas rápidamente y corrí hasta la salida.

—Eh, antipática... buen fin de semana. —Gustavo apagaba las luces de su despacho también y cerraba la puerta pasando la llave.

—¿Aún estabas por aquí? No te había visto. Tengo prisa, que pases buen fin de semana —me despedí.

—¿Por qué? ¿Has quedado con tu novio imaginario? —bromeó.

—Vete un poco al carajo, guapo. Ha venido una amiga a Fuerteventura, de sorpresa, y me va a recoger ahora —le expliqué rápidamente, con la intención de que me dejara correr al encuentro de Mayra.

—¿No me la presentas? —Me pidió levantando las cejas, y puse los ojos en blanco. Dios, qué hombre, siempre pensando en lo mismo.

—Lo siento, pero Mayra no te la va a chupar, tiene novio. —expliqué rápidamente. ¿Sería posible que me dejara marcharme de una vez?

—De verdad, Arinegua, me ofendes —protestó riendo.

—Adiós —dije saliendo de la oficina sin perder más tiempo.

Gustavo me siguió escaleras abajo, ya sabía que no me iba a dejar en paz hasta que viera a mi amiga que pronto paró el coche, había sitio frente a la oficina y aparcó cuando me vio hablando con mi compañero de trabajo.

Se bajó rápidamente del vehículo y ya venía en mi dirección para abrazarme. La veía preciosa, más delgada incluso. Su pelo suelto caía en tirabuzones sobre su *biker* de piel roja, vaqueros ajustados y botas de tacón alto, cosa que me dejó boquiabierta, porque aquella no parecía ella, no parecía mi amiga *me-pongo-zapatos-de-abuela-para-que-no-me-duelan-los-pies-aunque-me-vea-el-chorvo-que-me-quiero-tirar*. Ella, que no estaba dispuesta a perdonar mi ausencia, me soltó una torta en el culo cuando dejé de abrazarla.

—No puedo creer que me tengas tan abandonada, apenas te he visto desde que empezaste a trabajar aquí —protestó— la que iba a ir cada fin de semana... no tendrá algo que ver —bajó el tono de voz para que solo pudiera

escucharla yo— ese adonis que mira hacia nosotras como si nos estuviera desnudando con la mirada.

—¡No! Por Dios, no sé cómo puedes creer que me gusta ese hombre, no es mi tipo para nada —protesté riendo.

—¿Eso es porque no es pelirrojo? —preguntó sonriendo.

—Jolín, ya te vale —me crucé de brazos—. No me digas que has venido hasta aquí para meterte conmigo. —Gustavo, cansado de esperar por nosotras, cruzó la calle en nuestra dirección—. Mi compañero es un peligro, ya te lo advierto —murmuré—, y no tiene filtro.

—Hola, preciosidad —saludó Gustavo al llegar a nosotras.

—Buenooo —murmuró mi amiga—. Hola, soy Mayra —Gustavo se acercó plantándole dos besos.

—¿Ya te ha informado Arinegua de cuál es el plan? —preguntó mi compañero y ambas miramos en su dirección, ya sabía que iba a soltar una perlita de las suyas.

—A ver, sorpréndeme —respondió mi amiga levantando una ceja.

—Vamos a mi piso, velitas, champagne, fresas y lo que surja —insinuó Gustavo, y yo puse los ojos en blanco cruzándome de brazos.

—Si me cambias las velas por luz de bombillo, el champagne por cerveza y las fresas por un par de pizzas barbacoa. ¡Hecho! —Mayra fue rápida.

—Trato hecho —rio Gustavo y se dieron la mano.

Así que esa noche, terminamos en casa de Gustavo; cerveza va y cerveza viene, pizzas y risas, muchas risas. Gustavo era el ser más descarado que había conocido en la vida, pero también era consciente de que era divertido, simpático y halagador. Al parecer a Mayra le caía tan bien como a mí.

Sobre la medianoche, Gustavo me avisó de que la pantalla de mi móvil

estaba encendida, y vibraba sin parar en la mesilla del salón. Me extrañó ver que Sabrina me estaba telefoneando a esas horas y descolgué preocupada.

—¿Dónde andas? ¿Te has ido de fiesta sin mí? Me aburro mucho. Soy yo, tu amiga, la treintañera solterona —exageró.

—Yo también tengo treinta y también estoy soltera, so petarda. Podías haber llamado a tu amigo Raymond —bromeé.

—Creo que me tiene miedo —resolvió—. ¿Qué haces?

—Estoy en casa de Gustavo —lo dije así, sin más explicaciones, para chincharla.

—¡Bien! Por fin te has decidido, pues te dejo, hale bonita... disfruta del polvo —estallé en carcajadas, mi amiga no tenía remedio.

—¿Desde cuándo tienes tú esa mente tan liberal? —le pregunté.

—¡Ya te lo ha contado el muy cerdo! —me eché a reír, aunque noté un tono extraño en su voz, no parecía muy sorprendida—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Pues en realidad no ha abierto la boca. Pero bah... vente, seguro que a Gustavo no le molesta —contesté.

—Oye, pues no sé si me va mucho ese rollo de los tríos y tal, que no está mal la idea. Ya sabes que soy muy liberal, pero jolín, vivimos juntas y somos muy amigas e igual no es plan. No sé si te podría mirar a la cara después de comerte el coño.

—¡Joder, Sabrina! No me pienso acostar contigo —me reí a carcajadas, el alcohol de las cervezas ya hacía estragos—. Vente de una vez.

—Bueno... vale.

Así que, quince minutos después, apareció Sabrina y Gustavo estaba feliz, en su salsa, con tantas mujeres a las que piropear y lanzar dardos sexuales de lo más venenosos.

A alguna hora incierta de la madrugada, Mayra y yo bostezábamos más

que hablábamos. Sabrina estaba de lo más dicharachera y Gustavo, en silencio, la escuchaba sin parar de mirarle los labios y el escote. Gustavo nos ofreció sus sofás para dormir y agarró de la mano a Sabrina susurrándole algo al oído. Mi amiga se mordió el labio inferior y aparté la mirada.

—Ve entrando —le pidió Gustavo a Sabrina— enseguida voy.

Sabrina obedeció y Gustavo trasteó en unos cajones del salón de dónde sacó mantas que nos tendió a Mayra y a mí.

—Buenas noches, chicas —se acercó hacia mí y me susurró—. ¿Te apetece mirar?

—Joder, Gustavo vete a la mierda, déjame dormir —protesté, notando el calor agolpándose en mis mejillas.

—Voy a dejar la puerta entornada.

—Vete ya, petardo. —Gustavo rio y me dio un beso en la frente antes de apagar la luz y perderse pasillo a través.

—Eso me lo vas a tener que explicar —exigió Mayra—, pero ahora no, que se me cierran solos los ojos.

Le respondí con un quejido y me di la vuelta en el sofá quedándome dormida en el acto.

Nunca había llevado muy bien las resacas, pero siempre resultaba mejor hacerle frente en mi propia casa que en el sofá de casa de un amigo muy salido, que no sabías si te podrías encontrar en pelotas o en diversas posturas sexuales en cualquier rincón de su casa. Me estaba reventando de ganas de hacer pis hacía rato y ya no aguantaba más, así que, molesta por la cantidad de luz que entraba en el salón, por los ronquidos exagerados de mi amiga y porque me dolía la vejiga de aguantarme las ganas e incómoda porque llevaba demasiadas horas con la misma ropa, me levanté y fui hasta el cuarto de baño intentando hacer el menor ruido posible.

Ví que, efectivamente, la puerta del dormitorio de Gustavo estaba

entreabierta y asomé la cabeza sin distinguir nada de movimiento. Cuando me desahogué en el cuarto de baño me dirigí hasta la cocina a ver si lograba dar con algo de café. Me llevé un susto cuando entré y estaba Gustavo allí, preparando la cafetera.

—Ostras, ¿ya te has levantado? —pregunté en voz baja.

—Hum... —respondió—. ¿Café?

—Por favor...

Me senté en una silla, junto a una pequeña mesa en un rincón de la cocina, mientras veía a Gustavo moverse descalzo y en *boxers*. Su erección mañanera estaba ahí, latente, e intentaba apartar la vista. Me revolví incómoda en la silla, porque mi cuerpo había reaccionado sin pedir permiso.

—De verdad, ¿eh? —murmuré—, no tienes filtro. —Se lo decía a mis partes íntimas evidentemente.

—¿Todavía te sorprendes? ¿Qué he hecho esta vez? —preguntó Gustavo, susurrando para no molestar a ninguna de las dormilonas.

—Nada, nada —contesté riendo por lo bajini—. Oye, menudos gemelos tienes, ¿no?

—Es que salgo a correr todos los días, o lo intento. El deporte me viene bien para mantener mi mágico carácter y mi estupendo cuerpo. —Puse los ojos en blanco.

—Eres un petardo, ¿lo sabías?

Gustavo se acercó hasta mí y me tendió una taza humeante de delicioso café amargo, agarré la taza con ambas manos para prendarme del calor que desprendía, pues tenía algo de frío. Me sorprendía ver a aquel hombre de esa guisa y sin un pelo erizado, pero pasaba de preguntarle nada, no tenía ganas de soportar sus bromas mañaneras sobre posibles maneras de entrar en calor.

—¿Dormiste bien? —me preguntó entre sorbo y sorbo.

—Sí, es cómodo tu sofá, bien pero poco. Necesito una ducha, mi

pijama calentito y mi cama doble —contesté.

—Yo tengo una cama de dos por dos y un cajón lleno de pijamas. Mi madre me los regala por Navidad y mi cumpleaños y yo no los he usado jamás, duermo así, básicamente —dijo señalando hacia abajo, sonreí.

—Pues suena tentador, pero no me parece buena idea entre las sábanas donde has estado follando con mi amiga durante toda la noche —rebatí.

—No he follado toda la noche —protestó—. Una hora a lo sumo —se carcajeó.

Mayra apareció por la puerta de la cocina un minuto más tarde.

—Buenos días, chicos, joder, Gustavo, por Dios... ¿tienes que ir en pelotas? —protestó mi amiga.

—No estoy en pelotas, chica, este es mi pijama. ¿No te gusta? —sonrió y Mayra no le contestó. Fue directa a la cafetera y rebuscó entre los muebles hasta dar con una taza y se sentó con nosotros.

—¿Estás empalmado? ¿En serio? —preguntó Mayra y me miró espantada—. ¿Qué haces a solas en la cocina con un tío en pelotas que está empalmado mientras tomas café tranquilamente?

Me encogí de hombros y reí a carcajadas, Gustavo sonrió y Mayra volvió a levantarse, dejando la taza con el café en la mesa, rebuscando por los muebles de la cocina.

—¿Qué buscas? ¿Te ayudo? —le preguntó mi compañero.

—Tengo hambre —se quejó—. ¿Ves? Esto con el pelirrojo no pasaba, con él siempre había pan.

—Mayra —dijo Gustavo muy serio—, es de muy mal gusto que mentes al novio imaginario de Arinegua mientras estoy aquí intentando llevármela a la cama.

Mayra rio y a mí no me hacía maldita gracia que se mofaran de mí haciendo mención a Mario.

—Suerte con eso... Gustavo, te presento a la mujer más estrecha del mundo. Mujer más estrecha del mundo... este es Gustavo, alias salido —recitó Mayra, al final siempre terminaba alcanzando yo, no sabía por qué.

—Oye, que yo no soy la mujer más estrecha del mundo —protesté cruzándome de brazos.

—Me estoy empezando a plantear que es virgen —Mayra y sus bromas, seguí bebiendo mi café y pasé de ella.

—Yo puedo solucionar eso, aquí y ahora... —respondió Gustavo.

—Qué pereza, por Dios —resoplé y nos echamos a reír los tres.

Media hora más tarde, Sabrina seguía durmiendo en la cama de Gustavo y Mayra y yo decidimos irnos a mi casa, donde una ducha, un desayuno decente y ropa cómoda serían los ingredientes esenciales para pasar un sábado perfecto.

Sabrina se despertó un par de horas más tarde en la cama de Gustavo. Le encantaba lo que ese hombre le hacía y, básicamente, se había acostado con él otra vez porque no tenía otra persona a mano que la dejara tan satisfecha, de forma tan eficiente y con la que se llevara tan bien. Lo de ligar lo tenía oxidado, ya os lo he dicho y a mi amigo debió caerle en gracia ella, porque por lo poco que sabía de él, cuando se lo ponías demasiado fácil perdía el interés.

La cuestión es que, Gustavo y Sabrina, se llevaban bien. La noche que Gustavo se quedó a dormir en nuestro piso Sabrina le puso al día de todo lo que le había pasado con Salva, confesándole que estaba exasperada porque era la única persona del universo capaz de manejarla a su antojo y eso le cabreaba de mala manera. También le contó lo de Raymond, muerta de la risa, de sí misma, porque casi tenía la sensación de haber obligado al chico a lo que pasó en su casa. Al menos habían vuelto a hablar de forma normal, cosa

que a ella le tranquilizaba, porque le caía bien, era un buen chico. Le contó que había perdido la práctica, bueno, más que perder, nunca le había hecho falta ligar, porque llevaba toda la vida con el mismo chico y que ahora tenía necesidades que cubrir y que era demasiado exigente. Supongo que esa fue la palabra que empujó a Gustavo a arrastrarla hasta la cama, para él era como el típico: «¿A qué no te atreves, gallina?».

Sabrina, no quería complicarse la vida por un simple polvo y Gustavo menos, así que, visto lo visto, que ambos tenían necesidades y que estaban dispuestas a satisfacerlas, pasaron una noche divertida y una mañana más divertida aún, cuando Mayra y yo nos marchamos a mi piso. El tema de conversación favorito de esos dos era... redoble de tambores... no os lo imagináis: «yo». Pues anda que no había temas interesantes en el mundo para hablar y se pegaban media vida hablando de mí, quizás porque era el nexo de unión entre ambos. Así que se divertían, hablaban, follaban y hasta luego... pues en parte envidiaba a mi amiga, porque yo no era capaz de hacer eso. Había tenido algunas relaciones a lo largo de mi vida, me había acostado con varios chicos, pero de todos me había enamorado como una idiota, ninguno me lo hizo pasar tan mal como Óscar y después de él, me prometí a mí misma que no iba a volver a sentirme así por nadie jamás en la vida. Yo era una persona completa, no necesitaba a nadie para ser feliz y la persona que estuviera conmigo tendría que complementarme, respetarme y adorarme y si no, le mandarí a la mierda.

Pero Sabrina, a pesar de haber estado toda la vida con Salva, tenía un carácter muy diferente, quizás precisamente por eso. Hasta donde yo sabía, Gustavo era el tercer hombre con el que se acostaba, aunque lo de Raymond había sido desastroso y no sabía si ella lo contaba como casquete.

En definitiva, que después de aquella noche me repitió como un trillón de veces que entre ellos dos no había nada, que no me hiciera una idea

equivocaba, que Gustavo era simpático y que follaba de vicio, pero que no pretendía llegar más allá con él, y me lo explicaba tan concienzudamente, como si a mí me importase, porque estaba empeñada en que lo que me hacía falta a mí era un polvo con un tipo como Gustavo, o con él, a poder ser, porque encima era mi amigo y no me cortaría tanto para entrarle.

Tuve que explicarle detenidamente que tenía las mismas ganas de acostarme con Gustavo que la noche que nos lo encontramos de fiesta: cero. Que nos habíamos hecho muy amigos, que me lo pasaba de miedo con él, pero que me moriría de la vergüenza si me acostaba con él, básicamente, porque lo tendría que ver cada día en el trabajo y a saber dónde se iba mi cabeza después. No, este tipo de cosas cuanto más separadas, mejor.

## Capítulo 19: ¿Dónde están las llaves, matarile rile rile?

Aunque la Navidad no era una época que me ilusionase así de buenas a primeras, vivirla a través de mis hermanos sí que me encantaba. Decorar el árbol, hacer un montón de fotos, mirar un millón de veces los catálogos de juguetes. Las comidas familiares, las luces, las canciones... todo a través de esos ojitos se vivía de otra manera.

Por eso hice un esfuerzo, porque Tomás y Omar se negaban a poner el árbol hasta que lo hiciera con ellos, así que una tarde de unos días antes de Nochebuena, volví a casa, para consentir a mis hermanos, aunque tuviera que volver apenas tres días después para celebrar Navidad.

Por tradición familiar, impuesta por Clara, el día que montábamos el árbol en mi casa se comían churros con chocolate para merendar. Clara le había prohibido a mi padre protestar por ello, era innegociable, así que disfrutamos de todo el proceso, aunque no tuviéramos mucho tiempo.

Mayra y Pablo también vinieron. Me encantaba ver a ese chico timidillo, que se ruborizaba con poco, desvivirse por mi amiga, colmándola de atenciones y mimos. A Mayra le había costado un año decidirse a lanzarse a por él, pero había merecido la pena; era un buen chico, hacían una pareja increíble y se notaba lo felices que eran.

—Papá, ¿te costó mucho que me cogieran para este trabajo? —le pregunté a mi padre cuando ya íbamos camino al aeropuerto.

Ya sabía que mi padre por naturaleza era así, entrometido, con el único afán de ayudar a las personas. Era algo innato en él, le venía de serie, así que no me iba a enfadar, porque con las pocas veces que lo veía, tampoco me apetecía estar de morros.

—No. Lo cierto es que no —dijo mirando a la carretera—. No hice gran cosa, no te creas. Hablé por casualidad con el dueño de la empresa y me comentó que estaba ampliando negocio y que necesitaba gente, cuando me dijo

el puesto, supe que era para ti. Me advirtió que tendrías que pasar unas pruebas, como todo el mundo y eso fue tarea exclusivamente tuya, Arinegua, lo hiciste muy bien y hasta donde sé, están muy contentos con tu trabajo.

—Gracias, papá... —Le di un par de toques en la rodilla. No iba a darle un discurso, aunque pensaba que tendría que habérmelo dicho, pero no merecía la pena, él acarició mi mano.

Yo me callé eso y mi padre me hizo el favor de no preguntar por Mario, porque era evidente que sabía que trabajábamos para la misma empresa, al menos de momento.

A la mañana siguiente, me costó la vida levantarme, no sabía por qué era tan agotador viajar en avión, si tampoco es que tuviera que hacer un esfuerzo muy grande, pero me quedaba molida.

Tenía lío en la oficina y no podía remolonear en la cama, así que, tras un rápido e imprescindible café, fui camino a la parada del bus. Según entré por la puerta de la oficina, recibí una llamada de Rocío.

—Arinegua, buenos días, no has confirmado tu asistencia a la cena de Navidad de este viernes y necesito que estés presente, pues va a venir gente importante y tú formas parte del equipo directivo. —Me habló secamente, como siempre hacía, desde que supo que Gustavo y yo éramos amigos, tampoco es que me importase demasiado.

—La verdad es que no pensaba ir, Rocío. Tengo billete para volver a casa el viernes por la tarde, el domingo es Nochebuena y como es lógico, lo voy a pasar con mi familia en Gran Canaria.

—Pues lo siento, pero el equipo directivo debe asistir al evento — insistió.

—Vale, no te preocupes. Cambiaré el pasaje para el sábado y allí estaré. —De nada me servía discutir con ella y si era cierto que todo el equipo directivo debía estar presente, pues no me quedaba más remedio que ir, sin

poner excusas, que para eso ya me llevaba en la nómina un buen plus.

En parte no me desagradaba la idea, era una buena ocasión para acercarme más a mi equipo y como estaba segura de que Gustavo iba a estar allí, sabía que tenía diversión asegurada.

Sabrina, que estaba acostumbrada a asistir a eventos de este tipo que realizaban en el hotel donde trabaja su ex, me ayudó a elegir el atuendo elegante y adecuado para la cena y di gracias porque pude encontrar algo decente dos días antes. Un vestido verde drapeado con un hombro al aire que caía hasta los pies y resaltaba mis curvas. Como complemento, llevaba unos pendientes pequeños del mismo color del vestido.

Gustavo se dedicó, en cuerpo y alma, durante todo el trayecto, a inundarme con piropos que subían mi ego. Iba elegante también, corbata incluida. Estaba segura de que ese traje que llevaba podía costar más que todo mi vestidor al completo. Puto cuerpazo con patas. Estaba para comérselo y no dejar ni las migas.

Me desilusionó comprobar que las mesas estaban numeradas y asignadas y que el equipo directivo debía sentarse junto, como si a las altas esferas les diera urticaria pasar una velada de cena y copas con los empleados a nuestro cargo. A mí me apetecía más estar con los chicos jóvenes que trabajaban para mí en el área, que con toda esa panda de amargados que formaban el equipo directivo. La mitad eran mujeres, como Rocío, y llegué a pensar que su problema radicaba en la falta de sexo y amor propio. Estaba por suplicarle a Gustavo que se acostase con ellas. Reí al pensarlo y disimulé.

—Joder —murmuró Gustavo a mi oído dándome codazos—. Mira, Arinegua, tu novio imaginario está al fondo del restaurante con Samanta y el resto del personal del proyecto.

—Que se vaya a freír espárragos. —No quise ni mirar, me negaba a que me pillase con la cabeza girada en su dirección—. No tengo por qué

hablar con él.

—Pues creo que no te va a quedar más remedio. Dentro de un rato tendremos que pasar por todas las mesas para saludar a los compañeros y ser amables con ellos, por petición expresa del área de Recursos Humanos.

—De verdad, qué gilipollas es Rocío cuando quiere —gruñí, entre dientes.

Pues sí, allí estaba, el panadero, el pelirrojo de las narices... no iba demasiado elegante, pero aun así, estaba guapo. Zapatos de vestir, vaqueros y camisa de botones; todo en color negro, llevaba en la cabeza una diadema de lo más ridícula, con dos antenas en las que lucía un papá Noel en la punta que no paraba de bailar cada vez que Mario movía la cabeza.

Fui amable y él también lo fue. Lo noté relajado, sonriente. Samanta tenía un recogido, nunca pensé que se pudiera hacer algo tan elegante con esas rastas en el pelo y llevaba un vestido bonito, sencillo, por las rodillas y en palabra de honor. Tenía la piel tostada por el sol, cosa que no me extrañaba, aunque estuviésemos en Navidad porque en Fuerteventura, prácticamente, podías ir a la playa cualquier día del año. Estaba preciosa y me molestaba. Un pellizco de celos me invadía cada vez que veía como tocaba con asiduidad el brazo a Mario mientras hablaban y reían. Evité por todos los medios que mi vista se clavara en sus zarpas.

Gustavo me echó un cable y procuró hablar todo el tiempo, así que yo solo tenía que estar allí, de pie, en silencio, sonriendo con las bromas de mi compañero de trabajo, dando un sorbo de cuando en cuando a mi copa mientras imaginaba cómo Mario pasaba de lo que le decía mi compañero, venía hasta mí, hundía sus manos en mi cabello y devoraba mi boca inundándola con su lengua... joder, como odiaba que me pusiera tanto el puto pelirrojo, aún con los jodidos monigotes de Papa Noel haciendo el baile de San Vito sobre su cabeza.

Una vez acabada la cena, los compañeros se fueron dispersando. Muchas personas del equipo directivo se marcharon a casa, pero Gustavo y yo lo estábamos pasando bien y nos quedamos allí, con los más rezagados, disfrutando de la música y las copas, que corrían a cuenta de la empresa. Bebía, bailaba, reía con mi amigo, y desde el ángulo en el que me encontraba, tenía bien vigilado al panadero.

—¿Sabes que tienes un hombro precioso que me dan ganas de morder?  
—me piropeó por millonésima vez Gustavo.

—Sabes que tú siempre me dices que estoy apetecible lleve lo que lleve puesto —reí.

—Lo dices como si fuera algo malo. —Gustavo se acercó al camarero, que venía en nuestra dirección y cogió dos copas de vino blanco achampanado, tendiéndome una. Había perdido la cuenta de cuántas llevaba, pero como tampoco tenía que conducir, no me preocupaba.

—No es malo, pero no te creo —sentenció, tras dar un sorbo a mi copa.

Gustavo se acercó a mi oído, acorralándome contra la pared y haciéndome soltar una carcajada.

—Si quieres comprobarlo, solo tienes que pasar tu mano por cierto sitio en el que podrás corroborarlo por ti misma... es como mi máquina de la verdad —bromeó, susurrándome y acercándose demasiado a mí y yo reí. El alcohol hizo que mi cuerpo reaccionara con mayor rapidez tiñendo mis mejillas de color rojo al notar el calor que desprendía su cuerpo al acercarse al mío.

—Eres de lo que no hay —dije como única respuesta, dándole otro sorbo a mi copa.

—Déjame darte mi regalo de Navidad esta noche, preciosa... verás que es cierto que no hay otro igual que yo. —Volví a soltar otra carcajada,

mientras notaba la erección de mi amigo pegada a mi costado. Se me puso la piel de gallina cuando pasó su dedo con suavidad por mi cuello, apartando un mechón rebelde antes de posar sus labios en esa zona.

Una nueva oleada de calor me inundó completamente de arriba abajo y ronroneé como un gatito. Que no me fuera a ir a la cama con él no quería decir que no disfrutara de su contacto y lo disfrutaba, por supuesto que lo hacía, hasta que me di cuenta de que mi novio imaginario, Mario, miraba en nuestra dirección con gesto serio. Su expresión desenfadada de hacía tan solo unas horas, se había esfumado. Samanta hablaba de espaldas a él con otro de los compañeros y él bebía de su copa sin quitarme la vista de encima, mientras asentía de vez en cuando, pues alguien de la mesa hablaba con él.

—Ups —dije en alto, queriendo apartar a mi amigo, pero demasiado borracha para hacerlo sin tambalearme.

—¿Qué pasa? —Gustavo se entretuvo en pasear con una suave caricia su nariz de mi hombro a mi cuello, que se movió de manera involuntaria facilitándole el camino.

—Mario. —Dije como única respuesta y tragué con fuerza.

—¿Quién es ese? —Gustavo besó de nuevo mi cuello y sabía que no era adecuado que los compañeros de trabajo nos vieran en aquella postura tan íntima que podía llevar a equívoco. Desde luego, si Rocío veía aquella escena me iba a hacer la vida imposible. Pero tenía más alcohol encima que capacidad para razonar en aquel momento.

—Mi novio imaginario —respondí, porque sabía que eso era lo que quería oír, Gustavo soltó una carcajada con su boca pegada a mi piel mordiendo con suavidad ahora el lóbulo de mi oreja.

—Creo que no le gusta lo que ve —resolví. «Chica lista», pensé.

—Sabes que me encanta el tatuaje de tu cuello... —Gustavo siguió a lo suyo, aprovechando mis defensas bajas para sobarme un poco más.

—Gustavo, ¿tú eres consciente de que nos está viendo todo el mundo?  
—pregunté pero no me respondió, siguió a lo suyo—Gustavo...

—...

—Gustavo...

—...

—¡Gustavo!

—¿Qué?! —dijo pausando, por un momento, la atención a mi oreja.

—Eres consciente de que no voy a acostarme contigo, ¿verdad? —  
pregunté, temerosa de su respuesta.

—Eso ya lo veremos —respondió y puse los ojos en blanco.

Siguió a lo suyo y ya no sabía si lo dejaba hacer porque me gustaban los escalofríos de placer que recorrían mi cuerpo, o porque adoraba ver la cara de mala hostia del pelirrojo de las narices, porque aquello no era lógico.

Nadie nos miraba, todo el mundo hacía como si no existiéramos, exceptuando a Mario, claro, que no me quitaba ojo de encima. No me parecía ético estar dando aquel espectáculo pero a Gustavo, obviamente, le daba igual.

—¿Vamos a mi piso? —susurró en mi oído y noté como hasta el último vello de mi cuerpo se erizaba.

—No —respondí con suavidad.

—¿Pues vamos al tuyo? —insistió.

—No. Gustavo, no voy a acostarme contigo —vocalicé.

—Ajá —respondió Gustavo—. Me pregunto... ¿por qué me dejas seguir tocándote y besándote? —Me encogí de hombros, no es que pensara que le molestase para nada que lo hiciera para joder a Mario, pero no quería que parase. —¿Quieres que le digamos a Mario que venga a mirar?

—Calla, insensato —respondí.

—¿Sigue mirando? —preguntó.

—Creo que está intentando que nos estalle la cabeza con el poder de

su mente —bromeé riendo.

—Te gusta verlo sufrir, ¿verdad?

—No está mal —resolví sonriendo.

Gustavo se apartó de mi cuello y me miró a los ojos acercándose, a punto de rozar sus labios con los míos y mi cuerpo respondió con un latigazo de placer desde las terminaciones nerviosas de mi boca hasta el rincón más recóndito y húmedo de mi sexo. Aparté a mi amigo con suavidad, antes de que se atreviera a besarme y me metiera en un punto sin retorno.

—Quiero irme —le pedí. Me miró de nuevo a los ojos, los suyos brillaban de puro deseo—, a casa —aclaré, pero creo que seguía sin entenderlo—. A dormir —continué.

—Vamos —me respondió, con una leve y satisfecha sonrisa.

—¿Por qué sonríes así? No me pienso acostar contigo, Gustavo. — Aquel hombre no apartaba su mirada de mis pupilas y empezaba a enervarme.

—Eso ya lo veremos —respondió—. Lo que sí está claro es que tu amigo no tiene ni idea.

Le eché un nuevo vistazo a Mario, que había dejado de mirarnos, parecía que, o bien se había dado cuenta de la farsa, o es que se había dado por vencido.

Caminé tras Gustavo, notando que mi piel ardía, mis mejillas ardían y mi entrepierna ardía más que ninguna otra parte. Condujo hasta mi casa tarareando, parecía realmente feliz y yo, simplemente, me dejé llevar en silencio un poco más calmada, hasta que paró en la puerta de mi piso.

—Muchas gracias, Gustavo. Lo he pasado muy bien —contesté con sinceridad, si no hubiera sido gracias a él, la fiesta hubiera sido un muerto al lado de todos los estirados del equipo directivo, dado que el resto de empleados no estaban muy por la labor de relacionarse con nosotros.

—Buenas noches, Arinegua —le di un beso en la mejilla—. Oye,

quiero hacerte una pregunta.

—Dispara.

—¿Estás caliente? —me preguntó. Tenía la esperanza de que me dejara marchar sin más, pero no me lo iba a poner fácil. Intentaría ser escueta a ver si así me podía ir de una vez.

—Bastante —fui sincera.

—¿Y no me vas a dejar que te ayude a solucionarlo? —Tragué con fuerza, apartando la mirada de sus labios, que se fueron directamente a otra parte de su cuerpo que apretaba hinchada bajo la ropa.

—No. Gustavo. No voy a acostarme contigo —repetí, menos convencida que nunca y segura de que si insistía un poco ya no me iba a negar más.

—Eso ya lo veremos —contestó—. Descansa, guapa.

Le di otro beso en la mejilla antes de salir del coche. Suspiré aliviada por estar fuera de su alcance, se esperó en lo que rebuscaba en mi bolso y me asusté cuando no encontré las llaves dentro.

—Oh, mierda. —Gustavo esperaba con el coche en marcha a que yo entrara en el edificio y pensé en decirle que se marchara, o en disimular que las había encontrado y hacer un gesto para despedirme, pero quedarme sola allí tirada. a esas horas. tampoco me hacía gracia.

—¿Qué pasa? —Abrió la ventanilla del copiloto para preguntarme y me temblaron las piernas.

—No encuentro las llaves —admití derrotada, y mi amigo sonrió.

—¿Por qué no llamas al timbre? —Sabía la respuesta. Sabrina se había ido a casa de su familia a disfrutar el periodo de vacaciones navideño que siempre se tomaba por estas fechas. No había nadie en casa. Pensé en dónde podía haber dejado las llaves.

—Sabrina no está —dije preocupada.

—Mierda —contestó—. ¿Y la llave de repuesto?

—¿Qué llave de repuesto? —pregunté, subiéndome de nuevo a su coche, eran las cuatro de la madrugada, estaba cansada y lo que menos necesitaba en ese momento era llamar a un cerrajero que me tuviera pasando frío en mitad de la calle como una estúpida con esas pintas y que me sacara la mitad de la paga de Navidad.

—La que se le da a los amigos —respondió riendo y poniendo el coche en marcha.

—Sí, a ti te voy a dar yo una llave.

En pocos minutos, debido a la ausencia total de tráfico, llegamos a casa de Gustavo, le pedí uno de esas decenas de pijamas sin usar que tenía guardados. Me cambié en el cuarto de baño y fui directa al sofá. Me quedaba enorme, pero era cómodo y calentito.

—¿Vas a dormir ahí? —No sé por qué demonios le hacía tanta gracia, a mí se me quitaban las ganas de reír solo de pensar en la factura del cerrajero. Asentí como respuesta, ya no tenía ganas de jugar más—. Vale, te dejo tranquila.

Gustavo me dio un par de mantas y un beso en la mejilla antes de desearme buenas noches e irse a su dormitorio. Todavía me notaba la piel ardiendo, estaba incómoda, tenía calor, aunque en pleno mes de diciembre y a esa hora de la noche, hacía frío. Al taparme, notaba todo mi cuerpo protestando de agonía. Di vueltas un par de minutos pero supe que no iba a poder dormirme. Me destapé sofocada y sin poder soportarlo más, colé mi mano derecha entre la ropa buscando con desesperación el centro de mi deseo, intentando acallar los desesperados gritos de mi cuerpo suplicando un poco de atención.

La humedad era tal, que mis bragas estaban completamente empapadas, las hice a un lado con un movimiento y me penetré con dos dedos, notando un

leve alivio. Notaba mi clítoris palpar a cada roce, mientras mis caderas se agitaban solas, desesperadas, por mayor profundidad y rapidez. Me mordía con fuerza el labio inferior, tratando por todos los medios, no gemir a cada movimiento circular alrededor de él.

Abrí los ojos al escuchar un leve ruido y aunque no podía ver, porque estaba oscuro, supe que Gustavo estaba frente a mí y que él, seguramente, ya había acostumbrado los ojos a la oscuridad, y aunque, evidentemente, no podía ver bien, sabía lo que estaba haciendo.

—Joder, no te podías quedar en tu habitación, ¿verdad? —susurré, rezando interiormente para que no me respondiese, que fuera solo una suposición pero solo oí una risita.

Unos pasos descalzos en el suelo se acercaban a mí y temblé, temblé porque por primera vez me apetecía dejarme llevar aunque sabía que mi amigo era un caradura y el ser más desvergonzado que había conocido nunca. Buscó mi mano libre y tiró de ella para que me pusiese de pie.

No quería, pero mi cuerpo no me obedecía, aquel maldito iba por su cuenta sin contar con la razón, me dejé llevar hasta el dormitorio de Gustavo, sin que encendiera la luz en ningún momento, como si le diera miedo a que viese que estaba con él y saliera huyendo de allí.

Antes de tumbarme en su cama, me quitó la blusa y el pantalón de pijama, tirando con suavidad, disfrutando del recorrido de la ropa por mi cuerpo. El contraste de mi piel caliente con el ambiente húmedo, hizo que se me pusiera la piel de gallina.

Gustavo me tumbó y se colocó encima de mí. Su beso no tardó en llegar y su lengua, esa lengua venenosa que había deseado cortar en más de una ocasión, comía de mi boca con desesperación. Al fin lo había conseguido, había sucumbido a la tentación y estaba segura de que iba a poner el empeño suficiente para que no quisiera estar en otro sitio que no fuera aquel.

Notaba el roce de su sexo con el mío, en cuyo momento me vino la imagen de la enorme polla empalmada frente a Sabrina. Aquel miembro grueso y grande me iba a destrozar, lo intuía. Gemí de anticipación y deseo, y fue la señal que necesitó para llevar su mano a mi entrepierna, comprobando que estaba húmeda y preparada para él.

—Perdona, pero llevo dos meses de preliminares... —me murmuró al oído—, así que espero que me disculpes por no entretenerme un poco más con ello en este momento. Te compensaré más tarde.

Se colocó en mi entrada parándose un instante, haciéndome disfrutar de ese minuto de ansiedad en el que mi cuerpo reclamaba el suyo. Empujó con suavidad, un dolor intenso mezclado con un increíble placer me hizo gemir. Se paró un momento dentro de mi interior, dejando que me acostumbrara al tamaño y comenzó a mover las caderas en un placentero baile en el que todo mi sexo se contraía con cada embestida mientras Gustavo, empujaba más fuerte, más rápido y gemía en mi oído.

No tardaría en correrme, pero él no estaba dispuesto a que aquello acabase pronto. Salió de mi interior cuando mis convulsiones hicieron evidente que estaba a punto de alcanzar el clímax, sin dejar de besarme y acariciar cada espacio de mi cuerpo que exigía más y más... todo de él. Pensé que iba a tener que rogarle que me follara, pero no fue necesario. De un movimiento me colocó a cuatro patas, escuché el ruido del envoltorio de un preservativo al rasgarse y caí en la cuenta de que no habíamos usado precaución. No tenía la suficiente sangre en la cabeza como para protestar o lamentarme por ello.

De una estocada volvió a penetrarme enérgicamente, agitando las caderas con rapidez e intensidad. Pegó su pecho a mi espalda y de forma diestra buscó mi clítoris con una de sus manos, sin dejar de empujar. Dolía y, al mismo tiempo, no quería que se acabase, mis muslos se tensaron y él dejó

que me corriese antes de salir de mí de nuevo, volver a ponerme en la postura inicial, metiéndomela de forma salvaje, agarrándome los muslos de tal manera, que pudiera acceder lo más adentro posible, hasta que noté las convulsiones de su éxtasis.

Sin salir de mi interior se dejó caer sobre mí, sin apoyar todo su peso, tan solo intentando recuperar el aliento, sin parar de mover las caderas, haciendo que mi cuerpo se estrechara alrededor del suyo a cada bamboleo. Siguió con suavidad. Seguía notando su dureza en mi interior. Estaba agotada y dolorida, pero el placer era tal, que no pude decir nada, solo me dejé hacer y cuando aceleró el ritmo supe que no tardaría en irme de nuevo como pronto ocurrió.

## **Capítulo 20: ¿Cómo se te ocurre masturbarte en su salón?**

Las once y media de la mañana del día antes de Nochebuena. Un cerrajero muy majo me acababa de atracar. No me había quedado más remedio que cambiar de nuevo el vuelo a Gran Canaria, por segunda vez. El aspecto, en general, que ofrecíamos mi amigo y yo en la acera de mi calle era surrealista y hasta para partirse, pero aún no había pasado el tiempo suficiente para que me hiciera gracia. Apenas habíamos dormido y aún me temblaban las piernas por el empacho de sexo salvaje que habíamos tenido buena parte de la noche.

Era consciente de que estaba horrible: ojeras, pelo revuelto, restos de maquillaje y completamente ridícula con el vestido de cóctel arrugado. Necesitaba otra ducha, porque la que me había dado con Gustavo no contaba, pues no había salido muy limpia de la bañera. Al menos estaba disfrutando de un delicioso café junto a él en mitad de la calle, esperando a que el cerrajero terminase su trabajo. Mi compañero había tenido la decencia de dejar de reírse de mí por haber perdido mis llaves.

Una vez tuvimos acceso, pasamos dentro de mi casa. Gustavo se había ofrecido a llevarme al aeropuerto para que pudiera llegar cuanto antes a Gran Canaria y se lo agradecí profundamente, no tenía energía para ir en transporte público. Lo escuché trastear en la cocina en lo que iba al baño a ducharme y tras enfundarme unos vaqueros y suéter cómodos, me sentía mucho mejor. Sin embargo, al volver junto a él y comprobar cómo me miraba, me di la vuelta para volver al cuarto de baño y maquillarme de forma sutil, con la intención de recuperar el aspecto de persona humana.

Mi amigo fue autosuficiente para abrir los armarios de mi cocina hasta dar con lo necesario para prepararme un nuevo café, que, por supuesto, me senté a degustar en su compañía, mientras algo más espabilada, hablábamos sobre tradiciones familiares en las cenas navideñas. Observaba mi maleta, junto al sofá, agradecí interiormente el haberla tenido preparada desde hacía

días, porque si tuviera que pararme a seleccionar la ropa que me iba a llevar para la tradicional cena familiar, estaba segura de que me metería en la cama, me taparía hasta las orejas y fingiría haber cogido una enfermedad infectocontagiosa que me impediría volar.

Sonreímos, hablamos y bromeamos relajadamente. No tenía la menor idea de por qué motivo o razón no se mofaba, echándome en cara que había caído. Ni idea. Si hubiera sucedido al revés, todavía me estaría riendo. Sin embargo, ni nombró el tema y a mí no me apetecía darle vueltas, me lo había pasado bien, punto pelota.

Estaba resacada, obvio. Así que lo último que me apetecía era pensar, pero ni en eso, ni en Mario, ni en el origen del universo y ni en por qué a los creativos de publicidad se le ocurrían ideas cada vez más estúpidas para anunciar compresas con alas... mente en blanco...

Pero aaaggg, hay una teoría que dice que las mujeres, somos incapaces de quedarnos en salvapantallas, y, al mismo tiempo, que enumeraba mentalmente todos los regalos que había metido en la maleta, no fuera a ser que me hubiera olvidado de alguno y me viera corriendo a última hora a algún centro comercial atestado de gente, para comprar cualquier cosa, cuando realmente había dedicado tiempo y esfuerzo en lo que había elegido. También me vino a la mente que tenía que cambiar de almohada, había oído durante el trayecto en coche, que esas cosas mulliditas que nos ayudan a conciliar el sueño tenían tantos tipos de bacterias, hongos y mutantes alienígenas, o algo así entendí, que dormir más de dos años con ellas, era prácticamente un suicidio... ya ves tú, que yo llevaba al menos diez años con la mía, pero a ver cómo me dormía yo ahora sabiendo que tenía una macrofiesta montada bajo mi cabeza. Y sí, entre tantas estupideces, aunque quisiera cubrirlo, eliminarlo, exterminarlo de mi cerebro estaba él: Mario. Tenía clavada en mi mente su mirada de la noche anterior, que yo no le debía nada, eso por descontado, si ni

siquiera me dirigía la palabra hacía semanas, espero que no pensara que me iba a clausurar al universo varonil hasta que se le pasase el berrinche ese que se había pillado y que, por el momento, solo entendía él. En definitiva, que con derecho, o sin él, lo había cabreado y la situación se había empeorado.

Observé a Gustavo, que llevaba al menos media hora callado, entretanto yo me dispersaba con mis paranoias. «Qué envidia, por Dios, qué arte, qué saber estar... eso sí que es una mente en blanco», divagué. Allí estaba con la mirada perdida en algún punto de los azulejos de mi cocina, con la boca entreabierta y sujetaba la taza vacía aún en las manos. Reí por lo bajini y me levanté, llamando su atención para que nos encaminásemos en dirección al aeropuerto de una vez.

El trayecto en avión no era demasiado largo, pero lo justo para dar una cabezada. Cuando aterrizamos y me puse de pie noté agujetas por todas partes. ¿En serio? ¿Agujetas por una noche de sexo? Me estaba haciendo vieja, era una señal, eso antes de los treinta no me pasaba.

Tomás y Omar corrieron en mi dirección en cuanto me vieron salir por la puerta de desembarque. Se colgaron a mi cuello y me llenaron de besos, como si no me hubieran visto dos días atrás. Abracé a mi padre y a Clara que me esperaban sonrientes.

—Ya pensábamos que no ibas a poder venir —me dijo Clara al abrazarme.

—¿Has podido solucionar lo de las llaves? —preguntó mi padre, en un momento de enajenación transitoria había sido sincera, le había comentado que me había quedado tirada por la noche porque me había dejado las llaves dentro. Estaba tan cansada que no tenía cabeza para buscar una excusa coherente para tener que retrasar de nuevo el vuelo.

—Sí, solucionado, el cerrajero pasará una Navidad por todo lo alto con lo que me ha robado —zanjé rápidamente el asunto.

—¿Te ha robado un señor? —me preguntó Tomás preocupado.

—No, cielo, era una broma. —Tranquilité al pequeño monstruito dándole un abrazo—. Es que me ha cobrado muy caro el cambio de cerradura. Bueno, ¿nos vamos a casa?

—¿Y qué hiciste anoche? ¿Dónde te quedaste? —preguntó mi padre—. A esas horas, espero que no te quedaras en la calle esperando a que amaneciera solo para que no te cobrasen más.

—No hubiera podido pagar un servicio nocturno con lo que había en mi cuenta, pero no, papá. No me quedé tirada en la calle. Un compañero de trabajo me acercó a casa y cuando se dio cuenta de que no encontraba la llave me ofreció ir a dormir a su sofá y eso hice —dije agachando la mirada—. Venga, vamos, que me muero de hambre. —Cambié de tema. La risilla de Clara me advertía que no se creía que había dormido en un sofá. Con la cara que llevaba, igual tenía escrito en alguna parte lo que había ocurrido la noche anterior.

Después de comer y tomarme el quinto café del día, ayudé a mi malvada madrastra con los preparativos del día siguiente mientras se tronchaba en mi cara, porque seguía con la boca cerrada y sin soltar prenda del revolcón que me había pegado con mi supuesto salvador nocturno. Mi padre se había llevado a mis hermanos a hacer algunas compras de última hora para dejarnos trabajar tranquilas.

—¿Qué tal te va el trabajo? —me preguntó Clara.

—Bien. Muy bien. Estoy contenta.

—Tu padre me contó que averiguaste que él habló para que te hicieran la entrevista. Estaba sorprendido de que no te hubieras enfadado con él, por norma general, no te gusta nada que se meta en tus cosas.

—Y no me gusta, Clara, pero también soy consciente de que, sin mi padre, probablemente jamás me hubieran entrevistado y el trabajo me gusta

mucho. No solo por lo que hago, sino también por el buen ambiente. He hecho buenos amigos.

—¿Alguno en especial? —preguntó. Vale, me lo merecía, no había tenido cuidado con las palabras que había elegido—, ¿alguno que te deja dormir en su sofá, por ejemplo? —bufé y me eché a reír.

—Gustavo es un sinvergüenza y un caradura, pero lo es tanto, que es divertido, me lo paso súper bien con él. Nos hemos hecho muy amigos, estamos muy unidos.

—¿Solo amigos? —preguntó con sorna.

—Créeme, si me enamorara alguna vez de un tipo como él, sería el mayor error de mi vida. Solo amigos... —Vi que me miraba con los ojos rasgados como si no creyese lo que le decía—. Igual anoche le agradecí un poco más de la cuenta el gesto amable de dejarme dormir en su casa. —Clara soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! —rio—. Si es que lo llevas escrito en la cara, niña. —Reímos y negué con la cabeza. Esa mujer me tenía calada. Me extrañó notar que se quedaba en silencio, como divagando—. ¿Y Mario?

—Hay que ver qué pesaditos estáis todos con Mario. Mario es tonto del culo. Es tan, tan imbécil como guapo y después de lo de anoche creo que no querrá volver a saber de mí en la vida. —Clara me miró con curiosidad—. Mira que eres cotilla, ¿eh? Si le cuentas algo a mi padre te mato... digamos que tuve una conducta poco decorosa con mi amigo delante de sus narices, disfruté mucho haciéndolo sufrir, no me preguntes por qué. —Tocaron a la puerta—. ¡Voy! —vociferé, soltando el cuchillo con el que cortaba las verduras sobre la encimera. Salvada por la campana.

Mayra y yo nos abrazamos.

—¿Qué tal? Vaya cara llevas, ¿no? —preguntó preocupada.

—Ya te conté que desde Recursos Humanos me obligaron a ir a la cena

de Navidad de la empresa, y bueno... me lo estaba pasando bien y digamos que no he dormido prácticamente nada. Vamos, estoy ayudando a Clara en la cocina —expliqué rápidamente, intentando evitar cualquier tema que tuviera que ver con hombres, camas, sofás, alcohol y desvaríos nocturnos.

—¿Qué tal estuvo la cena? —preguntó mi amiga.

—Bien, divertida. —Mayra saludó a Clara y abrió mi nevera sacando una cerveza. Dio un buen trago—. Me reí mucho, comimos bien, bailamos, bebimos mucho, bebimos más. Ya conociste a Gustavo, no pude parar de reír en toda la noche.

—¿A qué hora llegaste a tu casa? Serás perra... hace mil años que no salimos de fiesta, nunca tienes ganas, pero con Gustavo sí, ¿no? —Clara soltó una carcajada y mi amiga la miró de soslayo y abrió la boca mientras volvía a mirarme.

—Me quedé tirada, no había cogido las llaves y dormí en casa de Gustavo, ya sabes que tiene un sofá muy cómodo —expliqué, quitándole importancia e ignorando los gestos que se hacían aquellas dos, parecían dos monos.

—Por Dios, ¿tú también has dormido con ese Gustavo? —preguntó Clara.

—Creo que no igual que Arinegua —replicó Mayra, cruzándose de brazos. Me conocía tan bien y sabía a la perfección que estaba intentando por todos los medios evitar el tema. De hecho, no contesté, simplemente terminé de cortar las verduras y fui a la nevera a por una cerveza, para acompañar a mi amiga. Le tendí una a Clara también.

—Oye, Ari. ¿Me enseñas lo que te vas a poner para la cena de Nochebuena? —preguntó Mayra, puse los ojos en blanco pues sabía tan bien como Clara, que seguía riendo sin cortarse un pelo, que era una excusa muy simplona para quedarnos a solas.

Mi amiga se tronchaba de la risa cuando le conté lo que pasó.

—Eres una jodida pervertida —dijo carcajeándose—. ¿Cómo se te ocurre masturbarte en su salón?

—Yo que sé, estaba borracha y caliente, no me podía dormir —me defendí, Mayra seguía riéndose.

—Le está bien empleado al pelirrojo, por pedante y antipático —sentenció. Se me quitaron las ganas de reír.

—Pero Mario me gusta y después de esto no va a querer volver a verme en la vida. —Algunos lo llaman Karma y otros lo llaman hacer el gilipollas, pero lo que acababa de decirle a mi amiga lo tenía más claro que el agua.

—Probablemente ahora tiene más ganas de verte que nunca, Arinegua, no te engañes. El ser humano es así de masoquista. Mientras pensaba que bebías los vientos por él se dio el lujo de ignorarte, y ahora, que te ha visto con otro hombre, arde en rabia y no tardará en dar señales.

—No lo creo y en el caso de que fuera así, esas señales no serían para decirme nada bonito. —Estaba segura de ello. De forma inconsciente acaricié la bolita con el diente de león de mi colgante.

—Te quieres hacer pasar por una tía moderna y guay —me sermoneó cruzándose de brazos—, pero tú no eres de las que va por ahí acostándose con unos y otros. No te van ese tipo de cosas. Por Dios, si te enamoraste hasta del feo ese.

—Mayra, cómo te pasas. Óscar no era tan feo y yo lo quería —protesté.

—Bah, era feo un rato, no sé qué le viste. No sé qué lío te traes, pero estoy segura de que Mario te gusta.

—Me gusta —afirmé.

—¿Y Gustavo? —me preguntó ella.

—¿Gustavo qué? Somos amigos, me cae bien, es divertido y es un puto depravado que solo quiere ir mojando aquí y allá, donde le cuadre y pueda. —«Y cómo moja, el muy capullo», deliberé—. Pero pasó y ya está, tampoco me voy a fustigar por ello y no tengo que darle ninguna explicación a nadie, porque estoy soltera y hasta donde yo sé, no tengo una pareja a la que dar explicaciones.

—No te pongas a la defensiva, no me estoy metiendo contigo. Solo digo que tú nunca has sido así —intentó tranquilizarme.

—Pues mira, muy bien no me ha ido. Igual debería empezar a disfrutar un poco más y comerme la cabeza un poco menos —recapacité en alto.

—Igual —dijo Mayra, encogiéndose de hombros.

La conversación se terminó en cuanto sentimos a mi padre volver con mis hermanos. A las ocho de la tarde ya estaba en la cama durmiendo, dormí casi dieciséis horas seguidas.

El día de Nochebuena, Clara y yo terminamos de preparar todo para disfrutar de una deliciosa comida junto a la familia y los pequeños de la casa. La noche pasó tranquila entre copas que iban y venían, entre risas y conversación agradable.

A la mañana siguiente, mis hermanos me hicieron madrugar. Había venido Papá Noel a dejarnos regalitos bajo el árbol y si no me hiciera una ilusión tremenda ver la cara de los niños al abrir sus paquetes, los hubiera matado.

En casa teníamos por tradición, que Papá Noel solo venía para los niños pequeños y los Reyes Magos siempre nos dejaban algún detalle también a los más adultos. Sin embargo, ese año, que debido al horario de trabajo no podía volver a casa para el día seis de enero, había un paquete para mí bajo el árbol. Miré a mi padre y a Clara al ver una caja, un poco más pequeña que una caja de zapatos, en el que una pegatina en forma de muñeco de nieve, ponía mi

nombre.

—Papá Noel te ha dejado un regalo, eso es que has sido buena —dijo Omar.

—Seguro que sí —reafirmó Clara, escondiendo esa risilla suya tan burlona.

La miré de reojo, dispuesta a arrancarle los pelos si le contaba a mi padre que me había liado con uno del trabajo, pero no parecía querer ir más allá de. Simplemente, molestarme.

Abrí la caja y dentro había un sobre y una nota.

Me quedé sin palabras cuando en su interior encontré todo lo necesario para un viaje: un pasaje abierto para dos personas, un vale para el Ave y, también, una tarjeta regalo de un hotel, otros papeles que ya no pude ver cuando se me emborronó la vista con las lágrimas que se agolpaban en mis ojos, intentando no salir. No era para un viaje cualquiera, era para mi viaje pendiente.

Guardé todo lo demás y saqué la nota, tuve que restregarme los ojos para poder leerla:

«Algún día estarás preparada para volver. Te quiero. Papá»

—¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es? —preguntaban mis hermanos, dando saltos a mi alrededor, ellos también eran conscientes de que era la primera vez que Papá Noel me dejaba un regalo.

No podía hablar, no quería llorar delante de ellos y el nudo de mi garganta se atragantaba con fuerza.

—Es un viaje a un sitio muy especial donde Arinegua vivía con su mamá —explicó Clara, acariciando mi cabello, sabiendo que me había quedado noqueada.

—¿La mamá que está en el cielo? —preguntó Omar. Asentí. Vino hasta mí y me abrazó y Tomás hizo lo mismo.

Esa noche lloré como no lo había hecho desde que tenía siete años.

## Capítulo 21: Okupas en mi piso

A ver, que soy consciente de que era completamente ridículo, que a mis treinta años estuviera enmarañada en mi edredón, sorbiendo moco, porque mi padre me había regalado un viaje a Zaragoza, donde había vivido con mi madre y él, hacía más de veinte años. Sin duda, su intención había sido la mejor, pero ¿por qué ahora?

No era que quisiera olvidar a mi madre, solo que las últimas sensaciones que conservaba estando en mi ciudad natal, no eran muy halagüeñas, y temía que me rompiera si dejaba que entraran en mi mente más recuerdos y estos no eran del todo buenos. Dolía que no estuviera conmigo, nunca había dejado de doler. Y, en general, no era mal plan; tenía mucha familia de mi madre en Zaragoza, mis abuelos, con los que hablaba cada semana y que solían venir a verme cuando podían. Estaban mayores y llevaba tres años sin verlos, mi abuelo no podía viajar porque estaba enfermo y el médico no se lo recomendaba y me habían pedido hasta la saciedad que volara yo. Siempre les daba largas, siempre había una excusa perfecta para esperar unos meses más.

Resulta que ahora tenía los billetes, el hotel, todo pagado... ¿qué excusa podía poner? El tiempo, quizás... lo que sí tenía claro era que no me sentía preparada para soplar dientes de león sin mi madre.

Así que, ridícula o no, esa noche me había quedado fuera de juego y no me apetecía volver a Fuerteventura donde estaría sola en el piso, así pues, decidí dormir con mi familia, que aprovecharon mi momento de ñoñez aguda y me achucharon y besaron más de lo que solía dejarme.

A las cinco de la mañana, cuando mi padre entró en mi dormitorio, encendiendo las luces, también me dieron ganas de llorar, pero del sueño que tenía. Quería girarme, taparme hasta las orejas y dormir cinco minutos más durante, al menos, dos horas y media. Mi cerebro chilló a mis extremidades

para que reaccionaran de una vez y me pusiera en pie, pues en un rato teníamos que encaminarnos al aeropuerto.

—Arinegua... ¿estás bien? —Me miraba preocupado.

—Sí, papá. Muy bien. No me lo esperaba, eso es todo. —Me arrebujé bajo la manta, alargando el momento de tener que levantarme.

Mi padre se acercó y se sentó en el borde, acariciándome el pelo.

—La echo de menos —confesé, e igual para mi padre era obvio, pero no solía reconocerlo.

—Tienes que perdonarla, Arinegua —dijo, noté como tragaba con fuerza—. Ella te quería, nunca quiso marcharse, solo me pidió que te hiciera feliz... estaba enferma, pero te quería con toda su alma. Tienes que perdonarla por irse —asentí.

—Se esfumó —suspiré, no quería llorar más para no preocuparle. Tan solo es que me había cogido en un momento sensible. Por eso me había afectado tanto.

—Como un diente de león —murmuró mi padre, apartó el pelo de mi cuello y acarició mi tatuaje.

—Sí, como un diente de león —sonreí—. Gracias por el regalo, papá. Algún día estaré preparada y volveré —dije al fin.

—Lo sé, cariño. Y ahora, tienes que levantarte de la cama porque tienes que ir a trabajar y yo también. —Lo abracé una vez más, aprovechando ese momento de mimos.

Tras una ducha rápida, me hice una cola de caballo y me maquillé, eligiendo uno de los modelitos más formales que conservaba en el armario, con el que poder ir directamente a la oficina desde el aeropuerto. Fui concienciándome por el camino de que iba a tener un día largo y agotador. Sin embargo, no contaba con el factor Gustavo. Pocos compañeros quedaban en la oficina cubriendo los servicios mínimos, pues la mayoría estaba de

vacaciones, disfrutando en sus casas de las fiestas. El ambiente tranquilo permitía concentración para poner el trabajo atrasado al día y trabajar junto a mi amigo, cuando prácticamente no había nadie por el que Gustavo tuviera que contener sus bromas, era divertido.

Teniendo en cuenta varios factores, entre los que se encontraba que Gustavo era hombre, y la totalidad de su sangre se le concentraba en una sola zona de su cuerpo la mayor parte del tiempo, no me extrañó que se mantuviera a la expectativa cuando comprobó la cara de mala leche con la que llegué al trabajo. Excéntrico, egocéntrico y todo lo que acabe en «céntrico», sin embargo, me caía bien, y sí, lo sé, debería hacérmelo mirar.

Una hora más tarde, sumida ya en la rutina, un poco más espabilada y sin ganas de seguir de mal humor por todo y nada en concreto, me encaminé a su despacho, que tenía la puerta abierta y pude ver cómo estaba concentrado, sumido en unos papeles sobre su escritorio. Escondí mi cuerpo detrás de la pared y llamé con los nudillos, mostrando la pierna derecha haciendo movimientos circulares en el aire, cuando lo escuché reír, asomé la cabeza y levanté las cejas.

—Buenos días, rey del sexo —dije entre risas, consciente de que estaba alimentando a la fiera—. Que sepas que aún me duele ahí abajo.

—Ay, qué mona la morena, que le da vergüenza nombrar su coñito. Pues el otro día no vi yo que te cortases un pelo... a ver, ¿cómo era? —Puso un gesto pensativo, con la mano en la barbilla y me arrepentí en el acto de la broma, ya me habían subido los colores por la vergüenza.

—Oh, calla ya, pesado —protesté.

—Mmm a ver... sí, creo que era algo como... Oh, sí, Gustavo, cómeme el coño...

—Joder, ¿quieres callarte? —Me crucé de brazos—. Ahora estamos en el trabajo, no hagas que me arrepienta de haber pasado por tu cama.

A Gustavo se le abrieron los ojos como platos, fijando la mirada detrás de mí, me giré y vi a Sandro, uno de los chicos de mi departamento que pasaba por allí y se había quedado flipado mirando para nosotros, soltó una risilla nerviosa.

—Creo que ahora estáis ocupados. Gustavo, cuando puedas tenemos que ver un requerimiento que ha llegado para un proyecto. —Gustavo asintió partido de risa. El rostro me ardía, de nada me servía justificarme, ni decir absolutamente nada. Sandro se dio la vuelta y volvió por donde había venido.

—Joder, me cago en todo, qué vergüenza —protesté. Gustavo seguía carcajeándose. ¿No podía por una vez en la vida tragarme la Tierra?—. Esto es culpa tuya —acusé, señalándole.

—¿Mía? No fui yo el que empezó... Dios del sexo, aún me duele, qué bien me comes el coño, oh sí, asííí... —bromeó, pero notó en seguida que no me estaba haciendo ni puñetera gracia y dejó de reír.

—Bueno, ¿nos tomamos un café o qué? —Le propuse para zanjar el tema de una vez.

Gustavo asintió y según me di la vuelta, para salir camino a la cocina, lo sentí reír de nuevo. No tenía remedio, iba a tener cachondeo para rato con aquello.

—¿Qué tal has pasado la Navidad? —preguntó al tenderme la taza con el café.

—Bien, muy tranquila. Disfrutando de mis hermanos pequeños sobre todo. ¿Tú qué tal?

—Somos ocho hermanos, así que en casa de mis padres es una puñetera locura pasar más de dos horas el día de Nochebuena, acabas con dolor de cabeza asegurado. Todos con sus respectivas parejas y sus hijos, alguno de los cuales ya tienen pareja e hijos... te puedes imaginar.

—¿Eres tío abuelo? —pregunté con sorna. Había dado en el clavo,

Gustavo me miró con ojos rasgados llenos de furia—. Joder, me he acostado con un abuelo —reí a carcajadas.

—Eso, tú sigue gritándolo a los cuatro vientos, que creo que el departamento de Administración aún no se ha enterado.

—Ups... ya me callo.

—¿Y Sabrina? ¿Ya ha vuelto? —Intentó cambiar de tema.

—No —respondí poniendo un puchero, como si fuera una cría de dos años—. Estaré sola en casa hasta el ocho de enero.

—Bueno, si quieres que me quede contigo solo tienes que pedírmelo. —Ofreció y agradecía su gesto enormemente, pero no me apetecía demasiado cambiar la intimidad de mi casa, el poder pasearme sin sujetador, una camiseta más vieja que yo y bragas de la abuela, por no estar sola... mejor no. Sonreí como respuesta—. ¿Comemos juntos después del trabajo? —preguntó y me encogí de hombros, no tenía nada mejor que hacer, así que no era mal plan.

El día se me hizo lento y pesado, había trabajo que hacer, pero tanto silencio y tan poco trajín de personal, hacían parecer que el reloj no caminaba, y eso que por ser Navidad hacíamos una jornada intensiva y a las dos de la tarde podíamos irnos a casa.

Nos acercamos hasta un restaurante, donde nos pedimos un par de menús con una cerveza, comiendo en un silencio agradable. El cansancio por el fin de semana movidito hacía mella y cada dos minutos bostezaba.

—¿Te aburro? —preguntó con mofa.

—No. Estoy agotada —respondí.

—¿De qué será? —bromeó y sonreí—. Arinegua, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Me la vas a hacer igual aunque te diga que no —contesté burlona—, dispara.

—¿Qué pasa con Mario? —Me encogí de hombros, no sabía qué

responder a eso—. ¿Te gusta? —Pensé un momento antes de responder y asentí—. ¿Me vas a contar lo que pasó entre ustedes de verdad?

—Me resistí a Mario. Desde que lo vi, supe que si me fijaba en ese tipo me iba a traer problemas, vamos, el típico guaperas rompecorazones. Sin embargo, supo llegar a mí y tocarme la fibra sensible. Terminé cediendo y en todo momento pensé que lo que nos traíamos era puro entretenimiento y mi único objetivo era no engancharme a él. Así que, cuando nos acostamos no le di mayor importancia y al parecer, a Mario le molestó mi supuesto pasotismo. —Gustavo me miraba extrañado sin comprender del todo—. Mario piensa que la que jugó fui yo. Se ofendió porque me volví un domingo sin despedirme, después de haber pasado un fin de semana juntos y no lo llamé, en al menos, tres semanas. Ahora mismo no sé qué pensar, yo veo exagerado el mosqueo monumental que se pilló.

—Un poco, a no ser que estuviera enamorado de ti hasta las trancas.

—No sé, Gustavo, a mí me da la impresión de que Mario no es el típico que va por ahí enamorándose. Me parece un *quemabragas*. No es tan sinvergüenza como tú —expliqué sin cortarme.

—Hala, eso ha sido gratuito —protestó, señalándome con el tenedor y reí—. ¿Y todo eso lo piensas porque...?

—No sé... era solo una sensación. Las viejas del pueblo rumoreaban que estaba colado por mí, pero yo no me lo creo, siempre fui muy borde con él y no tenía ninguna intención de que intimásemos, todo ocurrió de improviso, surgió solo. Es probable que haya metido la pata, puedo admitirlo, pero no me parece para tanto. ¿Tú qué crees?

—Que después de lo que vio el viernes está tardando en llamarte por teléfono —contestó, antes de dar un sorbo a su cerveza.

—No creo que vaya a llamarme. Es más, no creo que vaya a volver a acercarse a mí en la vida. —Mi amigo se encogió de hombros—. Y

sinceramente, el viernes me lo estaba pasando bien y no vi motivo alguno para frenarme, no tengo que justificarme con nadie. No tengo pareja, ni tú tampoco, que yo sepa —negó—. Pues ya está, no le debo explicaciones. Me estaba divirtiendo, y si bien no era una actitud adecuada para tener frente al resto de los compañeros de trabajo... ¡Qué demonios! Somos jóvenes.

—Y guapos —dijo Gustavo.

—Guapos también y *sexies*... —dije, levantando la cerveza para brindar con mi amigo.

—Y debes reconocer que te follé de vicio.

—Calla, imbécil —dije riendo y acabé mi cerveza. Pedimos un par de cafés antes de marcharnos.

—Debe tener un mosqueo monumental —resolvió Gustavo, seguía dándole vueltas a la cabeza con el pelirrojo.

—Si a mí no me afecta, a ti tampoco debe importarte.

—Eres una mentirosa. Sé que te molesta esta situación, pero también creo que la acabarás resolviendo en algún momento —no contesté, no quería darle más vueltas al asunto, en aquel momento me era más bien indiferente—. Te llamará y pronto —sentenció.

No habían pasado treinta segundos y mi móvil empezó a sonar como loco en mi bolso, levanté las cejas sorprendida y prácticamente me tembló el pulso hasta que di con el aparato y vi el nombre de mi padre en la pantalla. Se había escapado unos minutos del turno de urgencias para llamarme y comprobar que estaba más animada, en cuanto supo que estaba mejor, cortó para poder seguir atendiendo pacientes.

—Pensaste que era él, di la verdad. —Gustavo cuando quería era pesadito de narices.

—Mira que eres cansino.

Salimos del restaurante dando un paseo camino a su coche. Un

momento antes de llegar, volvió a sonar mi teléfono. Por culpa del cenutrio de mi amigo, ahora, cada vez que repiqueteaba aquel aparato del demonio, tenía la sensación de estar a punto de sufrir un infarto. El nombre de Mayra apareció en la pantalla y Gustavo rio al ver mi gesto contrariado. Le eché una mirada asesina antes de descolgar.

—Hola, hola... ¿cómo está la perra más guapa del mundo entero? —soltó animada mi amiga.

—Ay ay ay... eso... que todavía no sé si es un piropo, no creo que haya sido gratuito. ¿Qué quieres? —contesté directa a la yugular, no estaba yo para andarme por las ramas. ¿Cómo osaba llamarme cuando el pelirrojo de las narices estaba a punto de telefonarme? Ganas de ocupar la línea nada más. Resoplé al tener la certeza de que me había hecho ilusiones de nuevo con Mario y me iba a volver a llevar un palo.

—Hay que ver cómo eres.

—Venga, Mayra, estoy con Gustavo y me parece de mala educación pegarme media vida al móvil cuando alguien espera por mí. —Intenté cortarla para que fuera directa al grano.

—Tía, ¿otra vez? Al final te preñarás del salido ese.

—Que no, jolín, Mayra, qué petarda eres cuando quieres. ¿Me cuentas ya lo que quieres o te esperas y te llamo esta noche?

Cuando repartieron los amigos comprensivos y simpáticos, yo debía estar durmiendo, porque me tocaron todos los insoportables.

—Vaaale. A Pablo y a mí nos han dado unos días de vacaciones y me preguntaba si podíamos ir a Fuerteventura y quedarnos en tu piso —explicó con voz mimosa.

—Sí, claro, sin problema. Está el tiempo genial, algunos días hace viento, pero la mayoría amanecen muy buenos aunque por la tarde refresca bastante. Os podréis escapar a la playa. Venid cuando queráis.

Desde luego era estúpida e inocente, cuando le di permiso a mi amiga para venir unos días a mi casa con su novio no pensé que ella vivía con su abuela y él con sus padres, así que no tenían un sitio cómodo en donde dar rienda suelta a la pasión, a no ser en su coche y en algún turno que les coincidiera cuando los padres de él estaban en el trabajo o de viaje. En definitiva, los días posteriores, cada vez que volvía a casa del trabajo, aquellos dos estaban dale que te pego, a todas horas... era increíble cómo no se deshidrataban.

Gracias al cielo, no los vi en ningún momento, pero los gemidos y el ruido de la cama de Sabrina eran suficientes para imaginarme lo que pasaba allí adentro. Iba a tener que lavar todas aquellas sábanas con mucha lejía y amoníaco para eliminar todo rastro de fluidos corporales.

Así que, al segundo día de estar mi amiga allí, llamé a Gustavo gritándole socorro, que vino a buscarme y me rescató. Su casa se convirtió en mi hogar durante el resto de la semana. Y en cuanto tuve ocasión, llamé a Mayra por teléfono, no me atrevía a llamar con los nudillos en la puerta de su habitación, y fui todo lo clara que pude, advirtiéndole que me piraba de allí unos días porque no soportaba que estuvieran todo el día como conejos. Inexplicablemente Mayra, contenta de felicidad, me dio las gracias de forma infinita y cambió el billete de vuelta para quedarse unos días más en mi casa. Estaba tan ocupada intentando quitarme la cara de pasmo que se me quedó, que no pude rechistarle.

Para colmo de males, como si fuera poco saber que aquellos dos iban a copular como si no hubiera un mañana en cada rincón de mi piso, mi amiga me soltó la frase que me ha dado más arcadas en la vida: su único deseo era partir el año junto a su churri y celebrar cada campanada con un gemido y un te quiero... pues sí, lo advertí, dan arcadas.

En un principio, no pensaba volver a Gran Canaria para partir el año,

ya que mi familia se iba a casa de una tía de Clara, plagada de gente y niños corriendo por todos lados. Solían beber hasta desvariarse y quedarse a dormir allí. No me apetecía nada. El agotamiento de las fiestas navideñas, unido al trabajo y lo poco que dormía en el sofá de mi amigo, hacían que mi plan perfecto fuera quedarme en casa y descansar, hasta que me di cuenta de que no tendría casa a dónde ir y me amargué pensando que iba a tener que volver sí o sí, porque si había algo más triste que partir el año sola en casa, era partirlo sola en casa de un amigo que no estaba.

Gustavo insistió un montón de veces para que lo acompañase a casa de su madre. Los pelos se me pusieron como escarpas al pensar en la cantidad ingente de personas que habría por allí y todos desconocidos. Pero él continuaba, empeñado en la idea, puesto que aseguraba que la mayoría de sus hermanos ese año el día de Nochevieja se iban a casa de sus suegros o de fiesta por ahí y a lo sumo habría tres o cuatro hermanos con sus respectivas familias, como si eso fuera poco.

—Venga, no seas cabezota. Vienes a casa, cenamos con mi familia, partimos el año y luego podemos salir por ahí a bailar —insistió en la idea.

—¿Bailar? ¿Tú? —pregunté, desconfiada.

—Bueno, podemos salir a emborracharnos como cosacos. Te prometo que cuando me embriague tanto que no recuerde ni mi nombre, bailaré como un poseso —intentó persuadirme.

—Si salgo contigo quiero que me prometas que bailaremos cinco canciones. Prométemelo —exigí.

—Una —rebatí riendo.

—Tres —me crucé de brazos—, o empezaré a decir en la oficina que la tienes pequeña y follas de puta pena.

—Dos —rio—. Dos o no hay trato.

—Bueno, vale, dos.

Y por ser como soy, tan inocente y sin mala idea, no pensé que mi amigo iba a utilizarme como sin duda lo hizo esa noche. Cuando me vio con mi vestido rojo de fiesta se cambió la corbata y se puso una del mismo color y tono, eso debió ser el preludio de lo que iba a ocurrir, pero... no se me pasó por la cabeza. Nada más llegar a casa de sus padres, me presentó a su familia.

—Papá, Mamá... esta es Arinegua, mi novia. —Se me abrieron los ojos como platos por soltar tal embuste sin anestesia ni nada—. Ellos son Mercedes y Braulio —me dijo esta vez a mí, señalando a sus padres.

—Encantada —murmuré, cagándome en todos los muertos de mi amigo.

A la mujer le había cambiado el gesto de su cara en tan solo unos segundos, la alegría se veía reflejada por todos los poros de su piel. Nos miraba a uno y a otro y Gustavo aprovechó para tomarme de la mano y enfatizar la presentación que acababa de hacer cuando comprobó que su madre desviaba la mirada a mis caderas... «Joder con la mujer del demonio, que está calculando cuantos nietos le puedo traer. Lo mato. Juro por Dios que lo mato», pensé mientras aquella menuda señora de cabellos grisáceos se acercaba a achucharme y llenarme de besos

—¡Qué alegría! ¡Qué alegría! —repitió una y otra vez la buena mujer. El padre de Gustavo, un señor alto y delgado, de piel morena que me hacía recordar a una versión unos veintipocos o treinta años mayor que mi amigo, rezagado detrás de su esposa, sonreía contento también.

Al ver aquellos arrugados rostros tan felices me daba pena darles un disgusto y desmentir el embuste del cenutrio de mi compañero de trabajo, que no sabía qué tenía en la cabeza, pero no podía ser bueno.

La familia de Gustavo era agradable, gente sencilla y simpática que intentaron en todo momento que me sintiera como en casa durante toda la velada. Cada vez que Gustavo, el zoquete, a partir de ahora, tomaba mi mano

de forma cariñosa, podía sentir los corazones volando alrededor de la cabeza de su madre.

Al final, terminé jugando a la Wii con dos de los sobrinos de Gustavo, intentando evitar preguntas incómodas de mis falsos suegros y cuñados, mientras mi amigo iba adelantando trabajo para el resto de la noche y tomaba copas sin tino. En cuanto partimos el año, llamamos a un taxi que nos recogió diez minutos más tarde para llevarnos al primer bar que mi amigo había elegido.

—Eres un maldito capullo —protesté, dándole golpes en el brazo—. ¿Cómo se te ocurre decirle a tu madre que soy tu novia? Estas como una jodida regadera, esto no te lo voy a perdonar en la vida —seguí pegándole.

—No seas exagerada. ¿No has visto lo feliz que se ha puesto? Ese es su regalo de Navidad, soñar un poco con que su hijo se casará pronto y le traerá cinco o seis nietos más. —Lo miré espantada.

—De verdad, tanta sangre en tu... pene —dije, al notar que el taxista nos miraba por el retrovisor partiéndose de risa, no quería soltar palabras malsonantes delante de desconocidos—, no puede ser bueno para tu cerebro. Me podrías haber preguntado al menos, ¿no? O haberme contado tu plan. Me he sentido súper incómoda.

—Bah, me debías un par de favores y me los cobré sin más —dijo, quitándole hierro al asunto, supongo que con la idea de que dejara de una vez el tema. Pero aquello no se iba a acabar tan pronto y si no fuera porque lo menos que me apetecía del mundo era pasar el resto de la noche oyendo los gemidos de mi amiga Mayra o peor, de Pablo, me hubiera marchado a casa, porque había sido agotador ser amable toda la noche sin liarme a piñas con el zoquete de las narices.

—¿Qué favores? —Tenía ganas de estamparlo.

—Si no recuerdo mal... cuatro... no... cinco orgasmos. —Abrí la

boca de par en par y miré de reojo al taxista que seguía riendo por lo bajini—. Y una casa para dormir hasta que se vayan los okupas de la tuya. — Definitivamente le daría de patadas en los huevos hasta que la sangre volviera a correr por su cerebro—. No te preocupes, mujer. No pasa nada. Si le decía a mi madre que una amiga iba a ir a cenar no me hubiera creído y me hubiera costado un sinfín de llamadas incómodas y pesadas. Unas semanas después de Navidad le diré que hemos cortado, que no éramos el uno para el otro y no había amor verdadero y asunto resuelto.

—Eres idiota —protesté cruzándome de brazos.

Atravesamos el umbral del primer bar en el que empezaríamos la noche, estaba atestado de gente. Nos acercamos a la barra donde, tras dar un par de sorbos a una copa a la que me invitó Gustavo, por la cual le habían sacado un riñón y medio, me sentí un poco mejor y me dejé llevar. Pronto se me había olvidado el enfado y reía con sus payasadas. En algún momento de la noche bailamos, no recuerdo cuántas canciones, pero más de dos seguro, así que, al fin y al cabo, ambos nos salimos con la nuestra.

Ya era de día, cuando decidimos volver a casa, habíamos bebido tanto alcohol que había logrado anestesiar mis pies, que a una hora incierta de la noche me habían empezado a doler por los tacones, pero ya no los sentía. Un taxi nos llevó de camino a su casa donde robé uno de esos pijamas que tenía acumulados sin estrenar y me desmayé en su cama, porque estaba tan, tan cansada que no pensaba dormir en aquel sofá teniendo una cama de dos metros por dos metros en la que perderme.

Cuando me despertó el ruido de la ducha, supe que no era temprano. Tenía el estómago revuelto y hambre al mismo tiempo. La sensación de mareo se había ido difuminando y logré despejarme lo suficiente como para levantarme sin morirme por la jaqueca. Al final, había perdonado a Gustavo, era el ser más desquiciante y egocéntrico que había conocido en la vida, pero

nos habíamos hecho muy amigos y era divertido.

Con mis pintas zarrapastrosas y sin un ápice de vergüenza por el estado de mi pelo, cara o demás partes del cuerpo, arrastré los pies hasta la cocina, donde Gustavo me recibió con un «Buenos días» y un beso en la frente, tendiéndome una taza gigante de café.

Unos días más tarde tenía que aterrizar de nuevo en la realidad y en la rutina. Al menos, había recuperado mi casa y a mi amiga Sabrina, a la que advertí según llegó al piso y no pudo abrir con su llave, que habían sido unos días complicados y que más nos valía poner unas cuantas lavadoras con sábanas, mantas, toallas... además de una limpieza a fondo con lejía a cualquier rincón de la casa donde Mayra y Pablo hubieran podido dar rienda suelta a la pasión.

## Capítulo 22: ¿Tienes dinero encima o piensas usar el datáfono?

—Hola petarda, ¿qué tal la vuelta a la rutina? —me preguntó Mayra al otro lado.

—Si me llamas, porque quieres volver a usar mi casa de picadero, te diré que la respuesta es no, aún tengo agujetas de la limpieza a fondo con lejía que tuve que hacer por todos lados —contesté por saludo.

—Mira que eres... que yo limpié todo antes de irme —protestó.

—No me fiaba, tenía que eliminar todo rastro de vuestros fluidos.

—Exagerada —replicó tras una carcajada—. Te llamo para darte noticias —soltó canturreando.

—No me digas más, estás embarazada y voy a ser la madrina de tu primer vástago por haberlo fabricado entre las paredes de mi humilde hogar mientras yo aguantaba las impertinencias del salido de mi amigo Gustavo —rechisté.

—Qué tonta eres cuando quieres —risilla nerviosa. ¿Estaría embarazada de verdad? Más me valía dejarle hablar para enterarme de algo —. ¿Sabes a quién he visto hace un rato?

—No, Mayra, no sé a quién has visto hace un rato. Si lo supiera no tendríamos esta conversación —contesté exasperada por el juego infantil.

—Cariño, ¿ya te has tomado el café? —preguntó.

—Pues no he tenido tiempo, no. Llegué hace un rato a la oficina y tengo todo manga por hombro, lleno de papeles que no sé por dónde empezar a ordenar. El correo electrónico echa humo... de verdad, sí que ha cogido fuerzas la gente al comenzar el año —protesté.

—Llámame cuando te lo hayas tomado. Adiós —canturreó y me colgó sin más.

Resoplé y miré aquel caos. Por una vez, decidí hacerle caso a mi amiga y fui hasta la cocina. Gustavo no había llegado aún esa mañana, que era

quién me avisaba de forma habitual para tomar café. Tendría alguna reunión fuera y no me había enterado.

El olor del mejunje ya me despejó algo y cuando lo acabé y volví a mi sitio me sentía mejor. Sin ganas de ponerme las pilas aún, llamé a mi amiga.

—¿Ya? —preguntó al descolgar.

—A ver, cuéntame a quién has visto —le pedí. Me senté delante del ordenador, apoyando el aparato contra el hombro, con la intención de intentar clasificar el correo electrónico mientras escuchaba a mi amiga.

—A Mario, ha vuelto a la panadería —señaló sin respirar. Me quedé parada, sin saber exactamente qué decir.

—¿Cómo que a Mario? Si Mario está trabajando para uno de mis proyectos. ¿Cómo es posible? —pregunté sin creérmelo.

—Doña Fefina le contó a mi abuela que don Alberto ha tenido que volver a rehabilitación. No saben si de forzar la pierna tantas horas de pie en la panadería o qué, pero le ha empezado un dolor bastante insoportable por lo que su médico le ha recomendado que guarde reposo algunas semanas más. Sus hijos están a punto de comenzar los exámenes en la universidad. Estaba agobiado y Mario lo llamó y le dijo que no se preocupase, que él se haría cargo de todo hasta que se recuperase y pudiera volver a atender su negocio.

—Pues no entiendo nada —mascullé muy perdida—. ¿No te ha contado nada él?

—Oye bonita, que con quien intimaba era contigo, no conmigo. No tengo ni idea de nada más, solo sé que está aquí y que eso supone que, probablemente, te veré este fin de semana, de lo cual me alegro, porque estrenan una peli en el cine que quiero ver hace meses. —Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué no vas con Pablo? —resolví, volviendo al lío de mi correo electrónico.

—Este fin de semana no puede, le han puesto un turno extra de vigilancia y luego tiene el cumpleaños de su madre. Me ha invitado a pasarlo con ellos, pero aún es pronto para empezar a odiar a mi suegra, prefiero no conocerla todavía —resolvió.

—Luego la bruta soy yo, anda que... si ni siquiera conoces a la mujer, ¿cómo puedes intuir que vas a odiarla? —Mi amiga tenía el arte de sacarme de quicio con una facilidad pasmosa.

—No sé... prefiero no averiguarlo aún. Bueno, ¿vas a venir, o no?

Pensé unos minutos.

—Bueno, pero solo porque me apetece mucho ver la peli —dije, sin prestar demasiada atención a la conversación, leyendo un correo electrónico de uno de los trabajadores de los Servicios Sociales.

—¿No tiene nada que ver con Mario? —preguntó socarrona.

—Que no, qué pesada con Mario. A mí ese tío me da igual —respondí rápidamente.

—Y te apetece mucho ver la peli conmigo, ¿no? —Volvió a preguntar.

—Sí. Claro que sí.

—Si ni siquiera te he dicho la película, so petarda. ¡Jolín tía! Es que no sabes ni disimular —Mayra empezó a reír, pero a mí no me hacía gracia.

—Bueno, ¿qué más da qué peli? Lo que me apetece es ir al cine contigo, pasar la tarde juntas, comer palomitas y que nos tengan que mandar a callar cientos de veces porque somos incapaces de guardar silencio.

—Sí, claro... Bueno, el sábado nos vemos sobre las nueve por la panadería, para que no te enfrentes sola al pelirrojo.

—Ya, claro... ¿no será que te quieres coscar de todo?

—Hasta el sábado —dijo canturreando y colgó. Tuve que reírme.

Mi amiga no tenía remedio y ahora tenía varios frentes abiertos. Primero, enterarme de cómo era posible que Mario estuviera contratado en el

proyecto y al mismo tiempo trabajando en la panadería. Segundo, cómo lograr que la semana pasara deprisa cuando apenas estábamos a martes y tercero, cómo disimular las ganas que tenía de ver al pelirrojo.

Fui de nuevo hasta la cocina y serví un café con leche y azúcar, saqué de un armario una lata de galletas de las buenas que Gustavo y yo teníamos reservadas para cuando venían visitas importantes y fui hasta el despacho de Rocío.

—Buenos días —solté con una sonrisa—. ¿Café? Te he traído galletas por si tenías hambre.

Rocío, que a pesar de que me caía mal debía reconocer que no era imbécil, me miró con los ojos rasgados.

—Claro —contestó, cogiendo la taza que le tendía. Me senté frente a ella y me entretuve en abrir la lata de galletas sin dirigirle la mirada, intentando buscar la manera de plantearle mi duda sin fastidiarla. Se la acerqué para que cogiera alguna—. Gracias. —Cogí otra y mordisqueé despacio. Sonreí a Rocío—. ¿En qué puedo ayudarte, Arinegua? —soltó, cogiendo otra galleta de la lata. Pues se ve que tenía hambre, con ese cuerpo que tenía no dudaba que hacía muchas horas o días de ayuno.

—¿Puedo saber si una persona de mis proyectos ha solicitado la baja?  
—Rocío puso los ojos en blanco y con el ratón buscó algo en su pantalla.

—¿Quién es?

—Mario —respondí feliz, pues sí que iba a ser fácil.

—Mario, ¿qué más?

—Mario el del proyecto deportivo. —Rocío volvió a poner los ojos en blanco. Tecleó algo en su ordenador y leyó antes de contestarme.

—Hace unos días mandó una solicitud para dejar momentáneamente el proyecto, pero asegurando que Samanta estaba completamente preparada para llevarlo a cabo y que en su lugar, mandaría a otro compañero del área

deportiva que le sustituiría el tiempo que necesitara ausentarse. Ha asegurado que, aunque se retiraba por motivos personales, lo inspeccionaría de cerca y estaría al día con los informes y demás.

—Pues vale, es que no se me informó de esto y como el proyecto lo llevo yo, me extrañó. Me he enterado por una persona ajena a la empresa — reproché yo, toda digna.

Rocío me miró con un gesto extraño, no sabía qué pensaba exactamente pero estuvo unos segundos así en silencio, escrutándome. Quizás aquel era el momento idóneo para haberme levantado y marchado por donde había venido, porque ya intuía que me iba a caer algo y que no me iba a gustar.

—Arinegua... si Mario no se ha desvinculado del todo del proyecto ha sido por decisión expresa de Bernardo Ojeda. —Supuse que ese señor era el dueño de la empresa, asentí sin querer alargar más aquella conversación—. Y también te digo, chica, igual ha tenido algo que ver el lamentable espectáculo que Gustavo y tú disteis en la fiesta de Navidad, no es para menos.

Abrí los ojos como platos y al momento pestañeé con fuerza, intentando despertar de aquella pesadilla. Me estaba bien empleado, al fin y al cabo, había sido yo la que había ido hasta allí, de buen rollo, como si fuera mi amiga y estaba claro, Rocío nunca se acercaría tanto a mí como para que pudiera considerarla de tal forma.

—Esto es como si te preguntara por qué ha subido el precio del pimiento y me respondieras que esta mañana has tenido que pasar por la gasolinera porque te has quedado en reserva. Lo sabes, ¿verdad? —contesté con delicadeza, tratando de no molestarme con ella, porque supuse que eso era lo que buscaba y yo no tenía ganas de enfrentamientos de ningún tipo, menos aún con compañeras celosas porque no lograban echarle el guante a Gustavo.

—Se rumorea, se dice... que me he enterado por fuera, no oficialmente... que Mario y tú eráis pareja.

—Sí, mi novio imaginario —farfullé—. Mira, Rocío, eso forma parte de mi intimidad y no tengo por qué contestarte.

—Pues no —se encogió de hombros—. Hale, hasta luego.

«No vale la pena, no vale la pena, no vale la pena... », me dije. Al fin y al cabo, me esperaba algún tipo de consecuencia por lo que había pasado con Gustavo bajo el hechizo del alcohol y el calentón, y había sido mucho menos de lo que me imaginaba.

Sin querer pensar mucho más en ello, dejé pasar las cosas. Volví a mi trabajo y me sumergí en él, que era lo que más feliz podía llegar a hacerme.

El viernes estaba hecha un flan. No le había contado nada a Gustavo, no quería hacer conjeturas sobre Mario y, además, lo notaba algo extraño y ausente. Aunque lo consideraba uno de mis mejores amigos, no era demasiado dado a hablar de su vida privada o de sus problemas y presionarlo no solía funcionar. Así que, simplemente, lo dejé a su aire.

Llegó tarde prácticamente todas las mañanas, se encerraba en su despacho y me rechazó unos cuantos cafés. Estuve a punto de preguntarle si me necesitaba el fin de semana, igual le apetecía que tomásemos algo el viernes por la tarde, pero como prácticamente noté que me huía, decidí volver y darle un tiempo de margen. Si no quería contarme lo que le sucedía por el momento, no quería forzarle a hacerlo.

El viernes a última hora, me recogió mi padre en el aeropuerto. Cenamos algo tranquilamente con Clara una vez llegamos a casa, mis hermanos se habían quedado a dormir en casa de una hermana de Clara, pues ella tenía guardia y tenía que irse en unas horas y quería poder descansar al día siguiente sin escuchar las peleas o los juegos de mis hermanos desde las ocho de la mañana. Así que, una vez terminamos de cenar, Clara se fue al trabajo y mi padre y yo nos tiramos en el sofá, a pelearnos por el mando del televisor, hasta que diez minutos más tarde estaba dando cabezadas en el sofá

y me retiré a dormir.

Me levanté temprano y me di una ducha fugaz para despejarme. Era extraño estar en casa con ese silencio sepulcral, pero casi que se agradecía. Mis hermanos iban a ir al cine con su tía Virginia, la hermana de Clara, que me había mandado varios wasap para intentar convencerme para acompañarlos, lo que menos me apetecía del mundo era ver una peli infantil con la cual seguramente me aburriría como una ostra. Así que decidí quedarme en casa, ya los vería por la tarde y también al día siguiente.

Estaba nerviosa y me apetecía salir de casa cuanto antes, elegí un atuendo cómodo y abrigado: jersey cuello de cisne color crema, vaqueros y botas planas. Me solté el pelo y me maquillé ligeramente antes de salir camino a la panadería un buen rato antes de lo que había quedado con Mayra. No había mirado el reloj, pero estaba segura de que ni siquiera eran las ocho, lo cual se notó, al entrar en la tienda y encontrarla desierta. Normalmente hasta las nueve o nueve y media no empezaba a haber afluencia de gente y más durante el fin de semana.

Sonó el timbre característico que anunciaba que había llegado un nuevo cliente. La hija de Alberto estaba colocando pasteles en el frigorífico, me saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa amable. Unos segundos más tarde se perdió en la trastienda y pronto salió Mario. Me miró algo sorprendido, como si yo no fuera una clienta frecuente del local y no esperara volver a verme. Si cuando yo digo que es estúpido, no me equivoco.

—Buenos días. —Cogió una bolsa y empezó a meter dentro mi pedido habitual. No me apetecía explicarle que mis hermanos no estaban en casa, porque ello supondría decir más de tres palabras seguidas.

Lo oí tararear algo de una horrible música que se oía de fondo en la trastienda. No lograba entender la letra que chapurreaba en inglés. Me tendió la bolsa y le di cinco euros que llevaba en la cartera.

—Ya está. Hasta luego, bonita —comentó escuetamente. ¿Ya está? ¿No me iba a dejar decirle nada? Puso el cambio encima del mostrador, pero cuando vio que no lo cogía hizo un gesto de fastidio—. ¿Algo más?

—¿Me pones un café, por favor? Y... —miré dentro del expositor para ver lo que tenía—, y un pastel de manzana.

—¿Tienes dinero encima o piensas usar el datafono? —preguntó sin mirarme, mientras manejaba la cafetera. Engreído. No le contesté, me afincé en una de las pocas mesas del local, esperando a que me trajera el pedido y rebusqué en mi bolso, brincando interiormente de felicidad por no haber sacado el libro que cogí para leer durante el trayecto en avión.

Mario me sirvió la comanda y me quedé allí, afincada sin intención de moverme hasta que Mayra llegase hora y media más tarde.

Intenté concentrarme en el libro pero me era imposible, me despistaba y releía decenas de veces el mismo párrafo. Mario se perdió en la trastienda y volvió con un carro repleto de bandejas de pan, cuyo contenido fue colocando en sus respectivos sitios. Me quedé embobada observando cómo se tensaban sus bíceps al cargar el peso de un lado a otro.

—Mario. —Intenté llamar su atención cuando tuve la fuerza suficiente para hablar sin titubear, sin embargo, hizo oídos sordos. Quería darme prisa e intentar hablar con él antes de que llegara alguna de las cotillas habituales—. Mario... —Me empezaba a desesperar—. ¿Puedes dejar de trabajar un minuto y prestarme atención?

Sin contestarme fue hasta el fregadero y se lavó las manos. Lo vi manejar la cafetera y sirvió dos cafés, tendiéndome uno y sentándose frente a mí. Vale, ¿eso era una tregua o tenía un minuto de verdad para arreglar todas mis cagadas?

—Mira Mario, a ver si nos entendemos. Resulta que a mí eso de la relaciones nunca se me han dado especialmente bien y siempre he terminado

bastante mal parada, así que procuro no caer fácilmente y cuando alguien me gusta, pues soy borde. —Mario me miraba tomando su café a sorbos sin decir nada—. Y tú me gustas, Mario.

—Creo que con Gustavo no te he visto ser borde en ningún momento —contestó, no parecía enfadado y tampoco me extrañaba que me tirase en cara a mi compañero de trabajo.

—Eso es porque Gustavo no me gusta —expliqué y Mario levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Por qué? ¿Es un sinvergüenza como yo?

—Evidentemente, no es como tú y sé que igual me equivoqué, Mario, pero creo que no merezco la forma en que me has ignorado y me has tratado, o, al menos, no entiendo por qué ha pasado así. —Procuré que no sonara demasiado a reproche—. Y lo de Gustavo... teniendo en cuenta que ni me hablabas desde hacía semanas tampoco pensé que te importara demasiado si me divertía o no y con quién.

Mario terminó su café y se levantó de la mesa, cogió su vaso y el mío.

—Bueno, las cosas no salieron como pensábamos, tengo que volver al trabajo —resolvió.

—Mario, Gustavo y yo no salimos juntos, solo es mi amigo. Me cae bien. Es divertido, pero no salimos juntos —expliqué exasperada, porque aquel chico era un jodido cabezota.

—No es asunto mío. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo es posible que hayas dejado el proyecto con el que trabajabas para mí y no lo hablaras directamente conmigo, Mario? ¿Me lo puedes explicar? —Le eché en cara, con la idea de retenerlo de alguna forma.

—Por supuesto que te lo puedo explicar. Lo hablé con Bernardo Ojeda directamente, si tienes cualquier inconveniente en cómo gestiona su empresa, deberías discutirlo con él. Tengo que volver al trabajo, Arinegua —repitió.

—Vale —contesté angustiada, era incapaz de arreglar el desaguisado, al menos no se me ocurría cómo acercarme más a Mario, que de pronto desvió la atención hasta mi mano, que jugueteaba con el colgante del diente de león que me regaló. Agaché la cabeza, mirando yo también la pequeña bola que de forma inconsciente acariciaba entre mis dedos—. Oh —mascullé con tristeza —, debería devolvértelo.

Mario no contestó y me quitó el colgante. Me costaba desprenderme de él, aunque todavía no entendía ese regalo, me gustaba, mucho. Se lo tendí y él lo agarró en su mano y se lo guardó en el bolsillo sin decir nada. Se dio la vuelta dispuesto a entrar otra vez detrás del mostrador pero se giró.

—¿Te acostaste con él? —preguntó.

—Sí —contesté escuetamente, ¿serviría de algo mentir? Igual es lo que tendría que haber hecho, pero teniendo en cuenta que Mario me gustaba de verdad, que me provocaba en el estómago una mezcla de mala hostia y mariposas revoloteando, pensé que si mentía y él lo descubría, iba a ser todavía peor—, solo nos lo pasamos bien juntos —expliqué, como si eso lo justificara.

—¡¡Hola Mario!! —Escuché una voz detrás de mí y al girarme vi a Samanta que venía feliz hacia nosotros—. ¿Arinegua? ¡Hola! ¿Qué tal?

Se acercó y me dio dos besos, acto seguido, abrazó a Mario y le dio un beso en la mejilla, sin que él apartara el brazo de su cintura.

—Hola, preciosa. Tienes que esperarte un poco, en cuanto termine un par de cosas podremos marcharnos.

—No hay problema, me puedo esperar por aquí. —Samanta se sentó en mi mesa dejándome con la boca abierta, ni me preguntó si podía ocupar el asiento.

¿Qué hacía Samanta allí? ¿Por qué le hablaba con esa cercanía? Estaba tan guapa con un jersey desaliñado, que dejaba su hombro derecho al aire,

minifalda y botas altas, que me daban ganas de darle un sopapo. Si yo me pusiera algo así parecería una indigente. Su sonrisa no me gustaba, ¿por qué estaba tan feliz? Me estaba empezando a enervar, lo cierto era que no era la única que no había perdido el tiempo.

Por el rabillo del ojo comprobé que Mayra se acercaba a la panadería y vi los cielos abiertos.

—Tengo que irme —dije señalando a mi amiga. Me levanté y le di un par de besos a Samanta—. He quedado.

—Oh, vaya, qué pena. Pues hablamos en otro momento —contestó ella feliz.

Me acerqué al mostrador en un último intento de ser amable. Me había sentido mal por confesarle que me había acostado con Gustavo, aunque tenía claro que no había hecho nada malo. Mario y yo no salíamos juntos, no le debía explicaciones, ni siquiera nos hablábamos. Lo que no entendía es por qué necesitaba repetírmelo interiormente para no sentirme culpable.

—Me voy, Mario. —Sabía que me había escuchado perfectamente, pero ni levantó la cabeza de lo que estaba haciendo. Me encogí de hombros y salí de la panadería. Le di un abrazo rápido a Mayra—. No preguntes, por favor. —No soportaría en ese momento sus mofas, me había puesto de muy, muy mal humor y ella simplemente, por una vez en la vida, respetó mi decisión y no mentó a Mario en todo el día.

Pasar el fin de semana con mi amiga me vino muy bien, no hablamos de hombres; ni de Pablo, ni de Mario, ni de Gustavo. Simplemente disfrutamos la película, charlando sin parar, comimos, nos tomamos una copa juntas y la abracé un millón de veces.

Dispuesta a no esconderme, por muy mal que me hiciera sentir Mario, al día siguiente fui directa a la panadería nada más levantarme. Sin embargo, no había contado con el factor *Radio Patiño*. Fefina y Concha estaban allí

apostadas mirando en mi dirección, atentas a cada gesto en mi cara y en la de Mario, que se dedicaba a ignorarme. No me iba a poner a discutir con él y si abría la boca no le iba a decir nada bonito, así que dispuesta a no alimentar las ganas de chismes de las señoras del pueblo, esperé con paciencia hasta que le diera la gana de atenderme.

—¿Cómo estás, mi niña? —me preguntó Concha, que se acercó a mí al ver mi gesto contrariado. Ella me conocía bien, no podía engañarla.

—Bien, Concha. Estoy muy feliz en mi trabajo —expliqué brevemente.

—¡Ay, cuánto me alegro Arinegua, mi cielo! —Esta vez fue Fefina, que se colocó al otro lado. Mario miró con disimulo hacia nosotras levantando una ceja, sabía tanto como yo que algo se traían entre manos y que, de un momento a otro, me soltarían una perlita de las suyas.

—Sí, es un buen trabajo, doña Fefina.

—¿Y cómo estás allí, tan solita, comes bien, cariño, quieres que te prepare potaje y unas croquetas y así tienes comida para un par de días? —Se ofreció Concha.

—Qué buena es, Concha. No es necesario. Un día me tiene que invitar a comer a su casa, que echo de menos sus natillas. Pero no se preocupe, como bien. —A base de precocinados y de la comida del bar, eso no se lo iba a decir, por supuesto.

—¿Y cómo llevas la ruptura? —Me preguntó Fefina bajando la voz y señalando con la cabeza a Mario.

—¿Qué ruptura? —pregunté, flipando.

—Con mi Marito... ya sabes, una sabe cosas, que no las diga porque respete mucho tu intimidad, no quiere decir que sea tonta —soltó, tan campante Fefina.

—Eee... esto... yoo... no, es que no —balbuceé como una imbécil.

—No te preocupes, cariño, todo pasará. —Concha me acarició el pelo.

Levanté la cabeza al escuchar una risilla, Mario se estaba partiendo la caja disimuladamente, sabiendo que me lo estaban haciendo pasar mal.

—Marito, cariño —dije en alto, no soportaba al gilipueñas este ni a las cotillas de pueblo. Necesitaba largarme de una vez—, ¿te importaría servirme mi pedido de una vez, que llevo media hora esperando?

Mario, al final se apiadó de mí y sin decirme nada, me sirvió lo de siempre, cobró y me deseó un buen día antes de que me fuera echando rayos por los ojos.

—Cuanto más mayor se hace, más antipática se vuelve... se está haciendo una amargada. —Le oí decir a Fefina justo antes de que se cerrara la puerta tras de mí.

Pues igual tenía razón la vieja de los cojones, pero me había tocado mucho los ovarios. Lo único que quería era irme de una vez a casa.

## Capítulo 23: Aires londinenses

Como cada día, Sabrina, después de una ducha y un buen café, se enfundó uno de sus vestidos favoritos y unos tacones de esos que me tenían enamorada, aunque yo era incapaz de soportar una jornada con nada parecido.

Mi amiga se desvivía por su cometido en el ayuntamiento, ahora estaba dedicándose al área de igualdad y prevención de la violencia de género y era un trabajo enriquecedor, lo mejor que le había pasado en su vida era acabar allí y después de la ruptura, pues había pasado a encabezar su lista de prioridades.

Su vida había cambiado mucho en el último año, había pasado de vivir con el amor de toda su vida, con la que se veía casada, con hijos y nietos, a vivir sola. Su familia se había mudado hacía unos años a Gran Canaria, pero cuando pasó todo lo de Salva ella no quiso irse, dejar su trabajo era lo último que haría y tampoco le apetecía pedir un traslado. Le gustaba vivir allí. También creo, que en cierta parte pensó que terminarían volviendo juntos, al menos, lo pensó en un principio, aunque ella lo niegue rotundamente. La conozco y no es una persona dependiente, pero estuvo ligada a él demasiado tiempo.

Así que, de un tiempo a esta parte, le ha tocado aprender a vivir soltera. Luego aparecí yo y de repente volvimos atrás, a nuestra época universitaria, más calmada, eso sí, que no estoy yo para esos trotes, ni para mezclar Red Bull con vodka, porque alas no sé, pero un infarto seguro que me daba. También estaba aprendiendo a ligar.

Mi amiga siempre ha sido una persona directa y de ideas claras, pero nunca necesitó ligar. Eso no quiere decir que no lo hiciera, cuando salíamos de marcha juntas, los tíos babeaban por ella, la piropeaban, le tiraban los trastos, pero a ella no le interesaba y simplemente pasaba del tema. Siempre ha sido una persona leal y con Salva no lo fue menos.

No la vi llorar más por Salva, pero no descarto que lo hiciera en la intimidad de su dormitorio. Para ella había sido un golpe bajo el haberse acostado con él después de la ruptura, como una traición personal y estoy segura de que, después de que sucediera, ella sabía que aquello había muerto definitivamente.

Se encontraba bastante mejor después del polvo más raro del universo con Raymond y después de algunos encuentros sin compromisos con Gus. Yo sabía que atesoraba los números de teléfono de incontables ejemplares humanoides igual de capacitados para satisfacerla y Sabrina era echada para delante, era una tía directa, sincera y solía coger lo que quería, sin darle demasiadas vueltas al asunto. Sin embargo, quizás por todo lo que había visto en su trabajo, no era capaz de irse con una persona cualquiera a la cual no conociera de absolutamente nada.

En fin... como os estaba contando, Sabrina esa mañana se vistió tan guapa como siempre y después de su imprescindible café, se fue al trabajo, donde pasó la mañana junto a Raymond, que según habían ido transcurriendo los días, se había ido relajando y se le había ido pasando la cara de susto. Sabrina imponía cuando quería, la muy perra.

Se llevaban bien, supongo que por eso ella lo eligió y él le dijo que sí porque Sabrina estaba muy buena, tanto como para odiarla mucho. Todavía me preguntaba cómo podía conservar ese cuerpazo de escándalo con esas peras tan bien puestas que no se le habían caído ni un poquito, por muchas maldiciones que le había echado cuando íbamos juntas a la playa y se quitaba la parte de arriba del bikini. Era una perra buenorra... cualquiera le diría que sí.

Sabrina tecleaba en el ordenador, debía estar ovulando porque estaba más salida que el pico de una plancha, necesitaba más sexo. Levantó la cabeza para mirar a Raymond, él no era una opción, ya lo sabía. Entonces, al verlo, se

dio cuenta en que ese día estaba peinado... ¿eso era gomina? Mi amiga frunció el ceño, escrutándolo. Desde donde estaba podía advertir que olía bien, como a perfume, hasta ahora no se había percatado, pero no había nadie más allí.

Se le activó el lado perverso levantando una ceja con una sonrisa malévolamente. Se fijó en la ropa que llevaba puesta, eso también lo había cuidado. Camisa de botones... ¡de botones! No es que soliera fijarse demasiado en él, pero juraría que nunca le había visto una. Pantalón planchado y unas zapatillas que tenían pinta de ser nuevas.

Por un momento se preocupó... ¿sería por ella? Pero no, ella sabía que no. Raymond y ella se llevaban bien y además, si no se habían vuelto a liar, era precisamente porque a él no le apetecía... aquel chico ¡había ligado!

Vio como empezaba a recoger sus cosas a la hora en punto... ya está, debía tener una cita. Raymond nunca recogía antes que ella, no solía tener prisa y se quedaban rezagados hablando un rato antes de encaminarse a casa.

—Tú has ligado —dijo ella al fin.

—¿Qué? ¿Hablas conmigo? —respondió él, haciéndose el loco.

—No hay nadie más aquí, bobo. ¿Con quién voy a hablar?

—Yo qué sé, con tu ego interior o algo —contestó muy serio y Sabrina soltó una carcajada.

—Mira que eres capullo, no soy tan creída como te piensas —él sonrió. ¿Había sonreído? Mi amiga flipaba y no tenía nada mejor que hacer, así que, podía meterse con él un rato más—. Anda, cuéntamelo.

—No es nada —se encogió de hombros y se puso de pie recogiendo sus cosas, metiendo el móvil y las llaves en el bolsillo—. Tengo que irme.

—¿No vas a contármelo?

Sabrina se puso de pie, cerró todas las pantallas abiertas en el ordenador y lo apagó rápidamente antes de que Raymond se fuera, el cual puso los ojos en blanco al observar que lo seguía.

Caminaron uno junto a otro hasta salir del edificio y vio una chica, apoyada en una pared cercana, que sonrió al verlo. Era una chica muy jovencita, igual no rozaba ni los veinte, menudilla, sin demasiadas curvas.

—¿Es tu novia? —murmuró antes de que ella se acercara.

—No, por favor, no hables... me gusta.

—Oye, serás capu... Bueno —interrumpió la palabra, porque la chica ya estaba demasiado cerca—. Hasta mañana, compañero. Te dejo que creo que te esperan. —Mi amiga se portó bien, porque Raymond estaba hecho un flan, se alejó un poco y se giró para mirarlos. No era más que una cría, debía pasarle mínimo diez años... se sintió un poco vieja y aburrida, aburrida también, porque aunque no pensara acostarse más con aquel hombre asustadizo, no le hubiera venido mal tomar un café con él y reírse de esas bromas extrañas que solo él sabía hacer.

No le apetecía nada volver a casa aún, apenas eran las tres, no tenía hambre y sabía que a mí me faltaban algunas horas para volver al piso, así que deambuló un poco por las calles, sin nada especial que hacer, mirando algún escaparate y caminó un poco más. Caminar le gustaba y los tacones nunca le suponían mayor impedimento, pero tampoco era plan de hacer una maratón, así que se paró a tomarse un café. Sentada en la terraza y abrigada hasta el tuétano, que eso de que en las Islas Canarias nunca hacía frío era mentira, por lo menos, por lo menos habían llegado a los quince grados (venga, reiros, me espero un rato... para nosotros es frío, sí). Pañuelo al cuello y cazadora con la cremallera subida.

El primer café se le fue mirando las redes sociales y cuando levantó la cabeza para pedirle el segundo al camarero, se encontró de frente con alguien que la miraba con el ceño fruncido. Vio cómo se acercaba quitándose las gafas de sol.

—¡Sabri! ¡Hola!

—¿Leo? Hostia puta, Leo, ¿qué te has hecho? —exclamó sorprendida, la última vez que lo vio, al menos seis años atrás, debía pesar alrededor de cien kilos. No parecía el mismo chico, aquel hombre de cuerpo escultural que la saludaba la había dejado noqueada.

—Me lo dicen mucho, sí —se descojonó él al ver la cara de pasmo.

—¿Cómo estás? ¿Has venido de vacaciones? —Leo había ido a estudiar Bioquímica a Londres hacía una eternidad. Al tercer año de carrera, que iba sacando con muy buenas notas, la dejó, amargado porque no le gustaba nada de nada. Había tenido una especie de revelación y no quería dedicar su vida a ello. Empezó a trabajar aquí y allá, en bares y ese tipo de cosas y se había aficionado a la cocina. A sus padres casi les da un infarto cuando les dijo, no solo que había dejado de estudiar, sino que lo había hecho para meterse a trabajar de *freganchín*. Con el tiempo fue haciendo contactos y formándose en cocina hasta que acabó trabajando como cocinero de un restaurante cualquiera, que a sus padres les contó una historia sobre éxito y estrellas Michelin que se había sacado de la manga y eso lo sabía porque se lo había contado... Salva, su hermano.

—No, me acabo de trasladar hace unas semanas definitivamente a la isla. Estaba harto ya de los londinenses y del clima, del clima estaba hasta la coronilla. Me ha contado Salva que ya no estáis juntos —explicó.

—Se acabó el amor de tanto usarlo. —Se encogió ella de hombros.

—¿Puedo invitarte a un café? —Ofreció él.

—Claro...

Y así fue como Leo y mi amiga se sentaron a hablar de todo: de la vida, de lo que había pasado en aquella relación que había nacido prácticamente en primaria. Nunca había tenido demasiada relación con Leo, era mayor que ellos, debía rondar los treinta y siete, más o menos, había vivido prácticamente lejos desde que lo conocía y se habían visto en escasas

ocasiones: Navidades, alguna semana aislada que podía escaparse de vacaciones, en su boda, hacía doce años, en su divorcio, hacía poco más de diez.

Leo había vuelto y después de ahorrar media vida, se había comprado un restaurante a medias con otro socio y también había invertido en otro tipo de actividades comerciales. Se le daban bien los negocios, había empezado a invertir en propiedades en Londres, que había explotado durante su estancia allí y que le reportaban al mes beneficios suficientes como para vivir sobradamente, pero aun así, su ilusión era aquel restaurante que había empezado a funcionar hacía nada, prácticamente, y que también le daba algo de dinero.

Las horas pasaron, Leo le sonreía, la miraba a los ojos, de vez en cuando le tocaba una mano o el muslo, para enfatizar algo que le contaba y entonces sentía una pequeña descarga eléctrica que le costaba asimilar. Era guapo, *sexy*, simpático y atento. La acariciaba con la mirada, se detenía a observar cada espacio de su piel, no solo sus tetas, que eso ya era lo normal en los tíos. La miraba al completo, como si fuera la primera vez que la viera y quisiera guardar en su retina el recuerdo. Paso la yema de su dedo por la marca en el anular izquierdo de mi amiga, donde había llevado toda la vida un anillo de compromiso con Salva y que había hecho mella, tatuando su piel, esa típica marca característica blanquecina que tarda en desaparecer cuando te deshaces del compromiso. Sabrina sonrió, porque captó lo que él quiso decir, sabía que la estaba intentando reconfortar y también sabía que Sabrina no era tan dura como parecía, que llevaba una máscara y que aquello le dolía, aunque no quisiera reconocerlo.

La cuestión fue, que una cosa llevó a otra. El café se alargó hasta convertirse en una cerveza, luego en otra. Él le propuso ir hasta su piso, donde le prepararía cualquier cosa rápida para almorzar y la tercera cerveza vino

acompañada de una pasta deliciosa. A la sexta cerveza ya habían unido sus labios y la octava se quedó prácticamente intacta en la mesa del salón mientras se desnudaban.

Por un momento, a mi amiga se le pasó por la cabeza que igual no era buena idea, porque al fin y al cabo era el hermano de Salva, pero ¿qué daño podía hacerle ese revolcón que tanto necesitaba? Le apetecía, le apetecía mucho, llevaba toda la tarde ignorando los escalofríos, la tensión, la química, la atracción y ella no era de ignorar mucho sus deseos, así que al final un poco por el alcohol y un poco porque le salía de los cojones, terminó en la cama de Leo, dejándose mimar, besar y follar, eso también.

## Capítulo 24: Un mal día lo tiene cualquiera

El lunes amaneció lluvioso, hacía viento y frío y en cuanto salí por la puerta de casa, supe que no iba a ser un buen día. Estrenando mi precioso paraguas nuevo, debido al viento, se rompieron las varillas quedando completamente inservible. Me empapé entera y corrí todo lo que pude.

Aunque llevaba un abrigo me estaba calando hasta los huesos, el autobús tardó unos siete minutos en llegar, tiempo suficiente para que me castañearan los dientes y el pelo empapado se me pegara a la cara.

—¿Pero esto qué es? ¿Dónde queda la isla paradisiaca donde se supone que me he mudado? —protesté en alto, y un grupo de chicos de instituto que estaban sentados cerca de mí se echó a reír poniéndome de peor humor aún.

Los zapatos estaban empapados, se me habían mojado hasta las medias, pero tenía una reunión con el consejo de dirección en media hora y no me podía marchar a casa alegremente para cambiarme, sobre todo, porque sin coche propio era un asco y tardaría media vida.

Aún llovía a cántaros cuando llegué a la oficina. Junto al portal vi a Gustavo con cara de pocos amigos refunfuñando y dándole una patada a la puerta mientras forcejeaba con la cerradura.

—Buenos días —dije—, ¿problemas?

—La mierda esta —bramó Gustavo, momento en el cual levantó la cabeza hacia mí—. ¡Joder! Estás empapada.

—No lo había notado.

—Te llevo a casa en un momento y te cambias de ropa, no puedes trabajar así, te vas a poner mala —se ofreció y miré el reloj.

—Imposible. La reunión empieza ahora mismo —asintió, comprobando la hora en su propio reloj.

Estornudé y Gustavo tocó al interfono. No le abrían las llaves del

edificio y si teníamos que esperar a que yo las encontrara en mi bolso de medio metro, la llevábamos clara.

Unos minutos más tarde por fin nos abrieron y subimos las escaleras.

—¿Estás bien? —pregunté y volví a estornudar.

—Mejor que tú, seguro —contestó. Me encogí de hombros.

Una vez en mi despacho, me quité el abrigo que coloqué en un perchero, no paraba de estornudar. Mi pelo era un completo desastre y me acerqué al baño a ver si podía arreglarlo de alguna manera con un pequeño elástico que había encontrado en el fondo de mi bolso.

Me recogí el cabello en un moño como pude, e intenté, sin demasiado éxito, secar mis zapatos con el secador de mano. Me deshice de las medias que estaban completamente empapadas, al menos, con el abrigo había protegido mi vestido, que era lo único que permanecía más o menos seco. Me di una capa rápida de maquillaje con lo que llevaba en mi neceser y corrí a la sala de reuniones. Ya estaba todo el mundo por allí.

La reunión se extendió durante horas, al menos se estaba calentito en aquella sala, pero necesitaba un café con urgencia, para disipar el mal humor y el sopor que de pronto me había entrado. Sobre las doce de la mañana nos concedieron quince minutos de descanso, que aproveché para ir al baño, tras lo cual fui a buscar a Gustavo a su despacho, pero no estaba allí. ¿Me estaba huyendo? No solía irse al café sin mí, tenía que averiguar qué le ocurría.

Tampoco estaba en el *office*, así que me tomé el café con algunos compañeros del equipo que hablaban de sus hijos. Una conversación con la que yo me sentía fuera de lugar, así que me tomé rápido el líquido hirviendo y volví a la sala de reuniones, donde mi amigo ya estaba en su sitio con cara de malas pulgas.

Hasta las cinco de la tarde no dieron por finalizada la reunión. Fui a mi despacho con la única intención de coger mis cosas y largarme a casa hasta el

día siguiente, aunque tuviera un millón de cosas que hacer. Era, sin duda, el peor lunes de la historia. Mi idea era coger el bolso y salir por piernas de allí, pero al final me pudo la responsabilidad, ni siquiera había echado un vistazo al correo electrónico en todo el día y pensé en mirarlo por si había algo urgente antes de marcharme.

Entonces al acercarme a mi escritorio lo vi, sobre el teclado del ordenador estaba el colgante del diente de león que Mario me había regalado. Me quedé allí, embobada, como un pasmarote, con la boca abierta. No había cerrado el despacho con llave, pero no solía entrar nadie. Sea como sea, estaba allí, adoraba ese colgante y no quise darle demasiadas vueltas al asunto, simplemente me lo puse, momento en el cual escuché un ruido tras de mí y al volverme, una niña de unos seis años que acababa de entrar a mi despacho, me miraba con una sonrisa.

—Hola, cielo —la saludé—, ¿te has perdido? —En lugar de hablar me dijo hola con la mano—. ¿Buscas a alguien?

Me empezó a hacer gestos con las manos, ahora la reconocía. Era una de las niñas beneficiarias del proyecto de personas con discapacidad. Teníamos varias personas en su situación, y el día que conocimos a los chicos que formarían parte del proyecto teníamos un intérprete. No conocía la lengua de signos, así que no sabía si podía leerme los labios, pero yo no la entendía a ella. Me quedé allí atontada, mirándola, era una niña con una sonrisa desdentada preciosa, de gigantes ojos de color verde, con unas pestañas que envidiaría cualquier mujer. Sus mejillas estaban cubiertas de pecas y tenía el cabello pelirrojo recogido en dos trenzas a los lados, que le caían mucho más abajo de los hombros.

Llevaba un vestido de Elsa, el personaje de Frozen. Sonreí, me gustaba Elsa, me caía bien, me gustaba el frío casi tanto como a ella.

—Me gusta tu vestido —dije, señalando su ropa y supe que me había

leído los labios cuando sonrió y movió orgullosa su cuerpo de un lado a otro acariciando la tela—. ¿No deberías estar en el taller? —Pregunté y ella se encogió de hombros, supuse que no me había entendido—. Anda, vamos, que se pueden preocupar los profes.

La niña me dio la mano, lamenté no recordar su nombre, hacía mucho tiempo que había impartido el taller, y no era especialmente buena recordando nombres.

Al salir de mi despacho me crucé con Gustavo.

—¿Y esa niña? ¿Has tenido hijos con el pelirrojo y no me he enterado? —preguntó con gesto serio y tono burlón.

—Muy gracioso. Creo que se ha salido del taller. Pero no la entiendo.

Gustavo se agachó hasta quedar a la altura de los ojos de la niña y la saludó. Empezó a mover las manos diciéndole algo que no entendía. La niña le contestó y él sonrió. Pude intuir que le dijo algo sobre su vestido también, pues la niña sonrió y volvió a repetir el gesto de acariciar la tela. Señaló su boca y ella le enseñó tres dedos, suponía que era la cantidad de dientes que el ratoncito Pérez le había cambiado por monedas.

—Anda, vamos —dijo Gustavo riendo—. El monitor debe estar preocupado. Le ha dicho que iba al baño y se ha escapado.

—¿Por qué? ¿No le gusta el taller? ¿Se aburre? ¿Le preocupa algo? —acribillé a mi amigo a preguntas.

—Me ha dicho que es un secreto y que no me lo puede decir y luego me ha dicho que le has caído bien porque te ha gustado su vestido, dice que es su vestido favorito, le he dicho que es precioso y me la he metido en el bolsillo. Es un arte que tengo, todas las mujeres caen rendidas a mis pies —bromeó.

—Eres imbécil —reí.

Fuimos hasta la zona de las aulas y Samanta y otros dos monitores

trabajaban con el resto de los chicos del proyecto.

—Se te ha escapado este pequeño bichito —le dije a Samanta.

—Oh, estabas ahí. ¿Cómo has tardado tanto?—le recriminó en alto, gesticulando con las manos. Después de acabar la frase, Samanta siguió moviendo las manos con rapidez y la niña le contestaba. La pequeña *renacuaja* soltó una carcajada y le guiñó un ojo antes de volver a su grupo.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien? —Realmente me inquietaba.

—Sí, descuida. Tengo que volver a la clase —contestó escuetamente Samanta, sin prestarme demasiada atención.

Aquellas dos habían hablado algo, miré a Gustavo que sonreía y disimulaba, no tenía tiempo de jugar. Así que simplemente me encogí de hombros.

—Ten cuidado con los críos, lo único que faltaba es que se saliera alguien del centro. Me preocupa mucho el tema. Somos responsables de ellos —sermoneé a Samanta, porque sí, porque me estaba tocando la moral que me ignorara y otras cosas que ahora mismo no venían al caso, por las que le había cogido más manía de lo que era aceptable reconocer.

—No te preocupes, su madre está allí mismo —señaló a la mujer, que ahora hablaba con su hija moviendo las manos con agilidad, sonrió y miró en mi dirección al notar que la estaba observando. Me saludó con la mano, correspondí su gesto y me encogí de hombros. Si su madre no le llamaba la atención por andar deambulando por el edificio, no era yo quién para hacerlo. Así que simplemente me dirigí de nuevo a Samanta.

—Muy bien, te dejo que sigas. Hasta luego.

—¡Hasta luego! —contestó con una sonrisa—. Chicos, le decimos adiós a Arinegua y a Gustavo.

—¡Adiós! —gritaron algunos, otros lo dijeron con la mano.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó, ahora moviendo las manos al

mismo tiempo. Todos levantaron el dedo pulgar y algunos gritaron que sí al mismo tiempo.

—Lo estáis haciendo genial, chicos. Seguid así —dijo Gustavo—. Hasta luego.

—Hasta luego —repetí y salí tras él.

Caminamos en silencio hasta los despachos.

—Me voy a ir a casa, hoy estoy especialmente cansada.

—No te sentó muy bien el baño esta mañana, pero quiero que sepas que aún calada hasta los huesos y con cara de mala leche, estás increíblemente *sexy* —bromeó mi amigo.

—¡Estúpido! Veo que estás de mejor humor, creo que tenemos una conversación pendiente. Cuando te apetezca hablar, aquí estoy —le dije, apoyando la mano en su brazo.

—Gracias, Ari. Hoy no puedo, tengo cosas que hacer, pero hablaremos. Descansa —se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Gustavo —llamé su atención cuando ya se había dado la vuelta, se giró para escucharme—. ¿Qué hablaron Samanta y la niña?

—Ella le dijo algo así como «misión cumplida» y Samanta la felicitó y le dio las gracias.

No entendía un carajo, así que me encogí de hombros y fui a recoger mis cosas. Al final, me pudo la responsabilidad y encendí el ordenador, eso supuso una hora más encerrada en el despacho. Me rugían las tripas así que me di prisa por contestar los correos electrónicos, mientras comía una chocolatina que tenía reservaba en la mesa de mi escritorio y recogí rápidamente, con la intención de no prestar atención a nada más e irme de una vez.

Cuando salí de la oficina, Mario estaba frente al portal, apoyado en un coche de brazos cruzados hablando con Samanta. Intenté pasar desapercibida pero era imposible, me había visto.

—Bueno, Samanta, nos vemos el fin de semana —le escuché decir, la chica giró la cabeza, me vio y le dio dos besos a Mario antes de marcharse.

Era estúpido huir, pues era evidente que me estaba esperando, así que resoplé antes de acercarme. Estaba cansada y la verdad es que los tacones, durante el día, me habían tocado mucho los ovarios, aunque al menos se habían secado. No podía ni con mi alma, no tenía ganas de aguantar chorradas.

—Eh, pelirrojo, ¿qué tal? ¿Ya has dejado de hacer pan? —bromeé, como si fuera la primera vez que lo veía.

—No me hace gracia —dijo, de brazos cruzados.

—Mira, ya tenemos algo en común. Tú nunca me has hecho gracia a mí y aquí estamos, manteniendo una conversación de lo más infantil y estúpida.

—¿Te llevo? —me preguntó. No me había dado cuenta de que estaba apoyado en su coche.

Asentí y pasé a su lado, notando que se quedaba mirando a mi colgante con un atisbo de sonrisa, lo llevaba puesto de nuevo, pero no solo por él, sino por el diente de león y lo que significaba para mí. Seguro que el imbécil ese ni se había dado cuenta.

Condujo un buen rato, primero, me sorprendió que no me preguntase mi dirección, pero luego, supe que actuaba como siempre, sin pedirme opinión de a dónde tenía que llevarme. Me encogí de hombros y me dejé llevar. Me apetecía hablar con él e intentar aclarar el malentendido una vez más.

Me avergüenza reconocer que si voy en el coche mucho rato en silencio y estoy cansada, me duermo como una niña pequeña. Es más, normalmente, me duermo antes que mis hermanos, que suelen reírse de mí y hacerme trastadas cuando voy dando cabezadas. Y eso exactamente me pasó. Lo de mis hermanos molestándome no, solo la parte vergonzosa en la que daba cabezadas y me caía la baba por la comisura de los labios.

Eran las ocho de la tarde y ya había empezado a anochecer. Se oía la

radio de fondo, pero tampoco distinguía ninguna letra en particular que me animase. Mario conducía en silencio, pero para ser sincera no me sentía incómoda y apoyé la cabeza en el cristal, así que finalmente me terminé quedando dormida, hasta que sentí que ponía el freno de mano.

No se distinguía absolutamente nada a nuestro alrededor. No sabía cuánto tiempo habíamos ido en el coche ni hacia dónde, pero era noche cerrada y estábamos en un lugar apartado del universo.

—¿Vas a chuparme la sangre y convertirme en vampiro? —bromeé algo nerviosa. Una chispa en sus ojos me desveló que le había hecho gracia.

Mario subió un poco el volumen de la radio. Él y sus gustos musicales roqueros y *heavys*. No me enteraba un carajo de la letra y el ritmo no era precisamente de mi gusto, pero era animado, igual así me despertaba.

—La sangre no sé... pero chuparte, seguro —dijo, antes de agacharse un poco y dar, bajo mi asiento, con la palanca que echaba el sillón hacia atrás.

Pasó a mi lado y de un movimiento, me puso encima de él y yo me dejé hacer cuando hundió su boca en la mía. Sus besos eran salvajes y duros. Sus manos se clavaban en mi cuerpo, en mis piernas, en mis nalgas y estaba segura de que se me iban a quedar marcas. Su rudeza provocó una oleada de calor entre mis piernas, al instante, sentí la humedad que recorría mi sexo exigiendo atención.

Con sus dedos clavados en mis caderas, ejercía presión haciendo que su miembro, duro como una piedra, se apretara contra el mío. De un movimiento, me quitó el vestido y con otro, mi sujetador voló, hundiendo sus dientes en mis pezones, haciéndome retorcer de placer y dolor a partes iguales.

Cuando me arrancó las bragas, ya supe que aquello no iba a ser dulce y suave y estaba tan mojada con solo pensarlo que tenía la sensación de que me iba a correr allí mismo antes de que me la metiera.

Me hizo incorporar un poco para poder liberarse del pantalón y se clavó en mi interior sin ninguna compasión, apretando con fuerza y rapidez mis nalgas. Mordió mi cuello y gemí... era salvaje y rudo y por alguna extraña razón, eso a mis zonas íntimas parecía gustarles demasiado, pues se contraían a su antojo. Me corrí en pocos minutos, pero no me dejó frenar el ritmo.

Tiró de mi cabello hacia atrás y me mordió el cuello, chupando seguidamente con fuerza, volvió a bajar hasta mis pezones, devorándolos con ansias. Estaban sensibles y doloridos y parecían tener conexión directa con mi sexo, pues al segundo mordisco, volví a correrme.

Mario era fuerte y yo menuda, sin capacidad para controlar a aquel hombre que recostó el sillón y de un movimiento me giró de tal forma que me quedé debajo en una postura un tanto extraña mientras él me penetraba una y otra vez, sus gruñidos me hacían temblar de deseo y el contacto era tal, que pensé que o me corría de nuevo o me reventaba allí mismo.

Mi cuerpo se convulsionó y él se movía con mayor celeridad. Cuando escuché mi nombre en sus labios no pude más.

—Arinegua, nena, me voy a correr —me susurró al oído, tirando de mi cabello de nuevo para poder acceder a la zona con mayor facilidad.

Tragué fuerte y noté como me iba de nuevo, sintiendo cada convulsión de su polla dentro de mí, que se había vaciado por completo.

## Capítulo 25: Una pequeña duendecilla

Tras un polvo monumental, Mario me dejó en casa, nos despedimos y no tenía demasiadas esperanzas de volver a saber de él. No hablamos nada en absoluto, no aclaramos la situación, solo hubo sexo salvaje, besos, sonrisas y más besos. Las piernas me temblaron un buen rato y la sensación de satisfacción era tal, que caí rendida en mi cama sin siquiera cambiarme de ropa.

Me levanté llena de agujetas y la imagen en el espejo me devolvía marcas en mis nalgas, piernas e, incluso, algunas de haber chupado con demasiada fuerza en varias partes de mi cuerpo. Solo con ver el reflejo, me volvía a mojar, al recordar la imagen de Mario, follándome como si no hubiera un mañana.

Me fui directa a la ducha, me vestí elegante pero sencilla, con una blusa de botones, pantalón de cintura alta y unas botas de tacón cuadrado muy cómodas. Me tomé un café doble y salí de casa sin hacer ruido, aún era temprano y Sabrina seguía durmiendo, pero tenía mucho trabajo que hacer y lo cierto era que no podía dormir. Tenía una mezcla de sentimientos que no me apetecía nada pararme a analizar en aquel instante.

Al llegar a la oficina me extrañó comprobar que Gustavo no había llegado. Siempre era el primero en aparecer y llevaba unos días de lo más raro, pero me encogí de hombros, dispuesta a no dejar pasar un día más. Tenía que sacarle eso que tanto le preocupaba y que había transformado a un sinvergüenza y descarado como él, en un espectro que se arrastraba por los pasillos.

Rescaté mi móvil del fondo del bolso, no lo había sacado la noche anterior y yacía sin batería. Lo enchufé a la corriente y pitaron unos cuantos wasap que ignoré. Tenía que ponerme a trabajar y lo que menos necesitaba era distraerme.

Una media hora más tarde se empezaba a sentir movimiento de gente por la oficina, mientras contestaba un correo electrónico tras otro, pero Gustavo seguía sin aparecer y ya no podía dejar de mirar la hora cada dos minutos y medio.

Por fin, sentí la llave en la puerta de su despacho, frente al mío y me levanté de prisa.

—Buenos días. —Intenté no sonar preocupada y más, al ver el aspecto deplorable que traía, con la camisa arrugada y una barba que era incapaz de calcular de cuántos días era, pero muy descuidada. Las ojeras denotaban que no había dormido demasiado—. ¿Puedes pasar a mi despacho cuando sueltes todo?

Gustavo asintió y volví a mi sitio para darle espacio. Me concentré de nuevo en el archivo que tenía delante y casi una hora después, apareció con dos cafés, me tendió uno y cerró la puerta de mi despacho.

—¿Me vas a contar ya lo que ocurre, Gus? —pregunté al fin, tras unos segundos de saborear el café en silencio.

—Miriam —respondió escuetamente.

—¿Miriam? —Intenté hacer memoria, pero Gustavo nunca me hablaba de sus ligues.

—Mi ex mujer. —Se pasó la mano por la barba.

—Oh, ¿le ha pasado algo? ¿Me explicas un poco más? Porque sigo sin entender un carajo. —Gustavo terminó su taza de café, me exasperaba verlo tan callado, pero suponía que intentaba poner las ideas en orden, después de unos instantes que se me hicieron eternos comenzó a hablar.

—Hace unos días Miriam me llamó por teléfono, al principio como no me apetecía hablar con ella, simplemente ignoré las llamadas, pero insistió tanto que al final, algo preocupado, la llamé.

»Me pidió que nos viéramos, por lo que me enteré de que estaba en la

isla. Me dijo que necesitaba mi ayuda. Total, que se presentó en casa, bañada en lágrimas, con un aspecto lamentable y me dijo que no tenía dónde ir y que necesitaba quedarse en mi casa unos días. Sé que no es cierto del todo, su hermana vive aquí, pero claro, con su marido y sus tres hijos, supongo que no quería ser un estorbo para ella. —Gustavo suspiró—.

»Por supuesto, como le hubiera dicho a cualquier otra persona en su situación, le dije que podía quedarse en casa todo el tiempo que necesitase, tan solo por los años que pasamos juntos, no me parecía correcto decirle, búscate la vida y ya. Así que tengo a mi ex viviendo en mi piso, vuelve a estar sin empleo y más deprimida que nunca, embarazada de su ex jefe y según dice, arrepentida hasta el tuétano, de haberme pedido el divorcio.

—Pero... pero... —No sabía qué decir.

—Una vez afincada en Madrid, en aquel trabajo que consiguió como chica de las fotocopias, fue ascendiendo en la empresa, hasta llegar a secretaria de uno de los directivos. Un tipo serio, que siempre andaba de mal humor y con el que ella se divertía coqueteando. Se liaron y el asunto fue cada vez a más, se alargó más de un año en el tiempo. Era un simple juego, en el que Miriam lo pasaba bien, pero sin pensar en que él tenía una familia. Tampoco es que se prometieran amor eterno ni nada por el estilo, no me ha dado a entender en ningún momento que se hubieran enamorado.

»Tan solo que un día se dio cuenta de que estaba embarazada. No quiso decirle nada a él, porque sabía que su reacción no iba a ser buena y ella quería tomar su propia decisión, sin que nadie influyera en ella. —Gustavo se rascó la barba de forma nerviosa, tenía el peor semblante que había visto en mi vida—. Cuando por fin se atrevió a hablar con él, ya había decidido que quería tener ese hijo y, además, era tarde para ponerle cualquier tipo de solución que no fuera seguir adelante con el embarazo. Su jefe no se lo tomó nada bien, se enfadaron, se dijeron cosas horribles y él intentó obligarla a que viera a un

amigo suyo ginecólogo que interrumpiría el embarazo aunque hubiera pasado el plazo legal. Pero Miriam estaba convencida de seguir adelante, ni siquiera le exigía que reconociera a su hijo, para su entorno sería un embarazo de un polvo de una noche con una persona que ni recordaba. Pero él estaba histérico, intentando hacerle entender que tenía cuatro hijos y que no podía traer al mundo un quinto.

»Total, que se buscó la vida para despedirla. Estuvo atento a los movimientos de Miriam, que estaba nerviosa, la situación la sobrepasaba y no tardó en cometer un error tras otro en la oficina. Ahora tengo en casa a una mujer embarazada, hecha un hervidero de emociones y que me suplica que le dé una segunda oportunidad.

—¿Cómo? —pregunté, alucinada—. Pero, Gustavo... ¿vas a volver con ella? ¿Vas a criar a un hijo que no es tuyo con alguien que te dejó en la estacada?

—No puedo echarla a la calle, Arinegua. No puedo.

—Sí puedes, Gus. Tú mismo me has dicho que ella tiene más familia aquí, que se vaya con su hermana, que se busque la vida, que dé a luz a ese hijo que se ha empeñado en traer y que en cuanto pueda, busque un trabajo para mantenerlo, supongo que mientras tendrá algún tipo de prestación por desempleo. No sé... pero que te cargue a ti el muerto no me parece una opción. —No lo estaba ayudando, era consciente, resopló y se pasó la mano por el pelo—. ¿Qué sientes tú? ¿Qué piensas?

—Joder, Arinegua. Miriam fue el amor de mi vida durante muchos años y al verla de nuevo se me ha despertado toda la mierda de cuando se marchó y me dejó tirado. Aún la quiero, aunque me joda, aunque me duela.

—No tienes aspecto de ser un hombre feliz que vuelve con su exmujer porque van a darse una segunda oportunidad. —Reflexioné, cruzándome de brazos, negándome a entender qué le había hecho aquella arpía para destrozar

de la manera que lo había hecho a mi amigo.

—Me ha pedido que reconozca a su hijo.

—Joder —murmuré.

—Estoy hecho un lío. Tenemos la oportunidad de empezar de cero, pero no vamos a estar solos, habrá alguien más en la ecuación. Me da pánico, Arinegua, pánico de que las cosas no vayan bien y esa personita se vea perjudicada por algo de lo que no tiene culpa. Yo no soy un padre... no lo soy.

—Pues si no quieres, no lo seas.

—No sé lo que quiero, lo único que sé es que acabo de equipar una habitación con una cuna y muebles típicos de bebés. Que Miriam sonrío y la veo feliz acariciarse el vientre durante horas y que, me veo envuelto en esta espiral, en la que me he quedado atrapado.

Me levanté y di la vuelta al escritorio. No sabía qué decirle. Así que ya no dije nada más, solo lo abracé y él se dejó hacer.

—Para cualquier cosa que necesites, quiero que sepas que puedes contar conmigo. —Fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Estoy cagado, Ari, muy cagado. Pero quiero enfrentarme a mis fantasmas. Quiero intentarlo.

Acaricié su pelo revuelto y dejé que se aferrara a mi pecho. No me sentía capacitada para darle ningún tipo de consejo. ¿Qué podía decirle? Se notaba que estaba enamorado de esa mujer, de lo contrario, no le hubiera permitido volver en esas circunstancias. ¿Eso era bueno o era malo? ¿Qué podía decir yo que nunca había sido capaz de enfrentar a mis propios fantasmas? Sería duro, era consciente, y lo más que podía hacer por él era estar a su lado.

Tras unos minutos, Gustavo me dio las gracias y sonrió antes de volver a su despacho. Necesitaba concentrarme, tenía un montón de trabajo pendiente y volví a la hoja de cálculo con la que intentaba ponerme al día.

Sobre media tarde, sentí unos golpes en la puerta de mi despacho. Por segundo día consecutivo, había almorzado una chocolatina, al final iba a tener que empezar a tomar en consideración la oferta de la abuela de Mayra de traerme un par de *tuppers* de comida preparada, porque a este paso me iba a dar una anemia de campeonato.

—Adelante —murmuré—. Adelante —repetí más alto, cuando me di cuenta de que lo había dicho demasiado bajo.

Tuve que levantarme para abrir porque nadie pasaba. La niña del día anterior apareció tras la puerta, con aquella preciosa sonrisa desdentada. Lucía una melena suelta llena de tirabuzones que le llegaba hasta la cintura. Era preciosa, aunque no atinaba a averiguar qué necesitaba de mí.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunté—. ¿Quieres pasar? —Señalé al interior de mi despacho y la niña asintió—. No te gusta mucho asistir al taller deportivo, ¿verdad? —Me hizo sonreír con un gesto muy simpático encogiéndose de hombros, ya empezaba a darme cuenta que lo hacía cuando no me entendía del todo bien—. ¿Te apetece dibujar? —Acompañé la pregunta de un gesto como si dibujara en el aire. Al ver cómo se le iluminaba la cara asentí—. Vale, dame un minuto. Siéntate —señalé hacia una silla frente a mi escritorio.

Junto a mi despacho había un pequeño almacén en donde se guardaba, entre otras cosas, material que se utilizaba para los talleres. Así que tomé prestado algunos folios y una caja de colores con la firme idea de averiguar qué le llevaba a la niña a huir de las clases, ya que no era correcto que anduviera deambulando por allí y tenía que acabar con eso.

Sentada en la silla movía las piernas de forma rítmica, primero una y luego otra. Sonrió feliz cuando le coloqué delante todo el material y señalé su camiseta de Olaf.

—Te gusta Frozen, ¿eh? —La niña asintió—. A mí también —dije.

Volví a mi escritorio y la dejé dibujar, parecía muy concentrada y feliz, seguro que no le hacía daño a nadie porque estuviera un momento conmigo. Unos minutos después, Gustavo tocó en la puerta de mi despacho, antes de pasar.

—¿No te vas a casa aún? —preguntó y señalé a la niña.

Gustavo se acercó a ella y llamó su atención tocándole el brazo. Empezó a mover las manos con agilidad y ella respondía con más movimientos. No entendía un carajo y me sentía la más estúpida del universo por no ser capaz de comunicarme con la cría como lo hacía él.

—¿Puedes preguntarle cómo se llama? —Le pedí a mi amigo, que asintió.

—Patricia —me contestó unos momentos después.

—Vaya, es un nombre precioso —dije, porque ella me observaba con atención. Sonrió satisfecha y volvió a su dibujo—. No tengo ni la menor idea de lo que quiere de mí. —Gustavo se encogió de hombros.

—Lo que para nosotros puede resultar una clase de educación física cualquiera, para ella igual es un mundo. El objetivo del taller deportivo es potenciar el beneficio del deporte en las personas con discapacidad, pero no hay que olvidar que las personas que no tienen un control auditivo les cuesta mucho mantener el equilibrio y es lo que intentamos reforzar, o al menos, eso fue lo que explicó tu novio imaginario el primer día. Pretendemos darles calidad de vida a través del ejercicio físico —me explicó, como si ese día yo hubiera estado demasiado entretenida mirando las pecas del susodicho y no le hubiera atendido como debía.

—Sí, lo sé. ¿Se escapa porque le supone un esfuerzo sobrehumano completar la clase? Si es así, tendría que hablar con Samanta o con Mario del tema, que busquen la manera de hacérselo más fácil —contesté preocupada.

Patricia ordenó todos los colores en su sitio justo antes de levantarse y

venir hacia mí, tendiéndome el dibujo que acababa de hacer. Solo con verlo se podía averiguar que era una niña muy cuidadosa y pulcra. Me ofrecía una imagen de trazos esmerados y coloreados, sin salirse, con los espacios perfectamente rellenos. Un sol radiante y sonriente imperaba en aquella obra de arte, rodeado de nubes, igualmente contentas. Cuatro personas cogidas de la mano bajo aquel amplio sol, un gato y corazones voladores alrededor de los personajes de aquel pintoresco retrato.

—Oh, qué gatito más mono. —La niña frunció el ceño y mirando a mi amigo gesticuló con las manos y él habló intentando aguantarse la risa.

—Está algo ofendida porque has confundido a su cobaya con un gato —me explicó.

—Oh, es verdad, pero qué tonta. Perdona, cómo no me di cuenta, si está clarísimo que es una cobaya, y es preciosa además. ¿Quiénes son los del dibujo? ¿Tu familia?

La niña se encogió de hombros y movió las manos.

—Dice que tiene que irse, que su madre la espera —tradujo Gustavo.

—Adiós, Patricia. —Me despedí con la mano.

—La acompañó hasta el aula del taller —me dijo Gustavo saliendo tras ella—. Espérame, que te llevo a casa.

Cuando desaparecieron tras la puerta, empecé a recoger mis cosas, colocando todo en su sitio y apagando el equipo, tras lo cual colgué el dibujo de Patricia con un poco de celo en la pared, tras mi escritorio. Me caía bien aquella mocosa, era tan alegre, sonreía tanto y su dibujo estaba lleno de colores tan alegres, que no me cabía la menor duda de que Patricia era una niña feliz que tenía muchas lecciones que dar al mundo. En momentos como aquel, notaba cuánto adoraba mi trabajo y tener acceso a personitas como ella, que sonreían a la vida, aunque para ella no fuera sencillo vivirla sin poder hablar o escuchar.

Gustavo vino en mi busca y ya íbamos a salir de la oficina cuando vimos acceder a la sala a Patricia, esta vez de la mano de su madre. Por un momento pensé que me iba a llamar la atención por entretener a la niña y no avisar de que se había vuelto a escabullir y lo cierto era que tendría toda la razón del mundo.

—Hola, disculpe que la moleste —me dijo la mujer. Era pelirroja, tenía una belleza natural espectacular. No estaba maquillada ni excesivamente peinada. Llevaba la melena suelta e iba vestida sencilla: con un suéter, vaqueros y botas planas—, Patricia me ha dicho que ha olvidado algo y ha insistido mucho en venir a su despacho.

Patricia agarraba la mano de su madre y estaba seria.

—¿Todo bien, cielo? ¿Qué has perdido? —Cuando recogí mis cosas no me pareció ver nada.

La niña miro a su madre y gesticuló, su madre le respondió y Patricia seguía moviendo las manos. No podía entender nada así que esperamos de forma paciente. Gustavo reía, pero la madre de la chiquilla parecía algo molesta.

—Lo siento, dice que le faltó algo en su dibujo que es importante. No quería importunarla, pensé que se había dejado algún juguete o algo —me explicó la mujer, un tanto apurada.

—No es molestia, no se preocupe. Ven —le dije a la pequeña.

Entramos a mi despacho y despegué el dibujo de la pared con cuidado. Le tendí un lápiz que tenía en uno de mis cajones y esperaba que no me hiciera ir a buscar los colores, porque me picaba la curiosidad, pero me picaban más los ojos del cansancio.

Tardó apenas unos segundos en garabatear algo en la imagen y volver a pegarla en el lugar que estaba, con celo. Asintió feliz, observando su pequeña obra de arte con las manos en jarras y los mayores nos echamos a reír por

aquel gesto de felicidad.

—Es un dibujo precioso —le dije cuando me miró—. Muchas gracias —Patricia vino hasta mí y me dio un abrazo, que correspondí—. Qué niña más cariñosa, es un amor.

—Disculpa las molestias. —La señora tendió la mano en dirección a Patricia y ella fue hasta su madre, cogiéndosela.

—De verdad, no es ninguna molestia. Patricia es un encanto —comenté feliz.

—Le has caído bien. Me llamo Teresa, soy su madre. Estoy muy contenta con la evolución de la niña durante el proyecto, aunque en casa hemos estudiado mucho y hacemos ejercicios y terapias que puedan ayudarla a mejorar su calidad de vida, el relacionarse con otros niños y adultos con su mismo problema en un entorno diferente donde la prioridad es su bienestar, le ha ayudado mucho. Está más contenta, feliz.

—Encantada, Teresa. No sabe cuánto me alegra oír eso.

—Bueno, nos vamos ya, que es tarde. Buenas noches —se despidió.

—Igualmente.

Mientras guardaba el lápiz en su sitio correspondiente, vi reírse a Gustavo, mientras miraba el dibujo y me acerqué a él, intentando averiguar qué era eso tan importante que había olvidado añadir. Las cejas se me levantaron solas al advertir que uno de los monigotes tenía pintado en el cuello algo, que juraría que era un diente de león como el mío. Me fijé bien en la imagen. Una mujer, una niña, otra mujer —la que tenía el diente de león en el cuello— y un hombre, de la mano de la última mujer.

— ¿De qué te ríes? —le pregunté a mi compañero.

—Nada, que me he fijado en el dibujo de Patricia y creo que le está buscando novia a su padre. —Me encogí de hombros.

—Anda, vamos... —dije dándole un toque en el brazo y apagando las

lucen mientras cerraba el despacho— Oye, Gustavo... —llamé su atención de camino al coche.

—Dime —parecía metido en sus propios pensamientos y no me prestaba demasiada atención.

—¿Tú me enseñarías un poco de lengua de signos?

—Claro, te daré algunas clases.

## Capítulo 26: Confesiones y apuestas.

Gustavo apareció a la mañana siguiente en mi despacho con dos cafés, los soltó encima de mi mesa y gesticuló con las manos.

—Esto es: Buenos días. Te he traído un café.

—¿Cómo se dice eres un Dios, un ser supremo y te adoro? —bromeé con una sonrisa.

—¿Dios a secas o Dios del sexo? —respondió socarrón.

—Ja y ja. Qué gracioso. Te noto de mejor humor —contesté feliz de que mi amigo sonriera y bromeara como siempre. Gustavo no dijo nada pero no lo necesitaba, ya lo conocía lo suficiente para saber que ya no parecía tan preocupado. Tampoco me servía de nada presionarlo, ya me contaría cuando le apeteciera.

Durante algunos días, Patricia pasó por mi despacho más o menos a la misma hora, unos cinco o diez minutos antes de que se acabara el taller. Hice algunos progresos con Gustavo para comprobar cómo le hacía feliz poder comunicarse conmigo. Yo seguía sin entender demasiado pero era capaz de saludarla, decirle que estaba preciosa, que me encantaba su ropa, o simplemente preguntarle si le apetecía pintar algo.

Mi cajón se iba llenando de ilustraciones coloreadas con cuidado y esmero. Tras pasar unos pocos minutos en mi despacho, su madre venía a recogerla y Patricia me daba un abrazo antes de marcharse. En todos los dibujos aparecíamos las dos, al menos lo suponía, porque uno de los dos monigotes tenía una especie de flor en el cuello y el otro tenía el pelo naranja y pecas. Playa, parque, casa... a veces acompañados por otros dos personajes, que yo suponía que eran sus padres, pero siempre alejados uno de otro.

Me hubiera gustado preguntarle, pero era difícil, puesto que jamás entendería todo lo que me contara e igual, si le pedía a Gustavo que hiciera de interprete me iba a llevar una regañina por entrometida, pero yo solo quería

saber por qué Patricia se había empeñado en hacerme su madrastra y por qué a su madre parecía no importarle demasiado que la niña se encariñase conmigo.

El viernes se acercaba peligrosamente y un nudo apretaba en mi estómago, estaba intentando decidir si volver a Gran Canaria, para poder ver a Mario y mi conciencia me gritaba que no habíamos hablado ni una sola vez desde el lunes, que me había sorprendido un millón de veces mirando el móvil, suspirando, mirando el perfil de Mario, sin que él me escribiese absolutamente nada. Vamos, a lo quinceañera hormonada total. Vomitivo. Lo sé.

¿Solo había sido sexo? ¿De nuevo? Bueno, quería decir, ¿esta vez sí que había sido solo sexo? No tenía la menor idea, estaba hecha un manojo de nervios, porque Mario me gustaba, pero no tenía ni idea de qué sentía él o por dónde iban los tiros de todo aquello que nos traíamos entre manos.

—¿Te apetece tomar una cerveza después del trabajo? —pregunté a Gustavo, asomándome a su despacho cuando estaban a punto de dar las dos de la tarde.

—No puedo, Ari, pero gracias. Otro día.

—Vale, es verdad. No me acordaba de que ahora eres un hombre de familia y que tienes que volver a casa a cuidar a tu mujer embarazada. —Sabía que tenía que morderme la lengua y tuve la certeza de ello cuando vi el gesto contrariado de mi amigo. Me iba a mandar a la mierda de un momento a otro. Lo estaba viendo venir—. Perdón, no quería ofenderte.

—No pasa nada. Sé que no lo entiendes y sé que tenías una idea de mí bastante alejada de la realidad. Este soy yo. Gustavo, el pringado. Gustavo, el enamorado. Gustavo, el casado. —Y no sabía si me lo decía para convencerme a mí o a sí mismo, porque yo no me lo creía.

—Gustavo, el equivocado —le corregí—. ¿Vas a casarte de nuevo con tu ex? —pregunté flipando y con cierto tono molesto en mi voz, que intenté

evitar pero no pude.

—No, no... no pienso en nada de eso, ahora mismo solo quiero que esté cómoda, que pueda dar a luz a su bebé y tenga un techo dónde vivir y que sean felices, ambos. —«Sean, no seamos», retumbó en mi cerebro.

—Ya —contesté escuetamente.

—¿Por qué te jode tanto?

—Lo siento, cielo. No me jode. Simplemente creo que has aceptado lo que se te ha venido encima porque te ha cogido por sorpresa. Ha aparecido tu ex de la nada, te ha contado una historia digna de un *bestseller*. Y puedo llegar a entenderlo, llevabas siglos sin verla y de pronto has recordado todo lo bonito y parece que se te ha olvidado que te dejó tirado, que se largó lejos de ti simplemente para hacerse la chica de los recados, que no se atrevió a pedirte el divorcio por teléfono. Un día, de buenas a primeras, recibiste la demanda en tu casa. Vivió una aventura que le salió mal, de la noche a la mañana se vio sin trabajo, sin posibilidad de pagar un alquiler y con una criatura en camino que debía criar sola... estaba desesperada y *plin*, se le encendió la bombillita. Tú la quisiste un día, lloraste su pérdida, la dejaste marchar para que fuera feliz, así que quién mejor que tú para que la acogiese y le diera una vida, a ella y a su bebé... perdóname si me cuesta creer que ella esté enamorada de ti. Creo que ha sabido jugar bien sus cartas y tú, por pena, o yo que sé... porque se te ha venido a la memoria todos los años de tu vida que compartiste con esa mujer, todos los años en los que intentaste hacerla feliz sin éxito, te has dicho a ti mismo que la vida te ha dado una segunda oportunidad para intentarlo de nuevo.

»Pero creo, sinceramente, que ahí fuera hay alguien mejor para ti, que te pueda querer de verdad, enamorarse y te ofrezca una nueva vida. No te digo que la echés a la calle, ayúdala si eso es lo que quieres hacer, pero te he visto muy mal los últimos días, no pareces un hombre enamorado que se reencuentra

con el amor de su vida. Pareces un hombre preocupado, ofuscado, al que le están imponiendo lo que ella siempre quiso: tener hijos, una familia... algo que a ti, por el momento, no te apetecía y supongo, que el hecho de que el hijo no sea tuyo, no es realmente lo importante, sino que te sientes comprometido con algo que realmente no es de tu responsabilidad.

—Ya —murmuró y se encogió de hombros. Resoplé exasperada.

—Bueno, creo que me voy a ir a casa de mi padre el fin de semana, tengo ganas de ver a mis hermanos y a Mayra —contesté secamente, porque sabía que aquella conversación no estaba sirviendo de nada.

—Dale saludos de mi parte a la mujer lapa —bromeó.

—Lo haré. Buen fin de semana.

Me acerqué hasta él y le di un beso en la mejilla. Gustavo me agarró de la mano cuando ya me daba la vuelta para marcharme.

—Gracias por estar ahí, no te ofusques, no te enfades... no vale la pena. Estoy perdido, lo sé. Pero la quiero y quiero intentarlo.

—No la quieres, solo crees que te da la seguridad que no te puede dar otra mujer. Pero es tu vida y es tu decisión, te apoyaré siempre, Gustavo. Soy tu amiga.

Gustavo me abrazó y me cogió por sorpresa, porque no era un tipo que hiciera ese tipo de gestos. Las únicas veces que se había acercado tanto a mí, era porque pretendía echar un polvo. Un polvo de la hostia, todo sea dicho de paso. Supe que me necesitaba. Estaría allí para recoger sus migajas cuando aquella mujer acabara de nuevo con él.

Gustavo me acercó a casa y justo cuando me dejaba en el portal del piso, Sabrina aparecía por la calle, saludó con efusividad a mi amigo y él, simplemente, levantó la mano antes de arrancar como si no le apeteciera cruzar ni una palabra con ella.

—Hola, petarda —me saludó—. ¿Qué le pasa a Gustavo?

—No tiene una buena semana. —Me encogí de hombros, no quería contarle sus intimidades, por muy amiga mía que fuese Sabrina.

—Ese está colado por ti, le pesan los huevos y está deseando descargarse follándote como un cosaco. —Puse los ojos en blanco al escuchar su hipótesis.

—Joder, Sabrina, mira que eres plasta. Tiene su vida, sus problemas... —intenté desviar el tema.

—¿Se le han desteñado los *boxers* blancos Calvin Klein? —preguntó, simulando estar preocupada y solté una carcajada. Sabía que bromeaba, que lo decía por hacer la payasa.

—Hay que ver qué cabrona eres cuando quieres. Anda, vamos para casa —protesté, dándole pequeños empujones para que caminara de una vez, abrí el portal y comenzamos a subir las escaleras con ella detrás de mí— ¿Sabrina? —Llamé su atención sin girarme a mirarla.

—¿Qué? —preguntó distraídamente.

—Me acosté con Gustavo en la fiesta de Navidad de la empresa.

Por un momento pensé que igual a Sabrina podría molestarle. No sabía si le gustaba ese hombre, aunque ella era tan consciente como yo de que Gustavo era un ser inaccesible, un hombre de hielo por dentro y puro fuego por fuera. Pero tampoco quería ocultárselo, porque ella era mi amiga, hasta donde yo sabía entre ellos solo había habido un revolcón o dos sin importancia, pero prefería dejar las cosas claras. Mi amiga Sabrina empezó a reírse a carcajadas dando palmas, pues sí que se lo había tomado bien, sí.

—Joder, tu amiguita Mayra me debe cincuenta pavos —soltó otra carcajada.

—¿Cómo? —Me giré hacia ella.

—La noche que pasamos en casa de Gustavo y comprobamos que te miraba como si fueras un trozo de chuletón con salsa barbacoa, le dije a

Gustavo que si se lo curraba un poco caerías —me explicó, así, tan clara como siempre era ella.

—Joder tía, qué perra asquerosa eres.

—Calla idiota, que ya estabas necesitando un *polvazo* de verdad para que se te quitase tanta chorrada con el pelirrojo sopla dientes de león. —Abrí la boca dispuesta a protestar pero siguió hablando mientras abría la puerta de nuestra casa y soltábamos las cosas en la entrada—. Mayra me dijo que no ibas a ceder, que no te va nada ese tipo de juegos, total... que teniendo en cuenta, que unos días antes te habías quedado parada en mitad del salón mientras veías como yo le comía la polla y sabía que habías visto el material...

—¡Joder, Sabrina! —la interrumpí tapándome la cara de la vergüenza.

—¡Ja! —soltó partida de la risa, se lo estaba guardando la tía... — Gustavo me lo contó en cuanto saliste, porque se empezó a descoyuntar de la risa, justo después de correrse en mi boca y a mí no me estaba sentando demasiado bien. Me amenazó de muerte si te contaba algo, pero tía, te lo juro, ha valido la pena por ver tu cara de mosquita muerta espantada. Me matará. Lo sé.

—Ay, Sabrina, lo siento, yo... —me disculpé, completamente abochornada, las mejillas se me habían teñido de rojo y no sabía dónde meterme.

—Déjate de idioteces. No tienes que disculparte. No lo planeaste. En fin... sabía que habías visto el material y que si Gus insistía, no te ibas a poder resistir a probarlo, porque madre mía... ¿verdad?

—Madre mía... —murmuré.

—Pero eso no lo sabía Mayra. Te conozco lo suficiente como para saber que no se lo contaría jamás en la vida porque se burlaría de ti hasta el infinito. Así que hicimos una apuesta con Gustavo de testigo que reía sin parar.

—Pues vaya... —Me crucé de brazos—. Ya decía yo por qué a Mayra pareció molestarle tanto que me liara con él —me empecé a reír.

—¿Se lo has contado a Mayra antes que a mí? —preguntó, boquiabierta.

—No se había dado la ocasión y digamos que ella lo averiguó por sí misma. —Me encogí de hombros.

—¡Será asquerosa! Y no me ha pagado la apuesta. —Sabrina reía sin parar.

—Oye, Sabrina... ¿te molesta que me haya liado con él? —pregunté, porque necesitaba saber si ella sentía algo por aquel adonis que tenía por compañero de trabajo.

—Tú eres tonta, ¿no? Llevo insistiendo para que te lo beneficies desde el primer minuto en que lo vi. —Recapacité y me di cuenta de que era cierto, Sabrina había insistido en la misma idea mucho tiempo y aún lo seguía haciendo.

—Vale, solo por si acaso.

—Te venía bien para olvidar al pelirrojo ese que te tenía medio mustia. —Sabrina se perdió pasillo a través y volvió cinco minutos después.

—Sabrina... —Llamé su atención.

—¿Qué? —respondió, tendiéndome una cerveza que acababa de coger de la nevera.

—El lunes me acosté con Mario. —Total, ya que estaba en momento confesión y abriendo una cerveza, estaría bien liberarme de todo eso que tenía guardado.

—Joder con la mosquita muerta.

—Me voy esta tarde a Gran Canaria a ver si lo veo y aclaramos algo de esta situación porque estoy de los nervios. Llevo desde el lunes con un nudo en el estómago. Fue un polvo muy salvaje, muy bestia... pero no sé si fue

solo eso. No hemos hablado en toda la semana.

—¿Por eso Gus estaba tan raro? —me preguntó asustada.

—¡No! No, por Dios. La verdad es que Gustavo no sabe nada, esta semana ha tenido problemas personales que no tienen que ver con sus Calvin Klein —maticé—, y no ha estado muy receptivo. Ya se le pasará.

—Venga, prepara las cosas cacho perra, que te llevo al aeropuerto, a ver si el lunes me cuentas el final de la telenovela.

## Capítulo 27: Un pasito *pa' lante*, María

Mi amiga Mayra llevaba unas semanas viviendo en una nube, Pablo era un buen chico, siempre lo había sido y lo mejor de todo es que antes que nada, era su mejor amigo. Salir con él, por fin, después de tanto tiempo colada por sus huesos, era bonito. Vamos, todas esas mariconadas de los pellizcos en el estómago, los fuegos artificiales, las sonrisas imbéciles, los cuelga tú, no mejor cuelga tú... sí, todas esas cosas vomitivas le estaban pasando a ella y lo peor es que sonreía como una estúpida al pensarlo.

Habíamos hablado hacía unos minutos para comentarle que estaría por Gran Canaria durante el fin de semana, se ofreció a recogerme en el aeropuerto y era la ocasión ideal para hablar de todo. Me guardé el tema de la apuesta hasta que nos viéramos en persona, quería ver la cara que se le quedaba. Mayra me contó muchas cosas en esa llamada. Ella solía contármelo todo, porque era mi mejor amiga de toda la vida, porque éramos como hermanas. Y la tía no se cortaba un pelo en describir detalles que me daban más vergüenza a mí que a ella. Puto amor. Daba asco.

Sin embargo, ese día se calló que estaba nerviosa, no me contó que las cosas con Pablo iban increíblemente bien y rápido a partes iguales. Como si de pronto, en apenas unas semanas, tuvieran que recuperar todo el tiempo pasado en el que desearon estar juntos y no dieron el paso.

El día anterior, Pablo le había preparado una sorpresa. Tenían el día libre y él había pasado a recogerla sobre media mañana. No habían quedado en nada en concreto, tan solo en pasar el día juntos, comer algo por ahí, pasear, quizás ir de tiendas, besarse en algún rincón apartado... eso es lo que tenía mi amiga en su mente cuándo él paró el coche frente a su casa.

Ese día, había decidido ponerse minifalda, mi amiga no era de ir enseñando pierna, pocas veces le había visto otra falda que no fuera la del uniforme del trabajo, pero vamos, tampoco penséis que de pronto había visto

la luz y quería lucir unas *piernazas* espectaculares para su maromo, no... lo que había pensado es que igual podían esconderse lo suficiente como para que Pablo le metiera mano. Sonrió al verse en el espejo y se mordió el labio inferior, porque imaginó cómo podrían escabullirse por algún callejón oscuro donde Pablo la girara, subiera su falda y la empotrara como había hecho en la antesala de los vestuarios del museo. Se humedeció al pensarlo. Aunque sabía que, en realidad, no sería capaz de hacerlo así.

Sabía que a Pablo le iba a gustar la pieza de ropa que había elegido, pero más aún, las medias lenceras que se había puesto debajo sujetas con un ligero precioso en color negro a conjunto con un tanga y un sujetador que le habían costado un riñón. Le encantaba provocarlo y ese día lo haría, por supuesto.

Cuando Pablo la recogió, le regaló una mirada cargada de deseo, no le resultó indiferente que mi amiga se había esmerado en estar guapa aquel día, aunque, pobre ignorante, no sabía lo que escondía debajo. Ella pensaba que iba a sorprenderlo. Sin embargo, cuando le preguntó a donde la llevaba y él contestó simplemente con una sonrisa, encogiéndose de hombros, no tenía ni la menor idea del que la iba a sorprender iba a ser él a ella.

Condujo un buen rato, en el que no pararon de hablar, que mi amiga Mayra no era de estar callada más de dos minutos. Pablo aparcó y ella no quiso preguntar más. Caminaron, no demasiado y tuvo que tragar con fuerza cuando él se paró frente a las puertas de uno de los hoteles mejor valorados de la capital Gran Canaria.

Las puertas de cristalera se abrieron automáticamente al pararse delante y por un instante, pensó que podría estar tomándole el pelo, pero Pablo tiró de su mano y la arrastró al interior. No pasaron por recepción. Se subieron en el ascensor y él pulsó el botón de la cuarta planta.

La habitación era muy bonita, luminosa, con una amplia cama. Vio

algunas cosas de Pablo por allí, el cual se acercó a su portátil y unos minutos después, la música suave llenó la estancia.

Mi amiga se dejó llevar, se dejó envolver en los brazos de Pablo y se dejó besar con parsimonia, disfrutando sin prisas de aquel instante. Fueron arrastrándose despacio hasta la cama, donde las piezas de ropa fueron desapareciendo poco a poco siendo sustituidas por besos y caricias. Las horas pasaron sin terminar de saciarse el uno del otro, sintiéndose, tocándose, amándose. Descansaban, hablaban, reían y volvían a empezar. Comieron allí, tras pedir a un restaurante de comida rápida que estaba cerca que le subieran una comanda y volvieron a sumergirse en los besos del otro.

Pablo admiraba como Mayra comía desnuda y le daban ganas de devorarla entera allí mismo. Sonreía y ella lo hacía también, porque se sentía feliz con él.

Cuando la noche fue cayendo, Pablo descorchó una botella de vino que había traído con él y lo sirvió en un par de copas, donde brindaron, bebieron, se besaron y repitieron de nuevo. Mayra temblaba con la mirada de él, lo notó algo nervioso, hasta que, después de vaciar la botella y brindar por última vez, Pablo se acercó a mi amiga, besó su cuello y le susurró al oído.

—Te quiero.

Se apartó mirándola a los ojos, casi se podía apreciar miedo en aquella mirada, miedo a que ella no sintiera lo mismo aún, a que le rechazara, a que le dijera que iba demasiado deprisa y que no debían precipitarse... Mayra tardó en hablar, estaba perdida en los ojos de aquel chico, paladeando el momento, disfrutando de cada instante.

—Te quiero —dijo al fin ella y sonrieron de nuevo, se dieron cuenta de que llevaban un rato sin hacerlo, sonreír me refiero, follar también, seguro... así que tras un beso, se pusieron a ello.

En una de esas conversaciones en la que retomaban el aliento y cogían

fuerzas para continuar, Pablo le había pedido que fuera con él al día siguiente a conocer a su familia. Mayra era reacia, le daba miedo. En las pocas relaciones estables que había tenido, la relación con la familia política no era para tirar cohetes. Pero aceptó, por él, porque sabía que era importante.

Así que allí estaba, hecha un flan, acabábamos de hablar y se lo había llamado la muy perra, tanto lo del hotel, como su primer te quiero y como su promesa de ir a conocer a la familia. Almorzarían en casa de los padres de él, pero antes, pasaron por casa de Mayra para que pudiera cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo y acorde.

Tembló todo el camino y tembló aún más cuando subían las escaleras de aquel piso donde ya había estado cuando los padres de Pablo estaban de viaje.

No fue tan horrible como pensaba. La madre de Pablo fue amable y el padre no era demasiado hablador, la saludó amablemente, le sonrió y volvió al periódico que estaba leyendo hasta que se sentaron a la mesa a comer. Aquella mujer era habladora y no le hacía preguntas incómodas, en realidad, no le hacía ningún tipo de preguntas que una espera oír a su suegra el día que la conoce: ¿Qué haces con tu vida? ¿Estudias o trabajas? ¿Cuánto ganas? ¿Tienes propiedades? ¿Por qué crees que eres buena para mi hijo? ¿Puedo rajarte ya?... No sé, lo normal. Sin embargo, se sintió a gusto allí, mientras Pablo agarraba su mano cada cierto tiempo y le hacía sentir más segura.

Pablo y Mayra se había enamorado hasta el tuétano y habían oficializado su relación.

Mayra me recogió en el aeropuerto unas tres horas más tarde, con esa sonrisa que siempre me había llenado el corazón de calidez y tan guapa que me daban ganas de darle un sopapo. Sin embargo, la abracé, llenándola de besos.

—¿Se puede saber qué quieres de mí? —bromeó, intentando apartarse —, jolín, qué pegajosa estás hoy. Necesitas un novio, Arinegua, en serio.

—Solo quiero que te sientas mejor. —Volví a besuquearla.

—¿,Mejor que qué? No te entiendo, yo estoy perfectamente. *Furrungueo* a diario con mi amorcito, te recuerdo.

—Tengo un recado para ti. —Me miró levantando las cejas sin llegar a entender—. De parte de Sabrina —continué, intentando que averiguara y haciéndola sufrir un poco.

—¡No! No, joder, tía... está muy feo ir por ahí contando tus intimidades. No puedo creer que le hayas contado que te acostaste con Gustavo —solté una carcajada y asentí—. Deberías pagar tú esos cincuenta euros, también te lo digo —protestó, abriendo su bolso en busca de su cartera. Me tendió un billete con el ceño fruncido.

—¿Cómo se te ocurre apostar por si me acuesto o no con alguien? Dais asco —protesté.

—Dijo la chica liberal que ahora se acuesta con unos y otros.

—No me acuesto con unos y otros. Bah, paso de ti. Vamos, que quiero ver a mis hermanos.

Emprendimos el camino a casa, en cuanto me subí al coche a Mayra pareció pasársele el mosqueo y empezó a hablarme de que esa semana había conocido a la familia de Pablo. La madre era una mujer simpática, que Pablo aseguraba que la adoraba. Era feliz, la muy perra, en cualquier momento me anunciaba su matrimonio.

No le conté nada de Mario porque era un manojito de nervios y no quería darle vueltas al asunto. Quería descubrir por mí misma qué ocurriría a partir de aquel momento. Así que, después de cenar con mi familia y leer hasta bien entrada la madrugada, pues no me podía dormir por los nervios, caí en un sueño pesado, del que me costó desprenderme cuando sonó el despertador. Lo

sé, hay que ser muy masoquista para ponerse un despertador un sábado, por el simple hecho de ir a comprar el pan. Que quizás todo sería más fácil si cogiese el dichoso teléfono, lo llamase y aclarase las cosas... más fácil parecía, pero bah. Las cosas fáciles nunca funcionaban, ¿no?

Igual era imbécil del culo, pero prefería que lo que tuviera que ocurrir, surgiera sin tener que ejercer presión, fue por ello quizás, que al entrar a la panadería casi me da un soponcio cuando don Alberto estaba al otro lado del mostrador.

¡Otra vez! El pelirrojo iba a desaparecer de nuevo. *Aaaggg*. Intenté ser amable con el panadero y volví a casa de mal humor, enfadada con el mundo y con Mario, incluso con don Alberto por haberse incorporado a su negocio y no darme la oportunidad de aclarar las cosas.

Al llegar a casa me encerré en mi habitación, móvil en mano, mirando la pantalla como si con ese simple gesto pretendiera llegar al cerebro del cenutrio ese que me había follado como si no hubiera un mañana hacía tan solo cinco días y había desaparecido de nuevo de la faz de la Tierra.

Al final me decidí a teclear.

ARINEGUA 

«A ver, pelirrojo... ¿Me puedes decir si estamos jugando al gato y al ratón?».

Escribí, quizás no era lo más adecuado, pero es que estaba enfadada.

MARIO 

«Buenos días. ¿Y yo qué soy exactamente? ¿El gato o el ratón?».

¿En serio? ¿Esa era su respuesta? Bueno, al menos, había tardado tres segundos en contestar. Me armé de paciencia.

ARINEGUA 

«¿Qué más da eso? No quiero jugar más, quiero verte y quiero saber de una vez qué piensas, qué sientes y qué somos».

Directa a la yugular, tanto para Arinegua... titirititiri titirititiri... tararé la melodía de los malabares del circo.

Doble tic... Bien, había leído el mensaje. Pero Mario no contestó, se desconectó y durante la siguiente media hora, me tuvo de los nervios frente al aparato ese. Me tiré en la cama, exasperada mirando a las musarañas, esperando un mensaje que no llegaba.

Me quedé traspuesta y unos golpecitos en la puerta me despertaron. Miré el reloj de mi mesa de noche y eran las once de la mañana.

—¿Sí? —contesté. Omar asomó la cabecita.

—¿Estás durmiendo? —me preguntó.

—Pues ya no —sonreí—. Pasa, enano. ¿Quieres algo?

—¿Me das una chuche? —murmuró bajito.

Sonreí y me levanté de la cama. Caminé hasta mi bolso y rebusqué hasta dar con una de las dos bolsas que había comprado para mis hermanos. Se la tendí y se sentó a mi lado.

—Coge solo dos y guarda la bolsa donde papá no la encuentre. —Mi hermano asintió—. ¿Cómo va el cole?

—Bien, he sacado un nueve y medio en mates —contestó, orgulloso.

—¡Hala! Qué bien, enhorabuena.

—Y Gabriela me ha dado un beso. Es mi novia.

—Vaya... qué bien. ¿Y qué hay de Nerea?

—Bah, ya no es mi novia. Nunca quiere jugar al escondite, es una aburrida.

Reí, si con seis años ya estaba así... mi hermano iba a ser un rompecorazones, ambos, eran muy guapos. Tomás era más timidillo y Omar, era un echado para adelante.

—No sé por qué te hace tanta gracia. Oye... —se quedó pensando—. ¿Puedo coger otra chuche? —Ya se había comido al menos cuatro y asentí.

—La última —añadí, señalándole con el dedo—, luego nos vamos fuera.

—*Te está esperando tu novio en el salón* —dijo con la boca llena a dos carrillos, se había metido dos pastillas juntas.

—¿Cómo? —Me puse en pie de un salto. Masticó unos segundos que se me hicieron eternos antes de tragar y volver a hablar.

—Que tu novio está en el salón —repitió, esta vez con la boca vacía.

—¿Qué novio ni qué ocho cuartos?

—Me ha pedido papá que venga a buscarte.

—¿Y me lo dices ahora, enano? Que llevas quince minutos aquí dentro —protesté y mi hermano se encogió de hombros.

—Se me olvidó.

—Te mato —protesté, me levanté y me miré en el espejo antes de agarrar el pomo de la puerta.

—Arinegua —me llamó Omar antes de salir.

—Dime —pensé que se iba a disculpar y me giré para mirarlo.

—Arinegua y Mario se quieren casar, se van a dar besitos en la puerta del portal —canturreó, cayendo hacia atrás en mi cama y riéndose a carcajadas.

—Ya te mataré luego, que ahora no tengo tiempo —mascullé de mal humor antes de salir camino al salón.

Escuché la voz de Mario que hablaba con mi padre de algo, pero no distinguía de qué, estaba nerviosa. Miré hacia abajo, mi blusa rosada, que hacía unas horas había lucido sedosa adaptándose a la piel de mi cuerpo, estaba algo arrugada y andaba descalza con unos calcetines de lo más ridículos llenos de emoticonos con ojos de corazoncitos. Debería volver atrás y ponerme las botas, pero me daba miedo que Mario se aburriera de esperarme y se marchara. Así que me asomé al salón.

—Hola. —Clara y mi padre estaban sentados enfrente de Mario y hablaban tranquilamente, los tres miraron en mi dirección y enrojecí sin saber qué decir.

Mario se levantó y vino hasta donde estaba yo, me dio dos besos.

—Bonitos calcetines —bromeó.

—Gracias —murmuré avergonzada.

—Bueno, cariño, nosotros nos vamos —me dijo mi padre poniéndose de pie, y creo que los tres notaron como tragué con fuerza—, prometimos a tus hermanos que los íbamos a llevar al cine a ver un *tostonazo* de dibujos que nos llevan pidiendo dos semanas. Luego te llamamos por si te quieres unir a almorzar.

Asentí.

—¡Chicos! ¡Nos vamos! —gritó Clara. Oí a mis hermanos correr hasta la puerta de salida—. Decid adiós a vuestra hermana.

—¡Adiós, Arinegua! ¡Adiós, Mario! —Ese tono no me gustaba nada, recé, recé... ¿cómo demonios empezaba el padrenuestro?—. Arinegua y Mario se quieren casar, se van a dar besitos en la puerta del portal. —Oí como canturreaban, Mario levantó las cejas sorprendido mientras aquellas dos bestias reían a carcajadas y volvían a repetir la cancioncilla demoniaca. Las mejillas no me podían quemar más.

—No les hagas caso, no vivirán mucho para volver a cantar eso porque los voy a matar con mis propias manos —dije, elevando la voz para que mis hermanos me oyeran.

—¡Papá! —gritaron los dos al tiempo—. Arinegua nos quiere matar —dijo Omar.

—Arinegua nos está amenazando —vociferó Tomás.

Clara y mi padre rieron y arrastraron a los niños fuera de casa y yo no sabía dónde meterme de la vergüenza.

—¿Damos un paseo? —pregunté azorada, no sabía qué otra cosa decir.

—Vale. —Caminé hasta la puerta de la entrada—. Quizás estaría bien que te pusieras unos zapatos. —Ese tono burlón, en otro momento, igual me hubiera sacado de mis casillas, pero no estaba yo por la labor de darle una patada en la canilla y que saliera huyendo de mí.

—Eh, claro, ¿por quién me tomas, pelirrojo? —Dejé a Mario sonriendo en el salón para ir hasta mi habitación en busca de mis botas planas.

Me miré de soslayo en el espejo, esa blusa era horrible, no sabía en qué demonios estaba pensando esa mañana para ponérmela. Con rapidez, fui hasta el armario intentando buscar algo decente con lo que me sintiera más cómoda. Después de arrojar varias piezas de ropa encima de la cama, encontré un top que me gustaba, con un pronunciado escote que haría al pelirrojo babear. Lo coloqué encima de mi cama y me desabroché la blusa. Por el espejo vi a Mario apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados, observándome. Me tembló el pulso, pero no paré lo que estaba haciendo. Me daba algo de reparo, aunque él ya me había visto desnuda, aun así, seguí, tomándome mi tiempo en deslizar la blusa por mis hombros y en colocarme el top.

—¿Nos vamos? —pregunté, tragando con fuerza mientras él acortaba la distancia entre ambos.

—¿Tienes prisa? —preguntó, acariciando mi cabello—. Creo que tenemos cosas que hablar. Si no recuerdo mal, tenías muchas preguntas que hacerme —asentí y Mario se acercó hasta rozar mis labios.

Fue un simple beso, un roce que produjo una descarga eléctrica en todo mi cuerpo y una sensación de pellizco en el estómago. Perdía el control cuando el pelirrojo estaba cerca, eso estaba claro, no podía canalizar lo que sentía y no sabía identificar con claridad si me ponía cachonda o es que aquel hombre me gustaba de verdad, en ambos casos, lo que sí tenía claro, es que

tenía ganas de arrancarle la ropa.

—Creo que hemos empezado con mal pie —susurró al fin, mirándome a los ojos.

—No podría haberlo explicado mejor —murmuré.

—No sé si puedo contestar a todas las preguntas que me has hecho. No sé qué quiero y menos qué quieres tú. ¿Te parece bien si simplemente nos dedicamos a conocernos sin discutir el ochenta por ciento del tiempo?

—Me parece perfecto —asentí.

—Pues, ¿qué te parece... —se acercó de nuevo a mí y quedó a escasos centímetros de mis labios—, si empiezo un reconocimiento exterior a fondo? —Su mirada acarició mis ojos, mi nariz, hasta posarse en mis labios.

—Me parece un buen comienzo —susurré.

Su boca aterrizó en la mía, devorándome con ansiedad. Haciéndome estremecer de anticipación cuando, con suavidad, me arrastró hasta mi cama. Me tumbó y se colocó encima de mí, sin separar su boca de la mía, acariciando mi lengua con la suya y sabía tan condenadamente bien, que no pensé que podía aparecer mi padre de nuevo y mucho menos, que quizás deberíamos aclarar la situación antes de dejarnos llevar. Pero había perdido la razón y solo sentía el calor de su lengua recorriendo poco a poco cada centímetro de mi piel.

Mario y yo abrazados, desnudos, en mi cama de noventa, mientras me acariciaba el pelo... era la mejor sensación que había vivido en los últimos tiempos. Supongo que lo principal, era calma; habíamos pasado una buena tempestad, todavía no lograba entender del todo al pelirrojo, pero me gustaba. Debo admitir que eso tampoco lo comprendía, tanto, como que yo le gustase a él. También era extraño que no estuviese acojonada por si aparecía mi padre y nos pillaba así, que el pelirrojo le caía bien, pero no creo que ningún padre quiera comprobar cómo se han beneficiado a su hija.

En silencio, me dediqué a admirar ese cuerpo desnudo a mi lado, reflexionando, con miedo a abrir la boca, a hacer preguntas, a cagarla de nuevo. Pero había que echarle ovarios, no quería más malentendidos y para ello, era primordial que hablásemos.

—Mario... —murmuré.

—Quiero contarte una cosa que estaba deseando decirte desde hace tiempo. La primera vez que te vi... —me interrumpió, como si supiera que necesitaba hablar de lo nuestro—, creo que ese día fue la primera vez en mi vida que tuve una erección.

—¡Exagerado! —me carcajeé.

—Arinegua, tenía trece años cuando empecé a venir los veranos a ayudar a Fefina en el jardín. Te vi bailando en el patio de mi tíaabuela con esa amiga tuya media loca y lo demás lo hizo la naturaleza —me explicó.

—¿Qué dices? Jamás te había visto antes en mi vida, me acordaría de ti —le di un golpe en el pecho, pensando que me estaba tomando el pelo.

—Sí que me viste alguna vez, pero apenas cruzabas conmigo un saludo y poco más. —Noté su sonrisa pegada a la piel de mi frente donde posó un tierno beso mientras seguía premiándome con caricias—. Me pasaba media vida en el jardín y te observaba, pero era invisible para ti. Creo que mi devoción por la jardinería viene de aquella época en la que me pasaba mañanas enteras trasplantando, podando, regando, cuidando aquellos arbustos y plantas, solo para poder estar cerca de ti. La señora Concha venía con vosotras dos a casa de mi tía a alcahuetear.

—Claro, son las presidentas de *Radio Patiño* —murmuré, intentando hacer memoria, porque por más que me estrujaba el cerebro, no recordaba haber visto a Mario.

—¿Radio qué? —Se carcajeó—. Anda, qué ocurrencias tienes —rio—. Pero sí, tienes razón. La casa de Fefi era el centro neurálgico de Radio

Patio o como se diga. Me parecías preciosa, perfecta, con tu cabello negro siempre brillante, sedoso, que me moría por acercarme a acariciar. Con esa sonrisa pícara y esos enormes ojos oscuros llenos de tantas cosas que quería descubrir.

»Ahora mismo no me parezco mucho a la imagen de mi yo adolescente; regordete y con granos. No es que ahora rezume seguridad por todos los poros de mi piel, pero entonces, no me atrevía a acercarme a hablar contigo. Me pegaba la vida en el jardín de atrás. Si no me hubieras gustado tanto, hubiera roto en pedazos el cd del pesado ese de Ricky Martin con su *pasito pa' lante* y su *María*... —Solté una gran carcajada y abrí los ojos de forma desmesurada. ¿Todo aquello que me estaba contando era real? —Dios, creo que nunca odié tanto a un cantante. ¿Cuántas veces podían escucharla en una hora? ¿Diez? ¿Doce? No sé... lo que sí sé, es que me quedaba embobado, mirándote menear las caderas, con tu ombligo al aire, con tus pechos bamboleándose en mi cara de adolescente hormonado y salido. —Reí, tapándome la cara con las manos. Hacía años que no recordaba esos momentos con mi amiga. Él había estado cerca y no me había enterado—. Al final del verano, terminé sabiéndome al dedillo todas las canciones del hombre ese. Cuando volví a casa me encargué de empaparme de mi propia música: Metallica, Scorpions, Extremoduro... y aprenderme todas y cada una de las letras de esas canciones, sin embargo, a cada rato, me sorprendía tarareando el «*Un, dos, tres... un pasito pa' lante María*». Solo había un motivo para ello, te recordaba a ti.

»Volvía en verano, ganaba un dinero extra que en casa venía genial, Fefi me pagaba realmente bien por arreglar su jardín y hacerle otros recados de la casa, como pintar paredes, montar estanterías, cambiar muebles de sitio... cualquier chapuza que necesitara hacer en casa, se esperaba a que yo volviera en julio. —Recordé a Fefi, contándonos que tenía un sobrino que venía a echarle una mano en casa, sobre todo, cuando un poco más adultas,

Mayra y yo nos ofrecíamos a arreglar alguna cosa estropeada pero no lograba ponerle cara y menos la de Mario—. Quería reunir para poder estudiar el día de mañana. Mi madre tenía un trabajo humilde en la recepción de una clínica dental y mi padre, la mayor parte del tiempo no era más que un parásito humano, cuyos trabajos le duraban cuarenta y ocho horas a lo sumo y con suerte. Nunca me faltó de nada, pero mi madre no podía pagarme una carrera con la miseria que ganaba.

—¿Desde los trece años fuiste consciente de ello? —pregunté alucinada, yo con trece años estaba elucubrando maneras de que Sergio, el guaperas de segundo, se fijara en mí... una de mis tácticas era perfeccionar el movimiento de caderas. Tarareé interiormente: «*Un pasito pa' lante María*» y sonreí, centrándome en prestarle atención a Mario.

—No, claro que no. El primer año que vine en verano, fue porque mi madre no podía librar en el trabajo y no quería que anduviera solo todo el día haciendo el vago o tirado en la calle a saber con quién. Mi padre, no era de trabajar, pero menos de cuidar de nadie. Diría que no sabía ni cuidar de sí mismo.

»Cuando vi que podía ganar dinero, pensé que si guardaba lo suficiente, mi madre no tendría que trabajar tanto en verano, que, incluso, podríamos permitirnos irnos unos días a algún hotel con piscina donde ella pudiera desconectar de su trabajo. Tanto el de fuera como el de dentro de casa. Sin embargo, fui un egoísta, un egoísta muy gilipollas, por lo cual, jamás en la vida mi madre y yo pudimos pasar unas vacaciones de lujo, pero gracias a eso, pude costear mis estudios sin ser una carga, que era lo que más me preocupaba. No quería ser como mi padre, no quería convertirme en una jodida molestia más para mi madre, aunque estaba seguro de que, si por ella fuera, se quitaría la comida de la boca para que yo pudiera hacer con mi vida lo que me apeteciera. Pero no hizo falta.

»Guardé cada céntimo que gané con Fefi, guardé las monedas y los billetes que me caían por mi cumpleaños, en cada visita a mis abuelos, a mis tíos, cada premio por mis buenas notas... lo guardé todo. Nunca me compré nada, no necesitaba nada que se vendiera tras un mostrador. Y lo mejor de todo, es que para mí no suponía ningún esfuerzo pasarme los veranos trabajando en casa de Fefi, porque te veía a hurtadillas.

—No me puedo creer lo que me estás contando —le interrumpí, flipada, muy flipada. Estaba segura de que en breve me diría que me estaba tomando el pelo y se echaría a reír. ¿Le habría contado Mayra nuestros momentos con Ricky Martin? Pero no solo no lo hizo, sino que siguió hablando, contándome cosas de mi juventud, al menos, lo poco que captaba a través de sus ojos.

—Había algo en tus ojos, Arinegua, algo... que me tenía hipnotizado —me confesó.

—¿Por qué nunca te acercaste a hablar conmigo? —pregunté, sin confiar demasiado en que todo aquello pudiera ser cierto.

—Escuchaba lo que hablabas con Mayra. Me parecías una chica seria, distante, tajante... no alguien que hablaba con el primer desconocido que se le cruzase. Nos saludábamos, nos sonreíamos y tú seguías a lo tuyo.

—Eh, yo nunca he sido seria, distante y tajante. —Mario se quedó en silencio y escuché su risilla—. Bueno, igual un poco antipática sí, pero si te hubieras acercado a hablar conmigo nos habiéramos hecho amigos.

—Nunca fui lo suficiente valiente, me conformaba con verte, de verano a verano, comprobar cuánto habías crecido, cómo habían mejorado las curvas de tu cuerpo y, de pronto, dejaste de estar aquí durante una buena temporada. No volví a verte en el patio de Fefi, lógico, con diecisiete no necesitabas niñera, Mayra y tú teníais mejores cosas que hacer que pasar las mañanas en un patio ajeno. Te fuiste a estudiar fuera.

—A Tenerife —corroboré.

—¿Sabes lo más irónico? —Negué con la cabeza—. Que tú te fuiste a estudiar a Tenerife y yo me vine a estudiar a Gran Canaria. Aunque Fefi se ofreció para dejarme su casa, me empeñé en quedarme en la residencia de la universidad. La familia de Alberto siempre ha mantenido una estrecha amistad con la mía, mi madre se hizo muy amiga de él durante los años que vivió en Gran Canaria y, cuando Fefi le chismorreó que había estado reuniendo al menos cinco años para poder costearme la carrera, Alberto me llamó y me pidió que viniera una tarde a verle. Tenía hijos pequeños, una familia y un modesto negocio que no le daba para demasiados excesos, pero, aun así, movió cielo y tierra para que pudiera seguir adelante.

»Me dijo que tenía un familiar que trabajaba en la administración de la residencia de estudiantes y que había conseguido un buen descuento. Con el tiempo me di cuenta de que era imposible que la residencia me estuviera costando menos de la mitad que a mis compañeros. Pero, nuevamente, salió el egoísta que hay en mí y me aproveché de la situación sin abrir la boca. Di las gracias, cerré el pico y me dediqué a estudiar para no fallar ni a Alberto, ni a Fefi, ni a mi madre, ni por supuesto a mí mismo.

»Todos los años de carrera aprobé con muy buenas notas. Conseguí becas, ayudas al estudio, que me permitieron seguir aquí y obtener mi título. Nadie jamás me cuestionó nunca lo que decidí estudiar. No soy un hombre de reflexionar demasiado, pero hoy por hoy, pienso que todo pasó por algo y que estudié exactamente lo que necesitaba estudiar.

»El día que me gradué, mis padres vinieron desde Puerto del Rosario. La familia de Alberto y, por supuesto, Fefi, estuvieron en primera fila. Fefi se acercó a mí y me tendió un sobre, durante todos los años en los que yo le daba a ella el dinero que supuestamente me cobraban por el alquiler de la residencia y ella debía ingresar en la cuenta corriente correspondiente, ella lo

guardó. Es decir, se había confabulado con Alberto para pagarme mi estancia allí. Me fui a casa con los bolsillos cargados de dinero y el corazón henchido de gratitud. Siempre he sentido que le debo mi vida a él y también a ella, que será como sea, pero a mí me salvó.

Me levanté de la cama y comencé a vestirme, mientras Mario me observaba con las manos debajo de la cabeza. Empezaba a temer que mi padre y Clara con los niños aparecieran de un momento a otro y estaba flipando con lo que me estaba contando el pelirrojo. Necesitaba poner ropa de por medio para prestarle la atención que aquello merecía.

Permaneció en silencio mientras se colocaba la ropa interior y los vaqueros.

—En definitiva, Alberto se partió la pierna y estaba apurado, no quería poner a cualquier persona al frente de su negocio y sus hijos son aún demasiado jóvenes, sumidos en sus propias carreras universitarias, necesitaba a alguien que tomara las riendas y no lo dudé. Aunque estaba en medio de un paso importante para mi carrera profesional, con el Máster, que era imprescindible para que pudiera llevar a cabo el proyecto de la fundación.

»El primer día que entraste en la panadería me temblaban las piernas, podía oír las risas de Fefi, la muy chismosa es buena, mejor que esos del CSI. Sabía que había estado colado por ti desde hacía siglos y que para ti jamás había existido.

—En algún momento tuve que fijarme en ti... no te recuerdo... lo siento —me disculpé. Me sabía mal. Mario se encogió de hombros.

—Tienes un genio de cuidado, a lo largo de los años te han crecido mucho las tetas, bonita, pero la mala leche ha sido proporcional y joder, con la manera en la que me cortabas las alas —reí a carcajadas—. Y un día, me di cuenta de que te sonrojabas cuando te hablaba, que me apartabas la mirada, que sonreías nerviosa e, incluso, una vez noté que te temblaban las manos al

darte el cambio. Me habías visto. Te habías fijado. No sabía cómo era posible, pero había pasado. Me gustabas. Te gustaba. ¿Dónde estaba el problema?

—Pues el problema siempre fue que soy una antipática de cuidado, algo insegura y sin ganas de estar en una relación que me hiciera sufrir como me pasó con mi ex. Ya te contaré algún día lo de Óscar.

—Algo me ha contado Fefi. —Se encogió de hombros.

—¡Joder, con *Radio Patiño*! —protesté y reímos los dos—. Para vivir en un puto pueblo de cotillas jamás en la vida había oído hablar de ti.

Mario se encogió de hombros. A parte de insoportable, había sido tonta del culo. Mario me gustó desde que lo vi la primera vez en la panadería, no solo por su pedazo de cuerpo, su sonrisa, la forma respetuosa que trataba a todo el mundo, la forma dulce en la que me hablaba y la forma en que me miraba, pero no quise reconocerlo. Lo de Óscar está muy manido lo sé, e igual, no es la mejor excusa del mundo... pero no tenía otra y tampoco sabía qué decir en esos momentos.

—Cuando pensé que por fin habías dejado que me acercara a ti, cuando te quitaste la puta coraza que no me dejabas traspasar bajo ninguna circunstancia, sentados en el Mirador de Bandama, cuando logré que te abrieras y me contaras cosas de ti, de tu vida, de tu madre y cuando por fin pude besarte y te dejaste llevar durante horas, pensé que lo había logrado, que la espera había merecido la pena y luego no entendí un carajo de todo lo que hiciste. Te enfadaste, me enfadé y te fui a buscar, frustrado, desesperado. Nos revolcamos, si a lo que pasó en tu sofá se le puede llamar así, volviste a bajar la guardia. Nos vimos y pensé que al fin, éramos tú y yo sin muros, estabas simpática, cariñosa, te abriste a mí, nos sonreímos, nos besamos, nos costó mucho volver a separarnos y de pronto... puf... desapareciste.

—Mario, tú jugabas con ventaja... me gustabas, me gustas... pero debo ser la tía más despistada del universo porque jamás noté todo eso que me

has contado, no sabía lo que sentías. Solo pensé que era una conquista más que sumar a tu lista. Te juzgué, lo sé, lo siento, tiendo a hacerlo... no me van los guaperas. —Me encogí de hombros.

—No sé si eso me halaga o me ofende —murmuró, exasperado.

Me encogí de hombros, había sido sincera. Estaba sorprendida de todo lo que me había contado, intentaba digerirlo y todavía mi cabeza intentaba gritarme que todo era una vil mentira para pasar por mi cama cuantas veces se le antojara. Aunque, en el fondo, sabía que todo aquello era verdad, por la cantidad de detalles que me había contado.

¡Vaya! Pues resulta que tenía un admirador desde mitad de secundaria y no me había enterado... despistada como un mono... esa era yo.

## Capítulo 28: Yo Tarzán, sin sentimientos. Tú nena, ñiqui, ñiqui

El fin de semana fue bonito, especial, un tanto ñoño también, por qué negarlo. De esos que a cada rato suspiras, sonríes tontamente con o sin motivo y unas cosquillas invadían mi estómago a cada momento que me cruzaba con Mario o simplemente, si pensaba en él. Prácticamente no nos despegamos y volví a Corralejo cargada de sensaciones; de ilusión y miedo al mismo tiempo, porque estaba en mi naturaleza ser así, andarme con pies de plomo y no fiarme del todo de que las cosas podían ser tan bonitas. Por el momento, había decidido dejarme llevar, así que Mario, después de hablar las cosas, por fin era una pareja de verdad, y no un novio imaginario.

Me alegré de ver que Gustavo ya estaba en su despacho cuando llegué, poco a poco se iba recuperando del *shock* de que su ex hubiera vuelto de repente y con el paquete que cargaba. Supongo que lo iba asimilando de forma progresiva, aunque no lograba entender por qué se había prestado a volver con ella, así, de repente, y se estaba desviviendo por darle de todo a ese bebé, que estaba dispuesto a criar como suyo propio. Siempre sobreestimé la inteligencia de mi amigo, desde luego.

—Tienes cara de haber follado mucho el fin de semana —dijo Gustavo mirándome de soslayo, apenas parando de teclear en su ordenador.

—Vaya, bienvenido, amigo. Diría lo mismo, si no supiera que se te ha acabado el chollo —ironicé.

—Eres un poco tocapelotas, amiga —dijo con una sonrisa, definitivamente estaba de mejor humor.

—A mí no me digas nada. —Levanté las manos en señal de defensa—. La primera vez que pasó fue solo culpa tuya —reímos los dos.

—Me lo vas a recordar toda la vida, ¿verdad? —preguntó.

—¿Lo dudas? —Gustavo negó con la cabeza y esta vez sí dejó de teclear para mirarme—. ¿Qué tal el fin de semana? —pregunté.

—Bien, tranquilo. He ayudado a Miriam a doblar como quinientas prendas de ropa de bebé... ¿Por qué demonios necesitan tantos trapitos esas cosas minúsculas? —me preguntó y si no hubiera sonado ilusionado, le hubiera soltado alguna perla de las mías, pero me obligué a encogerme de hombros y a sonreír sin decir absolutamente nada—. Ya tenemos la habitación preparada. Quedan pocas semanas de embarazo y ella se encuentra cada vez más cansada. Se pasa la vida rodando del sofá a mi nevera, va a arruinarme, come como una bestia —sonreí incómoda, ¿en serio aquel era mi amigo Gustavo? Si él se sentía bien así, debía aceptar su nueva situación, no era quién para juzgarlo, no sabía una mierda de nada. Apenas me enteraba de lo que pasaba en mi propia vida, como para meterme en la de los demás.

—Me alegra verte tan... tranquilo. —No sabía qué otra cosa decir, porque realmente, no lograba ver felicidad plena en su mirada. Gustavo asintió.

—¿Qué tal en casa? —Cambió de tema.

—Bien —suspiré—. Ha sido un fin de semana muy intenso —sonreí.

—¿Algo que deba saber? —preguntó con suspicacia.

—He pasado el fin de semana con mi novio imaginario —confesé y reímos los dos.

—Vaya, me alegro de que por fin hayan aclarado las cosas. Mucho tardó el pelirrojo ese en reclamar lo que era suyo —dijo con una sonrisa.

—Eh, que yo no soy un cacho de carne cualquiera, propiedad de nadie —protesté, cruzándome de brazos.

—No, cielo, no. No eres un cacho de carne cualquiera, eres un cacho de carne delicioso —bromeó, haciéndome ruborizar, porque Gustavo era así: un descarado, un sinvergüenza que no tenía filtro y sabía que lo decía de corazón. Desde luego, era de las pocas personas sobre la faz de la Tierra capaz de dejarme noqueada en cuanto le daba la gana.

—Anda, imbécil. Me voy a trabajar —sonreí al girarme para volver a mi despacho y escuchar la risilla contenida de mi amigo.

Me extrañó que al final de la jornada no apareciera Patricia, incluso, me quedé unos minutos más rezagada en mi escritorio. Me había acostumbrado a la presencia de aquel ser menudo, que me hacía sentir lo mismo que cuando estaba con mis hermanos. Al mismo tiempo, sentía admiración y orgullo por esa cría, que con siete años y una vida llena de dificultades, sonreía todo el tiempo. Las personas como yo, que teníamos todo o casi todo lo que necesitábamos en nuestro día a día, parecíamos imbéciles integrales por las pequeñas cosas que dejábamos que nos preocupasen.

Mi móvil vibró en la mesa, como siempre lo tenía en silencio. No le prestaba atención en todo el día, porque no había nada que distrajera más que aquel aparato inmundo. Pero vibraba de forma insistente cada pocos segundos y no me podía concentrar.

MARIO 

«Toc toc».

MARIO 

«Hola».

MARIO 

«Claro, la jefa del área y miembro del equipo directivo no puede perder su tiempo leyendo wasap de uno de sus subordinados».

MARIO 

«Quiero un beso de buenas noches antes de irme a casa».

Mario. El último wasap acababa de enviarlo y vi que estaba en línea. No había caído en la cuenta de que, si Alberto había vuelto a la panadería, él, con toda probabilidad, se había incorporado al proyecto de nuevo.

ARINEGUA 

«Señor pelirrojo de las narices, ¿podría pasar por mi despacho, por favor?».

Contesté con una sonrisa en los labios y un pellizco en el estómago.

Unos minutos más tarde, sentí unos golpecitos en la puerta. Mario pasó a mi despacho y no me dejó decir nada, se abalanzó sobre mí, cubriendo con su boca la mía, buscando con desesperación mi lengua y dejándome completamente desarmada.

—Mmm... debo decir, señor pelirrojo —murmuré, cuando se apartó de mis labios para besar y morder el lóbulo de mi oreja—, que adoro sus besos. —Mario sopló en mi cuello, como era ya habitual, haciendo que mi ropa interior se mojara en el acto de puro deseo y anticipación—. Joder, Mario... ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me soples el diente de león?

—Creo que no me lo has dicho lo suficiente. —Me volvió a soplar antes de devorar la zona donde estaba mi tatuaje.

Mario se aferró a mis caderas apretándome contra él, haciendo que notara su evidente erección.

—¿Quieres venir a dormir a mi casa hoy? —pregunté tímidamente y me mordí el labio... Lo de dormir era una forma de hablar, por supuesto, no iba a dejarle pegar ojo en toda la noche.

—Hoy no puedo. Le dije a mi madre que le llevaría hasta Puerto. Se ha alquilado hace poco un apartamento pequeño aquí en Corralejo, pero hoy tiene que ir a buscar cosas y prometí llevarla. —Y parecía tan fastidiado como yo por tener que contener las ganas de dar rienda suelta a lo que nuestros cuerpos pedían a gritos.

—Oh, qué pena... estaba deseando insistirte con la idea de que no debes soplar, bajo ningún concepto, mi tatuaje.

Mario sonrió y volvió a devorar mis labios hasta que escuchamos unos ruidos en la entrada.

—Buenas noches, pareja imaginaria —saludó Gustavo.

—¿Qué dice el imbécil este? —me preguntó en un susurro Mario.

—Oye, no seas tonto. Es una broma. —Me aparté de él, notando como apretaba los puños. No se lo reprochaba después de lo que había visto. Tendría que explicarle el tipo de relación que había entre nosotros, porque Gustavo era mi amigo y no iba a dejar de serlo, le incomodase o no.

—Me voy a casa ya, estoy reventado —me dijo, sin prestar atención al comentario de Mario—. Venía a ver si querías que te llevara a tu piso, pero creo que hoy tienes quien te lleve.

—En realidad no —contesté agradecida por la amabilidad de Gustavo, pues lo que menos me apetecía del universo era tener que coger el transporte público para llegar a mi casa, el día había sido largo y agotador—. Mario tiene que irse. Me voy contigo, si no te importa acercarme. Cielo, me voy con él, que mi casa está lejos y él en cinco minutos me deja con el coche, que le queda de paso. —Mario asintió—. Deja lo del novio celoso y posesivo para otro momento, por favor, que estoy agotada... no me dejaron descansar absolutamente nada durante el fin de semana —bromeé, le di un beso fugaz en los labios antes de girarme a recoger mis cosas.

—Bueno, vale... nos vemos mañana —resolvió al fin—. Adiós —murmuró al pasar al lado de Gustavo.

—Muere por ti. —Sentenció Gus y sonreí—. Lo tienes en el bote.

—Mira que eres tonto cuando quieres, ¿eh? Venga, vamos, que me muero de hambre. —Gustavo asintió y fuimos hasta su coche.

—¿Te apetece tomar una cerveza? —pregunté cuando estábamos a punto de llegar a mi casa. Me apetecía mucho pasar un rato de intimidad con mi amigo, hablar como hacíamos siempre, hasta que se me cerraban los ojos solos o estaba demasiado borracha a cervezas como para vocalizar o entender lo que me decía, simplemente bromeando, pasándolo bien. Gustavo desvió la mirada hasta el reloj antes de contestar.

—¿Cómo es posible que nada más y nada menos que un lunes quieras

ir a tomar una cerveza pasadas las ocho de la noche? —me preguntó—. ¿Tienes algo más que contarme? ¿Vas a huir a Las Vegas para casarte y quieres que sea tu padrino? O mejor, ¿quieres que sea tu despedida de soltera?

—Mira que eres imbécil cuando quieres —reí—. Tenía la esperanza de que me contaras algo tú.

—No puedo, Ari, es tarde. Tengo que volver a casa. —Su sonrisa se volatilizó con su tajante contestación y supe que no había lugar a réplicas.

No sé por qué me dolía y me decepcionaba tanto que se alejara de mí, que no me contara lo que sentía de verdad. Ya sé que Gustavo era un hombre, uno de esos duros, de yo Tarzán, sin sentimientos. Tú nena, *ñiqui, ñiqui...* pero, al fin y al cabo, algo debía sentir si había vuelto con Miriam y en las condiciones en las que lo había hecho.

Sin embargo, poco podía hacer más que hacerle saber que podía contar conmigo. Puse mi mano sobre la suya, que estaba en el cambio de marchas.

—Estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé —me contestó con una sonrisa, justo en el momento en que paraba frente a la puerta de mi piso.

Al entrar en casa oí muebles abrirse y cerrarse en la cocina y me asomé, Sabrina llevaba un delantal puesto, estaba preparando algo para cenar.

—¿Estás cocinando? ¿Tienes fiebre? —pregunté alucinada.

—No, tengo hambre —contestó distraída.

—¿Y te has quedado sin batería en el móvil? —bromeé.

—Estás graciosa hoy, ¿eh? —protestó mi amiga, señalándome con una pala de madera con la que estaba removiendo algo.

—Y tú estás de mal humor, ¿no? —pregunté. Abrí la nevera y vi que tenía vino enfriándose—. ¿Esperas a alguien? ¿Necesitas que desaparezca unas horas?

—No, simplemente me apetecía darme un homenaje. Abre el vino y

sírveme una copa, por favor.

Le hice caso a mi amiga, bueno, al menos lo intenté, que yo no era muy mañosa. Me peleé durante diez minutos con el sacacorchos mientras Sabrina, reía por lo bajini. Al fin lo logré y serví las dos copas.

—¿Te ayudo en algo? —Me ofrecí. Olía de vicio y ya me relamía, yo también tenía hambre y mi estómago no esperaba dar con un banquete de tal envergadura así porque sí, sin más.

—No, ya estoy acabando.

Coloqué la mesa para las dos y unos minutos más tarde aparecía Sabrina con un par de platos de pollo al horno acompañado de un revuelto de verduras que olía de vicio.

—¡Vaya! Pues sí que has mejorado desde la universidad —aplaudí.

—Seguro que tú no sigues cocinando espaguetis día sí, día también.

—Eh... que es mi receta especial. Me salen de vicio y lo sabes —reí, me metí un trozo de pollo en la boca saboreándolo—. Amiga, te has superado. Está delicioso.

—Gracias. —La notaba preocupada e ida. No sabía exactamente qué le pasaba, pero si la presionaba se iba a enfadar, así que dejé que fluyera solo y mientras decidí contarle los últimos sucesos de mi vida.

—He visto a Mario el fin de semana.

—¿Sí? ¿Algo interesante que contar? —Levantó una ceja y se le iluminó una sonrisilla pícara.

—Nos revolcamos en mi cama cuando mi padre, Clara y los niños acababan de marcharse al cine.

—¡Descarada! —rió.

—Me contó una historia de lo más surrealista de un niño pelirrojo de trece años enamorado de una niña que bailaba al ritmo de Ricky Martin en el patio de su tía abuela. Parece ser que fui la fantasía con la que se masturbaba

de adolescente.

—Me estás tomando el pelo. —Mi amiga paró el tenedor camino a la boca, asombrada, esperando a que le contestara.

—Eso me ha contado. —Me encogí de hombros—. Se enamoró de los movimientos de mis caderas. Te lo dije en la *uni*, me tenía que haber dedicado al espectáculo, este cuerpito en movimiento conquista corazones —bromeé, señalándome con el dedo desde mis pechos a mis caderas.

—Siii, nena, menea ese culo... pensándolo mejor, como estríper te hubieras ganado una pasta, con esas tetillas que tienes y ese culo gordo —bromeó mi amiga.

—Oye, hija de perra —me reí a carcajadas—, qué cerda eres.

—Aunque he visto tu cajón de la ropa interior y una monjita de clausura, tiene bragas más *sexies* que las tuyas.

—Cada día eres más gilipollas. —Seguí riendo y di un buen trago a mi copa de vino—. Bueno, ¿y tú no me vas a contar eso que te tiene tan histérica que has ido a hacer una compra de comida nutritiva y te has pegado al menos una hora en la cocina metida?

—He conocido a alguien. —Así era mi amiga, dada a resumir de tal forma que me ponía nerviosa.

—¿Yyy?

—Bueno, en realidad lo conozco hace siglos —rectificó.

—¿Te gusta?

—En realidad, nunca me lo había planteado hasta hace algunos días, nos encontramos por casualidad. Me preguntó cómo estaba. Se mostró atento, simpático. Me invitó a un café y terminamos follando en su casa.

—Claro, lógico. Si era simpático y te invitó a un café, lo normal es que le pagaras con un buen polvo —reímos.

—Ya sabes que no soy tan estrecha como tú. Necesitaba sexo. No era

un desconocido. Se mostró interesado y está tremendamente bueno, así que, cumplía los requisitos mínimos que necesitaba. —Enumeró, quitándole importancia al hecho de haberse acostado con un tío cualquiera que se había cruzado en su camino. Que yo la admiraba, quizás eso es lo que me había faltado siempre, un poco más de predisposición a satisfacer mis necesidades con menos prejuicios y menos trabas mentales. Lo pensé un poco, hasta que caí en la cuenta.

—¿Hace unos días? Vale, eres una amiga de mierda.

—Serás perra, me lo dice la que me ocultó deliberadamente que se había beneficiado a su compañero de trabajo. —Se cruzó de brazos. Vale, tanto para mi amiga.

—Bueno, vale —refunfuñé. Aún no lograba entender qué le inquietaba. No era de las que se arrepentía del sexo sin compromiso. Eso seguro—. ¿Y qué te preocupa?

—Después de ese encuentro, hemos hablado a diario. Trabaja cerca de mi oficina, así que desayunamos juntos prácticamente desde que nos encontramos. Hemos comido, en su cama, en la mía... hemos cenado con velas. Vamos, que me gusta.

—Entiendo que tienes miedo después de lo que te pasó con Salva, pero... —Mi amiga se tapó la cara con ambas manos y dejé de hablar. Vale, había algo más.

—Es Leo, Arinegua, Leo, el hermano de Salva.

—Ostras —murmuré.

—Sí, ostras, sí... ¡Mierda! La puta mierda, vamos. Me he encoñado del hermano del *cuernudo* de mi ex. Acostarme con él fue divertido, pero... parece que esto va más en serio y ¿tienes idea de las consecuencias que esto puede traer? Leo me ha dicho que le gusta, que quiere más, que no quiere sexo sin compromiso, quiere el *pack* completo.

—Madre mía.

—Sí... ¿te imaginas las cenas de Navidad? No puedo evitar odiar a Salva y lo quise mucho, Arinegua, convivimos mucho tiempo y donde hubo fuego... siempre me va a doler verlo con otra mujer e imagino, que al contrario funcionará igual, va a ser cómo mínimo muy incómodo. Además, qué va a pensar su familia, sus padres, mis padres...

—Es un marrón, Sabrina, pero igual tienes que dejar de pensar en los demás y pensar en ti, en si has encontrado una conexión especial con Leo...

—Si Salva me persigue... si me quedo a solas con él, por mucho que yo me controle. Leo va a dudar de mí siempre. Puedo ocasionar una pelea entre hermanos. No estoy preparada para esto. —Y sabía que estaba nerviosa, no solo porque se hubiera tragado dos copas de vino en los cinco últimos minutos, temblaba, veía la preocupación en su mirada.

—Bueno, quedan muchos meses para Navidad y estáis empezando. No tienes que empezar a comer en casa de sus padres todos los domingos. Disfruta, deja que las cosas fluyan sin forzarlas. No sé... entiendo lo que me dices, es difícil.

—Leo me gusta, me gusta mucho.

No sabía qué más decirle, era una situación peliaguda, entendía su preocupación, era lógica. Pero quizás lo debió pensar antes de acostarse con él la primera vez. Eso no se lo iba a decir, porque me podía lanzar algo a la cabeza, seguro, y tenía demasiado cerca los cuchillos, así que mejor me quedaba callada.

Rellené su copa, la mía y brindamos.

—Se nota que se acerca la primavera, porque lo de estas semanas no es normal. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Cuando estaba lo suficiente borracha, le conté a Sabrina lo de Gustavo, se quedó completamente flipada. Ella tampoco conocía la historia de su ex,

pero era bastante desconcertante imaginárselo así, como un perrito faldero, destrozado por una mujer, una ex mujer, para ser más exactos. Me preocupaba tanto que no fuera feliz, que fuera simplemente... una ONG que no dejaba de darle vueltas.

Antes de acostarme miré mi móvil y vi que tenía algunos mensajes.

MARIO 

«Dulces sueños, preciosa».

Qué mono. Le contesté buenas noches y una serie de emoticonos ñoños llenos de besos y corazoncitos.

GUSTAVO 

«¿Dejamos para mañana esa cerveza?».

Me lo acababa de mandar, y eso que era casi media noche, le contesté antes de meterme en la cama:

ARINEGUA 

«Por supuesto».

## **Capítulo 29: ¿No pensarías que me iba a quedar sin comer?**

A mitad de mañana aparecieron Samanta y Mario por mi despacho. Era necesario comenzar a organizar las olimpiadas; qué juegos harían, quienes estaban más preparados para participar en cada cual, qué materiales eran necesarios y de cuánto dinero disponíamos para ajustarnos al presupuesto, pero, sobre todo, lo que más nos importaba eran los beneficios que todo ello les proporcionaría a los usuarios del proyecto. Así que llamé a Gustavo y fuimos los cuatro hasta la sala de reuniones.

Samanta comenzó a exponer lo que ellos tenían pensando. Habían hecho una clasificación por edad, así que, los juegos tendrían lugar en diferentes días, para evitar aburrir y agotar a los chicos y a las familias. También habían adecuado los juegos dependiendo del tipo y grado de discapacidad. Me quedaba alucinada con el cariño que le había puesto el equipo, estaba ilusionada con todo, sabía que iba a salir a la perfección.

Nos llevó algunas horas organizar todo bien, tendríamos que solicitar al ayuntamiento algún área del polideportivo más cercano, donde poder desarrollar los juegos de forma cómoda. También podría servir una playa, pero preferíamos que este fuera el último recurso, por el peligro y control que una zona como esa conllevaba.

Cuando ya estábamos recogiendo, Mario se acercó hasta mí.

—¿Comemos juntos? —me preguntó. Miré la hora, eran cerca de las dos y a las cuatro y media tenía una reunión.

—Sí, pero tiene que ser algo rápido, tengo que estar en la oficina sobre las cuatro y algo.

Mario asintió y me ruboricé cuando me di cuenta de que Samanta nos miraba, tenía la sensación de que a aquella muchacha le gustaba Mario y no quería hacerla sentir mal, no sabía si estaba al tanto de lo que ocurría entre nosotros o no, pero no sería yo quién se lo contase, eso desde luego.

Fuimos hasta su coche y en cuanto nos subimos se lanzó a besarme. Debía hablar con Mario de ello, pues estaba segura de que tenía la idea de que nos volvíamos invisibles al traspasar las puertas de su vehículo.

Noté cómo su erección se apretaba en los vaqueros e inmediatamente se contrajo mi sexo, humedeciéndose completamente. Miré el reloj.

—¿Tienes mucha hambre? —pregunté.

—No te imaginas cuánta —suponía que Mario no hablaba de comida.

—Si puedes conformarte con un sándwich o algo así, podemos ir a mi casa.

Mario se apartó rápidamente y se puso el cinturón antes de arrancar. Tomé eso como un sí. Diez minutos más tarde, subíamos las escaleras de mi piso, bueno, Mario corría escaleras arriba arrastrándome de la mano.

No me dejó recuperar el aliento ni buscar, tranquilamente, las llaves en el bolso. En el mismo rellano volvió a besarme con ansias, con pura necesidad. Levantó mi vestido y apretó mis nalgas, atrayéndome hasta él y por fin di en el bolso con las llaves de casa. Me giré para introducirla en la cerradura y Mario bajó la cremallera de mi vestido, reí e intenté abrir rápido antes de que me quedara desnuda y se asomara algún vecino. Mi vestido cayó al suelo según entramos y Mario volvió a girarme para besarme, dando pequeños pasos, en busca de algún lugar donde poder dar rienda suelta a lo que ambos deseábamos. Topamos con la mesa comedor y Mario se apartó un poco para sonreírme.

Me giró e hizo que me apoyara contra la mesa, apartando a un lado mis braguitas. Sentí como rasgaba un preservativo y un minuto después me embestía sin contemplaciones. Rudo, salvaje... me agarró del cabello y tiró, entrando y saliendo una y otra vez.

Mis piernas comenzaron a temblar, anticipándose al clímax que se me venía encima. Mario aceleró el ritmo, agarrándome esta vez por las caderas,

rápido, fuerte, duro. Lo oía gemir, no aguantaba más y me dejé ir, él siguió embistiéndome.

Salió de mí y me ayudó a incorporarme llevándome hasta el sofá, donde me tumbó y se colocó encima, volviendo a penetrarme. Apartando mi sostén devoró mis pezones, pellizcándolos. Mordió mi cuello cuando eché la cabeza hacia atrás disfrutando de las sensaciones que hacían que mi cuerpo se contrajera de arriba abajo, que se tensara, en busca de otro orgasmo. Gemí su nombre y aceleró hasta que noté sus convulsiones.

Se apartó rápidamente y bajó su boca hasta mi entrepierna, devorando mi sexo completamente empapado, que chupó con desesperación, arrancándome un nuevo orgasmo, que no estaba dispuesto a desperdiciar. Bebió de mí hasta que las piernas comenzaron a temblarme y casi le supliqué que parase.

Mario subió de nuevo a mi altura y me besó con ternura.

—No pensarías que me iba a quedar sin comer. —Sonreímos y nos llevó unos minutos recuperar el aliento.

Las piernas aún me temblaban cuando fuimos rumbo a la ducha, donde no pudimos hacer otra cosa que darnos tiernos besos bajo la cascada de agua caliente. Ya era tarde para más. Recogí el vestido que había quedado hecho un harapo arrugado que, evidentemente, descarté ponerme de nuevo. Elegí un atuendo más cómodo frente a mi armario. Suéter, pantalones y zapatos sin demasiado tacón en tonos oscuros. Cuando volví a la cocina Mario estaba ya vestido, peinado y olía de vicio, tanto que volvería a caer a sus pies, devorándolo como me apetecía, porque no podía pensar en comer otra cosa que no fuera a él y supe que leyó mis pensamientos cuando levantó la cabeza y me vio morderme el labio inferior.

Preparamos un par de sándwiches que tomamos junto a una Coca-Cola antes de salir camino a la oficina. Ya llegaba con el tiempo justo y tenía sueño

como si no hubiera dormido en semanas. Mario me besó en los labios cuando llegamos.

—¿Te recojo esta noche y repetimos? —preguntó—, tu cama debe ser mucho más cómoda que el sofá.

—Bastante más —reí—, pero esta noche no puedo. He quedado con Gustavo para tomarnos una cerveza.

—¿Con Gustavo? —me preguntó volatilizándose la sonrisa.

—Sí, con Gustavo. Somos amigos y está pasando por un mal momento. Vamos a quedar a tomarnos algo y espero poder hacer que se sienta mejor —le expliqué.

—¿Haciéndole una mamada? —preguntó enfadado. Alcé las cejas sorprendida, porque, aunque entendía que estuviera celoso, porque al fin y al cabo Gustavo y yo nos habíamos acostado juntos, me parecía increíble después del momento tan intenso que habíamos vivido que me hablara de esa forma.

—Voy a hacer que no he escuchado eso. Me voy. —Volví a besarle y salí del coche.

Respiré hondo y conté hasta diez antes de ponerme hecha un basilisco. Lo entendía. La última imagen que tenía de los dos no era muy halagüeña, pero tenía que confiar en mí. Si quería estar conmigo, era imprescindible que no pusiera en duda mis actos.

Se me cerraban los ojos solos durante la reunión del equipo directivo, en la que varios gráficos nos explicaban la evolución de la fundación durante el último año, con comparativas de ingresos, de usuarios y demás. Tedioso. Aburrido. Me importaba poco. Solo quería volver a mi despacho. Terminar de preparar la documentación para la justificación del proyecto que nos habían solicitado y marcharme a por esa cerveza con mi amigo. Realmente estaba tan agotada que me apetecía más irme a casa a dormir, pero eso quedaba

completamente descartado.

Gustavo tocó en la puerta de mi despacho cuando acababan de dar las seis de la tarde.

—¿Nos vamos?

—¡Sí! Por Dios, ya no aguanto más aquí hoy. ¿Quieres cenar algo muy guarro? —propuse. Gustavo levantó una ceja, con expresión divertida.

—¿No te deja satisfecha tu novio imaginario? —bromeó.

—Ja y ja, ¡qué simpático!

Escuchamos unos pasos en el pasillo y se asomó Patricia a mi despacho.

—¡Hola! —exclamé contenta—. Me alegro de verte —gesticulé con las manos. Me lo había enseñado Gustavo. La pequeña contestó algo que no entendí y miré a mi compañero de trabajo.

—Dice que estuvo malita, pero que ya está recuperada. —La niña siguió moviendo las manos y Gustavo continuó traduciendo—. Hoy les han dicho en clase lo de las olimpiadas, está muy ilusionada y te está preguntando si podrás ir a verla participar.

Asentí y la niña sonrió feliz. Vino hasta mí y me besó en la mejilla.

—Qué linda es —le dije a Gustavo—. Igual quiere casarse con uno de mis hermanos —bromeé.

—A ti es que los pelirrojos te pueden —contestó Gustavo y le saqué la lengua.

Patricia señaló el tatuaje de mi cuello y movió las manos mirando para Gustavo. Por mucho que quería aprender iba despacio, no lograba coger nada de lo que decía, pero pude distinguir que le gustaba.

—Ha dicho que le gusta mucho y que a ella le encanta soplar dientes de león.

Sonreí mirando a Patricia, que se tapó la boca con las manos para reír,

se acercó al cuello y me lo sopló.

Solté una carcajada.

—Pues creo que los pelirrojos tienen algún tipo de obsesión con mi tatuaje —le dije a mi amigo.

Oímos unos pasos en el pasillo y Mario se asomó a mi despacho.

—¡Hola! —le saludé feliz, aún tenía una sensación de satisfacción en todo mi cuerpo por el atracón de orgasmos de esa misma tarde y verlo allí, de repente, con ese gesto serio y ese cuerpo serrano que me ponía a mil, hizo que un cosquilleo recorriera mi cuerpo entero.

—Estabas aquí —murmuró.

—Claro, ¿dónde voy a estar? —respondí, sonriendo.

—Lo decía por mi hermana —respondió Mario y esbozó una pequeña y forzada sonrisa. Suponía que seguía molesto por el hecho de que esa noche no me fuera con él. Se me abrió la boca sorprendida.

—¿Patri es tu hermana? —Mario asintió y movió las manos para decirle algo a la pequeña, que le sacó la lengua a su hermano, tal y como había hecho yo con Gustavo hacía unos minutos y me dio un beso de nuevo en la mejilla antes de correr hasta él y darle la mano. Me dijo adiós.

—Disculpad las molestias, mi hermana es una pequeña exploradora —dijo Mario mirando hacia mí. No era difícil suponer que intentaba evitar cruzar palabras o ningún tipo de mirada con Gustavo.

—No es ninguna molestia, Mario. Patricia y yo somos amigas —como vi que la niña miraba en mi dirección, me dirigí a ella—. ¿A que somos buenas amigas? —La niña asintió—. En tu familia hay una extraña obsesión por soplar dientes de león ajenos que me tendrás que explicar un día.

Mario me miró extrañado y se giró hacia la niña sin entender de qué le hablaba. Se despidió murmurando un «Hasta mañana». No esperaba que se acercara a besarme, y menos delante de su hermana, pero algún signo de

cariño, después del mediodía que habíamos pasado no hubiera estado mal. Suspiré resignada y como Gustavo me miraba sin preguntar, no dije nada.

Apagué el equipo y cogí mis cosas para irnos de una vez. Paramos en una hamburguesería y me pedí la más grande y pringosa que tuvieran, con una buena jarra de cerveza. Me moría de hambre, demasiado ejercicio para haber tomado solo un sándwich en todo el día.

Gustavo y yo hablamos de banalidades, de lo cutre que nos había resultado el último capítulo de una serie que veíamos en paralelo. Criticamos a algunos del consejo de dirección y la falta de sexo generalizado de todo el equipo directivo. Me preguntó detalles de mi reconciliación con Mario, que le conté enrojeciéndome e, incluso, le hablé de Sabrina y su nueva aventura amorosa.

Hablamos largo y tendido. A la cuarta cerveza se me trababa la lengua; habíamos perdido la noción del tiempo. No quise preguntarle por Miriam y todo lo que se le venía encima, porque igual le apetecía más desconectar de ello y si quería contarme algo, prefería que saliera de él sin tener que presionarlo.

—Debería volver a casa, es tarde, Miriam se va a enfadar. —Y fue la única vez que la nombró en toda la noche y me daba urticaria, no me gustaba ese nombre, no me gustaba esa mujer. No estaba bien juzgarla, lo sabía, pero me parecía sucio y rastroso que hubiera vuelto a Gustavo porque la habían dejado preñada y la habían despedido del trabajo. Debería haberse ido con un familiar y dejarlo rehacer su vida, ser feliz como lo era hasta que volvió.

Asentí y me levanté, al fin y al cabo, al día siguiente teníamos que ir a trabajar.

Me costó subir las escaleras de mi piso y más abrir la puerta de mi casa, que estaba en completo silencio. Supuse que Sabrina dormía ya, así que me puse el pijama y me metí en la cama, ya me ducharía al día siguiente,

estaba demasiado borracha para hacerlo en ese momento. Todo el peso del cansancio del día se me echó encima y me quedé dormida enseguida.

Me costó levantarme más de lo normal y le di al botón de posponer en el despertador al menos tres veces. La casa seguía en silencio, así que imaginé que Sabrina, directamente, no había dormido en su cama, pues ella se levantaba siempre muy temprano. Me di una larga ducha caliente con la certeza de que iba a llegar tarde al trabajo.

Me tomé un café y fui comiéndome una manzana mientras cogía todas las cosas para meterlas en mi bolso, el abrigo y bajaba las escaleras. Miré la hora en mi móvil, iban a dar las ocho y media, llegaba condenadamente tarde a la oficina, no me iba a quedar más remedio que coger un taxi.

Cuando me subí al coche, fui comprobando todas las notificaciones que tenía en el teléfono. No lo había mirado en todo el día anterior, pues había sido bastante ajetreado y tendía a olvidarme del móvil, que normalmente yacía en silencio siempre dentro del bolso.

Tenía un sinfín de wasaps, levanté las cejas sorprendida. Vi un montón de nombres en negrita. Abrí uno de mi padre en el que me preguntaba cómo estaba, le contesté rápidamente una disculpa por no haberle respondido antes, le conté que estaba a punto de entrar al trabajo y que le llamaría a la noche.

Tenía otro de Sabrina en el que me escribió que no iba a dormir en casa... «Ya lo noté, bonita», pensé sonriendo.

Mayra me había escrito hacía cinco minutos.

MAYRA 

«¡Feliz día de los enamorados! Ainsss, el amooorrr...».

Le acompañaban un sinfín de emoticonos de corazoncitos, besos y otros bastantes más ordinarios, con mucho líquido salpicando. Reí y no le contesté. La llamaría más tarde también.

Tenía notificaciones de Mario y sonreí, esperando encontrar alguna

ñoñada, al fin y al cabo estábamos en San Valentín.

MARIO 

«Avísame cuando llegues a casa, por favor».

Me lo había enviado sobre las ocho de la tarde anterior.

MARIO 

«Si acabas pronto voy a tu casa y dormidos juntos, si te apetece».

Eso había sido sobre las nueve y media y el siguiente a las diez y cuarto:

MARIO 

«¿Aún no has llegado a casa?».

MARIO 

«Por favor, avísame en cuanto llegues, sea la hora que sea».

A las doce de la noche.

MARIO 

«¿Hola?».

A la una. Repitió el mismo mensaje a las siete de la mañana.

MARIO 

«Ari, las cosas no se hacen así. Que salgas a tomar una cerveza con un amigo no es el problema. Es que has salido con el tío que te acostaste hace poco más de un mes. No puedo. Yo... lo siento, Ari, pero así no puedo. Hemos terminado».

Hacía unos diez minutos que me había mandado el último wasap.

Abrí la boca de forma desmesurada... pero ¿qué demonios le había pasado a este? «Feliz San Valentín, pelirrojo tocapelotas», murmuré. El taxista paró en la puerta de la oficina, pagué y subí al despacho. Llegaba muy tarde al trabajo y no tenía tiempo para resolver eso en aquel momento. Intenté no enfadarme. Era celoso... vale, era mono... bueno, tan mono tampoco, me tocaba la moral y los ovarios... no sabía qué contestarle. Me parecía fuera de

lugar, tantos wasaps, como si estuviera desesperado, loco y celoso.

—¡Llegas tarde! —oí que gritaba Gustavo desde su despacho.

—Buenos días para ti también, petardo —contesté sin asomarme. No tenía tiempo.

Abrí las persianas, me quité el abrigo y encendí el ordenador. Tenía un millón de cosas que hacer y antes de dos horas tenía que venir el mensajero a por la documentación que teníamos que entregar en el ayuntamiento para la justificación y aún me quedaban cosas por comprobar. Cogí la pila de papeles y fui con ellos hasta la sala de reuniones para darle un repaso. Cualquier error podía ser traducido en que nos echaran para atrás la entrega en el mejor de los casos o, incluso, en una sanción, en el peor. Llevaba una hora y pico allí, necesitaba un café urgentemente, cuanto más largo y fuerte, mejor, pero no tenía tiempo.

Llamaron a la puerta y Gustavo pasó a la sala de reuniones.

—Te veo agobiada.

—No me entretengas, que en media hora llega el mensajero —ladré sin levantar la cabeza de lo que hacía.

—Pensé que estaba todo bajo control. —Sonó preocupado al escuchar mi tono.

—También lo pensaba, pero he detectado algunas cosas mal, fuera de sitio, firmas que faltaban. Me queda poco.

Gustavo salió de la sala y apareció diez minutos después con dos tazas de café.

—Joder, Gustavo... en serio, te quiero —bromeé, arrebatándole la taza de las manos y dando un buen sorbo. Notaba el líquido hirviendo bajar por mi garganta y agradecí la sensación.

—Lo sé, soy irresistible. Suele pasarme —contestó burlón—. ¿Qué tal has dormido? —Me encogí de hombros—. ¿Qué tal has despertado? ¿Resaca?

¿Dolor de cabeza?

—Solo tomé cuatro cervezas —respondí.

—Díselo a tus piernas, que vi cómo se tambaleaban al subir las escaleras de tu piso —sonreí.

—Dormí bien. —Intenté quitar mi cara de mala baba, pero no lo conseguía y él, que me conocía demasiado bien, me escrutaba con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué te pasa? ¿No has desayunado? ¿No has cagado?

—¡Guuuus! Joder, qué asco me das —protesté.

—Ay, perdonaaa —se disculpó, levantando las palmas de las manos—, no recordaba que las señoritingas estiradas como tú no cagan, se tiran *pedetes* mágicos, de los que salen arcoíris y nubes de algodón de azúcar.

—Paso de ti. —Decidí dejar la documentación como estaba. La había revisado decenas de veces, seguro que ya estaba todo perfecto. La amontoné y la metí en una caja archivadora—. Hecho, se acabó.

—Lo conseguiste —dijo orgulloso, sonreí como respuesta y me senté tranquilamente a saborear el resto de mi café.

—Mario me ha dejado, por wasap, a las ocho de la mañana —le conté al fin, cuando me sentí capaz de vocalizarlo sin echarme a llorar. Gustavo abrió los ojos de forma desmesurada—, sí, yo me quedé igual más o menos.

—¿Porque saliste anoche conmigo?

—Porque salí contigo, porque no le contesté el trillón de mensajes que me envió para saber si había llegado a casa, porque ni miré el móvil antes de dormirme ni esta mañana cuando me desperté. Supongo que el pelirrojo de las narices se montó una película en su cabeza.

—Una peli porno, por lo que veo —dijo Gustavo—, lo siento —me encogí de hombros.

—Se le pasará... supongo... debería confiar en mí. —Estaba

decepcionada y algo triste, pero no sorprendida, como si supiera que todo aquello no podía ser tan bueno y que se terminaría estropeando en algún momento. «Más vale antes que tarde, ¿no?», me dije.

—Es que soy tremendamente sexy e irresistible. Soy un Dios del sexo. Un adonis con una po...

—¡Vale! —le corté, riéndome antes de que soltase una barbaridad.

—Volverá con el rabo entre las piernas —sentenció y me encogí de hombros. Me levanté y le di la taza sucia a mi amigo antes de coger la caja, el mensajero estaba a punto de llegar.

### **Capítulo 34: El peor viernes de mi vida**

Durante el resto de la semana no hubo señales de Mario por ninguna parte, tampoco de Patricia. Me acerqué hasta las aulas el jueves por la tarde y no estaba entre los chicos. Samanta me sonrió, parecía algo incómoda al verme allí, por lo que, al comprobar que no había rastro de la niña, simplemente, me di la vuelta y me marché por donde había venido, sin preguntarle.

No le había contestado a Mario y tenía la esperanza de que me llamara en algún momento o que me mandara más mensajes, aunque fuera reprochándome cosas que no habían ocurrido, mientras yo, simplemente, cada día me sentía más apenada y decepcionada. Puto pelirrojo.

El viernes me desperté y lo primero que hice fue mirar el móvil, me cayó toda la tristeza encima, cuando comprobé que seguía sin notificaciones nuevas. Así que para cuando entré en la ducha, ya estaba llorando. Supe que no sería mi día cuando dos minutos antes de la hora a la que solía salir de casa, me cayó un manchurrón de café en la blusa blanca. Intenté decirme que no pasaba nada, que todo iría bien, era una simple mancha que se iría en la lavadora. Pero al ir a revisar mi ropero, me di cuenta de que no me quedaba nada planchado que me hiciera juego con el resto del conjunto, así que como no tenía ganas de cambiar de pantalones, zapatos, pendientes, pulseras y bolso, no me quedó más remedio que ponerme a planchar. La imagen era patética; en sujetador, pantalones de cintura alta y tacones de vértigo, los ojos llenos de lágrimas, secándolas de vez en cuando, por si mi máscara de pestañas resistente al agua me fallaba, planchando una prenda que se me resistía más que nunca.

Esa semana, prácticamente no había llegado puntual a la oficina ni un solo día, y la racha continuaba. Así que tendría que volver a coger un taxi, a ese ritmo no iba a llegar a final de mes.

Me miré de soslayo en el espejo del ascensor.

—Joder —murmuré—, ¿qué demonios le ha pasado a mi pelo? —Me lo notaba encrespado y rebelde. Intenté adecentarlo lo mejor que pude y repasé mi lápiz de labios. «Hoy va a ser un buen día, ya lo verás, va a ser un día estupendo...», la actitud positiva lo era todo, necesitaba no tener pensamientos negativos. Era viernes, al fin, en unas horas se acabaría esa pesadilla de semana y podría hacer lo que me placiera hasta el lunes. Dormir, comer helado, dormir, ver series, dormir, masturbarme, dormir, llorar... vamos, lo normal después de un desengaño amoroso. Forcé una sonrisa.

Debía ser que era un día malo en general, no solo para mí, Gustavo llegaba más tarde que yo, su despacho estaba aún cerrado. Cuando abrí mi correo electrónico vi un *e-mail* de mi compañero en el que me informaba de que se tomaba el día libre. Un texto escueto y profesional, que había reenviado a varios departamentos. Me extrañaba que no me hubiera dicho nada el día antes o me hubiera mandado un wasap. Comprobé mi móvil y allí no había nada.

Era difícil no desmoronarse cuando la única persona que sería capaz de hacerme sonreír aquel patético día, no iba a aparecer por la oficina. Resoplé e intenté pasar lo más desapercibida posible, tanto, que ni si quiera me acerqué a por el café matutino. Me centré en adelantar trabajo, o, al menos, lo intenté, porque no daba pie con bola. Se me estaba haciendo el día eterno y me molestaba el silencio sepulcral que se había instalado en la oficina, como si la mitad del personal no hubiera venido a trabajar. Se notaba tensión, todo el mundo estaba en silencio, concentrados en sus pantallas, así que intenté hacer lo mismo.

Sobre mitad de mañana llegó un requerimiento por correo electrónico del ayuntamiento. Había documentación mal o que faltaba, según ellos, aunque yo estaba segura de que estaba todo en perfecto orden. La seguridad se me fue desvaneciendo en cuanto fui leyendo lo que nos reclamaban. Decían que los

extractos bancarios debían estar sellados por la entidad. Gustavo me lo había dicho al principio del proyecto, pero lo olvidé. Quedaron nóminas sin firmar y algunas sin incluir. Recordé que teníamos compañeros que trabajaban fuera de la oficina, a los que le pedimos que enviaran las nóminas firmadas cuanto antes, y que, ciertamente, no me había molestado en mirar la bandeja de la valija por si habían llegado, me olvidé completamente de ellas e irónicamente, las nóminas fueron la única parte de la documentación que me había quedado pendiente de revisar por millonésima vez. Para rematar, en el correo nos advertían de que la documentación debía seguir el mismo orden que en los listados, además de ir cada uno numerado correlativamente y que había pliegos que no estaban correctos ni firmados.

Se me secó la garganta cuando vi que el correo tenía copia para Bernardo Ojeda, el dueño de la fundación, y para Gustavo. Necesitaba a mi compañero, esto era una cagada grande, habíamos apurado la fecha de entrega de la documentación al máximo y si faltaban cosas estábamos fuera de plazo, podrían retirarnos la subvención por ello.

Levanté el teléfono con un nudo en la garganta, marqué el móvil de Gustavo, pero me aparecía apagado. ¿Estaría realmente apagado? ¿Sin cobertura? ¿En un túnel? «¡Mierda, Gustavo, dónde estás!». Lo intenté de nuevo y, una vez más, sin éxito. Nada, apagado. Le mandé un wasap y un SMS que decía que necesitaba hablar con él urgentemente. También le mandé un correo electrónico con el asunto «S.O.S.», cuyo único texto ponía: «Te necesito. Llámame». Pero Gustavo no dio señales, no podía quedarme cruzada de brazos, así que estuve media hora al teléfono, intentando dar con la persona que firmaba el correo electrónico. Me dijeron que tenía que llamar más tarde y lo intenté a la hora, de nuevo con el mismo resultado y lo volví a intentar.

A la una y media del mediodía, no había solucionado absolutamente nada de la documentación, los bancos estaban a punto de cerrar, pero no había

localizado al contacto en el ayuntamiento y necesitaba hablar con él.

Cinco minutos antes de las dos, por fin logré que me lo pasaran. Estuve diez minutos disculpándome. Le expliqué que era nueva, que se me habían escapado cosas, pero que el lunes sin falta le enviaríamos todo. Cuando paré de hablar y suplicar como una estúpida, incluso controlando el llanto, quedándome completamente en ridículo, la persona al otro lado de la línea me explicó que esa misma mañana había hablado con Bernardo Ojeda y habían ampliado el plazo una semana para solucionar las incidencias y que estaría bien, que me comunicara primero con mis compañeros y superiores antes de llamarlo, pues había unos procedimientos y protocolos que no me podía saltar. Di con un gilipollas prepotente, vamos.

Me disculpé y colgué aliviada. Vale, la había cagado, pero tenía una semana para preparar todo. El lunes lo solucionaría con Gustavo, no había problema. Suspiré más tranquila.

Se acercaban las tres de la tarde, estaba deseando marcharme a casa de una vez. Estaba enfadada porque Gustavo no había dado señales y porque me sentía lenta y torpe y, seguramente, debido a los nervios que me había cogido, me estaba saliendo todo mal. Cinco minutos antes de la hora de salir sonó el teléfono de mi despacho. Me imaginaba que era mi compañero que por fin había resucitado de entre los muertos y me apresuré a descolgar.

—Arinegua, buenas tardes. —Rocío estaba al otro lado—. ¿Puedes venir a mi despacho? —Temblé.

—Sí, claro.

Tropecé al levantarme de mi sitio y solté un impropio. Refunfuñando, caminé deprisa hasta el despacho de Rocío, toqué antes de entrar y cerré tras de mí. Estaba al teléfono, así que tomé asiento y esperé a que terminase de hablar con paciencia, sin mirar a ningún punto en concreto ni prestar demasiada atención a lo que decía.

—Arinegua, siento ser portadora de malas noticias, pero me ha llamado hace un rato Don Bernardo Ojeda... estás despedida con efecto inmediato.

—¿Cómo? —balbuceé—. ¿Es una broma?

Rocío negó y no parecía feliz, siempre pensé que si algún día ocurría algo así ella saltaría de alegría, pero parecía incómoda, como si entendiera todo aquello lo mismo que yo.

—Lo siento, no me ha explicado mucho, me ha dicho que has cometido una infracción grave. Me ha pedido que prepare tu finiquito y que te diera el aviso hoy mismo.

—¿Sin preaviso? Pero... ¿y lo que tengo pendiente? Ha llegado un requerimiento y...

—No sé nada más, Arinegua. Me ha pedido que en la carta de despido se te comunique que has cometido infracción grave, falta de interés, impuntualidad, queja de algunos empleados...

Dejé de escuchar, me quedé completamente en blanco, mareada, sin saber qué decir ni qué hacer. Mi mundo se tambaleó. ¿Aquello era real o una pesadilla de la que no lograba despertar?

### Capítulo 35: ¿Y ahora qué?

Sabrina no estaba en casa cuando llegué, o se había retrasado en la oficina o se había ido directamente a comerse a Leo a su casa. En un principio resoplé fastidiada, pero luego supe que era lo mejor que podía ocurrir. Si Sabrina hubiera estado en casa le fastidiaría el fin de semana, porque mis ojos se abrirían cual grifo, lloraría como una estúpida y ella se quedaría a mi lado hasta que me calmase, fastidiaría cualquier plan que tuviera y me sentiría aún peor.

Me quité los tacones que lancé en mitad del salón. Necesitaba con urgencia una cerveza, que fui a buscar a la nevera. Después de un largo trago me tiré en el sofá frente a la carta de despido. ¿En serio me habían despedido? ¿La infracción grave habían sido los errores que había cometido en el requerimiento al ayuntamiento o que Mario pensase que le había puesto los cuernos? Porque sí, porque no podía evitar darle vueltas al asunto. ¿Tendría que ver algo en mi despido? Quería pensar que no era tan hijo de perra como para hacer que me despidieran por ser el hombre más inseguro sobre la faz de la Tierra. Después se quejaban de mi carácter, pero desde luego, algunos no se quedaban atrás.

Me acabé la cerveza, sabía que debía comer alguna cosa, pero tenía el estómago cerrado y una sed del demonio. Así que me abrí otra lata. ¿Qué iba a hacer ahora? Ya no tenía sentido quedarme en Fuerteventura y tampoco era viable, lo poco que tenía reunido más el finiquito, apenas me daría para un par de meses de alquiler. Me volvería a casa.

Me sonó un mensaje en el móvil, era de Sabrina, que me avisaba de que iba a pasar el fin de semana fuera, tal como había vaticinado.

Me cambié la ropa, por una sudadera, vaqueros cómodos desgastados y unas Converse antes de coger mi portátil y volver a lanzarme al sofá. Compraría los pasajes de vuelta para esa misma noche, sabía que en cuanto

estuviera con mi familia me iba a sentir mejor. Necesitaba verlos, dejarme abrazar y meterme en mi cama a dormir un par de días. Entonces imaginé lo mucho que iba a decepcionar a mi padre, a Clara diciéndome con tristeza que no pasaba nada, que era joven y que la próxima vez saldría mejor y eso sin pensar en las habladurías de *Radio Patiño*. Evité llorar, difuminando el nudo de mi garganta a base de líquidos, otra lata de cerveza no me sentaría mal. Compré un pasaje para última hora de la tarde a Gran Canaria, tardaría un buen rato en llegar al aeropuerto, así que preferí jugar con un buen margen de tiempo.

La imagen era patética y me partiría la caja de mí misma si no fuera porque la autocompasión me estaba reconcomiendo por dentro. Di un respingo al escuchar mi móvil sonar y cuando vi el nombre de Gustavo en mi pantalla me dieron ganas de lanzar el aparato contra la pared.

—¡¿Ahora!?! —le grité al teléfono que continuaba sonando a mi lado. No pensaba descolgar. Bufé. Estaba enfadada con él, si hubiera estado ese día en la oficina me hubiera ayudado a solucionar todo y se hubiera quedado en una simple incidencia. Él no tenía la culpa, lo sabía, pero estaba dolida. Había elegido para desaparecer el día que más le había necesitado a mi lado.

En cuanto dejó de sonar, apagué el aparato, no me apetecía hablar con nadie. Me tumbé hacia atrás en el sofá, mirando el techo, intentando pensar en nada y pensando en todo al mismo tiempo. De pronto, se me había atragantado la idea de volver a Gran Canaria, pero qué otra cosa podía hacer.

Fui hasta mi habitación, lo mejor era terminar con la agonía de ese momento incómodo cuanto antes. Como no tenía cajas de cartón, asalté el mueble de la despensa, donde Sabrina y yo acumulábamos infinidad de esas bolsas de rafia gigantes de los supermercados, que siempre nos olvidábamos de coger antes de ir a comprar. Empecé a organizar todo sin pensar en cómo me iba a llevar mis trastos. Dejaría la mayor parte por allí, y volvería en algún

momento de las próximas semanas para recogerlo, o le pediría a mi amiga que me lo mandase por mensajería. En un par de maletas grandes metí ropa, zapatos, complementos y algún libro. No me había traído demasiadas cosas de Gran Canaria, así que solo dejaba algunas bolsas grandes llenas de cosas, que si tiraba a la basura tampoco es que me fuera a morir, pero simplemente las dejé allí. En menos de una hora lo había recogido todo.

No tardé demasiado en llegar al aeropuerto, como si el transporte público hubiera decidido ser rápido y eficiente por una vez en la vida y no es que yo tuviera quejas sobre los servicios de transporte, pero daba un poco de vértigo que todo estuviera pasando tan deprisa. Una vez en el aeropuerto, no me quedaba más remedio que esperar unas horas hasta que saliera mi vuelo con destino a Gran Canaria.

Me pedí un café solo extra largo, el humillo en mi nariz aliviaba algo el frío que se me había metido en los huesos y el líquido hirviendo bajando por mi garganta me hizo sentir algo mejor.

Mi libro electrónico no tenía batería, así que, intentando matar el tiempo sin tener que encender el teléfono móvil, saqué mi agenda del bolso y empecé a revisar lo que tenía apuntado en las próximas semanas y tachar todo aquello que fuera de trabajo. Releí, aburrida, algunos días pasados. Anotaciones y textos que copiaba en ella que me animaban, hoy no lo hacían, pero no estaba de más intentarlo.

Revisé los papeles que tenía en la parte de atrás, mi carta de despido, un par de *tickets* de compra viejos, alguna tarjeta de visita que no iba a necesitar nunca, algún vale de descuento caducado, una fotografía vieja de mis padres conmigo que siempre llevaba encima. Me quedé observándola y la acaricié con las yemas de mis dedos. Mi madre estaba preciosa, tenía una sonrisa bonita y en todas las fotografías que había visto me miraba siempre con una devoción y un cariño que me encogían el corazón. Seguí revisando el

resto de papeles, algunos sin importancia y di con el sobre que mi padre me había regalado el día de Navidad.

Lo abrí de nuevo y me paré a releer todo lo que había dentro; el billete de avión, el vale para el Ave, el del hotel. Noté que el sobre abultaba demasiado, en ese momento me di cuenta de que había dinero dentro, no me había fijado el día de Navidad, ya tenía que haberme afectado ver la carta de mi padre.

No sería mala idea volar en aquel momento a Zaragoza, estaba tan perdida que igual, si volvía a mis orígenes, lograba encontrarme. Y sin pensarlo demasiado, comencé el trámite para cambiar billetes abiertos por otros reales, mientras me terminaba el café, que ya había empezado a enfriarse.

Una hora y media más tarde estaba embarcando con destino a Madrid donde no me quedaría más remedio que hacer noche. Dormí casi todo el trayecto, llegué muy tarde. Encendí el teléfono sin fijarme demasiado en las notificaciones pendientes, con la intención de buscar algún hotel donde hospedarme. Cansada y cargada como una mula, lo que menos me apetecía era recorrerme medio Madrid con treinta kilos de equipaje a costas, así que no escatimé demasiado. Al primero que llamé, cercano al aeropuerto y bastante caro, tenía habitación disponible, así que, con un taxi, me puse en pocos minutos. Tras una ducha, me metí en la cama más cómoda en la que me había acostado nunca y caí rendida antes de lo que tarda un suspiro.

Si dormir a pierna suelta durante más de nueve horas me había hecho sentir mejor, el desayuno a base de *bacon* y huevos fritos, había sido la inyección definitiva que necesitaba para que se me fuera de una vez la pesadez que se me había instalado en el estómago. Había comido como si no lo hubiera hecho en tres días, que, básicamente, era lo que había pasado. Apenas había probado bocado en toda la semana. Estuve engullendo durante media hora,

tanto, que apenas me podía mover, así que, simplemente, fui hasta la recepción, solicité la salida tardía, previo pago de una cantidad bastante abusiva y exagerada y me volví a acostar cerrando antes todas las cortinas de la habitación. Me volví a dormir prácticamente al instante.

Para cuando me levanté, pasaban las cuatro de la tarde, en una media hora tenía que dejar la habitación, así que me di una ducha fugaz, me cambié de ropa y recogí lo poco que había sacado de la maleta antes de pasar por el mostrador a entregar las llaves. Echaría de menos aquella cama, era un millón de veces mejor que la mía. No era ético robar colchones del hotel, ¿verdad? Porque era lo que me apetecía hacer en ese instante.

Sin querer darle vueltas, cogí un metro que me llevara hasta Atocha, donde podría coger el Ave con destino a Zaragoza. Tenía la sensación de llevar dos días actuando como un zombi, pero no tenía un plan mejor y me sentía tan vacía y mal por todo lo que había ocurrido, que estaba segura de que aquello no lo iba a poder empeorar.

No estaba preparada aún para avisar a mis abuelos, llevaba sin verlos tres años y tenía el cupo de lágrimas cubierto por unos días. Así que me decidí a aprovechar el bono de hotel del regalo de Navidad para, simplemente, descansar y recuperarme.

El Ave no tardaba demasiado en llegar a Zaragoza. Al bajarme, el aire helado me azotó e, instintivamente, me sentí mejor, como si la mezcla de olores y la temperatura, me hubieran devuelto a «casa». Llegar hasta el hotel no me costó demasiado y sabía que estaba cerca de la zona donde había vivido de pequeña con mis padres pero no quería pensar demasiado en ello. Me encerré en la habitación del hotel, ataqué el minibar y llamé a la recepción para pedir que me subieran la cena a la habitación. Había entrado en pánico, era de noche cerrada y no me apetecía afrontar todos mis recuerdos en aquel momento.

Encendí de nuevo el móvil, tenía notificaciones pendientes que no pensaba mirar, pero tenía que llamar a mi padre para decirle que estaba bien. Me daba pánico que ya se hubiese enterado de mi despido, no quería oír su voz decepcionada, no en aquel momento. Así que esta vez marqué el número de Clara.

—¡Hola! —contestó feliz al otro lado—, vaya, menuda fiesta de fin de semana te has dado que no has dado señales de vida.

—Hola, Clara. Ha sido un *finde* algo... loco, sí —contesté e intenté sonar animada, aunque me temblaba la voz.

—¿Qué haces? —me preguntó la mujer de mi padre.

—Pues me estoy zampando la cena tirada delante de la tele, pasando canales sin sentido —fui sincera.

—Cómo se nota que eres joven, diversión a tope, di que sí —contestó burlona. Reí.

Mi padre resultó estar cubriendo una guardia que no le correspondía y no se encontraba en casa, por lo que suspiré aliviada. No me gustaba la sensación de huirlo, de no querer hablar con él, pero solo serían unos días, hasta que me curara del *shock* y pudiera afrontar que había metido la pata, mucho.

Mis hermanos se pusieron al teléfono. Tomás me tuvo media hora al aparato contándome su última batalla con un juego de la Nintendo, y me sentía como si realmente hablásemos otro idioma. Pero a él, le encantaba explicarme ese tipo de cosas y yo asentía y lo animaba, aunque no entendiera un carajo. Omar me contó chismes del cole... ese iba para el equipo de *Radio Patiño*, fijo.

Me sentí un millón de veces mejor cuando colgué el aparato, sin entender por qué me había dado tanto miedo volver a casa. Ellos eran mi familia, me querían y me iban a apoyar. Pero ya estaba en Zaragoza, había

actuado por un impulso y pensé, como siempre, que el destino había jugado sus cartas, y que si estaba allí, era porque no había otro sitio en el mundo en el que debiera estar.

Me habían escrito Gustavo, Mayra, Sabrina... todos menos él, Mario se había volatilizado del planeta. ¿Por unas cervezas? ¿Por una noche de risas con alguien que me necesitaba? Qué injusto que hubiera sido tan radical y no me hubiera dado la oportunidad de decirle que simplemente se me había olvidado mirar el móvil esa noche. En aquel momento, sentía que la poca confianza que me tenía, dolía, pero más me molestaba lo que pensaba, que no era otra cosa que él era el que había movido los hilos para que me despidieran y eso jamás, nunca, podría perdonárselo.

Me armé de valor para abrir el wasap de Sabrina, sabía que iba a doler, pero tenía que asumirlo en algún momento.

SABRINA 

«Te has ido».

No decía nada más y eran palabras suficientes para saber que estaba enfadada por no haberla llamado, por no haberla esperado y no permitirle estar a mi lado en ese momento en que tanto la necesitaba, y ella lo sabía, no era estúpida, había pasado algo gordo. Seguramente ya habría hablado con Gustavo y sabría qué.

ARINEGUA 

«Sí. Te llamaré en cuanto pueda y volveré para buscar mis cosas, estoy intentando poner mis ideas en orden primero».

Mi amiga se conectó en seguida, estaba en línea al otro lado, leyéndome. En otro momento la hubiera telefoneado, pero no me apetecía hablar, no quería contarle todo lo ocurrido, ya lo hablaríamos.

SABRINA 

«Haz lo que tengas que hacer».

Seguía enfadada y nada receptiva, así que lo dejé estar. Ya tendríamos tiempo de solucionarlo.

De Gustavo tenía muchas notificaciones, demasiadas, tanto texto que de pronto me sentí agotada y sin leer, le envié un audio.

—Lo mejor de los últimos meses has sido tú, me llevo un gran amigo.

En cuanto Gustavo escuchó el audio, unos segundos después, me llamó por teléfono. No quería ofenderle, seguramente también estaba enfadado conmigo, si le rechazaba la llamada igual iba a perder a un amigo.

—Hola —murmuré.

—No es justo —dijo al otro lado.

—La vida no es justa. —No sabía qué otra cosa contestar y no sabía con exactitud si se refería a que me hubieran despedido o a que hubiera desaparecido sin decirle nada a nadie.

—¿Pero qué demonios ocurrió?

Armándome de paciencia le expliqué todo a Gustavo, intenté disculpar mis errores por una ruptura realmente extraña que me había afectado demasiado, pero él insistía en la idea de que él era responsable del proyecto tanto como yo y ni siquiera había recibido una amonestación. Había pedido una cita con Bernardo Ojeda, pero le habían contestado con evasivas, que estaba de viaje y que estaba ocupado. Rocío no le había querido explicar lo ocurrido y él estaba perdido.

Me disculpé un millón de veces por el marrón que le había dejado en el trabajo, porque todo hubiera salido tan mal y por haberme alejado de él y entonces, le dije que estaba en Zaragoza, que era donde debía estar y que todo en la vida pasaba por algún motivo, y él, mi amigo Gustavo, había sido el motivo por el que pasé por esa empresa. Lo quería, mucho, como se quiere a los amigos de verdad aunque no nos conociamos desde hacía mucho, para mí era tan importante como Mayra o Sabrina. Una parte importante de mi vida.

Lloré, lloré mucho y Gustavo me consoló y supe que él también había llorado, aunque intentara disimularlo, porque aunque pareciera un caradura, un hombre de hierro, sin sentimientos, era mi amigo, lo había sido desde el momento en que pisé la isla y esperaba que siguiera siéndolo toda la vida. Y también reí, porque Gustavo era un payaso, lo llevaba en la sangre y no podía evitar soltar *patujadas*, casi todas centradas en su entrepierna o la mía.

—¿Me harías el favor de enviarme el dibujo de Patricia? Se me quedó allí —le pedí. Debía hacerme a la idea de que no iba a volver, que ya no había solución posible.

—Lo tengo en mi despacho, mándame la dirección en un mensaje y te lo pongo en correos hoy mismo —respondió, solícito.

—Gracias, Gustavo.

Nos despedimos como si realmente fuéramos a vernos al día siguiente en la oficina, no quería soltarle un rollo patatero y sentimental, ni me molesté en decirle que lo echaría de menos y que me gustaría estar a su lado cuando fuese padre... padrastro... pringado, vamos, porque eso ya lo sabía él.

Sobre la una de la madrugada recibí un nuevo wasap de Gustavo:

GUSTAVO 

«¿Duermes?».

Pretendía dormirme temprano, pero me sentía nerviosa, la habitación y la cama eran cómodas, aunque no tanto como en el hotel de Madrid, pero aun así, me revolví entre las sábanas y sabía por lo que era. Estaba allí, había volado a Zaragoza y ahora no había vuelta atrás.

Esta sería la primera vez en mi vida que me iba a enfrentar a un berrinche por mi madre y a cuánto la echaba de menos, sin que mi padre estuviera cerca, pero tenía treinta años, mi madre había muerto hacía más de veinte y yo me había criado bien, no me había faltado de nada y ahora era una mujer adulta. Lo que mi padre me dijo la noche después de Navidad volvió a mi cabeza... «Tienes que perdonarla, Arinegua. Ella te quería, nunca quiso

marcharse, solo me pidió que te hiciera feliz... estaba enferma, pero te quería con toda su alma. Tienes que perdonarla por irse...».

Mi padre tenía mucha razón, nunca la perdoné, porque cada vez que la necesité no podía evitar odiarla por haberse marchado.

Así que, allí estaba, a la una de la madrugada, dando vueltas en la cama de una habitación de hotel de Zaragoza, a pocos kilómetros de donde había vivido hacía una eternidad y de mis abuelos, tíos y primos. Nerviosa, sin parar de darle vueltas a la cabeza y con mi amigo al otro lado, al que suponía que algo le inquietaba pues seguía despierto y en pocas horas tendría que levantarse para ir al trabajo.

ARINEGUA 

«Estoy despierta».

GUSTAVO 

«Me cuesta enfrentarme a la oficina sin ti, el ambiente se ha vuelto tenso, frío... nadie parece contento».

ARINEGUA 

«Ya te acostumbrarás... ¿qué tal las cosas con Miriam?».

Sonó mi teléfono.

—Esto de escribir sin sentido, cuando estás despierta y sola al otro lado de la línea, es ridículo. Mejor hablamos —dijo, cuando descolgué.

—¿Qué haces que no estás durmiendo? —le pregunté, no me apetecía que me hablara de la oficina y del trabajo, así que me revolví incómoda en la cama.

—Miriam ha salido con unas amigas. Estoy solo y estaba pensando en ti.

—¿Y te has puesto cachondo? Suele pasar —bromeé.

—Contigo siempre me pongo cachondo, nena, porque cada vez que te recuerdo me viene la imagen de aquel bikini largo con el que contoneabas las caderas la primera vez que te vi bailar —me explicó. Solté una carcajada, a

ver si iba a resultar cierto que lo mío era el baile y me había equivocado de profesión.

—Eres un estúpido —seguí riendo, recordando los momentos embarazosos que me hizo pasar esa noche—. Oye, y cómo es eso de que Miriam ha salido, pensé que las mujeres con un embarazo tan avanzado a estas horas tenían que estar en casa durmiendo.

—No sé, lleva un par de días rara. Está incómoda en todas las posturas, de mal humor. Tiene ardor de estómago y reflujo, náuseas, le provocan más que nunca los olores. Hoy nos enfadamos. Me pidió para almorzar merluza al horno con verduras y cuando le puse el plato delante se provocó tanto que se fue al baño a vomitar, me hizo tirar todo a la basura, sacar la bolsa de casa y fregar los pisos antes de pedirle una pizza con triple de queso azul. Terminamos discutiendo, le dije cuatro verdades, como que yo no tenía por qué soportar todo eso, que no era su marido, que ese bebé no era mío, que yo no la había dejado preñada... —suspiró resignado y yo no pude evitar alegrarme, porque esa mujer no se merecía que Gustavo la cuidara, la mimara y le abriera la puerta de su casa como lo había hecho.

—Y se enfadó y se fue con sus amigas —resolví.

—En realidad no sé con quién se fue, imagino que está con amigas. Estoy acojonado, Arinegua. Me estoy empezando a plantear que la estoy cagando. ¿Sabes por qué no fui a trabajar el viernes? El jueves cuando llegué a casa de la oficina, Miriam estuvo dos horas llorando, echándome en cara que había llegado tarde otra vez, que no solo es que me importara más el trabajo que ella, sino que para un día que había salido temprano esa semana, en vez de volver a casa para estar juntos me había ido de cena por ahí con una amiga y no había sido capaz de llegar pronto otro día por si a ella también le apetecía salir a cenar o tomar algo.

»Me cogió desprevenido, no me lo esperaba. Mi trabajo es importante,

pero tampoco es que me dedique a hacer horas extras sin tino, normalmente cumplo con mi horario, así que todo aquel berrinche era porque había salido contigo a cenar unos días atrás. No se lo oculté porque no me pareció adecuado ni necesario. Me rogó que me cogiera un día libre, tenía una ecografía el viernes y quería que estuviera presente y me involucrase más en el tema del bebé.

»Me resultó muy incómoda esa situación, ella llorando por nada y yo sin saber qué hacer para consolarla, pero al mismo tiempo enfadado, porque me estaba intentando manipular.

—Vaya, a ti también te causó problemas nuestra cena —murmuré triste.

—Arinegua, somos amigos, no hicimos nada malo. Puedo llegar a entender a Mario, al fin y al cabo, vio lo que vio en la fiesta de Navidad, aunque me parece un idiota por no intentar hablar contigo primero, preguntarte, darte un voto de confianza. Pero Miriam no te conoce, no sabe lo que ha pasado entre nosotros, solo sabe que eres del trabajo y que somos amigos. Nunca le he dado motivos para que se ponga celosa y este berrinche, me hizo recordar a los últimos años de nuestro matrimonio, en los que ella intentaba manejarme a su antojo. El jueves casi no pegué ojo, el viernes cuando la vi feliz por quedarme con ella, me tranquilicé algo, pero cuando vi esa ecografía, ese bebé... joder, soy la peor persona del mundo, pero sentí repelús. No es mi hijo, no es lo que yo quiero, no en este momento, de esta manera y con ella.

—Lo entiendo, no me pareces la peor persona del mundo por eso. — Intenté tranquilizarlo.

—Pues yo me siento así. La realidad es que desperté del golpe, supe que no quería a Miriam, ya no... la quise mucho, estuvimos muy enamorados, pero ni lo estoy de ella ni ella de mí. Volvió por necesidad y la acepté por pena. Le abrí las puertas de mi casa. Acepté que iba a ser madre de otro hombre. Le di mi tarjeta para comprar todo lo que necesitara para ese bebé y

no me dolió hacerlo. Pero... no soporto la manipulación. No voy a borrar mi vida de un plumazo porque ella haya vuelto, no voy a reducir mis horas de trabajo ni a dejar de ver a la gente que me importa por ella y, desde luego, no estoy dispuesto a convertirme en su esclavo. —Gustavo se desahogó y sentí tanto alivio al escuchar sus palabras, porque es lo que había pensado desde un principio. Miriam solo lo manipulaba por necesidad, porque sabía que él la había querido mucho y que lo pasó mal cuando se marchó, que no la dejaría tirada y no me gustaba que mi amigo, que ya había superado esa ruptura y era feliz con su vida, volviera con ella, porque vi desde el primer instante que eso no le hacía feliz en absoluto.

—Si no eres feliz, haz que se vaya. —Materialicé mis pensamientos.

—No puedo echarla.

—No puedes vivir una vida que no quieres vivir. No está sola. Tú mismo me dijiste que tiene familia ahí. No tendrá un papá para su hijo, pero ese no es tu problema, es el suyo y, en todo caso, del señor ese que la preñó.

—Lo sé... —refunfuñó.

—Ella no te hace feliz, lo sabes tú y lo sé hasta yo. —Supe en el momento en el que pronuncié esas palabras que lo estaba presionando y lo corroboré cuando escuché lo que me dijo a continuación.

—Tengo que dejarte, necesito dormir un rato antes de irme al trabajo.

—Miré el reloj y eran cerca de las dos—. Gracias por escucharme.

—Buenas noches, Gustavo.

—Buenas noches, Ari. Si me necesitas, llámame.

—Gracias, eso haré. Descansa —respondí, antes de colgar.

Era un alivio saber que él, en algún momento, tomaría la decisión correcta, que era consciente de cuál era la situación y que ahora tenía que batallar su propia lucha interna. La había ayudado en todo lo que había podido, pero no podía hacer más por Miriam, tenía que irse de su casa y de su

vida, lo antes posible.

Después de colgar la llamada, no tardé demasiado en conciliar el sueño y dormí hasta casi el mediodía. Cuando me desperté fui hasta la ventana, para abrir las cortinas y me asomé. El sol brillaba en un cielo despejado, pero el aire seguía estando gélido. Observé las calles con curiosidad, como si no las hubiera visto en la vida. Me quedé un buen rato allí, simplemente intentando reconocer la imagen que tenía ante mí. Lógicamente, no recordaba nada, si había pasado alguna vez por esa zona, no había sido relevante y no se había quedado guardado en mi memoria.

Tras un rato absorta en mis propios pensamientos, me di una ducha rápida y bajé con la intención de comer algo. El restaurante ya había cerrado el turno de desayunos, así que me tomé un café en el bar del hotel, frente a mi móvil.

Le mandé un par de mensajes a Mayra, no quise contarle nada aún, aunque estaba segura de que tardaría tan poco como mi padre en descubrirlo todo. Me contestó alguna vulgaridad sobre las posturas sexuales que había realizado la noche anterior, puse los ojos en blanco, sonreí y no le volví a responder.

Gustavo me había mandado un wasap a primera hora de la mañana, preferí acabarme el café antes de leerlo. Necesitaba fuerzas por si me reprochaba que había sido demasiada dura con él.

GUSTAVO 

«Acabo de poner el dibujo de Patricia en correos, te llegará rápido, lo he enviado urgente. Sé que tienes razón en todo lo que me dices, anoche Miriam no apareció por casa y yo solo sentí alivio y tranquilidad. Hablaré con ella».

ARINEGUA 

«Haz lo que tu corazón te pida, Gustavo. Muchas gracias por enviarme el dibujo de la niña».

Contesté y solté el aire que había estado conteniendo. No estaba enfadado, no conmigo al menos.

GUSTAVO 

«He visto a Mario».

Leí, pero no contesté. En realidad no quería saber nada del pelirrojo, cuanto menos supiera de él, antes lo olvidaría y pasaría a otra cosa. Pero no podía negar que se me había contraído el estómago al leer su nombre. Vi que Gus seguía escribiendo, así que me esperé al siguiente mensaje antes de decirle nada.

GUSTAVO 

«Estaba raro, parecía enfadado. Estuvo en el despacho de Rocío al menos hora y media».

Se me encendieron las alarmas, ¿y si Mario pretendía que despidieran también a Gustavo? ¿Podría lograrlo de alguna manera? Si era muy amigo del dueño, probablemente sí, pero era injusto, era muy bueno en su trabajo. No quise pronunciarme sobre mis temores, poco podía hacer desde donde estaba, ya saltaría la liebre por algún lado.

GUSTAVO 

«Nos hemos cruzado en el Office. Estábamos solos. Me ha saludado de forma cordial y a la tercera vez que noté que me miraba con insistencia le dije: está bien, lo superará. Lo siento, Arinegua, porque creo que he metido la pata. Le dije que habías ido a pasar unos días a Zaragoza con tu familia y los ojos se le abrieron como platos, no me dijo nada, solo asintió flipando».

Me di golpes con la palma en la frente y me arrepentí de haberle contado dónde estaba. Al día siguiente lo sabrían todos; mis amigos y familia, estaba segura.

ARINEGUA 

«No pasa nada».

Respondí, sin saber qué otra cosa decirle sin que terminara mandándolo a freír morcillas por alcahuete.

Tampoco me parecía que fuera el momento de explicarle que Mario y yo habíamos hablado mucho sobre el tema y sabía, a ciencia cierta, lo difícil e importante que era para mí. Intentaba dar con un motivo por el que mi amigo tenía de pronto ese afán de contarle a Mario cosas sobre mí.

Subí hasta la habitación arrastrando los pies, ya necesitaba otro café. Pero había tomado la decisión de salir del hotel de una vez y, mientras echaba cosas en mi bolso, sonó mi teléfono móvil. Mayra estaba al otro lado. Temblé.

—¡Hola, petarda! —me dijo por saludo.

—Hola, tanta efusividad no me da buena espina —contesté con una sonrisa.

—Vale, sí, perfecto... yo también te quiero. Dime que este fin de semana vienes a Gran Canaria —suplicó.

—Lo veo un poco complicado —respondí, rogando interiormente para que no me hiciera demasiadas preguntas.

—Por favor, Ari, te necesito este fin de semana, de verdad. Necesito hablar contigo de algo —suspiré. No quería fallar a mi amiga y tampoco quería preocuparla, pero había llegado el momento de sincerarme con ella.

—Mayra, voy a contarte algo y necesito dos cosas; primero, que me prometas que no le contarás nada a mi familia aunque te pique la lengua, aunque te amenacen de muerte.

—Vaya, esto es serio... ¿estás preñada? —me interrumpió, asustada.

—¡No! —Solté una carcajada—. No es nada de eso. Tienes que prometérmelo, por favor.

—Prometido. ¿Y segundo? Has dicho dos cosas.

—Que no me hagas preguntas, porque no es el momento.

—Vale —masculló mi amiga al otro lado, no estaba de acuerdo,

lógico.

—No he tenido buena semana. Mario y yo hemos roto y me han despedido. Estoy fuera de juego, porque hasta el lunes era la mujer más feliz del universo y ahora mismo me siento descolocada, triste y desubicada. Ocurrió todo el viernes y me vi sola, Gustavo se había tomado el día libre y Sabrina no iba a aparecer en todo el fin de semana. Mi intención era volver a casa, pero me dio miedo enfrentarme a mi padre. Ya sé que él nunca se hubiera enfadado conmigo, pero estaba tan orgulloso, tan feliz por lo bien que me iba en el trabajo, que no estaba preparada para ver su cara de decepción. Así que a última hora decidí hacer uso de mi regalo de Navidad.

—Arinegua, joder, me tenías que haber llamado. Soy tu amiga, si no querías volver a casa hubiera cogido un avión y hubiera ido a verte. Me hubiera quedado contigo todo el tiempo necesario. Me podía haber cogido unos días libres en el trabajo o yo que sé. Para eso están las amigas, mierda, Arinegua. Estoy dolida, me has apartado y has volado a la otra punta del país, sola. No me has dado la oportunidad de dejar que te hiciera sentir mejor. De que llorásemos juntas, que nos emborracháramos y bromeáramos sobre formas de acabar con el pelirrojo. —Se le quebró la voz y se me partió el alma, porque Mayra siempre, siempre había estado a mi lado a las duras y a las maduras, y entendía lo que me decía.

—No lo pensé, Mayra. Estaba en el aeropuerto, revisando viejos papeles de mi agenda y me encontré con el sobre del regalo de Navidad y actué. Necesitaba un paréntesis. —Intenté explicarle sin que el nudo de mi garganta me ahogara, porque en ese momento, estaba más triste por haberle fallado a mi amiga que por lo que había pasado, en realidad.

—Bueno, lo hecho, hecho está. —Resolvió y supe que ella había leído mis emociones, que prefería zanjar el tema—. No voy a hacerte preguntas, aunque tengo un millón, pero lo respetaré. Bueno, solo una: ¿Has visto ya a tu

familia?

—No, lo haré pronto. Estoy intentando asimilarlo primero.

—Vale, pues, ya me contarás. Tengo que dejarte. —Mayra estaba seria, triste quizás.

—Volveré pronto a casa —le dije, con la esperanza de que se le pasara un poco el malestar—. ¿Qué necesitabas hablar conmigo?

—Ahora no me da tiempo a contártelo, tengo que irme al trabajo. Hablamos mañana. Adiós. —Se despidió rápidamente.

—Adiós. Buen turno.

Mayra colgó. Seria, distante, triste, preocupada quizás y me transmitió toda esa angustia.

Me tiré en el sofá y encendí el televisor, intentando apartar de mi cabeza que las personas que me rodeaban estaban enfadadas, afligidas o decepcionadas conmigo. Me quedé traspuesta un buen rato y en cuanto me desperté, me levanté de un salto y llamé a mi abuela, hacía semanas que no la telefoneaba, no recordaba la última vez que habíamos hablado, igual desde Navidad.

Me contestó como siempre, risueña. Interesándose por mi vida. Contándome anécdotas con sus vecinas. Cosas de mis primos y de mi abuelo, que cada vez estaba más enfermo, pero seguía siendo el mismo bromista y sonriente hombre que la había enamorado y cuidado toda su vida. Poco más podía hacer que sonreír y darle la mano a su mujer, hablar con su familia... ya no podía caminar si quiera. Sentí una profunda tristeza por ser tan estúpida y no haber venido antes a verlo. Me despedí como siempre, mandándole un millón de besos y abrazos sin decirle que estaba apenas a un par de kilómetros de su casa.

## Capítulo 36: Empezar a entender.

De pronto salir quedaba descartado, había perdido todo el fuelle, agotada me tiré en la cama, bajo el edredón y solo salí de aquel escondrijo para ir hasta el bar y comer algo, tras lo cual volví a repetir el proceso: cama, edredón, dormir. Necesitaba un poco más de tiempo, tomar fuerza, esta vez sería definitivo: al día siguiente iría a verles.

A las diez de la mañana el sol entraba a raudales en la habitación. Me sentía con una energía renovada que me hizo dar un brinco para levantarme de una vez de aquel metro cuadrado en el que me había autoencarcelado. Activé el Spotify en mi móvil, sonreí al reconocer los acordes de una de mis canciones favoritas de Efecto Pasillo: «Así es la vida». Me desnudé despacio, cantando la letra y qué razón y cuánta sabiduría junta en aquellos párrafos que había tarareado un millón de veces:

«Así es la vida, así son las cosas. Un día te ríes y otro día lloras...».

Tan real como la vida misma.

Caí en la cuenta de que no me arrepentía de absolutamente nada de lo que había ocurrido, desde aprender a abrirme a Mario hasta trasladarme a Fuerteventura, pasando por enfrentarme a un trabajo que yo sabía que había hecho bien, lo sabía, aunque me hubieran despedido, aunque hubiera pagado un plato roto que no había dejado caer yo. El vivir esos meses con Sabrina, ayudarla a superar su ruptura y estar a su lado el tiempo suficiente para verla ilusionarse de nuevo por alguien y Gustavo, tampoco me arrepentía de nada de lo que había pasado con él. La letra de aquella canción me lo repetía una y otra vez:

«Si hay vida, hay que vivirla hoy, con lo que traiga la marea, con lo que pida el corazón».

Mi corazón ahora me gritaba que lo más importante era ir a ver a mi familia y eso haría.

Tras una ducha caliente, vestirme con lo primero que pillé y

enfundarme el abrigo, gorro y bufanda, me eché a la calle, parando en la primera cafetería que encontré para devorar un sándwich caliente y un café que me supo a gloria, mientras miraba en mi móvil las redes sociales, riéndome con algún que otro meme divertido.

Sin un rumbo concreto, deambulé por las calles, dedicándome a observarlo todo y respirar el ambiente característico de las calles zaragozanas. Busqué en el Google Maps la zona en donde había estado mi casa, tuve que caminar casi una hora para llegar, pero me venía bien el paseo, observé cada edificio, cada árbol, cada animalito y cada persona que pasaba a mi lado. Hacía frío, pero el día estaba despejado, el cielo completamente azul y el sol brillando compensaba bastante el aire gélido.

Cuando llegué a la dirección, me quedé petrificada frente a aquel chalet, pues me di cuenta de que lo reconocía, la piel se me puso de gallina y sonreí recordando cómo saltaba los tres escalones al bajar a la calle o la forma en que me sentaba allí a jugar con mis muñecas mientras mi madre regaba las plantas de la entrada. No tenía muchas más imágenes nítidas, solo sensaciones, sabía que había sido muy feliz en aquel hogar. Me giré, quedando de espaldas a la puerta y miré alrededor intentando ubicarme. Caminé sin saber a dónde iba, más de veinte años después, no recordaba el camino a ninguna parte, pero aun así me dejé llevar.

Unos minutos más tarde encontré nuestro parque, ese donde mi madre y yo pasábamos cada tarde y lo hicimos hasta que estuvo tan, tan enferma, que no se podía levantar de la cama. Me quedé mirándolo desde fuera. No tenía ni la menor idea de cuánto había cambiado, tenía imágenes en mi mente, pero estaban difuminadas por el paso de los años.

Me adentré en él y paseé un buen rato. Había un pequeño lago con patos, que no recordaba. Se notaba que la primavera estaba a la vuelta de la esquina, porque los arbustos estaban llenos de flores. Una zona gigante de

columpios que ya hubiera querido yo que hubieran estado en mi época.

Seguí recorriendo la zona, había gente corriendo con sus auriculares, ajenos a todo, otros caminando. Grupos de jóvenes tirados en el césped hablando y riendo, que suponía debían estar en clase y se habían escaqueado. Había una pequeña cafetería con terraza donde algunas personas desayunaban frente al periódico del día o con algún conocido o familiar mientras charlaban frente a una taza humeante. Me pedí un café para llevar. Aire helado y café hirviendo, eran la combinación perfecta para hacerme sentir bien, aunque tampoco era que me sintiera mal, no reconocía nada de lo que estaba a mi alrededor. Sabía que era ese parque, porque estaba cerca de casa, era grande, pero estaba cambiado, extraño.

Me acerqué al césped y los vi, meciéndose al ritmo del viento. Allí estaban. Mi madre y yo los arrancábamos y soplábamos con fuerza cuando yo era pequeña, ese era el recuerdo más claro que tenía en mi mente, con esa sonrisa preciosa que siempre lucía: «Cierra los ojos fuerte, Arinegua, piensa un deseo y sopla», me decía siempre, «nunca subestimes el poder de un diente de león». La piel se me puso de gallina, sonreí y me senté en el suelo, dando sorbos a mi café.

Solté el vaso entre mis piernas para que no se cayera y arranqué uno, era grande, enorme, precioso... tal como los recordaba y lo acaricié con suavidad con las yemas de mis dedos.

—Si pudiera pedir un deseo, sería que nunca te hubieras ido —dije en alto, a riesgo de que alguien pasara a mi lado y pensara que estaba loca, llamara al manicomio y acabara con una camisa de fuerza arrastrada, por dos hombres gigantes de hombros fuertes y abdominales marcados, por todo el parque mientras yo gritaría que no estaba loca... así me los imaginaba yo. Sonreí nuevamente y volví a la Tierra—. Sin embargo, solo voy a pedir que pase lo que tenga que pasar, que las lecciones que tenga que darme la vida las

pueda superar y que logre, en mi día a día, sonreír tanto como lo hacías tú. Que papá y tú podáis estar orgullosos de mis logros y que no os decepcione con mis errores. —Cerré los ojos y soplé con fuerza, los abrí y vi volar las semillas de diente de león a mi alrededor y sonreí, sonreí mucho... Cómo era posible que esas pequeñas cositas volando pudieran darme tal sensación de felicidad.

—Lo has hecho bien, cariño. —Escuché una voz a mi espalda que me dio un susto de muerte, dando un respingo, el vaso de café se me volcó, al menos quedaba poco y casi no me manché. Maldije por lo bajini antes de girarme para ver a mi padre de pie, tras de mí. Abrí la boca sin poder decir nada—. Siempre, siempre he estado orgulloso de ti y jamás me has decepcionado, porque cada vez que has tropezado, te has levantado, te has sacudido las heridas y has seguido adelante con más arrojo y fuerza que nunca. Tienes su coraje y su bondad, también un poco de su mal genio, que tú no lo recuerdas, pero tu madre era bastante cabezota. La quise con toda mi alma y fuimos felices los tres, separarme de ella fue una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida, pero no tiene punto de comparación, a lo duro que fue intentar hacerte entender que la vida era bonita, aunque te la hubiera arrebatado. Me mirabas con aquellos ojitos llenos de pena, estabas muy unida a ella y fue un duro golpe. Pero siempre, Arinegua, siempre has actuado bien. Has intentado ser feliz con lo que tienes, has aceptado a Clara y la quieres muchísimo, lo sé, y eres la mejor hermana mayor del mundo, que siempre busca la manera de hacer feliz a sus hermanos, como ella lo hizo contigo. Estoy orgulloso y nunca me decepcionaría con nada de lo que hicieras. —No pude evitarlo, las lágrimas salieron, me levanté y corrí a abrazarme a mi padre. En aquel momento lo único que quería era disfrutar de sus besos «de cactus» y dejarme arropar como cuando era una niña.

—¿Qué demonios haces aquí? Mayra me prometió que no te diría nada

—le pregunté aún en *shock*.

—El dueño del hotel es tu tío Sergio, el marido de Olivia, la hermana de tu madre. Tenía un aviso a su personal para que lo llamaran en cuanto hicieras el *check in*. Me telefoneó hace dos días. Supe enseguida todo lo que había pasado. Mario me contó que te despidieron y que tuvisteis un malentendido. Vine en cuanto supe que estabas aquí sola, pensaba que querías venir con Mayra, siempre te escudas en ella cuando no te sientes bien, lo has hecho desde que eras pequeña, porque siempre ha sabido sacarte una sonrisa. Incluso pensé que vendrías con Mario o con Sabrina, o ese nuevo amigo rarito y liberal que te has echado en Fuerteventura. —Sonreí al ver el gesto enfurruñado de mi padre, yo pensaba que era tonto, y al final sabía más de lo que demostraba—. No quería que te enfrentaras a esto sola, porque para cualquier persona puede parecer que no tiene importancia, pero yo sé que para ti sí la tiene.

»Sin embargo quise dejarte un margen de tiempo, para que pudieras pasar el trago de todo lo que te había pasado los días anteriores. Ayer estaba con tu abuela cuando la llamaste, me dijo que estabas bien, que te había notado muy animada y que estaba segura de que pronto irías por casa, pero que no quería presionarte. Y yo sabía que no tardarías en venir por aquí.

Lloré más, sintiéndome una estúpida.

—Cuando era pequeña, me daba la sensación de que esos dientes de león parecían pelotas de tenis, son enormes y preciosos. Me gustan los dientes de león.

Mi padre sonrió. Estuvimos horas allí, abrazados, nos sentamos en el césped, mientras mi padre me contaba anécdotas de mi infancia y yo lo escuchaba en silencio. Arranqué algún que otro diente de león más, soplándolo con fuerzas y sentí una paz que no había sentido nunca, quizás igualable a los ratos que pasaba con mi padre en el mirador de la Caldera de Bandama, pero

diferente.

Mi padre me acompañó al hotel. En la recepción me dijeron que me había llegado una carta urgente, sabía que era el dibujo de Patricia que me había mandado Gustavo, así que cogí el sobre y lo metí en el bolso sin entretenerme en abrirlo. Quedarme sola de nuevo entre aquellas paredes se me antojaba deprimente, así que por fin iría a casa de mis abuelos con mi padre.

Al bajar a la recepción lo vi charlando con un señor de forma amigable, que me resultaba familiar, supongo que por alguna fotografía, por lo que supuse que era mi tío. No lo recordaba especialmente, pero él me miró con tanto aprecio, que no dudé en abrazarlo y darle las gracias por todo.

Los siguientes días fueron extraños, cargados de emociones. Ver a mis abuelos, después de algunos años. Las mismas sonrisas, el mismo cariño, la misma mirada de emoción al verme hecha una mujer. La mano de mi abuela se entrelazaba a la mía, mientras me miraba sorprendida, diciéndome cuánto me parecía a mi madre físicamente. En mis recuerdos, aquella casa parecía mil veces mayor de lo que era, un pequeño hogar acogedor. Me encantaba ver el fuego crepitar en la chimenea y me vino a la mente la imagen de estar allí, en ese mismo sitio, entre sus brazos y los de mi padre, disfrutando del calorcito que desprendía.

Me sentía como si llevara toda la vida negándome todos esos recuerdos, como si no hubiera querido pensar demasiado en mi infancia antes de la muerte de mi madre, y tenía tantos y todos eran tan bonitos, que me sentí liberada.

El resto de la familia se fue acercando de forma progresiva, como si tuvieran miedo a que me saturase o me agobiara. Nada más lejos de la realidad, no quería perderme nada en el tiempo que estuviera allí. Mis tíos me contaban anécdotas, travesuras de cuando yo era pequeña, cosas de mi madre. Reí, reí mucho y me sentí feliz de estar cerca de ellos y también un poco

estúpida por haberlos desterrado a todos de mi vida porque la echaba de menos. Mi tía Olivia era un calco de mi madre, nos parecíamos bastante y no podía evitar mirarla con asiduidad, aunque intentaba disimular. Ella lo notaba y me sonreía todo el tiempo, me abrazaba y me daba la mano, consciente de lo que pasaba por mi cabeza, pues a ella le pasaba lo mismo con mi imagen.

Tanto cariño, tantas emociones, fotografías, recuerdos, fueron inundando mi corazón de un calor desconocido para mí. Me volví a casa casi una semana más tarde, en la que mi padre se había quedado todo el tiempo a mi lado, pues se había tomado unos días de vacaciones. Estaba con él, allí, los dos solos, volviendo a mis orígenes. Me di permiso por una vez en mi vida a recordar sin sufrir. En definitiva, noté que había recuperado una parte de mi madre que me había negado a mí misma toda la vida.

Había cometido errores, sí, había perdido el mejor trabajo que había tenido nunca, sí, pero de nada servía hundirme. Mi padre siempre me contaba que con tres años, pedí por Navidad unos patines, que pasaba más tiempo en el suelo que sobre ellos y que me empeñaba en levantarme y seguir, no quería que me dieran la mano, quería hacerlo sola. Me caí muchas veces, haciéndome mucho daño, en una de mis caídas tuvieron que darme puntos, pero no me rendí, en cuanto me los quitaron y la herida estaba curada les supliqué que me dejaran volver a patinar y esa había sido yo siempre. Ellos nunca me frenaron, al principio ambos y luego mi padre, que siempre me había permitido escoger mis caminos, cometer mis errores y asumirlos. Así que recapacité sobre ello y decidí que todo ocurría por algo y que otra cosa me tendría preparada la vida.

Mi padre había dejado el coche aparcado en el aeropuerto y en él íbamos camino a casa, con la certeza de que estaba más tranquila y feliz, a pesar de todo lo que había ocurrido.

Se me iban cerrando solos los ojos pues el viaje había sido largo y agotador.

—Cielo —me llamó mi padre, cuando quedaban unos diez minutos para llegar a casa.

—Dime —mascullé, restregándome los ojos para obligarme a no quedarme dormida de nuevo.

—Cuando llegues a casa y le des a tus hermanos las dos bolsas de chuches que has comprado en el aeropuerto, disimuladamente, cuando me dijiste que ibas al servicio, diles que las escondan mejor que la última vez o no me quedará más remedio que tirarlas a la basura.

Solté una carcajada y asentí.

—Intentaré enseñarles todo lo que sé sobre el arte de ocultar cosas prohibidas a los padres.

Reímos los dos.

Unos minutos más tarde, aparcábamos en casa, me sentía como si llevara meses lejos de allí. Abrazar a mis hermanos mientras me llenaban de besos me hizo soltar una carcajada, me tiraron al suelo y me escalaron, para darme decenas de besos más. Abracé a Clara también, sin decir nada, ella sabía todo lo que había pasado los últimos días y noté todo el cariño en su abrazo.

Esa noche, justo antes de dormir, le mandé un mensaje a Mayra.

ARINEGUA 

«Estoy en casa. Mañana si quieres nos vemos».

No esperé a que me contestara, estaba agotada, esa noche dormí mejor que nunca.

Me desperté a una hora incierta, mientras noté que alguien me hacía cosquillas en la nariz. Abrí los ojos malhumorada, hasta que vi a Mayra frente a mí. La abracé, la abracé tan fuerte como pude. Suponía que estaba al día de todo lo que había ocurrido, porque mi padre no era muy discreto y Mayra era muy cotilla.

—Ha sido duro hacerlo sin ti —murmuré, sin apartarme de su abrazo.

—Estoy aquí para abrazarte y hacerte sonreír —me contestó. Me aparté de ella y sonreí ampliamente y me dio un golpe seco en la frente con la mano—, la próxima vez que te despidan del puñetero trabajo quiero ser la primera en enterarme.

—Prometido. —Levanté la mano y con la otra me restregué la zona donde me acababa de dar el tortazo—. La próxima vez que me despidan del trabajo serás la primera en saberlo.

Mayra asintió con el ceño fruncido, sabía que le había dolido que la apartara de todo, pero no fue consciente, solo necesitaba tiempo a solas para asumir todo lo que me había pasado en pocos días.

Me cambié de ropa y salimos a dar un paseo mientras le conté lo ocurrido desde que volví a Fuerteventura la última vez, desde el noviazgo más corto de mi vida, al despido y todas las vivencias y sensaciones en Zaragoza. Hablé tanto, que me quedé afónica, pero feliz de estar junto a mi amiga.

Pasamos por delante de la panadería y no pude evitar echar un vistazo dentro. Don Alberto estaba tras el mostrador atendiendo a las integrantes de *Radio Patiño*, aparté la mirada antes de que me viera alguien y me inundaran a preguntas, no tenía ganas de protagonizar su próximo *Sálvame Deluxe*. Mayra me miró con tristeza y no me gustó lo que me provocó.

—Soy patética, lo sé —dije al fin, asumiendo la realidad, lo buscaba a él, porque aún sentía algo y aunque parecía que no había forma humana de congeniar, o de estar juntos sin que nos rodearan los malentendidos y terminar enfadados y sin hablarnos. Aún me gustaba.

—No me lo parece... eres muy valiente. Las cosas saldrán adelante, ya lo verás —dijo mi amiga, volviendo a abrazarme mientras nos apartábamos con rapidez de la zona.

—Cuéntame tú, Mayra. Me dijiste que querías decirme algo —le pedí

y asintió.

—Mejor te lo enseño —resolvió.

Levanté las cejas y seguimos caminando un buen trecho, la seguí sin hacer más preguntas, charlando animadamente de banalidades. Se habían acabado las conversaciones profundas por el momento.

Salimos de la zona de los Lentiscos, a la carretera principal, había bastante ajetreo de vehículos en ambas direcciones y caminamos por la acera unos pocos metros más. Mi amiga se puso a rebuscar en el bolso y sacó unas llaves. La miré extrañada, cuando se paró frente a un portal, sonrió haciéndolas tintinear en mi cara.

Abrió y accedimos al interior.

—Bienvenida a mi hogar —dijo, girando sobre sí misma.

—¿Y esto? —pregunté alucinada.

—Pablo y yo hemos decidido vivir juntos. Mi abuela tenía en alquiler esta casa hasta hace unos meses, y nos deja vivir aquí mientras paguemos los impuestos, las pequeñas reformas que necesite la casa y mantengamos al día las facturas de agua y luz.

—¡Hala! ¿Tenéis un rinconcito del amor?

—Sí —rio—, si yo te contara no te apoyarías en ninguna parte —soltó una carcajada—. Pero te prometo que está todo limpio.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí? —Coco corrió hasta los pies de su dueña restregándose en sus piernas. Se habían llevado al gato. Oficialmente habían formado una familia.

—No, no... apenas llevamos una semana y poco. El fin de semana que te pedí que vinieras era porque íbamos a hacer una pequeña celebración para inaugurar nuestra casa. —Mi amiga se agachó para coger al gato en sus brazos y acariciar su cabecita, mientras el bichito peludo ronroneaba.

—Siento habérmelo perdido. ¿Y ahora? ¿Te casarás, tendrás tres o

cuatro chiquillos y engordarás treinta kilos? —bromeé

—¡No! No, por Dios, no digas eso ni de broma —protestó palmeándose su abdomen plano—, me conformo con Coco. ¿A que sí mi pequeñín? —Se dirigió esta vez al animal, al que besó en su cabecita antes de dejarlo de nuevo en el suelo.

Reí, reímos y nos abrazamos de nuevo. Me alegraba verla tan feliz.

Volví a casa unas horas más tarde y me pegué la tarde tirada en el sofá jugando con mis hermanos a la Nintendo o intentándolo, porque me daban unas palizas bestiales, no era capaz de darle a las teclas más de dos minutos a ningún juego antes de perder. Dichosos mocosos, me hacían sentir vieja.

El volver a una estabilidad y estar en casa con mi familia me fue calmando poco a poco. Unos días más tarde, me sentía como nueva y con fuerzas para empezar de cero a buscar trabajo. Cogí mi agenda y me senté frente al portátil. Anotando páginas, contraseñas, nombres de empresas para buscar en Internet. Actualizar mi currículum me llevó unas horas, y me dediqué a enviarlo a todas las ofertas que vi.

Cuando ya estaba cansada, me acomodé hacia atrás en la silla, escurriéndome un poco. Fui hasta el final de mi agenda donde rescaté muchas fotografías que me dio mi abuela, aunque insistí en que se las quedara, no quería quitarle esas imágenes que le devolvían a su hija, pero me explicó que llevaba toda la vida viendo y acariciando aquellos retratos con el deseo de dármelos, para que pudiera recordar todos aquellos momentos bonitos que vivimos todos juntos en familia. Las dejé fuera, con intención de ir a comprar marcos donde poder colocarlas.

Ví también el sobre que me había enviado Gustavo, continuaba cerrado y me había olvidado por completo de él, no había tenido tiempo para pensar en ello y apenas habíamos podido hablar en los últimos días. Le había contado muy por encima con algunos mensajes lo que había pasado y que lo llamaría

en cuanto volviera.

Rasgué el sobre y saqué el dibujo de Patricia. Me embargó una sensación de anhelo y desesperanza. «¿Tan mal lo había hecho todo?», sacudí la cabeza decidida a no darle más vueltas, lo que había pasado ya no tenía solución, no me quedaba más opción que mirar hacia adelante.

Entonces me di cuenta de que tenía algo escrito por detrás.

«Te echo de menos. Espero que puedas venir a las olimpiadas. Gustavo me ha dicho que has tenido que volver a tu casa. Mario es tonto, pero también te echa de menos, me lo contó y me dijo que no debía decírselo a nadie, así que guárdame el secreto. Un beso muy fuerte».

Sonreí, aquella mocosa entrometida me caía bien.

Colgué el dibujo en la pared de mi habitación y unas horas más tarde, tuve que explicar a mis hermanos que me los había hecho una niña de su edad que había conocido en Fuerteventura. Entonces se les ocurrió la genial idea de hacerme decenas de dibujos que me hicieron prometer que colgaría también, junto al de Patricia. Al menos estuvieron entretenidos toda la tarde sin incordiar demasiado.

Con muchas ganas de hablar con Gustavo, busqué su número en mi agenda y le di a la tecla de llamada. Después de tantos días sin contacto, me esperaba que descolgara enseguida y me soltara alguna de sus bromas, sin embargo, no contestó nadie, volví a intentarlo y al tercer tono escuché una voz de mujer al otro lado de la línea.

—¿Hola? —preguntó la voz al otro lado.

—Hola —contesté secamente, pues imaginaba que era Miriam, tenía la esperanza de que ya hubiera dejado de jorobarle la vida a mi amigo pero ahí seguía. No me apetecía nada conocerla y menos por teléfono—. ¿Puedo hablar con Gustavo?

—No, va a ser que no —contestó borde.

—Vale, adiós. —Y cortó sin despedirse si quiera.

«¡Imbécil! Maleducada, embaucadora...» la odiaba, de verdad que la odiaba aunque no la conociera. Media hora más tarde sonó mi móvil y vi el número de mi amigo en la pantalla.

—¡Hola! Veo que ahora tienes secretaria —contesté bromeando.

—Hola Ari... me alegro mucho de oírte. Te noto feliz —dijo al otro lado.

—Lo estoy, no puedo decir lo mismo de ti —fui sincera.

—Acabo de discutir con Miriam y se ha largado dando un portazo —resoplé, no sabía qué decirle, sabía perfectamente lo que pensaba de ella, no quería presionarlo más con ello—. No es tan fácil —continuó como si pudiera leer mis pensamientos—. Le pedí que se marchara y me rogó que le diera un tiempo, que no quería estar sola las últimas semanas de embarazo, que si se ponía de parto en mitad de la noche qué iba a hacer.

—¿Llamar a una ambulancia? —contesté e intenté evitarlo, pero me salía solo.

—Ya, bueno, está insoportable. Desaparece y aparece a su antojo y me ha montado un pollo sobre las llamadas de las amiguitas con las que follo. Me exaspera tanto...

—No tanto... —respondí y me reprendí mentalmente. «Arinegua, no vuelvas a abrir la boca, por lo que más quieras». Si no lograba controlar mi lengua viperina, al final, Gustavo terminaría enfadándose conmigo. Pero en lugar de ello lo oí reírse al otro lado.

—¿Sabes que me dijo el otro día? Que estaba barajando la opción de ponerle al crío mi nombre. Entonces me di cuenta de que ni siquiera me había preocupado por pensar en ello. Me pareció cruel. Me cogió en un mal momento, habíamos discutido unos días atrás y se había marchado a casa de su hermana a dormir con ella y apareció al día siguiente como si nada, así que le contesté, que mejor le ponía el nombre de su padre, por si algún día tenía que

buscarlo no lo olvidara. —Solté una carcajada—. No fue divertido, te lo aseguro. Se puso hecha un basilisco, lloró como una energúmena y terminé disculpándome.

»Tengo la sensación de que lo que anhela es formar una familia, pero es que yo soy la persona equivocada, ya no nos queremos. Ella está convencida de que sí, de que el amor volverá a surgir, que seremos una familia perfecta y a mí me parece una puñetera locura. Se ha disculpado contándome que pasar este tramo del embarazo le está resultando duro y que es consciente de que aguantarla a ella con sus hormonas alteradas y su humor de perros, es más difícil aún y me pidió paciencia, pero no la tengo Arinegua, te juro que no la tengo. Lo que tengo es ganas de irme de mi propia casa porque esta mujer hace conmigo lo que le da la real gana, no sé cómo lo consigue pero me manipula, lo hace aunque me resista.

—Solo necesitas empaquetar sus cosas y llevarlas hasta casa de su hermana. No está bien que hagas cargar peso a una embarazada. —Gustavo resopló bufando—, yo te ayudaré.

—¿Estás en Fuerteventura? —me preguntó.

—No, pero tengo que ir a recoger las cosas que dejé en casa de Sabrina y... me ha pedido Patricia que vaya a verla a las olimpiadas. ¿Te parece bien si me presento allí? —Mi amigo se quedó en silencio—. Si crees que no es una buena idea no iré, pero no quiero fallarle a ella. —A ella también, pensé.

—Habrá mucha gente de la oficina, seguramente estará Bernardo Ojeda para hacerse las fotos de rigor, la gente del equipo...

—No me importa, iré con la cabeza alta. No creo que los errores que cometí fueran tan graves como para que me despidieran y de la forma en que lo hicieron.

—Debería contarte algo. —En su tono noté tanta culpabilidad que se

me puso la piel de gallina.

—Dime —murmuré, por si con lo que me contaba me dañaba todavía más.

—Prefiero decírtelo en persona. Ven.

—Vale, iré —dije, convencida de que era lo que me apetecía en realidad.

—Ven y ayúdame a empaquetar todas las cosas de Miriam —me pidió —, necesito un poco de ayuda para echarla de mi vida.

—Hecho. —Si mi amigo me necesitaba, allí estaría.

—Y hablamos largo y tendido, me he enterado de cosas que deberías saber. —Supe, en ese momento, que mi amigo sabía que me había quedado descolocada y estaba alargando aquella conversación más de lo necesario.

—Vale. —¿Qué más podía contestarle? Si él prefería que lo hablásemos en persona por algo sería, confiaba en él, así que esperaría con paciencia e intentaría prepararme para lo que fuera. ¿Me enteraría de cuál había sido la cagada mayor por la que me habían despedido? Porque en el fondo de mi corazón, rogaba para que Mario no tuviera que ver con todo el asunto.

—Y nos hartamos a pizza y cerveza —siguió, sacándome de mis pensamientos.

—Perfecto —contesté, intentando sonreír.

—Y me la chupas, que hace tiempo que no me corro —soltó. Reí a carcajadas.

—Sigue soñando —contesté.

Así que, unos días más tarde, en cuanto llegó el fin de semana, cargada con una mochila y pocas pertenencias volví a Corralejo. Le debía una disculpa a mi amiga Sabrina y aún conservaba las llaves de su casa, supongo que, cuando me marché, esperaba algún milagro y que de la noche a la mañana

recuperase mi empleo y mi vida. Pero no había rastro de ella. La casa estaba recogida y en silencio, mis cosas continuaban donde las dejé y decidí que ya volvería a por ellas antes de regresar a casa.

Puse una nota enganchada bajo un imán en la nevera:

«Estaré unos días por aquí, quiero verte. Ari».

Fui dando un paseo hasta casa de Gustavo, intentaba hacer tiempo, pues aún era muy temprano. Demasiado, al parecer, Gustavo me abrió con cara de sueño y uno de sus «pijamas» habituales, es decir con unos *boxers* negros y una erección más que evidente.

—¿Recibes así a todas las mujeres que llaman a tu puerta por la mañana? —pregunté, antes de abalanzarme a abrazarlo. Gustavo respondió envolviéndome. Unos segundos después me apretó contra su erección—. ¡Eres un guarro! ¡Quita! —Lo aparté y él rio.

—Anda, pasa. —Me hizo un hueco y me dejó entrar.

—¿Y Miriam? —pregunté, desconfiada.

—Está durmiendo, es temprano, aún estará en la cama un buen rato.

Puse los ojos en blanco, ¿en serio no la había echado aún? No me apetecía cruzarme con ella, pero no iba a marcharme.

Nos apostamos en la cocina, después de que mi amigo se pusiera algo de ropa encima, saboreando despacio un delicioso café largo y fuerte. Hablamos de tonterías durante un buen rato, de los cambios de tiempo, de alguna anécdota estúpida durante el viaje, cosas sin importancia porque no quería que nos pusiéramos demasiado profundos y se despertase la arpía de las narices.

Igual por las voces, Miriam no tardó en aparecer en escena, me mordió la lengua y conté hasta diez, cuando la vi entrar a la cocina. Tenía que intentar se amable con ella.

—Buenos días —dijo, sin siquiera pararse a mirarme o preguntarme

quién era. Tampoco me importaba demasiado, cuanto menos me dirigiera la palabra, por mí, mejor.

Miriam era guapa la muy perra, tenía buen cuerpo, a pesar de estar embarazada solo tenía barriga, una *gigaenorme*, el resto parecía bastante en forma. Tenía la cara algo hinchada, la nariz, la boca... pero supuse que era normal a esas alturas del embarazo, al menos, era lo que recordaba de Clara. Su mirada era fría y sus labios tenían una mueca de mal humor que no me ayudó a que me cayera en gracia.

—Hola. ¿Cómo te encuentras? —Levanté las cejas al comprobar el tono amable de Gustavo hacia ella.

—No he dormido bien, estoy incómoda, no puedo respirar con normalidad tumbada por completo... vamos, lo de siempre —contestó, secamente.

—Arinegua y yo vamos a pasar el día fuera, volveré esta noche —le explicó.

—Ya me lo dijiste ayer. Ten el móvil a mano por lo que pueda pasar. —Le hablaba ignorándome por completo, como si no existiera, como si no estuviera allí sentada en su propia cocina. No era cómodo, ni agradable, pero no iba a meterme.

Gustavo asintió y unos instantes más tarde, nos quedamos solos. Miraba mis manos, como si en ellas pudiera encontrar lo más interesante del mundo ahorrándome todos los insultos que se escondían en mi garganta.

Salimos de su casa y me sentí aliviada. No sabía en qué momento tenía pensado echarla o no y tampoco me apetecía mucho preguntárselo en aquel instante. En su coche condujo un buen rato hasta llegar a la playa. Hacía un día precioso y nos sentamos en la arena, con las piernas cruzadas, mirando al mar. En ese momento, le conté todo lo que había vivido y me disculpé con él por haberme enfadado por no estar a mi lado en ese momento. Me vino a la cabeza

que él tenía que confesarme algo y se me ocurrió pensar que igual sabía que me iban a despedir y que por eso no había venido ese día a trabajar, se me revolvía el estómago de pensarlo, porque una confesión así me sabría a traición, pero Gustavo era mi amigo, no me iba a enfadar por lo que tuviera que contarme.

Le costó, le costó mucho abrirse, no quise presionarle, pero al final lo hizo y no pude quitarme la cara de pasmada durante todo el tiempo que habló.

—Se ha montado una buena en la oficina. Ya sabes que al final todo lo que pasa allí sale a los pasillos y nos enteramos todos. Mario montó en cólera cuando te despidieron, fue a hablar con Rocío e incluso con Bernardo.

—¿En serio? —No podía evitar desconfiar.

—Te lo digo de verdad, se armó grande. Al final, Bernardo terminó viniendo una mañana a la oficina, se citó con Rocío y él. Todo el mundo estaba alucinando, porque Bernardo suele ser muy tajante en sus decisiones y tu despido fue una orden directa suya. Todo era tan raro, que yo llegué a pensar que Mario había tenido algo que ver, pero después de ver lo que pasó, sabía que era imposible. Así que no entendía por qué Bernardo Ojeda había encargado tu despido.

»Estuvieron algunas horas reunidos, escuché voces, gritos... Mario tuvo los cojones de levantar la voz delante del jefe. Creo que me dijiste que eran familia o algo así.

—No recuerdo bien, creo que Bernardo era el mejor amigo de su padre.

—Supongo que siempre ha sido alguien de confianza... —recapacité.

—Qué cosas. Pues tampoco me esperaba que se parara a defenderme como si le fuera la vida en ello y me parece hasta estúpido jugarse el puesto sin saber de qué iba la cosa.

—Es que eso no es todo. —Me quedé en silencio observando,

intentando procesar lo que me contaba—. A ver cómo te lo explico. Samanta es hija de Bernardo, fue ella quien protestó acerca de ti. Arinegua, las quejas tenían que ver con el hecho de que Patricia se escapara de sus talleres para ir contigo a la oficina, eso es lo que he oído, o, al menos, la versión oficial. Denunció que le podía haber pasado cualquier cosa a la niña, que ella era responsable y que estaba harta de preocuparse cada vez que Patricia desaparecía, que un día le iba a ocurrir algo y que ella no iba a hacerse responsable. —Me quedé boquiabierta, yo no había coaccionado a la niña para que viniera a verme y siempre pensé que estando su madre allí, no recaía ninguna responsabilidad ni sobre la empresa, ni sobre mí—. Y bueno... ahora va la versión no oficial. Samanta se cogió un cabreo monumental cuando se enteró de que Mario y tú salíais juntos.

—No entiendo nada. ¿Me estás diciendo que contratamos para un proyecto a la hija del jefazo supremo y que ella estaba celosa e hizo que me echaran por ello? Parece una telenovela.

—Pues es la realidad.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunté, sin lograr tragar la información que me daba mi amigo.

—Mario fue hasta mi despacho hecho un basilisco y me dijo que iba a renunciar al proyecto, estaba enfadado, molesto. Tiene un genio de cuidado — se quejó Gustavo.

—Dímelo a mí —murmuré.

—Le pedí que se sentara haciéndole entender que abandonar el proyecto, en aquel momento en que estaba tan avanzado, solo iba a perjudicar a los usuarios, que pensara cómo se iban a sentir los chicos al saber que no se iba a llevar a cabo las olimpiadas, por ejemplo. Mario es una de las figuras más importantes del taller deportivo, no teníamos tiempo para encontrar a otro que llevara a cabo sus tareas. Le hablé de Patricia, de lo ilusionada que estaba

y de la carta que te había mandado. Logré convencerlo para tomarnos una cerveza juntos al salir del trabajo, ya sabes que puedo ser muy persuasivo.

—No puedo creer lo que me estás contando. ¿Fuiste a tomarte una cerveza con Mario? —No sabía si reír o no, pero por el momento, solo era capaz de tener cara de pasmada.

—Sí y me explicó todo. Estás despedida, básicamente, por un ataque de celos de la hija de Bernardo.

—La madre que la parió —murmuré. Pues sí que me había traído problemas la relación más corta de mi vida.

Gustavo se encogió de hombros, al menos fue un alivio pensar que Mario me defendió, que se enfrentó incluso al dueño de la empresa al saber lo injusto que había sido. Tenía que reconocerlo, como pareja no prosperaríamos nunca, pero no era un mal chico, tenía buen corazón.

Gustavo se levantó de un salto cuando unos críos que corrían cerca de nosotros con un cubo lleno de agua, se tropezaron y empaparon a mi amigo de arriba abajo.

—¡Joder! —Mi amigo pegó un grito y los niños, que tendrían unos cuatro o cinco años, hicieron un puchero, como si estuvieran a punto de llorar.

—No pasa nada, es que el agua está muy fría. Tenéis que tener más cuidado —les dije, devolviéndole el cubo que había caído a nuestro lado y me puse de pie. Los niños sonrieron y se fueron corriendo y yo me partí de la risa.

—Estoy empapado. Jodidos chiquillos —protestó.

—Anda, vamos. Tengo hambre.

—Voy por casa a cambiarme y luego vamos a algún restaurante a comer, yo invito.

Asentí y sonreí, caminando tras él. Se le pegaba la ropa a la piel y se había llenado de arena. Su coche de pijo se le iba a ensuciar. Supongo que eso le enfadaba aún más que estar mojado y por algún motivo, eso me hacía reír

aún más.

Condujo hasta su casa, que estaba a unos veinte minutos y subió hasta su piso, yo preferí esperar en el coche, con la idea de que tardaría relativamente poco en cambiarse de ropa. Pero los minutos pasaban y Gustavo no aparecía. Igual había decidido darse una ducha primero. La paciencia nunca ha sido lo mío, así que, cuando vi que el portal se había quedado abierto, decidí subir hasta el piso a ver por qué tardaba tanto. Con suerte, podría robarle alguna chuchería para acallar los rugidos de mi estómago.

Oí voces, gritos e incluso golpes y me asusté. La puerta estaba entreabierta y toqué antes de entrar. Gustavo estaba como loco, fuera de sí, echando trastos dentro de una caja.

—¡Haz las maletas de una vez! Te vas de mi casa. —Gritaba y no entendía la situación hasta que vi a Miriam, prácticamente desnuda, cubierta por una sábana arrugada y justo detrás de ella, un chico que se abrochaba los botones de la camisa de forma apresurada. Se colocó los zapatos y pasó a mi lado, saliendo de la casa. ¿Era lo que parecía? ¿Miriam estaba allí acostándose con otro? Tampoco es que me sorprendiera demasiado, despertaba más curiosidad en mí el saber cómo podía tener relaciones sexuales con esa barriga tan gigante, en qué postura al menos, que el hecho de que se estuviera acostando con otro hombre en casa de Gustavo.

—Me voy a vestir. —La oí decir, malhumorada, en cuanto me vio allí.

Me acerqué a Gustavo y le puse una mano en el brazo.

—Tranquilo. Gus, tranquilo. Esto es bueno, es lo que necesitabas para terminar de decidirte.

—Lo sé, Arinegua. Pero, es que le he abierto mi casa, le he abierto mi puta vida de nuevo y he estado dispuesto a renunciar a todo por ella, por esto, por no dejarla tirada —bramó, furioso.

—Lo sé. No vale la pena. Vámonos. Ya recogeremos todo esto más

tarde, cuando ella no esté aquí.

Gustavo asintió, se cambió rápido de ropa y salimos de su casa.

### Capítulo 37: Enterrando el hacha de guerra

Fue un fin de semana intenso, me quedé en casa de Gustavo, pues no tenía noticias de Sabrina e imaginaba que aún andaba con su novio nuevo y que no aparecería por su piso hasta el domingo por la noche y más sabiendo que iba a estar sola allí, teniendo a un maromo al que *farrukear* o como quiera que se diga esa palabreja que usaba mi amiga Mayra.

Dormí en el sofá, sin que mi amigo bromeara sobre las posibilidades sexuales que teníamos y fue cuando supe que todo aquello le había afectado demasiado, que estaba enfadado y, seguramente, triste también, en lugar de aliviado, que era como yo creía que debía sentirse. Se quitaría de encima a aquella mujer egoísta a la que él ya había olvidado una vez y que había vuelto a colarse en su vida de lleno, sin darle tiempo a reaccionar o decidir. Quizás un día fue alguien bueno, que lo quiso, no digo que no... pero ahora no lo hacía, solo estaba en su casa por egoísmo. Lo supe desde el primer momento y el tiempo me había demostrado que no estaba equivocada.

El domingo por la tarde decidí dejarlo solo, tenía planes con su familia a los que no me apetecía nada unirme, sospechaba que ya mis supuestos suegros sabían que Miriam se había sumado de nuevo a la ecuación e, igual, no me trataban con el mismo cariño que en la cena de Nochevieja. Me aburría como una ostra, y terminé tirada en el sofá de Sabrina viendo un programa basura de la tele con el que me estaba partiendo de risa. Tenía hambre y la nevera de mi amiga daba auténtica lástima, tanto, que sería capaz de ir a hacer una compra si no hubiera sido domingo y estuviera tan absolutamente gandula. Saqué la energía suficiente para marcar el teléfono de una pizzería cercana que no tardó en traerme dos pizzas gigantes y un buen montón de latas de cerveza.

Me impacienté al ver que no llegaba mi amiga mientras engullía un par de porciones, tenía la esperanza de verla pronto, abrazarla, que pudiésemos hablar un rato y asegurarme de que se le había pasado el enfado por haberme

marchado sin avisar, tal como hice, pero las horas pasaban y no llegaba.

A una hora incierta escuché risas y voces en el rellano de la puerta, como acto reflejo subí el volumen del televisor, esperando a que se dieran cuenta de que había alguien allí dentro y no me los encontrara traspasando el umbral arrancándose la ropa. Ya había tenido suficiente con ver a mi amiga una vez en una situación igual de comprometida. Me tapé los ojos con ambas manos por si acaso.

De pronto un silencio lo embargó todo... ¿Dónde estarían esas lenguas tan ocupadas para no decir nada y en qué lugar estaría acumulada la sangre que debería llevar el riego al cerebro para notar que había alguien más allí?

—¡Estoy aquí! —Chillé— No os quitéis la ropa.

Los escuché estallar en carcajadas. Sabrina y un chico de metro ochenta, con un cuerpazo de vértigo, moreno, cabello de punta, afeitado apurado, ojos verdes y mentón recto por el que cualquier mujer babearía, entraban en el salón cogidos de la mano.

—¿Ari? ¡Ari! —Sabrina soltó al maromo... debía estar loca, si yo tuviera uno así no me desengancharía de él ni para ir al baño. Es más, no entendía como no me había echado ya a la calle. Igual para eso corría hacia mí. Pero no, se abalanzó abrazándome, haciéndome caer hacia atrás sobre los cojines—. ¡Ven! ¡Ven! —Tiró de mi mano para que me pusiera de pie—. Voy a presentarte. Ari, él es Leo.

—Hola, Leo. Sabrina me ha hablado de ti. Me alegro de conocerte. — Lo observé con curiosidad, no se parecía en nada a su hermano, que también era guapo, pero no hasta el nivel «dios griego» que tenía delante de mí. No pude evitar babear un poco, sobre todo, cuando se acercó a darme dos besos y pude oler su perfume.

—Cierra esa boca, morena, que este cuerpazo tiene dueña —bromeó Sabrina, enrojecí riendo, Leo también sonrió y cuando vi hoyuelos en sus

mejillas decidí que necesitaba beber algo frío, cuanto más frío mejor, así que fui a buscar unas cervezas a la nevera.

—He pedido un par de pizzas, seguramente estarán frías, pero muy ricas. —Nos sentamos alrededor del sofá y comí algunos trozos más, junto a ellos.

—¿Vienes a quedarte? —me preguntó esperanzada mi amiga.

—Lo siento, Sabrina. Pero ya no tengo nada que hacer aquí y sin trabajo no puedo pagar el alquiler. Me vuelvo a casa con mi familia. Pero tenía cosas pendientes, tenía que volver —expliqué.

—Oh. —Un velo de tristeza cubrió el rostro de mi amiga.

—Pero vivimos muy cerca, los billetes son económicos. Nos veremos más a menudo que antes—. Ella asintió y volvió a abrazarme.

—Siento mucho todo lo que has pasado y no haber estado cuando me necesitabas, Ari —se disculpó.

—Bah, no fue para tanto y sospecho que tú lo estabas pasando bien por las dos —bromeé, restándole importancia.

No sabía si ese tejemaneje que se traía con Leo se había convertido en algo serio o no, pero me alegraba saber que había decidido seguir adelante y ser feliz, simplemente, sin preocuparse por nada más y menos por el imbécil de su ex, que no se merecía que lo tuviera en cuenta, aunque me comía la curiosidad por saber cómo se lo había tomado. Sin embargo, me parecía de mal gusto mentarlo en aquel momento. Me conformaba con verles tan sonrientes a ambos, pasaría lo que tuviera que pasar.

Se me puso la carne de gallina cuando supe que Leo se quedaba a dormir en casa, me pensé mucho pedirle a Gustavo que me rescatase, pero, por esta vez, lo iba a dejar tranquilo. Pensé que me iba a costar conciliar el sueño, pero gracias al cielo, mis compañeros de espacio vital eran mucho más discretos que Mayra y Pablo, así que dormí como un bebé sin escuchar ningún

ruido extraño.

El día amaneció soleado, ya estaba despierta antes de que repiqueteara la alarma. Me levanté de un salto, dispuesta a no darle vueltas. Me apetecía ir y mi corazón me decía que debía hacerlo, así que me vestí cómoda; deportivas, vaqueros y camiseta de manga corta, pues la primavera había llegado con fuerza y el calor apretaba ya, sobre todo, en aquella zona de la isla. Me llevé una gorra y unas gafas de sol también, como si pudiera ocultar mi identidad tras aquellas prendas. Era estúpido, lo sabía, pero solo quería pasar desapercibida sin fallarle a Patricia, ni a Gustavo, con el que había trabajado mucho por sacar el proyecto adelante, pues comenzaban las olimpiadas y quería estar allí para aplaudir a la niña.

Mi amigo me recogió en casa a eso de las nueve de la mañana, todavía tenía el semblante bastante mustio y no me extrañaba, después de lo que había pasado el fin de semana, lo entendía.

—¿Cómo está el hombre más *sexy*, descarado y desvergonzado de toda la isla? —pregunté alegre, en cuanto subí a su coche.

—Pues no sé cómo estará ese, pero yo tengo sueño, hambre y mal humor —protestó.

—Tranquilo. —Puse una mano en su muslo y di un par de palmaditas—. En un par de días te bajaré la menstruación y se te pasará todo.

Gustavo soltó una carcajada y sonreí, me gustaba verlo reír aunque fuera por una de mis payasadas sin sentido.

Me pedí un café en la máquina del complejo deportivo, en lo que él hacía las gestiones que necesitaba y se reunía con el personal. Me senté lejos, rezando para que nadie me reconociera o, al menos, que no se acercaran a mí. Bernardo Ojeda estaba al fondo del recinto, hablando con un señor igual de encorbatado que él, varios directivos pululaban por allí, todos vestidos de punta en blanco, como si eso no fuera una actividad deportiva para que se

lucieran los chicos.

Patricia entró de la mano de su madre y no pude evitar agitar la mano en cuanto giró la cabeza en mi dirección. La niña saltaba feliz y me señaló con el dedo cuando su madre intentó descubrir qué ocurría. Teresa me sonrió y me saludó también. Levanté los pulgares para que supiera que estaba allí para animarla. Me senté, esperando con paciencia. Imaginaba que Gustavo vendría a sentarse conmigo, pero estaba liado, hablando con unos y otros, delimitando las zonas y haciendo cosas que se escapaban a mi control, al fin y al cabo, me había ido de la empresa justo en el momento en que empezábamos a organizar el evento.

Patricia corría de aquí a allá, mientras su madre hablaba con otras mujeres que estaban sentadas delante. La pequeña, de vez en cuando, giraba su cabeza en mi dirección y me saludaba, o simplemente, se paraba a comprobar que le seguía prestando atención antes de hacer el pino.

Reí cuando la vi caminar con las palmas de las manos, y las piernas completamente en alto, aquella mocosa tenía una energía envidiable.

—Ha sido así desde que nació. —Escuché a mi lado y di un brinco en el asiento que se me cayeron hasta las gafas de sol al suelo. Me agaché a cogerlas y me quedé helada cuando vi que Mario se sentaba a mi lado. Era curioso pensar que realmente no estaba enfadada con él, solo decepcionada por todo y conmigo misma, por haberme ilusionado demasiado tan pronto y de nada me serviría en aquel momento aferrarme a mi orgullo e ignorarlo o contestarle mal, lo pasado, pasado estaba y había que dejarlo marchar.

—La admiro. Siempre sonrío. Sus dificultades no le impiden ser feliz, saltar, brincar, explorar y disfrutar de la vida. —Fui sincera.

—Así es —asintió él. Nos quedamos en silencio un rato viendo como la niña practicaba el circuito que estaba preparado. Saltó el potro, corrió metiendo los pies dentro de aquellos aros, juntó las piernas saltando muy alto

para pasar las barreras, corrió, dio volteretas. Lo hizo perfecto. Mario y yo rompimos a aplaudir cuando acabó, aunque ella no podía escucharnos, miró en nuestra dirección y agachó la parte superior del cuerpo, agradeciendo al público sus ovaciones. Reí de nuevo. —¿Cómo estás? —Rompió el silencio.

—Bien, la verdad. Tranquila. Feliz. —Fui escueta. Suponía que no tenía ganas de que me explayara y le contara mi infierno de las últimas semanas y la vuelta a la Tierra, así que se lo ahorré.

—¿Volviste a soplar dientes de león? —preguntó sin mirarme y yo respondí de igual forma, con la vista al frente.

—La duda ofende.

—Me alegro. Necesitabas volver y hacerlo. —Supe que estaba sonriendo aunque no lo mirase.

—¿Qué sabrás tú lo que yo necesito o no, pelirrojo de las narices? —bromeé.

—Te conozco mejor de lo que crees —respondió, saludando a su hermana que miraba en nuestra dirección, imité su gesto sonriéndole a la pequeña.

—Pues te sabrás de *pe a pa* las canciones de Ricky Martin, pero no me conoces tanto como piensas. —Evidentemente, hacía referencia a su desconfianza y él supo de qué hablaba. Noté como sus brazos se tensaban a mi lado y un millón de mariposas echaron a volar en mi estómago, odiaba que siguiera teniendo ese efecto en mí y no me quedaba más remedio que zanjar aquello de la mejor manera posible—. Las cosas no salieron bien, Mario, pero no pasa nada. Ahora sé todo lo que me contaste sobre tus fantasías pajilleras de adolescente —expliqué intentando quitarle hierro al asunto. Mario soltó una carcajada y advertí como se destensaba algo—, pero las fantasías a veces es mejor dejarlas en nuestra mente. No cuajamos. —Lo miré esta vez, esperando a que él hiciera lo mismo, noté que, incómodo, miraba hacia abajo

antes de posar su vista en mis ojos—. Mario, me caes bien, hay una química entre nosotros que se vuelve explosiva pero terminamos siempre enfadados.

—Lo sé... —respondió.

—¿Amigos? —Le tendí una mano, era estúpido e infantil, pero no sabía qué otra cosa hacer.

—Claro. Sí. Amigos. —Mario respondió estrechándome la mano. Solo nos faltó escupir en las palmas para que fuera cien por cien patético.

Una corriente eléctrica me recorría desde las yemas de los dedos, hasta el lugar más recóndito de mi cuerpo. No podía evitarlo. Su contacto, su calor, cómo olía, esos labios, que se mordía de forma involuntaria de vez en cuando, supongo que con la intención de acallar todas las cosas que quería decirme y no eran adecuadas. Mi piel se puso de gallina y él lo notó, lo sabía porque miraba mis brazos. Mi cuerpo era un jodido descarado que no se cortaba en mostrarse abiertamente a los demás, y Mario sabía exactamente cuánto me revolucionaba, sin embargo, me soltó la mano y volvió a su posición inicial, apartándose de mí.

Debía dejarlo pasar, no tenía sentido, era hasta estúpido que no estuviera enfadada con él por no confiar en mí, pero podía entenderlo, era capaz de ponerme en su lugar y si yo lo hubiera visto en la misma actitud que yo tuve con Gustavo con cualquier otra chica, hubiera muerto de celos.

Una persona comenzó a hablar a través de un micrófono, soltando un pequeño discurso motivador, antes de dar comienzo oficial a las olimpiadas. Samanta, a su lado, hacía de intérprete en la lengua de signos. Me emocioné al comprobar cómo se habían implicado tanto todos los usuarios del proyecto, estaban felices y radiantes.

—Gracias —murmuré, Mario se giró hacia mí pero se me habían quitado las ganas de volver a mirarlo a los ojos—. Por defenderme. Creo que no merecía que me despidieran.

Mario asintió, no dijo nada más y siguió sentado a mi lado todo el tiempo. Aplaudimos, vitoreamos y silbamos animando a los chicos. Me alegraba de haber tomado la decisión correcta, haber venido, era una ocasión fantástica para comprobar que la felicidad hay que buscarla en las pequeñas cosas, aunque la vida nos llene el camino de obstáculos que sortear. Aquellos luchadores que teníamos delante eran una lección para cualquier ciudadano de a pie.

Patricia vino en nuestra dirección en cuanto dieron por finalizado los juegos, comprobé como Gustavo miraba hacia nosotros de forma disimulada. Se había sentado delante, con los empleados del proyecto e imaginé que no se iba a acercar estando Mario allí, con la intención de darnos algo de intimidación. La niña me abrazó muy fuerte y la correspondí. La *renacuaja* esa iba a conseguir hacerme llorar. Abrazó también a su hermano y movió las manos con agilidad, comprobé como él negaba, respondiendo a sus gestos. No entendía nada, pero allí estaba, en medio de una conversación en una lengua que se me escapaba. Mario frunció el ceño y negó con la cabeza y la niña se cruzó de brazos y puso un puchero, haciéndome reír.

—¿Qué le pasa? Tu hermana se llevaría muy bien con Omar y Tomás, es una embaucadora como ellos, no necesito entenderla para saberlo —reí.

—Quiere que te pida que nos acompañes a comer. —Parecía avergonzado—. Dice que es una campeona, que ha ganado una medalla de plata y que quiere celebrarlo, que eres su amiga y que quiere que estés con ella. Es una cabezota —protestó.

—A quién saldrá —murmuré—. No me molesta ir. —Mario se lo explicó a la niña, que empezó a saltar como una loca—. Si le hace feliz, no tengo nada que objetar.

—Gracias —respondió Mario.

La pequeña me dio la mano en cuanto se percató de que yo estaba

dispuesta a acompañarla, la otra mano a Mario. La estampa me dejaba bastante contrariada, pero si de algo estaba segura era de que adoraba a esa chiquilla de pelo pelirrojo y se merecía que estuviera a su lado aunque me hiciera pasar un trago un tanto amargo. Teresa venía hacia nosotros, me cortaba un poco el hecho de estar con la madre de Mario, pero teniendo en cuenta que entre él y yo se había fulminado toda probabilidad de relación, intenté tranquilizarme.

Dejándolos un momento atrás, me acerqué a despedirme de Gustavo. Cuando comprobó que iba en su dirección se adelantó para abrazarme, sin que tuviera que cruzarme con nadie conocido.

—Todo se arreglará —murmuró en mi oído—. Al pelirrojo ese le importas. Me encogí de hombros, prometí que lo llamaría pronto y volví junto a la familia de Mario.

Fuimos a un local cercano que tenía un parque en el interior donde la niña, después de mordisquear un par de patatas y tomarse un zumo, se escabulló. Rompimos rápido el hielo, Teresa era muy agradable y Patricia el centro de nuestra conversación. Su madre me explicó cómo se habían adaptado a la discapacidad auditiva de la pequeña. Cuando les dijeron que la niña no podía escuchar absolutamente nada, la familia se volcó en aprender lengua de signos, para poder enseñarle a ella en cuanto fuera creciendo poco a poco. Además, Mario, que ya había acabado la carrera, decidió especializarse en Neuromotricidad, lo cual había ayudado a su hermana desde sus primeros pasos.

Teresa y su marido estaban divorciados, así que Mario y ella se dedicaban a criar a Patricia, que había venido por accidente. Teresa me explicó, avergonzada, que hacía años, después de separarse de su marido, tuvieron un acercamiento de unos meses, en el que Patricia vino por sorpresa y en cuanto Teresa supo que estaba embarazada tuvo la certeza de que él no se

haría responsable del bebé, como ocurrió realmente. Fue un embarazo algo complicado pues ya pasaba de los cuarenta y cuatro años entonces y, sin embargo, me aseguró que la pequeña había llenado su vida de sonrisas y la creía, tenía esa capacidad de llenarte el corazón de un calor indescriptible que iba creciendo a medida que estabas a su lado.

Podía ver orgullo en la mirada de ambos, frente a mí, mientras observábamos como la niña se desenvolvía con soltura y reía sin parar, divirtiéndose, como cualquier otro niño. Cuando se cansó de hacer piruetas, volvió a la mesa y devoró su almuerzo.

—¿Te parece bien si invito a la niña a un helado? —le pregunté a Teresa. Ella asintió y llamó la atención de la pequeña para que la mirase e hizo gestos. La niña sonrió y corrió hacia nosotros feliz. Dimos un paseo hasta la heladería, mientras volvía a aferrarse a mi mano y a la de su hermano, compré cucuruchos con bolas dobles para los cuatro y los disfrutamos en la terraza.

Patricia acabó su helado y sacó una pequeña libreta del bolso de su madre y un estuche con colores. Estuvo un buen rato entretenida mientras nuestra conversación se alargó un poco más y se tornó algo incómoda cuando Teresa me hizo la pregunta que veía en los ojos de Mario desde esa misma mañana.

—¿Qué vas a hacer ahora que ya no trabajas en la fundación? — Suspiré al escucharla, como si no hubiera querido planteármelo realmente.

—De momento volver a casa y buscar otro trabajo.

—¿Te vuelves a Gran Canaria? —me preguntó él, asentí—. Deberías pedirle una cita a Bernardo Ojeda, estoy seguro de que te dará otra oportunidad.

—Hay cosas a las que prefiero no enfrentarme ahora mismo, Mario y esa es una de ellas. Es mejor dejarlo correr. —No sé por qué estúpida razón

dije eso delante de su madre, pues estaba claro que otra de las cosas a las que iba a dejar pasar de largo era a él. Su mirada se volvió intensa y vi como Teresa desviaba la atención, centrándose de pronto, en el dibujo de la pequeña.

Mario no respondió. La niña, de un salto, se puso de pie y trajo la libreta hasta mí, nos había dibujado a su hermano y a mí de la mano, qué perra tenía aquella mocosa. Señalé el garabato en el cuello del monigote en el papel.

—Me encanta lo bien que te sale mi diente de león. —La pequeña miró a su hermano que en seguida movió las manos haciéndole de intérprete. Ella respondió.

—Dice que le encanta soplar dientes de león.

—A mí también. —Esta vez fui yo la que gesticuló, eso sabía decirlo.

Patricia se acercó a mi cuello y me sopló el tatuaje, me ruboricé por completo cuando comprobé cómo Mario se aguantaba la risa. Puñetera obsesión de los pelirrojos de esa familia con mi jodido tatuaje, estaba empezando a plantearme borrarlo de mi cuello y hacerlo en un rincón más discreto de mi anatomía. Teresa soltó una risilla y me quedé fuera de juego, cuando Mario le hizo un gesto para que se callase. ¿Le había contado a su madre nuestro lío con los dientes de león y los soplidos en mi cuello? Al recordar las veces en las que había sentido el aliento de Mario en mi piel, mi cuerpo se revolucionó, invadiéndome un calor totalmente inadecuado para aquel momento familiar.

Entonces, recordé una frase que le había pedido a Gustavo que me enseñara a decir en lengua de signos y moví las manos. Patricia se tiró a mis brazos, me abrazó y me dio un fuerte beso en la mejilla. ¿He dicho ya que adoraba a esa mocosa?

—Bueno, tengo que marcharme ya. Mi vuelo sale en unas horas. —Me puse de pie con intención de despedirme rápidamente.

Abracé a la niña y di dos besos a Teresa y a Mario, suponía que se quedarían allí un rato más, hacía un día espléndido y Patricia estaba entretenida.

Salí de la zona un poco desorientada, intentando localizar dónde coger un taxi. Sentí pasos tras de mí, Mario se acercaba corriendo en mi dirección.

—Espera, Ari. Te llevo al aeropuerto. —Se ofreció—. Tengo el coche aquí mismo y mi madre ha traído el suyo.

—Tengo que pasar por casa de Sabrina a coger mis cosas, no te preocupes, no quiero molestarte —me excusé, con la intención de marcharme lo antes posible.

—Te llevo —insistió y después de pensarlo unos segundos asentí.

No estábamos lejos del piso de Sabrina, donde ella y Leo estaban apostados en el sofá, viendo una película.

—¡Te estaba esperando! Ya pensaba que no vendrías a despedirte —me sermoneó mi amiga, que se quedó sin palabras cuando vio a entrar a Mario detrás de mí, bueno, en realidad no sabía que era Mario porque nunca lo había visto, pero lo imaginaba por el color de su pelo—. Hola —murmuró.

Tras las presentaciones pertinentes, Leo se dio cuenta de que de pronto se había instalado una tensión en el ambiente un tanto extraña y le pidió a Mario que se sentara con él en el sofá en lo que yo recogía mis cosas. Sabrina me arrastró, sin ningún disimulo, al que había sido mi dormitorio.

—Siento mucho dejarte sola aquí para pagar el alquiler, pero algo me dice, que no lo estarás por mucho tiempo —dije, intentando centrar la conversación en otro tema que no fuera Mario.

—¡No seas arpía! No me vayas ahora a desviar el tema. ¿Qué hace el pelirrojo aquí? ¿Os habéis reconciliado? ¿Pensabas despedirte por todo lo alto? ¿Necesitas que me vaya? ¿Quieres condones? —Mi amiga me acribillaba a preguntas y solté una carcajada.

—Me estás agobiando, menos mal que te quiero, sino no te mandaría a cagar, bonita —bromeé—. No. No es nada de eso. Intentamos llevarnos bien sin discutir todo el tiempo, nada más.

Mi amiga asintió pero en su cara veía que no se creía una sola palabra de lo que le estaba diciendo. Recogí las bolsas de trastos que me quedaban en el dormitorio, metiéndolo todo en la otra maleta gigante que me quedaba por allí y volví rápido al salón. Me despedí de ellos y seguí a Mario hasta su coche, para emprender el largo camino al aeropuerto.

Subió un poco el volumen de la música en cuanto me senté en el asiento del copiloto y condujo en silencio todo el trayecto. Intenté evitarlo, pero se me cerraban los ojos solos y la cabeza se me iba hacia adelante, hasta que oí una risilla a mi lado y fulminé con la mirada a Mario molesta por reírse de mí.

—Creo que necesitas un café solo extra largo y extra fuerte —dijo en son de paz.

—Amén —murmuré.

Mario se desvió del camino y paró en doble fila pidiéndome que esperase dentro, en unos minutos, apareció con dos vasos de poliestireno. El café olía de vicio y cerré los ojos para degustarlo. No sabía si me molestaba o no el estar tan a gusto con él, mi cuerpo me invadía de sensaciones que no sabía cómo canalizar.

El resto del trayecto, prácticamente estuvimos en silencio. Me sorprendí cantando la letra de una de las canciones que había escuchado más veces en el coche de Mario, era pegadiza y me la había aprendido sin querer. Mario soltó una risilla.

—Pues mira, yo también me he aprendido una de tus canciones extrañas —le reproché, sin mirarlo.

—Extrañas, dice. Extremoduro... deberías escuchar más esto y menos

las letras sin sentido de esas que bailas —bromeó.

—Bailaba. Hace más de quince años —protesté.

—¿No me digas que has dejado de mover las caderas al ritmo de Ricky Martin?

En aquel momento solo me podía venir a la mente un movimiento de caderas que me apetecía hacer, y me daba exactamente igual si de fondo cantaba Ricky Martin, Extremoduro o María Jesús y su acordeón. Reí por lo bajini sin confesar mis pensamientos a Mario. Lo cierto era que su gesto serio, sus brazos en continua tensión, su silencio y su cercanía en la soledad del coche, me estaban alterando bastante.

La canción que sonaba romántica, romántica no era, pero era divertida y cantamos juntos la única parte que me sabía:

«Sucede que me canso de ser hombre. Sucede que me canso de mi piel y de mi cara y sucede que se me ha alegrado el día ¡coño! Al ver al sol secándose en tu ventana tus bragas.»

Igual sí era romántica y yo no me enteraba un pimiento, pero lo de las bragas al sol no me daba buena espina.

No hablamos mucho más hasta que llegamos al Aeropuerto, pensaba que Mario pararía un momento frente a la puerta para que pudiera bajarme, pero en lugar de ello buscó aparcamiento dentro del *parking* y me acompañó adentro. Me sentía un poco incómoda ante aquel momento en el que tenía que despedirme de él y no sabía qué decirle, así que me decidí a embarcar rápido como si estuviera a punto de perder el vuelo.

Le di dos besos.

—Bueno, ya nos vemos, pelirrojo —dije en alto, apartándome con rapidez.

—Ari. Gracias por lo que has hecho por mi hermana, parece que te ha cogido cariño y has ido a verla después de todo lo que te ha pasado —reconoció, agarrándome del brazo porque sabía que mi intención era poner

pies en polvorosa y huir precisamente de aquel momento.

—No hay nada que agradecer, Patricia es adorable. Gracias a ti por dejarme que os acompañara hoy. —Mario no me soltaba y comencé a temblar —. Gracias de nuevo por defenderme en la fundación y discúlpame, Mario, porque llegué a pensar que habías sido tú el que había movido hilos para que me despidieran. —Abrió los ojos de forma desmesurada y pestañeó fuerte un par de veces, digiriendo lo que acababa de decirle.

—Lo siento —murmuró.

—No fue tu culpa y ya pasó —contesté, evitando su mirada.

—Siento no haber confiado en ti —dijo esta vez más alto, miré a sus ojos aguantando la respiración y sonreí, asintiendo.

—Lo de ser borde me pega más a mí que a ti —respondí. Mario sonrió también.

—¿Sabes que mi hermana se guardará tu promesa hasta que la cumplas? —me preguntó. Sabía que se refería a lo que le había dicho antes de despedirme.

—No te preocupes, Mario. Estoy segura de que algún día podré cumplirla y entonces, la llevaré a soplar dientes de león.

Mario me atrajo hasta él y me abrazó inundándome de su calor y olor y por fin me dejó marchar para poder pasar el control del aeropuerto.

### **Capítulo 38: ¿Quieres cobrarte mi último trayecto al aeropuerto?**

Me había hecho bien aquel viaje, necesitaba ver a mis amigos. Continuaba algo preocupada por Gustavo, pero sabía que en nada volvería a ser el mismo descarado sinvergüenza de siempre. Ver a Sabrina feliz me había tranquilizado también, no estaría tan sola y triste como cuando me mudé a Corralejo, que hacía relativamente poco que se había separado de su ex.

Además, en cierta forma, Mario y yo habíamos enterrado el hacha de guerra y Patricia... Patricia simplemente me había llenado de una calidez indescriptible. Así que me volvía a casa feliz, dispuesta a empezar de cero.

El tiempo estaba tranquilo, los arbustos y árboles ofrecían una estampa digna de los cuadros más bonitos, lleno de colorido, flores y verde por todas partes. La primavera había entrado de lleno en las islas y la zona de los Lentiscos estaba apostada en una montaña llena de vegetación. La estampa era bonita y me ayudaba a mantener el buen humor.

Durante las siguientes semanas pasé muchas horas con Mayra, tratando de recuperar el tiempo perdido. La ayudé a redecorar algunas habitaciones de su nueva casa e, incluso, pintamos el salón sin que quedara hecho un auténtico desastre. Fue divertido.

Hablaba con Sabrina continuamente y con Gustavo prácticamente a diario, aunque fuera por wasap.

Una mañana, de principios de Semana Santa, desayunaba con Mayra en la panadería, los niños estaban de vacaciones y se habían quedado con Clara en casa, que tenía día libre en el Materno Infantil, así que no tenía prisa por volver. Don Alberto nos atendía con cariño, dándonos conversación y nos regaló un par de pastelitos para acompañar el desayuno volviendo tras la barra y dejándonos solas.

Mientras hablaba con mi amiga, entre risas, divisé a Mario fuera de la tienda venir hasta la panadería, se me secó la boca, el estómago se me encogió

y mi amiga se dio la vuelta para comprobar qué me había quedado sin palabras. Se abrieron las puertas justo en el momento en el que mi móvil sonaba, descolgué rápidamente.

—¿Sí? —murmuré.

—Buenos días, ¿hablo con Arinegua Yánez Ravelo? —Piel de gallina.

—Sí, soy yo —murmuré.

—Le llamo del Centro de Atención a la Diversidad, estamos buscando a una Trabajadora Social para un proyecto nuevo de atención a personas desempleadas en riesgo de exclusión y hemos recibido una recomendación suya. —¿Mía? No me sonaba el nombre de la empresa. ¿Habría mi padre hecho de las tuyas otra vez? Me quedé en silencio unos segundos, fuera de juego, por lo que escuchaba y por ver a Mario, que se había acercado a hablar con don Alberto y no dejaba de mirar en mi dirección—. ¿Arinegua? ¿Estaría interesada?

—Eh, sí, sí. ¿Una recomendación?

—Sí. Del señor Ojeda, director de la Fundación FAPYD en Fuerteventura. Estamos en contacto con ellos porque trabajamos en un proyecto conjunto para el próximo año y nos habló de usted. Si le parece bien, tendría que presentarse mañana a las nueve para una entrevista personal. —Tomé nota de la dirección y la hora, temblando sin parar. No quedaba demasiado lejos de casa, podría desplazarme en transporte público hasta allí.

Don Alberto le decía algo a Mario, pero supe que él no le prestaba atención, miraba en mi dirección, supongo que intentando averiguar con quién hablaba y por qué motivo temblaba. ¿Bernardo Ojeda había hecho eso por mí? Mayra era consciente de ese momento de tensión que se había instalado de pronto en la panadería y no se le ocurrió otra cosa que huir.

—Me tengo que ir, Ari. Me está esperando Pablo porque tenemos que hacer... eso, lo que te dije antes que íbamos a hacer y... me voy —se excusó,

sin disimular un ápice—. Supongo que mañana tienes una entrevista de trabajo —asentí sin poder abrir la boca—. Mucha suerte y ya me cuentas. Paga tú, por favor, que tengo prisa. —¡Será perra! Perra astuta.

Me acerqué a la barra para pagarle a don Alberto. Mario, que no me había quitado la vista de encima, sonrió.

—Hola. —Se acercó y me dio dos besos colocando una mano en mi cintura. Su contacto siempre tenía un efecto titánico en mi cuerpo que era incapaz de controlar.

—¿Cómo estás? —pregunté de forma cordial en lo que abría la cartera para pagar la cuenta. Don Alberto me cogió las monedas y se perdió en la trastienda como si supiera que tramábamos algo y que lo mejor era dejarnos a solas.

—Bien, estaré esta semana por aquí. Mi hermana te manda muchos abrazos y como cien dibujos que tengo en la maleta. —Solté una carcajada.

—Es una artista —sonreí—, la echo de menos.

—Cuando quieras puedes venir a verla, mi madre y yo estaremos encantados y ella más, que sepas que está obsesionada con tu diente de león —me explicó.

—¿Cómo tú? —bromeé.

—No tanto —respondió con una sonrisa.

—Espero verte antes de que te marches —guardé la cartera en el bolso que aún tenía en mi mano. Mario asintió—, me voy a casa a ver si no me vuelven loca esos dos bichos revoltosos.

—¿Te apetece dar un paseo? No tengo nada que hacer. —Me encantaba la coletilla, quiero pasear contigo porque no tengo otra cosa en lo que matar el tiempo. Sin embargo, no le dije nada, dudé. Tampoco tenía gran cosa que hacer, al menos hasta el día siguiente a las nueve de la mañana. Noté cómo se le tensaba la mandíbula y los brazos al comprobar que tardaba en contestar y

finalmente asentí.

Caminamos hasta su coche, mientras, me fue contando anécdotas con su hermana que me hacían reír. Aquella niña era tan tremenda como mis hermanos y tenía diez veces más energía que los dos juntos. Tenía que retomar las clases de lengua de signos porque Gustavo no me había enseñado mucho y quería sorprenderla la próxima vez que nos viéramos, porque era así, esperaba verla una y muchas veces más.

Subimos a su coche y Mario giró la rueda para bajar el volumen de la música antes de que me hiciera dar un brinco, como solía ocurrir. Pasó canciones rápidamente hasta llegar a la que quería y reí cuando escuché la que había canturreado en su coche la última vez.

«Empiezo a solas, sigo por ti y no comprendo nada, desato tormentas sin rechistar, sácame un poco del corral, necesito salir. Yo me quedé con su olor, ella me arrancó la piel me dijo justo al final: no quiero volverte a ver».

Pues al final resulta que un fondo romántico sí que tenía esa canción de Extremoduro que me había aprendido sin querer. Cantamos juntos durante el camino a no sabía dónde, aunque pronto pude intuir cuál era el destino.

—Espera, tengo otra que te sabes —me dijo, entusiasmado cuando acabó la canción, dándole al botoncito correspondiente hasta llegar a la que quería.

—¿Otra? Si me sé esta de milagro —sonreí—. Tú lo flipas, pelirrojo.

Agucé los oídos hasta que mis ojos se abrieron como platos y estallamos en carcajadas. No me creía que estuviera en el coche del pelirrojo que me había partido el corazón, cantando a voces, como si no hubiera un mañana, *María* de Ricky Martin. Reímos de buena gana.

Aparcó y caminamos hasta llegar al mirador de la Caldera de Bandama. Un sol resplandeciente nos abordó con su calor y una brisa de aire fresco nos permitió estar allí sin asarnos como pollos. Nos sentamos. No tenía

ni idea de qué hacíamos en ese lugar pero suponía que pronto lo iba a averiguar, así que me mantuve a la expectativa hasta que él quiso empezar a hablar.

—Quiero que sepas que no eres la primera chica que traigo aquí — confesó, cuando pasaron unos minutos en los que me sentía tranquila y simplemente disfrutábamos de las vistas.

—¿Ah no? —pregunté, sorprendida.

—No, una vez traje a una chica que me gustaba mucho —explicó.

—¿Y qué pasó?

—Logré besarla —concluyó con satisfacción. Asentí con una sonrisa —, y luego se enfadó conmigo.

—¿Y eso por qué? —Le seguí el juego.

—Ni idea —se encogió de hombros—, pero estuvo muy bien, volvería a hacerlo.

—Mira que hay chicas raras por ahí —solté. Nos quedamos en silencio un buen rato más, cada vez más juntos, rozándonos sin llegar a tocarnos. Me apetecía que me cogiera de la mano, pero no lo hizo y yo no me atreví tampoco.

—Soy imbécil del culo —me dijo unos minutos después.

—Un poco. Y yo soy una bruja prepotente.

—Un poco —sonreímos de nuevo.

—¿Sabes por qué te he traído aquí?

—Ummm... déjame pensar... ¿quieres cobrarte mi último trayecto al aeropuerto? —bromeé.

—No —soltó una carcajada—. Ari, te he traído porque quiero sincerarme contigo y que tú lo hagas conmigo y porque aquí empezó todo... no sería mala idea empezar de nuevo, ¿te apetece? —No respondí. ¿Me apetecía? La respuesta era que no me apetecía demasiado volver a lo mismo. Así que no

contesté. Porque algo en mi corazón me rogaba que no fuera tajante con él en ese momento en el que intentaba abrirse—. Desde que te vi con trece años, me enamoraste y hace unos meses me volviste a enamorar con toda tu antipatía y bordería —reí—. Empezamos en este rollo extraño de tiras y aflojas y me he quedado completamente descolocado por cómo ha pasado todo. —No contesté, me parecía estupendo que él me estuviera confesando sus sentimientos, pero no me apetecía abrirme, no quería confesarle que prácticamente, desde la primera vez que lo vi, me hacían chiribitas los ojos y mi cuerpo se inundaba de calor y humedad. No me apetecía decirle que fui borde porque me gustaba y, menos aún, que lo añoraba. No me apetecía nada de nada, así que no lo hice. Me dediqué a mirar el horizonte—. Ari... —No quería mirarlo, no quería flaquear—. Ari, por favor, ¿puedes mirarme? —Moví la cabeza hasta dar con aquellos ojos verdes que provocaban en mi estómago un pellizco—. Cuando te vi con Gustavo me sentí morir de odio, yo no soy nadie, un chico del montón que se había pegado media vida babeando por ti sin que te enteraras, patético, vamos... sin trabajo estable, más panadero que otra cosa, con una vida complicada, en la que mi hermana y mi madre están por encima de todo lo demás. No rebose dinero. No tengo un coche de último modelo, ni ropa que cueste más que mi alquiler. Bueno, que no estoy alabando a Gustavo, ni tampoco metiéndome con él... pero me sentí pequeño a su lado, no era nada y él lo era todo. Grande, fuerte, te manejó a su antojo y tú... te dejaste llevar y a mí... se me partió el corazón. Por un momento pensé que os traíais un rollo así tipo amigos con derechos que no me hacía ni puñetera gracia. Y menudo rollo te estoy soltando —intentó sonreír, pero no le salió, las manos le temblaban, pero estaba demasiado concentrada en controlar los latidos de mi corazón que golpeaban con fuerza en el pecho, como para escuchar con atención lo que quería decirme y, supongo, que notó que me estaba perdiendo—. Arinegua... que siento haber desconfiado de ti.

Asentí sin decir nada, incapaz de hablar. No estaba segura de lo que quería, pero sí de lo que no quería y que él siguiera martirizándose con todo aquello, no me hacía gracia. Así que simplemente lo abracé.

Un rato más tarde emprendimos la vuelta. No le había pedido que me llevara a casa y él no me había insinuado que tuviera prisa. Supongo que, simplemente, estaba decepcionado, yo también, pero era incapaz de abrirme y decirle lo que sentía. Me daba pánico... era lo único que era capaz de reconocer.

Condujo en silencio, subió el volumen de la radio y le dio al botón de aleatorio. Paró frente a mi casa, pero no quería irme, me apetecía seguir con él sin que me hiciera pedírselo.

—Me gusta estar contigo. Lo he pasado bien —dije, tumbando de un plumazo a mi orgullo, con la esperanza de retenerlo un poco más a mi lado.

—Es mutuo. Que tengas mucha suerte mañana. Cuéntame cómo te va la entrevista de trabajo —respondió y me miraba a los ojos, pero no había soltado las manos del volante, quería marcharse ya.

—Gracias —murmuré. Abrí la puerta dispuesta a bajarme y un fuerte nudo se me apretó en el estómago. No quería moverme de allí, no quería irme así. El pelirrojo era un jodido imbécil, pero era mi jodido imbécil y me gustaba. Me quedé donde estaba y cerré la puerta de nuevo. Mario me miró expectante y soltó el volante, girándose un poco hacia mí—. Cuando entré a la panadería y te vi con ese cuerpazo de vértigo, esa sonrisa embaucadora de labios perfectos y carnosos y tus ojos verdes, supe que me ibas a traer problemas, vi cómo me mirabas y yo no podía apartar la vista de ti.

»Sin embargo, nunca ha sido importante para mí el tema físico y, por norma general, soy bastante capaz de controlar mis alteraciones hormonales. Cuanto más simpático eras conmigo y con los de mi alrededor, más quería alejarme de ti. Cuanto más interés me prestabas, más te huía y todo por un solo

motivo, Mario, desde que te vi te me metiste en el corazón y un poco en las bragas también —sonreímos—. Me gustas Mario, me gustas mucho.

Mario se acercó hasta mí y me besó con suavidad. Cerré los ojos, disfrutando de los fuegos artificiales de mi cuerpo y sobre todo, dejándome llevar por su contacto.

Se apartó para mirarme a los ojos y coló una de sus manos entre mi cabello para volver a mis labios, de forma más intensa, devorándome, dejándome sin aliento. Su lengua buscó la mía con desesperación. Me mordió el labio inferior antes de separarse y sonreírme.

Esta vez fue él el que me abrazó, noté como bajaba un poco la cabeza, sonriendo con sus labios pegados a mi piel, sentía su aliento, mi piel se volvió de gallina y hablé justo cuando lo hizo...

—¿Qué haces, imbécil? No me soples el diente de león.

## Epílogo

Cerré los ojos para oler el césped mojado, había llovido esa tarde y hacía frío, aunque para mí no era molesto, me gustaba el frío. Me agaché y acaricié con las yemas de mis dedos las gotitas que aún podían apreciarse en las hojas.

Allí estaban, bailando al son del viento. No había tantos como al comienzo de la primavera, pero algunos quedaban. Arranqué uno y me giré buscándola con mi mirada, le hice un gesto y se acercó hasta a mí. Se sentó a mi lado, importándole bastante poco que el suelo estuviera algo húmedo y le tendí el diente de león. Me observaba con atención como si esperara que le diera permiso.

—Cierra los ojos, pide un deseo, sopla... —Vi como obedecía y luego abría los ojos para sonreír. Gesticulé con las manos, tal como había aprendido, al tiempo que le decía—: nunca subestimes el poder de un diente de león.

Patricia rio y corrió hasta otro, que arrancó y volvió a repetir el procedimiento y Mario se acercó a mí para abrazarme. Le había insistido a él también para que lo hiciera, asegurándole que era una sensación liberadora, pero él me respondió que el único diente de león que quería soplar estaba en mi cuello y prefería hacerlo cuando estuviésemos solos en la intimidad de nuestra habitación.

Fuimos hasta el hotel donde la pequeña se unió a Teresa, que se había quedado descansando un poco después de almorzar. Había sido un viaje agotador, habíamos llegado muy temprano después de un montón de horas en avión, AVE y demás. La única que parecía conservar toda la energía era la pequeña.

Mario y yo fuimos a nuestra habitación, solo me apetecía pasar el resto de la tarde y de la noche abrazada a él en la cama y así lo hicimos.

Me habían dado unos días de permiso en el centro en el que trabajaba

desde abril, gracias al señor Bernardo Ojeda, había conseguido el puesto de trabajo y había luchado mucho para conservarlo. Era feliz. Un trabajo complicado, por el sector con el que lidiaba, pero que me llenaba por completo al comprender cuánto podía ayudar a los demás.

Habíamos venido a pasar la Navidad con mi familia a Zaragoza. Me apetecía mucho volver, revivir sensaciones y verlos a todos de nuevo, pero esta vez, junto a mi propia familia. Además, para mí era importante poder cumplir mi promesa con Patricia, así que Mario las convenció a ella y a su madre para que vinieran con nosotros. En un par de días, llegarían mi padre, Clara y los niños. Les había hablado un millón de veces de Patricia y les había enseñado a decir algunas cosas en lengua de signos.

El día que se vieron, me sentí tan orgullosa de que aquellas pequeñas fieras se pusieran a gesticular frente a ella para hacerla feliz. Jugaron durante horas y cada vez que los mirábamos se estaban abrazando los tres. Esa pequeña, en algún momento de la vida, les iba a partir el corazón a mis hermanos en mil pedazos. Reí con mi ocurrencia.

Mi abuelo ya no estaba, murió pasado el verano. Estaba mayor y muy enfermo y según mi abuela, se fue tranquilo y feliz para encontrarse con su pequeña, que se había ido tantos años antes. Fue una de las razones por las que decidí que ese año, no quería que mi abuela estuviera triste y menos aún sola, quería llenarle la casa. Ella sentía un gran aprecio por mis hermanos y la última vez que los vio tenían unos tres añitos, así que estaba alucinada con lo mucho que habían crecido y no dejaba de mimarlos. Las risas de los críos, y tantas voces entremezcladas en aquel salón al calor de la chimenea, nos dieron unos días inolvidables que iba a llevar por siempre en mi corazón.

Mi abuela me contó entonces, que tenía algunos videos familiares en los que aparecía mi madre. Me sorprendió que nunca me lo hubiera contado, supongo que pensaba, que no estaba preparada para verlos. Nos acomodamos

todos juntos, Patricia, Omar y Tomás se pusieron encima de Mario y de mí, mis hermanos miraban alucinados la imagen de la pantalla. Mi madre, la que se había ido al cielo, estaba allí, se parecía muchísimo a mí, pero tenía el cabello más largo y los ojos más grandes. Ellos apretaban mis manos con las suyas y noté lo importante que era que estuviera compartiéndola en aquel momento con ellos. Ellos llevaban toda su vida compartiendo a su madre conmigo, ahora me tocaba a mí hacerlo.

En Nochebuena, después de la cena, nos quedamos todos a dormir en casa de mi abuela. Era grande, había camas de sobra, sillones, colchones y demás y dormimos en el salón. Una luz muy débil entraba por las ventanas cuando unos golpecitos me despertaron. Patricia sonreía feliz y gesticuló con las manos, pero no entendía lo que me decía.

—No te entiendo, cielo. —Volvió a gesticular más despacio—. Lo siento, no te entiendo. Espera. —Desperté a Mario, sin armar ruido, para que nadie más se enterase—. Lo siento, pelirrojo, pero es que tu hermana me quiere decir algo y no soy capaz de averiguar qué.

Miró a la pequeña, que volvió a repetir los gestos sin perder la paciencia y Mario se echó hacia atrás en el colchón, tapándose los ojos con el brazo.

—Dice que se ha cumplido su deseo —murmuró.

Patricia saltó entusiasmada y le hice una señal para que guardara silencio y no despertarse al resto que dormía tranquilamente. La seguí hasta la ventana y vimos que había nevado.

—¿Pediste que nevara? —pregunté cuando me miraba señalando hacia afuera. La pequeña asintió—. Te lo dije. —Esta vez gesticulé—. Nunca subestimes el poder de un diente de león.

La niña sonrió y volvió a meterse en su colchón, tapándose hasta las orejas, abrazada a su madre. Jodida chiquilla, se podría haber esperado a que

me despertase yo solita, que la nieve no se iba a ir a ninguna parte. Lo cierto era que a mí también me hacía mucha ilusión ver aquella preciosa estampa nevada. Reí y volví junto a Mario, dejando que me envolviera con sus brazos.

Volvimos a casa justo antes de Nochevieja. Aprovechamos para comer un día con Mayra y Pablo. Pedimos comida china y nos apostamos alrededor de su mesa comedor. Hablamos entre risas y fiestas de todo. Parecía que la época navideña siempre era un buen momento para hacer balance del año y para Mayra y Pablo había sido un año inmejorable.

El almuerzo se alargó durante horas, recogimos los platos y tomamos café, que más tarde, sustituimos por unas cervezas y otra más. Mayra me estaba enseñando una pulsera que Pablo le había regalado en Nochebuena cuando vi que Pablo y Mario cuchicheaban algo entre sonrisas. Me despisté en la conversación. ¿Qué estarían tramando aquellos dos?

—Oye, bicha —carraspeó Pablo para que le prestásemos atención, pues parecíamos dos cotorras. Miramos ambas en su dirección—. Tú siempre me has dicho que Ari es como tu hermana, ¿verdad?

—Ya sabes que sí —respondió extrañada por esa pregunta.

—¿Sabes qué? Que le he estado dando vueltas a un asunto y que igual no es mala idea decírtelo ahora delante de tu amiga hermana. —Levantamos las cejas porque Pablo se había enrojecido. Mayra asintió.

—Venga, dispara —le apremié.

—¿Sabes, Ari? Es que resulta que Mayra y yo estuvimos un montón de tiempo conociéndonos antes de atrevernos a dar el paso.

—¡Atrevernos dice! ¡Serás capullo! Si fui yo la que me lancé a ti antes de que te devorara la mosquita muerta esa que estaba de becaria en el museo —protestó Mayra, bromeando. Pablo rio también.

—Bueno, cierto, cierto... creo que fue lo mejor que nos pudo pasar, porque cuando empezamos a salir juntos ya éramos muy buenos amigos y

luego, la verdad, es que ha ido todo rodado y rápido. Pero nos va muy bien. — Asentí, porque me miraba a mí directamente—. Cuando Mayra me dijo que teníamos la posibilidad de vivir juntos estaba acojonado, porque temía que pudiera salir mal, pero hemos compartido unos meses increíbles. ¿Verdad, nena? —preguntó, esta vez mirando a Mayra que asintió—. Así que ir rápido nos ha funcionado. Soy feliz contigo Mayra.

—Y yo —murmuró mi amiga. Joder, qué empalagosos eran esos dos. Mario y yo nos miramos y sonreímos, porque ya sabíamos lo que venía a continuación. Lo habíamos hablado con Pablo hacía unas semanas.

—Oye, bicha... que me llevo unas semanas preguntando... ¿te gustaría seguir corriendo conmigo?

—Ya sabes que me encanta correr contigo —respondió... y para mí que aquello se estaba poniendo sexual por las miradas pícaras de aquellos dos. Pablo soltó una carcajada.

—¿Y te apetecería seguir corriendo por la iglesia o por lo civil?

—¿Qué? —Mayra abrió la boca de forma desmesurada, mientras Mario y yo reíamos por lo bajini.

—Que si quieres casarte conmigo, nena, que no te enteras —contestó Pablo de carrerilla, con las mejillas teñidas de rojo y las manos temblorosas.

—¡Ostras! Si no me caso por la iglesia mi abuela me deshereda — soltó mi amiga. Nos echamos a reír los cuatro y Marya se levantó para acercarse a él y abrazarlo.

—Espero que eso sea un sí o te rajo —dije yo esta vez, pero Mayra pasó de mi culo, estaba morreándose con Pablo sin cortarse un pelo... si digo yo, que aquellos dos cualquier día se provocaban una diabetes con tanto empalague.

Pronto nos fuimos y los dejamos solos en su celebración (que no estábamos muy por la labor de escuchar los gemidos de aquellos dos).

Mario me pidió que me fuera con él un par de días a Fuerteventura para partir el año con su familia y no lo dudé, podría ver de nuevo a Sabrina y a Gustavo y no me apetecía otra cosa.

En cuanto llegamos a Corralejo, prácticamente le rogué a Mario que me llevase a casa de mi amiga que me llevaba esperando toda la mañana. Mario y Leo se afincaron en la cocina tomando una cerveza y hablando de algún deporte extraño al que los dos les gustaba ver por la tele y Sabrina se dedicó a explicarme minuciosamente todos los gestos desesperados, celosos y amargados de su ex durante la cena de Navidad en casa de sus suegros, que finalmente, parecían haberse tomado muy bien el tenerla de nuevo en la familia. Leo y ella eran felices, nunca lo hubieran imaginado, jamás tuvieron demasiada relación, pero allí estaban. Se habían encontrado por casualidad y había sido casi un flechazo, estaban enamorados y era lo único que les importaba. Salva salía con unas y otras y llevaba un par de meses un poco más estable con la última, aun así, no parecía ser feliz con la continua presencia de Sabrina en casa de sus padres.

A media tarde llamaron al telefonillo, di un brinco de alegría y corrí hasta la puerta. Miré a Mario de soslayo buscando su aprobación que me sonrió como respuesta, justo antes de abrir y bajar las escaleras de dos en dos. Vi a Gustavo, abrí la puerta y me abalancé sobre él, que me sujetó por la cintura, elevándome del suelo y dando una vuelta sobre sí mismo.

—Joder, Gus, cada día estás más fuerte y más *sexy* —dije palpándole los bíceps cuando me soltó en el suelo.

—Lo sé. ¿Te arrepientes ahora de estar en una relación aburrida con el panadero ese? —bromeó. Me reí dándole un golpe en el pecho.

—Te he echado mucho de menos —dije, poniéndome seria.

—Y yo —volvió a abrazarme.

Miriam había desaparecido, por fin, se fue a casa de su hermana

convencida al fin de que no tenía sentido enredar a Gustavo para formar una falsa familia y él había vuelto a ser la persona que era: feliz, sonriente, pícaro, guapo, *sexy*, arrebatador, bromista... todo lo que me gustaba de mi amigo volvía a estar ahí. Subimos juntos al piso y sabía que a Mario no debía hacerle demasiada gracia, pero de vez en cuando, no podía evitar volver a abrazar a Gustavo. Estaba orgullosa de él y lo quería mucho.

Esa noche comimos las uvas en casa de la madre de Mario y cuando ellas se fueron a dormir, nos unimos de nuevo a Sabrina, Leo y Gustavo en casa de éste. Nada glamuroso. Cervezas, amigos y risas, simplemente. La mejor Nochevieja de mi vida.

Y así empezaba el nuevo año, feliz, incapaz de asimilar todas las cosas que me habían ocurrido en los últimos trescientos sesenta y cinco días y convencida de que estaba donde tenía que estar, más enamorada que nunca de mi pelirrojo imbécil, el cual esperaba, no dejara jamás de soplar mi diente de león.

Las Navidades se sucedieron y con el tiempo fuimos formando nuestra propia tradición, donde cada año visitábamos juntos a mi familia en Zaragoza y luego siempre comíamos con Mayra y Pablo, a los que un par de años más tarde, se les unió Sara, mi ahijada, una pequeña que llegó al mundo para llenar las vidas de todos de sonrisas, algo revoltosa, feliz y cariñosa a más no poder.

El fin de año en Fuerteventura lo pasábamos con la familia de Mario, a los que yo quería como a mi propia familia. Patricia había tocado mi corazón y me había conquistado tanto como su hermano y los días al año que pasábamos juntas nos volvíamos inseparables. Según se fue haciendo mayor, también me convertí en su confidente y testigo de esos primeros amores de patio de colegio que hacían que los ojos le brillaran con mayor intensidad. Era una chica preciosa y dulce, que vivió una vida muy normal a pesar de sus dificultades, con una pubertad intensa... mucho más que la de mis hermanos,

que tardaron bastante más en madurar, eran niños de sobresaliente, que se dedicaron a esforzarse en sus estudios y en jugar al fútbol. Lo de las novias, aún no había llegado.

Sabrina y Leo se habían ido a vivir juntos y estaban tan convencidos como Mario y yo de que el tema niños era impronunciable y las bodas más aún. No nos apetecía. Sabrina decía que no sería madre en la vida, que no se le daban bien los niños y yo, no decía nunca, pero por el momento, prefería disfrutar de la relación con el pelirrojo.

Gustavo... alguna vez nos presentó a unas y luego a otras... pero mi amigo era un *rompebragas*, al menos lo fue durante algunos años. Era muchas cosas, ya os lo he contado: guapo, *sexy*, un poco sinvergüenza, no tenía filtro... pero lo principal es que era feliz.

Con el tiempo, Mario y yo nos fuimos a vivir juntos, aunque al principio él iba y venía continuamente a Fuerteventura, no solo por su familia, sino también por proyectos que desarrollaba para la fundación de Bernardo Ojeda. Hasta que logramos que en la empresa que yo trabajaba le aprobaran un proyecto parecido y ya se pudo instalar de forma definitiva junto a mí, fue entonces, cuando nos planteamos el formar una familia, pero con calma, ya llegaría.

En este cuento no hay perdices... pero hay besos que erizan la piel y constriñen el estómago, porque aunque los años pasaran, esa sensación siempre fue increíble en sus brazos. Mario no solo había llegado a mi vida para soplar mi diente de león, sino para tocar mi corazón, grabarlo a fuego e instalarse para siempre en él.

**FIN**

## **Agradecimientos**

Esta novela para mí es muy importante, más de nueve meses tecleando para dar vida a Arinegua y a Mario, pero también a Mayra, a Pablo, a Sabrina, a Omar, a Tomás, a Salva, a Patricia, a Gus... un sinfín de personajes que me robaron el corazón y que hasta ahora han sido solo míos, los he tenido protegidos en ese pequeño archivo de mi ordenador y ahora, tanto tiempo después, ha llegado la hora de compartirlo con el mundo. Así que, en primer lugar, tengo que darte gracias a ti, lector, por darle una oportunidad a No me soples el diente de león y espero, con estas letras, haber conseguido emocionarte. Estaré encantada de saber lo que te ha parecido, bien a través de una opinión en Amazon, o contactando conmigo a través de las redes sociales o e-mail. Gracias por elegirme.

Yanira, mi amiga, mi alma gemela... ¿qué te puedo decir? Sabes que sin ti esta novela no sería lo mismo, has formado parte de todo el proceso, desde que empecé a perfilar los personajes hasta que el libro ha estado finalizado y listo para publicarse. Sabes que Gus es para ti, ahí tienes a tu macho de polla gorda, amiga jajajaja... me retaste y ahí lo tienes. Algún día escribiré vuestra historia, cuando llegue el momento serás la primera en saberlo (y espero que Roberto me perdone por ello jajaja). Gracias por la de horas que pasamos hablando de todo y nada. Gracias por demostrarme cada día que la distancia no es importante cuando quieres a alguien de verdad, porque te quiero, amiga, te quiero más de lo que te imaginas. Gracias por ser la primera en leerlo, por disfrutarlo, por tus palabras de apoyo..., gracias por esa confianza ciega que tienes en todo lo que hago. Gracias por cada pantallazo que te mandaba y disfrutaste. Por tus consejos y toda tu ayuda. Gracias por pasar conmigo por todas las frustraciones que he pasado con este libro, que tú y yo sabemos que no son pocas. Pero aquí está, por fin es una realidad y es, en parte, gracias a ti.

Patri... caracola... mi amiga, mi hermana... bufff, es solo pensar en todo lo que te quiero decir y me emociono. ¿Cuántas horas hemos pasado hablando en el último año? Muchas, he hablado más contigo que con nadie, eres tan, tan importante, que no creo que ni llegues a ser consciente de ello. Has pasado conmigo por todos los momentos duros que la vida me tenía preparada y si pienso en todas las veces que hablamos me vienen a la cabeza un montón de cosas bonitas: sonrisas, esperanza, apoyo, bromas... lágrimas, lágrimas también... porque esta vida es así y nos toca vivirla como venga, con lo bueno y lo malo, pero saber que te tengo, que pase lo que pase estás ahí... amiga... eso no tiene precio. Por tu positividad, por todo lo que me das, por todo lo que nos queda por vivir juntas. Te quiero, Patri. Cuenta conmigo. Siempre. Siempre... Siempre.

No puedo dejar de nombrar a otras personas que aunque no han participado activamente en el proceso y en muchos casos, ni conocían la existencia de la historia, están siempre ahí para mí. Sole, mi hermana... qué suerte tengo de tenerte, porque aunque no eres de sangre, así lo siento y eres y serás siempre un pilar fundamental en mi vida, y aunque apenas podamos vernos, aunque el caos impere y no podamos hablar todo lo que nos gustaría o se me olvide contarte cosas o de pronto te cuente cinco veces las mismas, porque he olvidado que ya te las había dicho, sabes que para mí has sido un apoyo muy grande y que te quiero muchísimo.

Germán... si hay alguien en el mundo que ha confiado en mí siempre, desde el minuto uno, ese has sido tú. En dieciséis años no recuerdo ni una sola palabra negativa con respecto a mis sueños, mis proyectos, mis decisiones... siempre con tu: «pa' lante». Gracias, cielo, porque supongo que ni te imaginas que sin ti jamás hubiera llegado a donde estoy, que no es más que el principio de un camino, pero es mi sueño y tú has estado ahí para alentarme a perseguirlo.

A toda mi familia, mis padres, sobre todo, que ni se imaginan cuánto los he echado de menos este año que han estado lejos, que no se imaginan cuánto los quiero, cuánta falta me han hecho, lo duro que ha sido para mí no tenerlos y la alegría que me han dado al decirme que se vuelven a casa. A mis hermanos, a mis cuñadas, a mis hijos, a mis sobrinos, a mis primos. Para mi abuela, que ya no está... pero siempre estará, puto año, puta vida, que te arrancó la tuya haciéndote sufrir.

A Jossy, Bárbara, Magela... a Kira, por prestarme su nombre y hablarme de todas esas zonas de Fuerteventura donde Gus y Ari se iban de cervezas. A todas las chicas que fueron, son y serán RomántiCanarias... porque todas, en cierta medida, han tenido siempre una palabra de apoyo para mí.

A todas las lectoras que se han volcado con mis novelas, por los cientos de mensajes, opiniones, por todo el cariño... me hacéis feliz, feliz de verdad. No puedo nombrarlas a todas porque son muchísimas, y tengo tanto que agradecer a todas... pero sí quiero hacer mención especial de una de ellas, Lorena Sosa, porque nunca imaginé, que detrás de un mensaje de una lectora encontraría una pequeña amistad, por esas conversaciones kilométricas, por todo tu apoyo, por todo lo que recomiendas mis novelas, por todo lo que hemos compartido en poco tiempo. Gracias.

Para Eve, por todo lo que se involucra en cada historia y todo el apoyo que es mucho, por disfrutar de la lectura, por todos esos banner que me regala, por esos booktrailers que salen de su corazón. Gracias, amiga.

A Marta de Munyx Design por esa pedazo de portada.

Para todo aquel que cree en mí, pero para los que no lo han hecho también, por todos los que me han dado con la puerta en las narices, por todas las decepciones, por todo lo malo, por los que me han mentido mirándome a los ojos, por los que se han callado y han mirado para otro lado, para los que

yo creía que eran amigos de verdad y me han traicionado... gracias a ellos también, pues son responsables de que haya decidido que todo eso no merece la pena, y que la vida me traerá otras cosas, que yo he decidido disfrutarla y que mientras tenga vida, lucharé por lo que quiero, por quién quiero y también por quién lo merece y todo lo que no, adiós. Dejar marchar lo malo también es de valientes.

Gracias a todos.

Gracias.



## **Biografía**

Me llamo Raquel Antúnez, nací en 1981 y vivo en Gran Canaria junto a mi marido y mis dos niños. Soy madre y trabajadora dentro y fuera de casa y por encima de todo soy escritora, básicamente porque lo necesito como respirar. Hay quién requiere horas de gimnasio, una tarde de tele basura o una cerveza en una terraza para despejar la mente, yo necesito teclear.

Escribir a formado parte de mí toda la vida, cuando intento recordar qué fue lo primero que escribí, soy incapaz, porque siempre, siempre, tengo recuerdos ligados a los libros, los bolis, las libretas, las cartas, los folios garabateados, los archivos de ordenador en los que me explayaba tecleando. Siempre. Es la mejor palabra que se me ocurre relacionada con mi relación con la escritura y literatura en general.

Ha habido muchas historias, algunas de ellas las guardo con cariño

(iba a decir en un viejo cajón, porque suena muy romántico, pero la verdad es que lo guardo en el ordenador y en cientos de copias de seguridad por ahí).

Un día me atreví a teclear una comedia romántica muy cortita que autopubliqué y que fue el principio en esto de Amazon: **Las tarántulas venenosas no siempre devoran a los dioses griegos**. 2011 fue el año de mi despegue, sin saber a qué me enfrentaba y sin tener idea de nada. Esta novela se ha publicado también en portugués unos años más tarde.

Siempre me ha gustado experimentar con las letras, con los géneros, con los subgéneros y un día me vi tecleando una historia en la que el misterio y el erotismo se entremezclaba en sus páginas, dando como fruto **Redes de Pasión**, publicada con el sello Tombooktu de Ediciones Nowtilus, con esta novela fui nominada a mejor autora revelación y mejor novela chick lit en 2012 por la web Premios Chick Lit España.

En 2014 volví a la comedia romántica, esta vez de la editorial Alentia Ediciones, con la novela **¡A otra con ese cuento!** Que repitió nominación a mejor novela chick lit en ese año. A la finalización del contrato de edición autopubliqué la novela en Amazon. Esta novela está publicada también en italiano.

En 2016 volví a la autopublicación con **Besos sabor a café**, una novela romántico-erótica que se ha mantenido a lo largo del tiempo en el top ventas dentro de su género en Amazon. La novela fue publicada también en inglés e italiano en todas las plataformas digitales.

Más tarde me lancé de lleno al thriller romántico con **Te encontraré**, novela que quedó finalista del I Premio de Novela Romántica de la editorial Romantic Ediciones y fue publicada por la misma editorial en abril de 2017.

En diciembre de 2017 publiqué **Tropezando en el amor**, una novela romántica contemporánea con pinceladas eróticas, publicada por Ediciones Besos de papel.

En junio de 2018, me puse el reto de un el libro de relatos: **Amor, sexo y otras movidas**. Un libro de relatos románticos que autopubliqué en Amazon.

En septiembre de 2018 publica **Tus increíbles besos de albaricoque**, una novela autoconclusiva que se desarrolla con personajes secundarios de Besos sabor a café, donde comedia, erotismo y romance van de la mano.

Búscame en las redes sociales:



RaquelAntunezC



Rqantunez



Raquel Antúnez